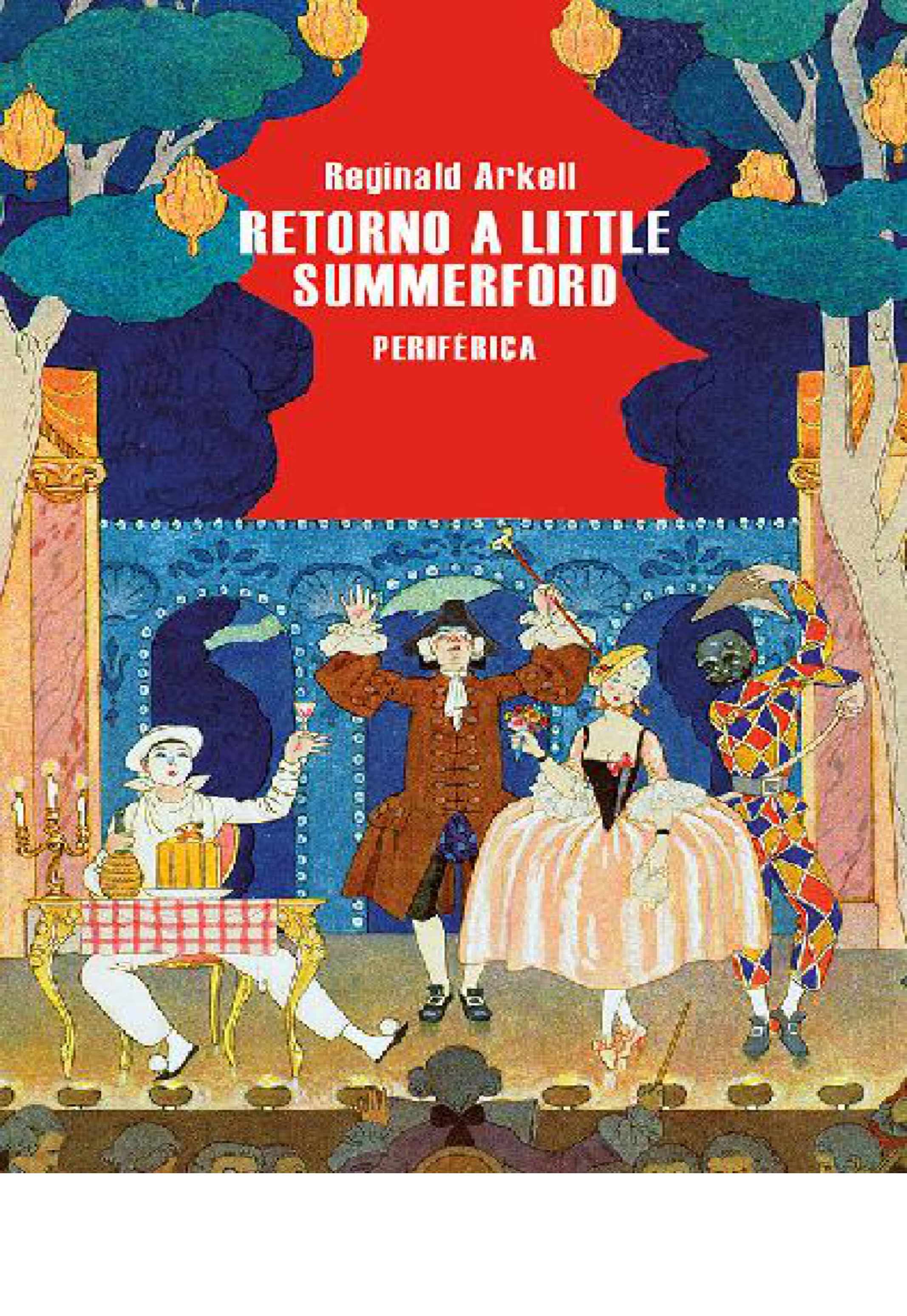
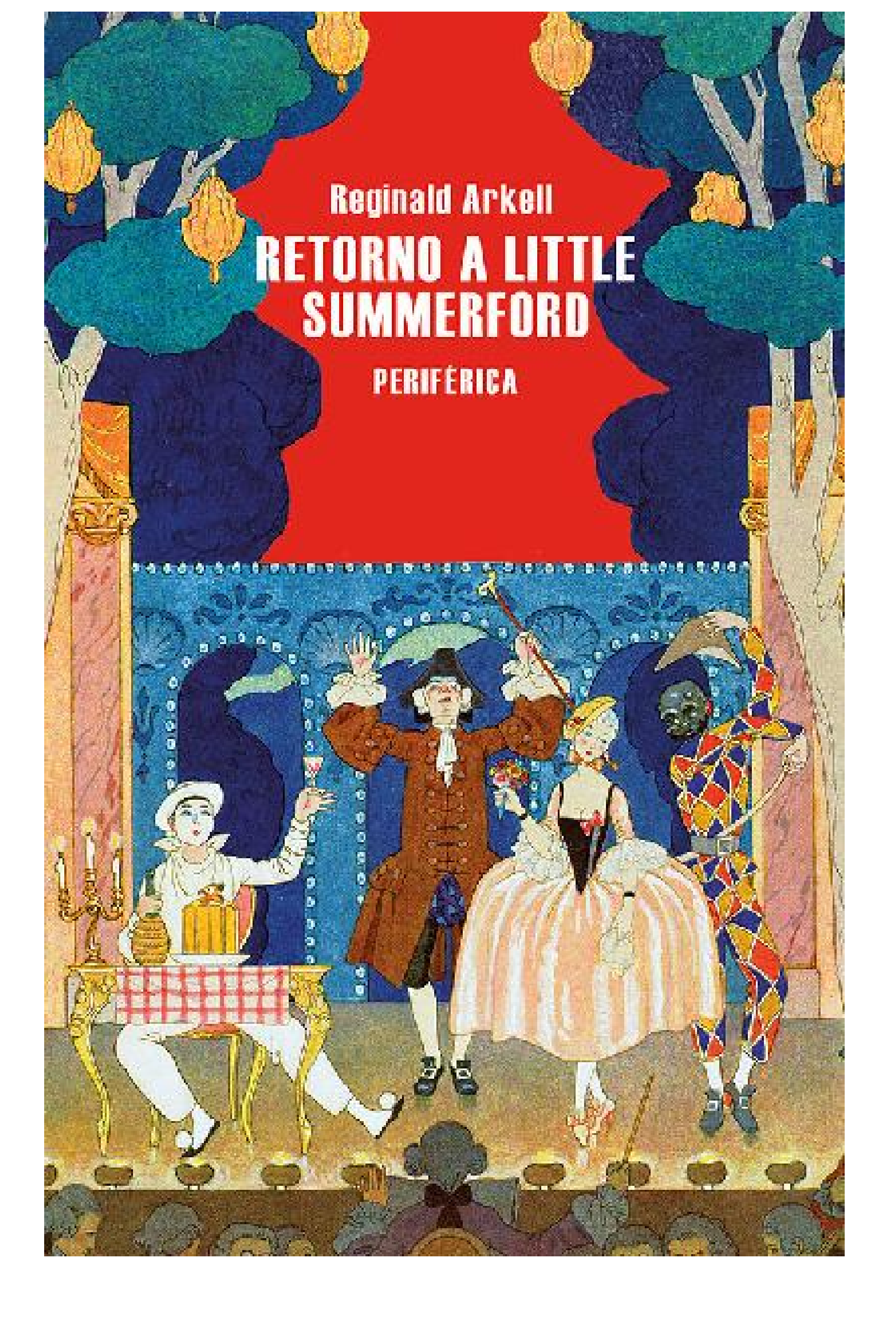
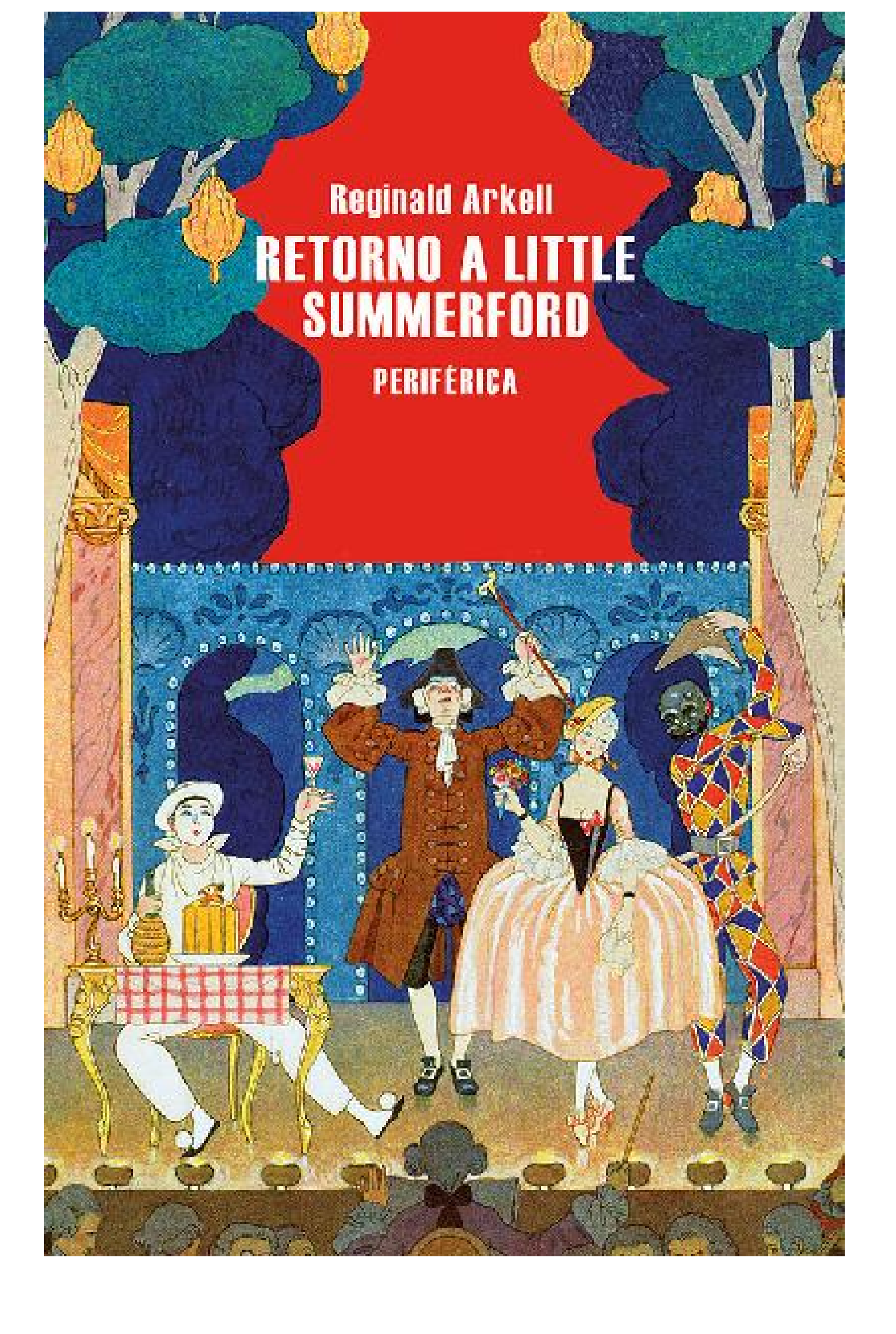

Reginald Arkell
RETORNO A LITTLE SUMMERFORD
PERIFÉRICA


Reginald Arkell
RETORNO A LITTLE SUMMERFORD
PERIFÉRICA


Reginald Arkell
RETORNO A LITTLE SUMMERFORD
PERIFÉRICA

LARGO RECORRIDO, 199

Reginald Arkell

RETORNO A LITTLE SUMMERFORD

TRADUCCIÓN DE ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2024

TÍTULO ORIGINAL: Charley Moon

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-08-4

Los jóvenes, los jóvenes,
se marchan a la ciudad,
pasan sus días
al estilo de la urbe,
corriendo de acá para allá…
Pero los viejos, los viejos
aran en surcos rectos la tierra
y aún les queda tiempo,
llueva o haga sol,
para apoyarse en una cerca.
Los viejos, los viejos,
en casa por las noches,
envidian a los muchachos,
la ciudad y sus diversiones,
y todas esas luces alegres…
Pero los jóvenes, los jóvenes,
marchitos los placeres de la ciudad
volverán a recorrer
un sendero campestre
y al ruiseñor oirán cantar.

R. A.

PRÓLOGO

Había cuatro hombres reunidos en un club teatral del West End de Londres. Habían terminado de cenar, pero seguían sentados hablando de las cosas de las que hablan esa clase de hombres cuando se ponen nostálgicos.

Al ser todos de cierta edad, sus recuerdos se remontaban a mucho tiempo atrás. Uno de ellos afirmaba haber visto a Irving[1] en su época dorada en el Lyceum; otro recordó la producción londinense de La bella de Nueva York; un tercero había actuado con Harry Ainley en Paolo y Francesca.

Este tipo de conversación siempre desembocaba en una amistosa batalla de recuerdos. Aquella noche, después de agotar los grandes nombres de la escena seria, los amigos estaban evocando a las estrellas del antiguo teatro de variedades –Eugene Stratton, Dan Leno,[2] R. G. Knowles, Albert Chevalier y demás– cuando, de repente, alguien desvió el curso de la conversación:

–¿Qué fue de aquel actorcillo cómico, Charley Moon? –preguntó.

¡Charley Moon! ¡Todos se acordaban de Charley Moon! Por supuesto que sí. Era del estilo de Teddy Payne, que actuaba en el Gaiety, y de Dan Leno, en Drury Lane.[3] Tuvo mucho éxito en el West End, después de la Primera Guerra Mundial. Cantaba aquella gran canción, en ese musical del antiguo Teatro Delphic. ¿Cómo se llamaba?

–Dentro de poco no me acordaré ni de mi propio nombre –dijo uno de ellos.

–Lo veo en el escenario con toda claridad, como si hubiera sido ayer –dijo otro…

–Pero ¿qué fue de él? –insistió el que había preguntado–. ¿Se fue a Estados Unidos? No puede haber muerto; habría habido obituarios en los periódicos. Nadie desaparece sin más.

–¿No hubo algún problema con algo? –preguntó un crítico–. Creo recordar… que estaba yo en el teatro una noche de estreno y… No, es inútil. No me acuerdo… Seguramente estaba pensando en otra cosa… Hace tanto tiempo…

Desconcertados, estaban pasando a asuntos menos complicados cuando un conocido autor de comedias musicales, que llevaba treinta años en el candelero, se unió al pequeño grupo.

–Aquí está la persona que puede decírnoslo –dijo el crítico.

–¿Qué quieren ustedes saber? –preguntó el recién llegado.

–¿Qué fue de Charley Moon?

–¿Charley Moon? No lo sé. ¿Por qué me lo preguntan? ¿Quién era? ¿Un jockey?

–Charley Moon –dijo el crítico– era un cómico. Vino a Londres al principio de los años veinte y tuvo un enorme éxito con una comedia musical… que me parece que le escribió usted…

–Ah, ¿sí? –dijo el autor–. No me acuerdo. Uno escribe tantas… Y todas me parecen la misma. De todas formas, ¿qué más da un cómico más o menos? Probablemente murió a causa de la bebida o compró un bar. ¿Adónde van los cómicos en invierno? A mí no me pregunten. ¡Buenas noches!

–Qué cauteloso, ¿no? –dijo el hombre que había iniciado la conversación–. Sabe algo, pero no ha querido decírnoslo.

–Creo recordar –dijo pensativo el crítico–… que estaba yo en un teatro una noche de estreno… No, es inútil. He olvidado lo que pasó… Fue todo hace tanto tiempo…

PRIMERA PARTE

1

El molino de Little Summerford se caía a pedazos, y uno se maravillaba de que el desván, donde el hijo del molinero solía dar volteretas laterales para entrar en calor, siguiera en pie.

Los chicos de pueblo, por regla general, no dan volteretas laterales, pero Charley Moon, que una vez vio a un payaso haciendo giros sobre las manos y los pies, estaba decidido a dominar el número.

Charley era así. Si alguien le encargaba una tarea normal, se escabullía en cuanto el otro se daba la vuelta. Si le pedían que quitara las malas hierbas de un sendero o que cargara unos sacos, ponía pies en polvorosa. En cambio, si a él se le metía entre ceja y ceja cualquier idea descabellada, trabajaba como el que más.

Cuando llovía y todo estaba demasiado mojado para ir a los humedales, Charley subía al desván del viejo molino. El desván, al que se accedía por una trampilla del techo de la cocina mediante una escalera de mano, se extendía de un extremo al otro del largo y laberíntico edificio. Un disparatado reino de enormes vigas y sombras fantasmales en el que Charley era el rey.

Ninguna de las mujeres quería subir al desván. Las mayores se habrían partido el cuello y las más jóvenes tenían miedo de los ratones. Así pues, cuando necesitaban las cebollas que colgaban de las vigas o las manzanas allí almacenadas para las empanadillas y los pasteles, tenían que pedirle a Charley que se aventurara en aquel mundo crepuscular.

Cincuenta años antes alguien había hecho un último y desesperado esfuerzo por sanear el desván del viejo molino empapelando las paredes con hojas de periódico del Morning Advertiser y del Wilts and Gloucestershire Standard. Aquí y allá se pegaron imágenes en color de los números de Navidad del Graphic y del Illustrated London News. No obstante, la humedad y el deterioro general habían ganado la partida, y lo único que quedaba eran unos cuantos jirones de papel de periódico.

Charley Moon, que no era un gran lector, estaba fascinado por esos retazos de historia que aún colgaban de las paredes. Había una fotografía de una niña con un abrigo rojo que estaba barriendo un sendero cubierto por la nieve, y debajo decía:

Si cada uno barriera la puerta de su casa, el pueblo estaría limpio.

Había un dibujo de un niño corneta tocando la llamada a la carga que había reunido a la caballería del imperio en una guerra largamente olvidada, y otro de una ancianita a la que un caballero con levita y cabello negro ondulado le regalaba un ramo de prímulas. Pero lo que más le gustaba era la foto de un hombre menudo llamado Dan Leno, que ponía caras cómicas y vivía en un lugar llamado Drury Lane.

Charley Moon, que era bastante cómico, pensaba mucho en el mundo del señor Leno. Se plantaba delante de la fotografía y se pasaba horas haciéndole muecas. El señor Leno iba vestido como un personaje femenino de pantomima, y Charley una vez se hizo con una falda vieja y una sombrilla aún más vieja con el fin de que su aspecto resultara tan gracioso como el del señor Leno. Por qué razón el señor Leno iba vestido de anciana era algo que Charley desconocía. Quizá hubiera habido un circo en Drury Lane, como el que se había montado en la playa el festivo del último mes de agosto.

Un día, en noviembre, Charley oyó que alguien subía la escalera y el crujido de las oxidadas bisagras de la trampilla, el puente levadizo de su castillo. Algún enemigo se acercaba. Se puso de rodillas, removió la paja que cubría las manzanas y empezó a quitar las que estaban podridas. Al verlo, cualquiera habría supuesto que el muchacho no había hecho otra cosa en toda la tarde que seleccionar manzanas. Aun cuando el enemigo estaba de pie ante él, Charley estaba demasiado ocupado para levantar la vista.

–¡No trabajes tanto, Charley, que te vas a hacer daño!

La persona que habló fue una niña de rostro muy serio, con un vestido corto de algodón, unas piernas largas y flacas, y unas calcetas negras, la clase de niña que no se ríe con facilidad porque no ha tenido mucha práctica y, sin embargo, es alegre dentro de sus límites. Charley Moon dejó de seleccionar las manzanas, se tumbó boca arriba y miró a su visitante.

–¡Hola, Trencitas! –dijo.

–Están buscándote –dijo la niña.

–Pues que busquen.

Charley estaba acostumbrado a esa situación. Día tras día pasaba lo mismo. Todo el mundo estaba siempre buscándolo. Lo llamaban a gritos por todos lados: «¡Char-liii! ¡Ensilla el poni! ¡Ve corriendo a la granja! ¡Lleva un saco de harina a la vicaría!». Siempre había algo que hacer a toda prisa.

–¿Qué les digo? –preguntó la niña.

–Di que no me has visto, claro.

–Yo no puedo hacer eso, Charley. No sería verdad.

Reacción típica de Rose. No estaba mal para ser una niña: trepaba a los árboles y saltaba las zanjas como un chico, pero siempre se metía en su caparazón, como un caracol cuando le tocan una de las antenas. Rose habría hecho cualquier cosa por Charley, dentro de lo razonable. Sin embargo, había ocasiones en las que su heroicidad tenía sus límites. A la hora de decir la verdad, ni George Washington ganaba a Rose.

–¡Pobre Trencitas! No podría mentir ni para salvar su vida. ¿Quieres sentarte a comer una manzana?

Eso era otra cosa. Rose se arriesgaría a una regañina de su abuela, que regentaba la tienda del pueblo, o del anciano señor Moon si la sorprendía ayudando a Charley a perder el tiempo cuando debería estar haciendo recados. Rose cogió la dorada manzana y la miró con solemnidad.

–Charley, ya sabes que tu padre dijo que no empezaras con las buenas hasta que se hubieran terminado las demás.

–Vale –contestó Charley–. Si las colocamos bien y no dejamos huecos, nadie se dará cuenta. No seas aguafiestas. Si alguien se la va a cargar seré yo. Y siempre me la estoy cargando por algo, así que ¿qué más da?

Rose estaba frotándose la nariz con la falda de su vestido de algodón.

–Yo no quiero que te la cargues, Charley –dijo Rose sorbiéndose la nariz–. Por eso te lo recuerdo. Y no soy una aguafiestas…

Charley Moon tenía el corazón más tierno que una pera madura. No soportaba que nadie llorase por nada del mundo.

–Vale, Trencitas –dijo–. No eres una aguafiestas; eres una rosita bonita y te quiero más que a una tarta.

–¿Una tarta de manzana? –preguntó Rose.

–¡Una tarta de manzana! –dijo Charley–. Pero tendrás que tragarte el corazón, si no, mi padre sabrá que hemos estado metiendo mano a las manzanas buenas.

En Little Summerford todo el mundo pensaba que el joven Charley Moon era muy gracioso, y no se equivocaban. Siempre con sus bromas; un poco revoltoso, tal vez, aunque sin mala intención. Ni siquiera Martha Peart, la regordeta lavandera, que iba al molino todos los sábados para adecentarlo un poco, diría una palabra contra él. Y ella, como gato escaldado, tendría motivo, porque una vez Charley casi acabó con ella…

Vagabundeando por el lavadero mientras ella se afanaba en la tina, le preguntó si alguna vez había visto un huevo de ruiseñor. Martha nunca lo había visto. Secándose la espuma de sus grandes brazos, cogió la lata que Charley le mostraba, levantó la tapa… y lanzó un chillido que hizo ladrar a todos los perros del pueblo.

Enroscada dentro de la lata, había una culebra, atrapada mientras tomaba el sol en un cálido rincón del huerto. Al igual que Charley, la culebra no tenía mala intención, si bien eso Martha no lo sabía. Tras desgañitarse se desplomó en el suelo, totalmente inconsciente, y se necesitaron dos cubos de agua fría para que volviera en sí.

Pero Martha no era rencorosa. Sólo era el señorito Charley con otra de sus bromas.

El vicario era un hueso más duro de roer. Little Summerford no era precisamente un nido de ruiseñores y, puesto que Charley cantaba como un ángel, no podía expulsarlo del coro porque ¿quién si no cantaría los solos de los villancicos en Navidad y el himno en Pascua? Cada jueves por la tarde, en los ensayos, mandaban a Charley a casa castigado y cada domingo volvía a su puesto, con cara de no haber roto nunca un plato… y cantando como un ángel.

En un tiempo muy lejano, un caballero con armadura, buscando la guerra de las Dos Rosas o alguna otra batalla, se perdió en el entramado de riachuelos que rodean el nacimiento del Támesis. Al encontrarse con un natural de aquellos lares le preguntó si había algún vado por el que pudiera cruzar a un terreno más elevado.

–¡Vaya que si lo hay! –respondió el lugareño.

–¿Sabe usted –preguntó el caballero cortésmente– dónde está?

–Vaya que si lo sé –respondió el hijo del terruño.

–¿Podría indicarme dónde? –preguntó el caballero.

–Vaya que si podría –convino el súbdito del reino.

Sujetando su palafrén con una mano y su enojo con la otra, el caballero se levantó sobre los estribos y gritó:

–WHERE IS THE FORD?

Y recibió esta respuesta:

–SOM'ERORT'OTHER.[4]

El caballero continuó su marcha preguntando en vano por Somerortother Ford. Finalmente se lo tragaron los humedales de Wiltshire y nunca más se supo de él, si exceptuamos un trozo de hierro oxidado que se conserva en una vitrina del museo de Cirencester.

El antiguo nombre del vado de Somerortother Ford se modificó con el tiempo y derivó en Little Summerford. La plausible teoría local de que esta versión moderna deriva de un vado que sólo podía cruzarse en verano, o durante otras épocas de excepcional sequía, hay que tomarla con la mayor reserva.[5] La aldea de Little Summerford se distingue así de su vecina más extensa, Great Summerford, y el famoso pueblo de Somerford Keynes no tiene nada que ver con este asunto. Ahora prosigamos con nuestra historia.

Se decía que, desde la Conquista, siempre había habido un Moon en el molino de Little Summerford. Eso era exagerar un poco, aunque desde luego los Moon llevaban allí tanto tiempo que habían echado raíces en esa tierra. Sólo había que ver el número y el tamaño de las lápidas de la familia que había en el cementerio de la iglesia para hacerse una idea de su importancia y de la extensión de su linaje. Thomas Moon, que envió veinte sacos de harina, pagados de su bolsillo, para auxiliar a los londinenses tras el gran incendio;[6] William Moon, que sufragó la campana grande de la torre de la iglesia; Charity Moon, que grabó su nombre en una ventana del dormitorio con el diamante de su anillo de compromiso… Puede que los Moon de Little Summerford no hayan portado armas, y que no se hayan contado entre los señores, pero sin duda han sido celebridades por derecho propio.

Pero ahora su gloria se había terminado. Los problemas empezaron en la época de la Revolución Industrial, cuando Inglaterra, olvidando que una isla debe ser autosuficiente, perdió interés por su principal industria. Ya no merecía la pena cultivar maíz; el queso, de poca calidad, se importaba al por mayor, y una mezcla sintética de grasas animales y aceites vegetales sustituyó a la mantequilla de granja en las mesas de las grandes ciudades a la hora del desayuno.

Los Moon de Little Summerford fueron de los primeros en notar los apuros. Durante un tiempo, las pérdidas de la granja pudieron contrarrestarse con los beneficios del molino, pero muy pronto hubo que vender los maizales de alrededor para seguir adelante. Así, en el momento en que comienza esta historia, el viejo William Moon era titular de un molino destartalado, de media docena de humedales –todos hipotecados hasta la última gota– y de un hijo único, Charley.

En el pueblo se decía que Moon el molinero no había vuelto a ser la misma persona desde que su esposa muriera al dar a luz a Charley, aunque el problema se remontaba a mucho más atrás. Hace falta algo más que un poco de mala suerte para arruinar a una familia decente, y los Moon llevaban tiempo buscándosela. Es fácil decir que se habían metido en problemas, pero también es justo señalar que habían mantenido el rumbo firme frente a la tormenta económica que se avecinaba. Si el viejo abuelo Moon hubiera abandonado las tierras mientras las cosas iban bien, todo habría sido muy diferente, aunque sólo hay que mirar el retrato que está encima del aparador para saber que él no era de los que huyen para empezar de nuevo. Así pues, quemó sus naves, apostó al caballo perdedor y ahora, mientras duerme a pierna suelta bajo la última de las grandes lápidas del cementerio de Little Summerford, es su nieto quien sufre las consecuencias de sus severas virtudes.

Moon el molinero, derrotado antes de empezar, no les guardaba rencor a los antepasados que le habían legado tal desastre. Estaba muy orgulloso de aquellas elegantes lápidas y las estaba contemplando en aquel momento, mientras esperaba que el joven Charley saliera de la sacristía, donde probablemente estaba recibiendo un buen rapapolvo del vicario por hacer el tonto en el coro. Un pensamiento que devolvió al solitario anciano a su única preocupación verdadera.

¿Qué sería de Charley? Sin lugar a dudas, no habría prados ni molino de los que hacerse cargo cuando llegara su hora. ¿Y qué otra cosa podría hacer? Charley no era ningún bobo, pero no se puede regentar una granja sin un buen capital. Ése era el problema de todo hijo de granjero: o trabajaba sus tierras o trabajaba las de otra persona. No parecía que hubiera otra opción. Y, cuando el dueño del molino de Little Summerford imaginaba a su hijo trabajando de jornalero, miraba aquellas elegantes lápidas antiguas y se le hacía un nudo en la boca del estómago.

Mandar a Charley a la escuela del pueblo no había sido lo más apropiado. Eso habría bastado para que aquellos antiguos Moon se revolvieran en sus tumbas, ¡por supuesto! Sin embargo, ¿de dónde sacaría dinero para enviarlo a otro sitio? Uno tiene que hacer lo que su economía le permite, y los pobres no pueden elegir. Así, con unos cuantos tópicos prosaicos, William Moon intentaba justificarse aquella mañana de domingo ante las tumbas de sus antepasados.

El único que no se preocupaba era Charley. Después de haber cantado como un ángel y de haber escuchado, en la sacristía, un sermón del vicario dirigido exclusivamente a él, llegó dando saltos por el cementerio hasta donde estaba su padre. Sólo había una misa dominical en Little Summerford, y ese día ya no había más servicios. Ahora Charley era libre de ponerse su ropa vieja y perderse en los prados que bajaban desde el molino. Tal vez habría una anguila en la trampa o una buena trucha atrapada en el hueco del viejo canal. Nunca se sabía lo que podía encontrarse en aquella maravillosa naturaleza acuática de cañas y juncias. Incluso William Moon se sentía emocionado por la contagiosa alegría del momento. Padre e hijo caminaron felices colina abajo, como si ninguno de ellos tuviera una sola preocupación.

Un ingenioso holandés que había llegado con Guillermo de Orange reclamó los humedales del molino de Little Summerford, que en un principio habían sido un pantano. Su elaborado plan de irrigación

regaba la vega en tiempos de sequía y devolvía el flujo de agua al arroyo cuando la tierra corría peligro de resultar anegada. Un guarda de pesca que estaba empleado de forma permanente se encargaba de la limpieza de los residuos, así como del mantenimiento de las compuertas; de ese modo la abundancia y la calidad de los cultivos se convirtieron en una tradición de la zona.

De todas sus posesiones, la que más había valorado el abuelo Moon eran los humedales de Little Summerford. Eran la niña de sus ojos. Desde todos los rincones de Inglaterra viajaban famosos peritos agrónomos para descubrir cómo se habían solventado los problemas de las crecidas del agua en aquellos terrenos bajos. Examinaban los mapas de las demarcaciones municipales, realizaban complejas mediciones y volvían a sus lugares de origen para llevar a cabo experimentos similares. El abuelo Moon se reía entre dientes mientras les ofrecía la última copa… Los humedales de Little Summerford guardaban sus secretos.

Cuando alguien da las gracias por lo que tiene, debería sentir gratitud por que los problemas de la siguiente generación no le atañan. Si el abuelo Moon hubiera sabido lo que ocurriría con sus amados humedales, habría sido un hombre muy desgraciado, mientras que para Charley esos terrenos eran, pese a su estado de abandono, un auténtico paraíso.

Aún no se había comido ni la mitad de su segunda ración de pudin de manzana y ya estaba deseando marcharse. Sabía dónde buscar una trucha, junto a la antigua compuerta, y podría haber una anguila atrapada en la nasa de mimbre. Además, Rose estaría esperándolo sentada en la valla blanca.

Una extraña pareja, esos dos. No es frecuente encontrar a un niño y a una niña de su edad correteando juntos. Por lo general los chiquillos del pueblo se dividían en dos pandillas, pero Charley y Rose siempre habían sido diferentes. Para ellos, la vega del viejo molino era un paraíso encantado, lleno de posibilidades maravillosas, y la valla blanca era el punto de encuentro en el que se iniciaban todas sus expediciones.

Rose ya estaría allí sentada, balanceando sus flacas piernas, preguntándose si Charley no llegaría nunca, y habría oscurecido antes de que regresaran, mojados, cansados y hambrientos, al escenario doméstico.

Algunas personas del pueblo se preguntaban cómo era posible que

esos niños no tuvieran ya los pies palmeados o no se hubieran pillado un resfriado de muerte, con tanto andar por el agua y tanto jugar en toda aquella hierba empapada. Cómo no se habían ahogado en alguna de aquellas viejas acequias o en el canal principal que llevaba el agua desde el arroyo era un misterio permanente; pero la verdad era que Charley y Rose eran más anfibios que un par de jóvenes somormujos.

Así pues, tras escabullirse del molino, allí estaba Charley con su navaja, su ovillo de cuerda y su cubo viejo, y allí estaba Rose, balanceando las piernas en la valla blanca. Entre semana, después del colegio, su abuela, que regentaba la tienda del pueblo, la tenía ocupada; sin embargo, aquel día era domingo y llevaba la merienda en su cesta de pícnic.

Lo más maravilloso de los humedales era que podías jugar todo el día sin encontrarte con nadie. Eso no habría ocurrido en la época del abuelo Moon. En aquel entonces un muchacho no tenía más que asomar la nariz por encima de una cerca para que lo mandaran de vuelta a los caminos, que era donde debía estar, pues de lo contrario se dedicaría a estropear las compuertas o a malograr los cultivos de heno. Pero ahora todas aquellas compuertas estaban estropeadas y no había heno que malograr. Donde antes hubo sembrados de cereales, el suelo estaba poblado de juncos; los patos salvajes y las pequeñas aves acuáticas lo tenían todo para sí.

Moon el molinero podría haber obtenido algún beneficio cediendo los derechos de pesca y caza, sin embargo, un extraño orgullo familiar le impedía hacer tal cosa. «Sería como cobrar seis peniques por una taza de té», había respondido cuando algún forastero, al saber de aquel paraíso de cazadores, le había planteado la cuestión.

Como Charley no tenía edad suficiente para pescar con mosca ni para portar un arma, se había convertido en un cazador furtivo de primera categoría. Sabía con exactitud dónde poner una trampa para anguilas y cómo pescar truchas a mano, mientras que su caña casera era un arma mortal en lo referido a la pesca de agua dulce.

Capturar truchas con las manos era lo que más le divertía. Charley se tumbaba boca abajo y se arrastraba hasta el borde del arroyo. Entonces, con Rose sentada sobre sus piernas para evitar que se cayera al agua, deslizaba los dedos bajo el pez hasta tocarle las branquias, momento en que, haciendo un repentino movimiento, podía cazarlo. O no. En tal caso, seguía quedando un pez al que atrapar otro día.

Cuando la trucha estaba a demasiada profundidad para alcanzarla con

la mano, los métodos de Charley eran incluso más primitivos. Sacaba su navaja, cortaba una delgada rama de sauce rojo y doblaba el delgado extremo formando un nudo corredizo. Así podría algún cazador prehistórico haber atrapado a la madre de todas las truchas; aunque es poco probable que nadie, de una larga estirpe de cazadores furtivos, tuviera más maña en ese ardid que Charley Moon.

Cuando se trataba de coger anguilas, Rose no se quedaba atrás. La trampa para anguilas, construida con largas varas de sauce, requería un buen manejo, pues era más alta que un muchacho, y colocarla en el sitio exacto de la corriente era la clave. La trampa tenía un cordel en cada extremo, y cuando la llevaban a la orilla empezaba la diversión, ya que la clase de anguilas que se pescaba en el arroyo de Little Summerford apenas cabía en un cubo y, una vez que entraba, lo difícil era que se quedara allí. A los ojos de un niño pequeño era un monstruo temible y casi tan grande como la caza mayor que se podía encontrar en aquella parte del mundo.

Pescar cangrejos de río era más fácil, pero más desagradable al olfato. Esta suerte de langosta de agua dulce, pequeña y con púas, era una auténtica superviviente que se alimentaba de toda clase de desechos. Había que arreglárselas para encontrar, a modo de cebo, unos trocitos de carne en descomposición que se ponían en una red fijada a un aro de hierro y que se bajaba hasta el lecho de la corriente. Ésta era una tarea que Rose detestaba de verdad, aunque por nada del mundo lo habría admitido. Otro problema era que el cangrejo de río no empieza su actividad hasta el anochecer. En definitiva, una ocupación húmeda y deprimente para una jovencita de nariz sensible a la que le daba un poco de miedo la vega envuelta en la oscuridad.

Había días en que la navaja, el cubo y el ovillo de cuerda se quedaban en casa, días en que Charley los dejaba a un lado y se contentaba tumbándose al sol, masticando hojas de acedera y haciéndole cosquillas en la oreja a Rose con el tallo de una margarita. En aquellos días sorprendían a una garza real en los bajíos o seguían el vívido destello de un martín pescador que volaba a ras del agua en algún recodo del arroyo. Según la estación del año, Rose recogía ramilletes de senecios, flores de cuclillo o adelfillas, y, cuando Charley se cansaba de tan delicados placeres, hacían carreras de barquitos de papel en el arroyo para ganar premios fabulosos.

3

Charley Moon dejó la escuela, empezó a usar pantalón largo y lo expulsaron del coro, todo en el mismo día. Si fue porque el pantalón largo se le subió a la cabeza o porque su primer día de libertad pedía una especie de celebración es algo que nunca sabremos. El caso es que la esposa del vicario, al regresar del ensayo del coro por el cementerio de la iglesia, vio un enorme búho blanco, cuyo tamaño era la mitad de un hombre, batiendo unas alas fantasmales antes de desaparecer flotando en el aire nocturno.

Una meticulosa búsqueda reveló que la sobrepelliz de Charley no estaba en su percha habitual, y, aunque el muchacho aseguró que se la había llevado a casa para lavarla, se consideró que la blanca vestidura iría mejor sobre unos hombros más responsables. Así pues, de ahí en adelante, Charley tuvo que dar salida a su raro don natural para la música tocando una vieja armónica en el aislado desván del molino de Little Summerford.

Cuando Rose vio a Charley con su pantalón largo, supo que lo había perdido para siempre.

–Vaya, Charley –dijo–, qué elegante. Ahora ya eres un hombre…

Y esa noche, la niña se tapó la cabeza con las mantas y se quedó dormida mientras lloraba…, lo mismo que habría hecho la madre de Charley.

La mañana en que Charley se despidió de la escuela y se quedó en casa por primera vez, padre e hijo se sentaron uno frente al otro a la mesa del desayuno. El molinero, después de terminar su segunda taza de café, estuvo contemplando el reloj del abuelo y rebulléndose en su silla. Por fin sacó el reloj de oro del bolsillo, abrió la tapa y lo cotejó con el antiguo reloj del rincón.

–Vas a llegar tarde a la escuela, Charley –dijo–. Más vale que te des prisa.

–He dejado la escuela –dijo Charley–. ¿No te acuerdas? El señor Richardson nos lo dijo al final del trimestre pasado.

–¡Que has dejado la escuela! –repitió el padre–. ¿Entonces qué vas a

hacer todo el día?

–Ayudar en el molino, supongo –dijo Charley.

El molinero sopesó un rato esta afirmación o, mejor dicho, pareció hacerlo. En realidad su mente no había podido encajar una situación tan sorprendente.

–¿Qué vas a hacer en el molino? –preguntó.

–Ayudar en lo que sea –respondió su hijo con alegre optimismo.

–No serás de ninguna ayuda. Lo único que harás será estorbar –dijo el padre–. ¿Para qué servirías?

–Podría aprender –dijo Charley–. Todo el mundo tiene que aprender en algún momento. ¿Por qué yo no?

–No harías más que estorbar –repitió el molinero, que estaba tan habituado a tal rutina que cualquier clase de cambio lo desconcertaba por completo–. Por ejemplo, esta mañana: no sabría qué encargarte para que empezaras.

–No te preocupes –dijo Charley–, dentro de nada encontraré un empleo.

–Eso es una novedad con respecto a ayer. –Una indirecta bastante evidente, aunque no tan hostil como parecía. El molinero quería mucho a Charley y en cierto modo lo admiraba; aun así, la brusca impresión lo había pillado a contrapié.

–Ayer era festivo –le recordó Charley–. Esto es diferente. Puedo ser mucho más útil aquí de lo que piensas. El molino necesita reformas…, ideas nuevas… Toda la estructura está en las últimas; el día menos pensado se vendrá abajo. Vamos a la deriva… Así vamos…, ¡a la deriva! Tendrías que oír lo que dice la gente de nosotros. Dicen que cualquier otro se habría deshecho de la vieja rueda hace años.

–Ah, eso dicen, ¿no? –dijo el padre–. ¿Y de dónde sacarían el dinero para hacerlo?

Charley sintió que toda esa discusión sólo buscaba dejarlo en mal lugar.

–Sé de dónde lo sacaría yo –dijo–. De donde lo saca todo el mundo. Del banco, está claro.

–Y, suponiendo que no hubiera dinero en el banco, ¿qué? –preguntó el molinero.

–Siempre hay montones de dinero en un banco.

–En el nuestro, no –dijo el anciano.

Charley lo miró con fijeza.

–¿Quieres decir que estamos… que estamos arruinados?

Ése era el momento que el molinero había temido. Una cosa era mascullar excusas ante las tumbas de sus antepasados, y otra muy distinta enfrentarse a los cándidos ojos de la juventud y admitir que uno ha traicionado su verdad. Se revolvió con tristeza en su silla, que tenía una rueda labrada en el respaldo, y no dijo nada.

–¿Quieres decir que estamos arruinados? –La pregunta del muchacho atravesó la indecisión de su padre como el incisivo escalpelo de un cirujano.

–Más o menos –admitió el padre.

Charley reflexionó un momento.

–¿Por qué no me lo habías dicho? –preguntó.

–¿Y qué habrías podido hacer tú?

–Podría haber dejado la escuela hace un año.

–¿De qué manera nos habría ayudado eso? La escuela no cuesta nada y, como te tiene ocupado, no haces tantas travesuras.

Charley se sonrojó.

–¡Eso es lo que piensas de mí! –dijo.

El padre puso una mano en el hombro del chico.

–No te enfades, hijo mío –dijo–. ¿Qué podrías haber hecho tú, a tu edad? Llevar el molino es cosa de hombres, y, si yo no soy lo bastante hombre para eso, ¿cómo voy a pretender que lo seas tú?

–Podría haber pensado algo –dijo Charley–. Podríamos haber tratado el tema juntos. Una noche podría haberte dicho: «Papá, ¿por qué no vendemos algo, y así podemos pagar una rueda nueva?»… O… algo.

El esfuerzo del muchacho fue transformándose en un gesto de impotencia. Cuando uno lleva pantalón largo por primera vez, la apatía de la gente mayor puede resultar un poco irritante.

–No es tan fácil como piensas –dijo el molinero–. ¿Qué podríamos vender con el fin de reunir el dinero para esa maravillosa rueda nueva de la que tú y tus amigos habláis?

Charley estaba agarrado al borde de la mesa y tenía la cara muy pálida. Intentó hablar, pero las palabras se le atragantaron. Entonces hizo su gran sacrificio:

–Los humedales –dijo–, podríamos vender los terrenos de la vega.

Sea lo que sea lo que uno pueda pensar de Charley Moon, y, por mucho que se sienta inclinado a culparlo en el futuro, habrá de recordar siempre este momento, cuando el muchacho puso en juego sus amados humedales.

–Conseguirías mucho dinero por esos terrenos –dijo.

–Sí –respondió el padre–, pero no sería nuestro dinero. –Y, con la aletargada lógica del hombre derrotado, le explicó los misterios de los préstamos, las hipotecas y los descubiertos en cuenta; de la propiedad que no era propiedad, y de los hombres aparentemente ricos en bienes terrenales, quienes estaban muy lejos de ser lo que aparentaban.

Para Charley Moon ése fue el gran momento de la verdad.

–¿Quieres decir –preguntó–, quieres decir que los humedales ya no son nuestros?

El padre trató de aclarar el misterio. Para poder mantener el molino en marcha había pedido un préstamo que avaló con los humedales y, cuando éstos se vendieran, el dinero iría a parar a quienes se lo habían prestado. Lo único que podía hacer el hombre era seguir adelante como hasta entonces, esperar que llegaran tiempos mejores y aplazar el funesto día todo lo posible.

–Seguimos a la deriva –dijo Charley con el descarnado realismo de la extrema juventud.

–Seguimos a la deriva –convino el padre.

En favor de Charley Moon es preciso decir que se levantó de la mesa de la cocina con la firme determinación de hacer algo. No tenía muy

claro qué, pero debía de haber algo. La gente no se arruinaba a menos que hubiera una buena razón. Su padre estaba cansado y mayor, y eso era razón de más para que él, Charley, se pusiera manos a la obra.

–No te preocupes, papá –dijo–. Todo va a salir bien, ya lo verás.

Charley empujó la silla hacia atrás.

–¿Adónde vas ahora? –preguntó el padre.

–Al molino –dijo Charley. Y salió cerrando la puerta con cuidado.

Charley se esforzaba al máximo. Por las mañanas se levantaba temprano, cargaba sacos que pesaban demasiado para él y casi se ahogó en el arroyo del molino. Se convirtió en un incordio, en verdad. Y todo para nada. Al parecer nadie lo necesitaba, de modo que, al final, volvió a ser el de antes: el niño que nunca estaba cuando lo buscaban.

–¡Char-liii! ¡Char-liii! –El grito subía desde la ventana de la cocina o desde la puerta del viejo granero. Y Charley Moon, escondido en el desván o escabulléndose hacia la vega, se sentía como el zorro viejo al que el ruido de los sabuesos en los matorrales avisa de que es hora de agazaparse o de marcharse mientras aún está a tiempo.

Y eso, como señalaban las personas respetables del pueblo, no era forma de educar a un niño de su edad. Algunas viejecillas decían de ir a hablar con su padre, pero después se lo pensaban mejor. Puede que Moon el molinero estuviera pasando una mala racha y alejándose del rumbo de la sociedad, sin embargo, aún no estaba en esa situación en que uno puede tomarse ciertas libertades con él. Ese momento llegaría –dos o tres envidiosos, que se crecían con las desgracias ajenas, estaban esperándolo–, aunque todavía no. Las hipotecas y las deudas estaban ocultas en el banco, y sólo las mentes curiosas las sospechaban. No obstante, estaba claro que algo acabaría ocurriendo, y podían esperar.

Eso es lo malo de vivir en el campo: todo el mundo conoce los asuntos de cualquiera mejor que la persona en cuestión, y hay tan pocas cosas de las que hablar que lo que uno hace en privado se airea a los cuatro vientos. Uno se libra de la competitividad que hay en las ciudades, donde la caída de un hombre significa el ascenso de otro; pero, siendo la naturaleza humana la que es, los fracasos de una persona son más sabrosos que sus éxitos, y del vecino de al lado todo se sabe.

En resumen, Moon el molinero había hecho las cosas bastante mal, el molino estaba en las últimas y el joven Charley ayudaba más o menos lo mismo que un dolor de cabeza. Los buitres, criaturas encantadoras con la paciencia propia de su raza, aguardaban sentados los despojos que serían suyos el día de la venta.

Si alguien supone que Charley estaba deprimido por su turbio porvenir, está muy equivocado. Acababa de cumplir dieciséis años; los días de escuela se habían acabado; nadie, excepto tal vez Rose, se preocupaba mucho por él; siempre que aparecía para comer le llenaban el plato y nadie hacía preguntas. ¿Dónde estaba el problema?

La horrible inercia de un negocio hundido, arruinado por la caída de los precios, había derrotado a su padre. Había muy poca felicidad en la casa. Al igual que Rip van Winkle, el hijo descolgó el pequeño rifle victoriano de la familia, llamó dando un silbido a Flo, el perro de aguas, y desapareció en los humedales del molino de Little Summerford.

¡Eran días felices, en verdad! Qué paraíso para un muchacho sin nada que hacer y con todo el día para gandulear por allí. Reír y chapotear en el arroyo como una joven nutria, sentir la hierba húmeda entre los dedos de los pies descalzos, espantar a una perdiz o encontrar un nido de gallinetas entre los juncos… Una tierra agreste e improductiva, dura y exuberante como la Camarga; una naturaleza salvaje y un santuario para el carricero picofino… Han pasado algunos años desde que los carros de heno pintados de vistosos colores cruzaban los puentes traqueteando con su dorada carga. Charley recordaba el último de ellos, anegado y pudriéndose, como una vieja barcaza encallada en un banco de fango. Uno de los caballos se había ahogado, y al muchacho que lo llevaba lo sacaron por los tobillos. Aquello fue el fin de la siega del heno en los humedales de Little Summerford.

No debe suponerse que Charley perdía el tiempo totalmente. Durante el otoño la despensa del molino estaba bien repleta de caza, y no había facturas del carnicero por las que preocuparse, en especial cuando los patos salvajes andaban por todas partes debido a las crecidas del agua. Algunas veces era un faisán de alguna finca cercana, una agachadiza chica o un par de perdices, pertenecientes a una bandada que había bajado desde terreno más seco. Little Summerford estaba rodeado por los cotos de caza de extensas fincas y, cuando se celebraban las grandes cacerías, era imposible saber qué fugitivos alados podrían cruzar sus acogedoras fronteras. En tales ocasiones, Charley acostumbraba gastar sus cartuchos y la despensa del molino se llenaba más que nunca.

Éste era un tema sumamente molesto para algunos vecinos, y dos o tres de ellos hablaron de invitar al joven Moon a que se les uniera con el fin de completar su cacería en los humedales del molino. Pero Charley era demasiado tímido y el viejo molinero demasiado independiente como para llegar a tal acuerdo. Así pues, las asustadas bandadas siguieron traspasando los límites y metiéndose en tierra de nadie, y nuestro joven cazador se reía entre dientes cuando las veía llegar.

En invierno, cuando el tiempo hacía de la vega un imposible campo de recreo, Charley se retiraba, como una ardilla que hibernara, a su escondite del desván del viejo molino. Para su sorpresa, echaba bastante de menos los ensayos del coro y cantar los solos del himno los domingos por la tarde. Y, de este modo, noche tras noche, se dedicó con feroz devoción a su armónica, hasta que el órgano de la iglesia, tal y como lo tocaba la esposa del director del colegio, le pareció, en comparación, un instrumento muy inferior.

«No es manera de educar a un niño», repetían los respetables del pueblo, si bien una vez más, como en el caso de las perdices que colgaban en la despensa del molino, los momentos de ocio del muchacho habrían de reportar ciertos beneficios. Cada sábado por la tarde, la juventud masculina del pueblo se subía al autobús de la zona y se trasladaba en masa a saborear las moderadas libertades de la población con mercado más cercana. En ocasiones, algún alma atrevida intentaba cantar una canción, pero el esfuerzo siempre acababa en una serie de tímidas risillas. Hasta que, una tarde, desde un oscuro rincón del autobús, llegaron los suaves compases de una conocida melodía.

–¿Quién es? –preguntó una voz.

–El joven Charley Moon –respondió alguien–. Tiene una armónica…

–Venga, Charley, que se te oiga…

–Toca «Down on the Range», Charley.

–¡No, Charley, toca «Bells of St. Mary»!

–Toca «Sweet Rosie O'Grady», Charley…

De ser el miembro más joven y menos considerado del grupo, Charley Moon se convirtió en el alma de la fiesta. De ahí en adelante, el autobús de los sábados salía de Little Summerford con el alegre ritmo de una marcha de Sousa[7] y regresaba con la nostálgica melodía de

«Love's Old Sweet Song». Una excursión no era una excursión a menos que Charley formara parte del grupo, y el joven no tardaría en descubrir nuevos campos que conquistar.

Entre el vicario y el antiguo miembro del coro había habido una notable frialdad desde el fantasmal episodio del cementerio, de manera que la aparición del reverendo en el molino fue en cierto modo una sorpresa. Charley se precipitó hacia el granero, pero el visitante fue más rápido que él.

–Buenos días, Charley –dijo el vicario.

–Buenas, señor –murmuró el joven Charley tocándose el mechón de pelo sobre el que debería haber estado la visera de su gorra.

–¿Vas a ir al concierto del jueves?

–No sé, señor.

–¿Demasiado ocupado? –dijo el vicario con una sonrisa.

–No, señor –respondió el joven Charley con una mueca.

–Muy bien, contamos contigo… Y llévate tu armónica.

–¿Mi qué? –dijo Charley con la voz entrecortada.

–Tu armónica. Queremos que abras el concierto con unas melodías.

–¿Yo? ¡No! –dijo el joven Charley.

–Lo único que tienes que hacer es plantarte en el estrado y tocar lo que se te ocurra…

–¿Yo? ¡No! –dijo el joven Charley.

–Igual que en el autobús. No tienes nada que temer. Limítate a tocar las melodías que todos conocemos y nosotros haremos el resto. Será muy divertido…

–No, para mí no.

–Qué tontería. Serás la estrella de la velada.

–No, a mí no me meta en ese embrollo –dijo Charley.

–¡Estupendo! –dijo el vicario sonriendo mientras se frotaba las

manos–. Que no se te olvide, el jueves que viene. Ponte un cuello limpio y no llegues tarde. Estaré esperándote. –Y se fue a meter en el redil a otras víctimas reticentes.

Igualito que el párroco. Más sordo que una tapia… cuando le convenía. No tenías más que susurrar en la iglesia y ya lo tenías encima al momento, pero no había nadie más sordo que él cuando no quería oír. ¡El muy farsante! Allá que iba, fingiendo que todo estaba acordado, y ahí estaba Charley, metido en un buen lío.

La desdichada víctima salió corriendo tras él, pero Charley, desganado, perdió el ánimo y se dio media vuelta para ir a la tienda del pueblo, en cuya puerta estaba Rose.

–Vaya, Charley –dijo–, ¿qué pasa?

Charley no había visto mucho a Rose últimamente. Entre las canciones del autobús y estar con los muchachos mayores, no había tenido mucho tiempo para chicas. Sin embargo, Rose era diferente. Siempre podías hablar con Rose. Y, como siempre, Rose estaba preparada para ofrecer su ayuda y su comprensión.

–Pero, Charley –dijo–, eso es fantástico. Cuando te vea en el estrado me sentiré muy orgullosa de ti. Todo el mundo cantando, y tú con tu mejor traje…

–No, qué va –dijo Charley.

–Tocando todas esas melodías tan bonitas…

–No, qué va –volvió a decir Charley.

–Con tu vieja armónica…

–No, qué va –dijo Charley–. Si lo sabré yo, que no te sentirás orgullosa.

Pero Rose era igual de astuta que el vicario. Aquella misma mañana, un convincente viajante había dejado en la tienda, para su venta o devolución, una maravillosa armónica nueva, con alegres adornos plateados, que garantizaba la producción de los sonidos más dulces que se hubieran oído jamás en la tierra o en el mar. Rose le mostró entonces ese tesoro.

–Te la regalo, Charley, si la tocas en el concierto del jueves.

–No, qué va –dijo Charley con una leve vacilación que Rose notó enseguida.

–Pruébala –lo incitó la tentadora–. Venga, pruébala, que no muerde.

Charley cogió el precioso y brillante objeto y recorrió la escala arriba y abajo. Después empezó a tocar. «Sólo una canción al atardecer, cuando la luz desciende…» Rose estaba inclinada apoyando los codos en el mostrador de la tiendecita, escuchando. «Y las cambiantes sombras lentamente van y vienen», tocaba Charley meciendo el pequeño instrumento en los labios. «Aunque esté cansado el corazón, y el día sea triste y largo…» En la diminuta tienda del pueblo se podría haber oído la caída de un alfiler. «Para nosotros, al atardecer, suena la dulce canción del amor…» Rose buscaba un pañuelo en el bolsillo de su pequeño delantal, pero no tenía. «Suena… la dulce… canción… del amor.»

–Bueno, de acuerdo –refunfuñó Charley al tiempo que se guardaba la codiciada armónica en el bolsillo y salía de la tienda sin decir una palabra más.

Charley apareció en el concierto con su traje de los domingos y un cuello limpio. Si había algo que no quería hacer era subir al estrado y que el público lo mirara. Cantar en el coro era diferente. Tocar la armónica en un rincón oscuro de un autobús era diferente. En cambio, actuar en una sala con todas las luces encendidas, con los chicos del pueblo dándose codazos unos a otros y haciéndole muecas, no era ninguna broma. No obstante, le había dicho a Rose que lo haría, así que suponía que tenía que seguir adelante. El vicario lo acompañó al estrado, le pidió al público que cantara las melodías y lo dejó allí solo…

Años después, al recordar su primera aparición en público, Charley Moon se divertiría mucho con esta actuación en la escuela del pueblo, aunque en su momento no le hizo ninguna gracia. Las manos le temblaban tanto que apenas podía acercarse la armónica a los labios y, cuando lo consiguió, descubrió con espanto que no recordaba qué melodías tenía previsto tocar. Por suerte hubo muchos aplausos, con silbidos desde el fondo, lo cual le dio ocasión de serenarse y tiempo para pensar. Se pasó la lengua por los labios secos, se preparó para el esfuerzo… y dio salida a una nota triste y temblorosa que provocó en el público un ataque de risa. Ya estaba el joven Charley haciendo de las suyas.

–¡Siempre con sus payasadas, este Charley!

–¡No puede tomarse nada en serio!, ¡es que no puede!

–¡Ese Charliii! –gritó un muchacho desde el fondo, y, con ese grito amistoso, Charley se puso en marcha. Estaba otra vez en el autobús, oculto en un rincón donde nadie lo veía; todo el mundo estaba deseando cantar a voz en grito. Charley recuperó el valor y tocó como si le fuera la vida en ello.

Y cómo cantaron los demás. Conforme ganaba confianza, Charley les gastaba pequeñas bromas: fingía empezar una melodía y entonces pasaba a otra, hasta que, al final, los puso a cantar «Onward Christian Soldiers» antes de que se dieran cuenta de lo que estaban haciendo. Aquello, por supuesto, fue el joven Charley haciendo de las suyas, pero, aunque el vicario parecía un poco preocupado, el público cantó el imponente himno y todo el mundo estuvo encantado.

De este modo Charley Moon saboreó las dulces amarguras del éxito popular por primera vez. Rose, sentada en su sitio, manoseando nerviosamente su pañuelo, debatiéndose entre la risa y el llanto, casi lo perdonó por haberse marchado de la tienda sin un «gracias» siquiera.

4

Corre el año 1916, y Charley Moon, que aún es joven para despertar el interés de las autoridades militares, sigue retozando alegremente por los humedales de Little Summerford. En Londres, los famosos George Robey y Violet Loraine cantan «If You Were the Only Girl in the World», y, en el Trocadero, ese popular vividor, el honorable Antony Aston, gordo, cuarentón y no muy en forma, invita a cenar a su joven sobrino, que ya es comandante de la Guardia, con la esperanza de que le procure un cargo en el Ejército.

El comandante, sin embargo, no resulta de mucha ayuda. Los cargos no son tan fáciles de conseguir; todos esos tejemanejes son un inconveniente. El señor Aston tendrá que alistarse como soldado y confiar en la suerte, aunque en su caso no debería haber problemas. Dentro de nada aparecerá en la Gazette.[8]

–¿He de entender –preguntó el señor Aston– que prevés que me promocionen en el campo de batalla?

–¡Santo cielo, no! –le explicó su sobrino–. Serás un soldado tan desastroso que si te recomiendan para otro cargo será para librarse de ti.

Es de obligada honestidad confesar que la entrada del señor Aston en la Gran Guerra no fue de las triunfales. Cierto es que el día en que se alistó, como soldado raso, John Bull[9] dijo que la guerra casi había terminado, pero nada más. Habría causado más conmoción si hubiera faltado al Empire una noche de estreno en los viejos tiempos.

Dado que el batallón estaba en tiendas de campaña, a él lo metieron en una en la que había once ayudantes de sastrería de Gales, así como un joven vendedor de periódicos que había abandonado un floreciente negocio individual en la céntrica Tottenham Court Road.

El trece es un número desafortunado. El señor Aston le comentó esto al cabo, pero éste no era supersticioso.

–De todas formas –dijo–, es sólo una noche. Por la mañana vendrán dos más.

Y así la larga guerra seguía adelante. El soldado Aston, el Gordo, no

era capaz de sostener el rifle hacia arriba de manera elegante con la mano derecha, del mismo modo en que nunca conseguía mantener la mano firme cuando soplaba un viento fuerte. Aston adoptaba lo que supuestamente era la postura de lanzamiento y arrojaba granadas de fogueo a un espacio impreciso e indefinido. Hasta que, tal y como su sobrino había predicho, los oficiales empezaron a cansarse de él y lo recomendaron para otro puesto.

La salida del batallón por parte del soldado Aston causó más revuelo que su llegada. El repartidor de periódicos de Londres lo felicitó casi con lágrimas en los ojos:

–Es lo mejor que podría haber pasado, Gordo, amigo mío. Siempre me has preocupado, desde el primer momento. Eres demasiado inútil para el Ejército.

Los once ayudantes de sastrería de Gales se pusieron en pie y, al unísono, le imploraron que les dijera cómo se las había apañado. El sargento mayor, a quien dos veces le habían denegado un ascenso en razón de su inexperiencia, dijo que, por lo que había visto de él, sus hombres estarían encantados de seguirlo a dondequiera que quisiera llevarlos. El jefe de pelotón observó desconcertado:

–Debemos de andar muy escasos de oficiales…

Tres meses después, durante un curso de cadete de guarnición en Cambridge, al señor Antony Aston lo enviaron, con una estrella en el uniforme y todo, a una insignificante unidad que cavaba trincheras en la costa este de Inglaterra y preparaba a jóvenes que aún no tenían edad suficiente para que los mandaran al extranjero.

El nuevo oficial se dirigió al norte, con malos presentimientos, en la solemne reclusión de un vagón de ferrocarril de primera clase. En el mismo tren, con destino a la misma unidad, sin aprensiones de ninguna clase, viajaban el soldado raso Charles Moon y otros jóvenes, todos cantando de camino a cualquier aventura que pudiera estar aguardándolos.

Por suerte para el señor Aston, tenía un ordenanza que no era una persona corriente. Por qué el soldado Higgins, bien superada la edad militar, seguía en el Ejército sólo era asunto suyo y, ya que seguía, estaba decidido a sacarle el mayor provecho posible. Al estudiar a su nuevo oficial llegó a la conclusión de que ahí estaba la respuesta a sus plegarias: agradable, cordial, un verdadero ricachón, de hecho. No de

los que lo guardan todo bajo llave ni tampoco de los que te tienen todo el día atareado, a menos que te pague por ello. «¡Éste valdrá!», había murmurado el soldado Higgins para sus adentros después de su primera entrevista, y, tras embolsarse su primera media corona, se había dirigido a la cantina a beber a la salud de su nuevo jefe.

Fue el soldado Higgins quien se procuró alojamiento en la granja de los Dale y eligió al joven Moon para que compartiera con él aquel paraíso que tan celosamente vigilaba. Esto no fue un impulso generoso. Si no elegía a un compañero de alojamiento, le habrían impuesto uno, así que buscó a un joven inexperto que no fuera muy quisquilloso. Y su elección fue Charley.

Un compañero ideal. El joven soldado abrillantaba todas las botas y botones, mientras el mayor se sentaba en la única silla cómoda y le hablaba por el bien de su espíritu.

–Lo que a ti te hace falta, Charley, muchacho, es un poco más de garbo. De verdad que da pena el porte que tienes. Tú no matarías ni a una mosca. Yo te enseño a abrillantar botones y botas. Te enseño a quitar las manchas de una guerrera. Te enseño a ponerte las bandas de protección de las piernas… y el resultado es un fracaso. Ni un niño del asilo aprendería nada de ti. Lo que a ti te hace falta, Charley, muchacho, si no te molesta que te lo diga, es un poco más de garbo y, si no sabes qué es el garbo, yo te lo explicaré. El garbo, Charley, muchacho, es lo que diferencia un andar elegante del de una pata de palo. Es lo que hace que un tipo vaya por la calle con su guerrera como si la hubiera comprado con su última paga y todavía le quedara un poco para invertirlo en bonos de guerra. El garbo hace que un ordenanza suplique trabajo y que un encargado de suministros crea que es un desastre de hombre. Las niñeras se achantan ante el garbo, y se sabe que incluso algunas camareras se muestran menos formales…

»El problema es, Charley, muchacho, que no tienes un verdadero interés en la vida; tú quieres establecerte y tener a una muchacha a tu lado. Una noche con una chica te sentaría de maravilla.

Inclinado sobre la guerrera del oficial que se le había confiado, Charley Moon se preguntaba si debería decirle al soldado Higgins que él ya sabía un poco de chicas. En la granja de los Dale, aparte de ellos dos, vivían el granjero y su esposa, además de la rolliza muchacha de campo Jessie Consuelo, conocida, inevitablemente, por los más procaces, como Consuelo de las Tropas. A Charley lo habían nombrado proveedor del desayuno, y sus obligaciones lo llevaban al segundo mejor dormitorio, donde levantaba las persianas, le daba una

palmada al bulto de sábanas que era la rolliza muchacha de campo y la invitaba a levantarse.

Esas juguetonas chanzas, basadas en la rutina cuartelera, habían dado lugar, poco a poco, a una amistosa relación que iba desde las toscas payasadas hasta las confidencias íntimas por ambas partes. Sentado al borde de la cama, el soldado Moon se enteró de que la señorita Consuelo estaba falta de azúcar y haría cualquier cosa dentro de lo razonable por aquellos caramelos duros que sólo se conseguían en la cantina militar. Por una afortunada casualidad, Rose le había enviado a Charley un paquete de sus caramelos favoritos, que le valieron al joven un pegajoso beso de la agradecida doncella… con la promesa de otros favores futuros. Cualquier cosa dentro de lo razonable es una expresión flexible. Charley se preguntó si debería decirle al soldado Higgins que los botones brillantes no eran lo único que atraía a las chicas cuando los caramelos escaseaban y había una guerra en curso.

Otra grata característica de la vida en la granja de los Dale era la posibilidad de cazar un poco. Cuando el granjero descubrió que su huésped más joven era más que hábil con un arma, sacó una antigua escopeta, un par de hurones y un puñado de redes para conejos. Desde entonces, los sábados por la tarde estuvieron consagrados a la caza. Ni siquiera las lisonjas de la rolliza muchacha podían apartar a Charley de su primera y, hasta el momento, única pasión.

Aquella zona costera de Yorkshire era muy diferente de los humedales de Little Summerford, del mismo modo en que sus gentes diferían de las personas que Charley había conocido en el sur. Las condiciones de vida, más difíciles, habían producido al parecer un carácter más duro, y, aunque eran muy amables, llamaban al pan pan, y al vino, vino. Charley se preguntaba qué habría hecho el granjero si una mañana se hubiera levantado un poco antes y lo hubiera encontrado retozando con la muchacha rolliza. Probablemente los habría zurrado a los dos con el cinturón. Mejor sería ir con cuidado o podría perder un buen alojamiento. Mientras tanto, había un conejo a la carrera. El soldado Moon apuntó el cañón de la vieja escopeta y se vio el blanco rabito del conejo dando tumbos como un trozo de tiza que bajara rebotando por una empinada colina.

–¡Caramba! –exclamó el granjero–, sí que te enseñó tu padre a disparar.

–Aprendí yo solo –dijo Charley.

–Pues se te da de miedo –gruñó el granjero.

Una tarde, el soldado Higgins regresó a la granja con cara de funeral y anunciando que todo estaba perdido. El soldado Moon esperó a que se explicara.

–Estamos acabados, Charley, muchacho, acabados, sin remedio, finí.

–¡Cuenta! –dijo Charley.

–Es mi oficial –explicó el soldado mayor–. Le ha pasado algo terrible.

–¡Cuenta! –dijo Charley otra vez.

–Voy yo y entro con el té, y ahí está él, tumbado hecho un desastre y con los ojos enrojecidos, sin haber pegado ojo en toda la noche. «El té, señor», le digo. Dejo su guerrera en la silla y me preparo para salir a toda prisa por si quisiera encargarme algo. Pero me detiene… «¡Higgins! –me dice apoyando en una mano su pobre cabeza agotada–, siéntese un minuto y escuche con atención.» Bueno, por supuesto, me figuro que tiene una de esas resacas que cualquiera de nosotros podría tener. O que tiene un pequeño lío de faldas y quiere que yo le sugiera una solución. O que tiene una deuda de órdago. Pero no es nada de eso.

–Cuenta –dijo el soldado Moon.

–Es peor que cualquiera de esas cosas, y eso que una deuda te borra la sonrisa de la cara, créeme. Peor que cualquier mañana tras una mala noche. Peor que ver a un duende sentado a los pies de tu cama señalándote con un dedo hendido y chillando: «¡Has sido tú, has sido tú, has sido tú! ¡Sí, has sido tú, estúpido! ¡Has sido tú!». –El soldado Higgins hizo una pausa para lograr un efecto dramático–. Charley, muchacho, ¡ese pobre tipo se ha buscado un empleo!

–Ah, ¿y ya está? –dijo aliviado su espectador–. Bueno, ¿por qué no? Le sentará bien. Está demasiado gordo, por cierto. ¿Y por qué le preocupa eso a usted?

Acto seguido el soldado Higgins le explicó al neófito la relación que tradicionalmente había entre el oficial y su sirviente, a quienes el cielo había tenido el deseo de juntar.

–¿No ves, Charley, muchacho, que es como un matrimonio? Hay un acuerdo y tienes que cumplirlo. Sus problemas serán tus problemas, al igual que su whisky será tu whisky. Tienes que estar a las duras y a las

maduras. Si no compartes sus penas, no puedes fumar su tabaco, al menos no con la conciencia tranquila.

–Y, dicho todo esto –dijo el soldado Moon–, dicho todo esto, ¿cuál es ese preciado trabajo que ha conseguido su compañero?

–Oficial de espectáculos… Ése es el trabajo que mi señor Aston se ha buscado.

–Oficial de espectáculos –repitió el soldado Moon–. A mí no me suena nada mal.

–Un oficial de espectáculos –dijo el soldado Higgins– es lo menos serio del batallón. Ha conseguido el trabajo porque nadie más lo quiere. Se quedan esperando a que llegue algún pobre diablo, se sientan y se parten de risa. Yo lo he visto. Y no sé por qué no se lo advertí a mi oficial. Nunca me lo perdonaré. ¡Jamás!

»Lo primero que ocurre –continuó el soldado Higgins–, es que pide voluntarios y, cuando llega a la reunión, se encuentra el barracón abarrotado con criaturas medio tontas a las que han engañado diciéndoles que es Navidad y que Santa Claus está repartiendo regalos para todos. Lo siguiente que ocurre es que el oficial les dice a los soldados que, si no participan, los hará desfilar a una hora intempestiva para esos pobres tipos que rondan por las tabernas intentando seducir a las muchachas del pueblo los jueves por la tarde. Que eso ayude yo no lo creo.

»Por último –concluyó el narrador–, el oficial de espectáculos recurre a su ordenanza (que soy yo) y a algún tipo compasivo (que eres tú) para que formen lo que él llama el nuclio de una compañía de variedades, después de lo cual nos pintamos la cara de negro, nos hacemos preguntas tontas el uno al otro, y el público nos abuchea con todas sus ganas. Suerte tendremos si no empiezan a tirarnos cosas. Y vas y me dices que por qué me preocupo.

–¿Le ha dicho usted todo esto a su compañero? –preguntó Charley Moon con tono de espanto.

–¡Decírselo a él! Ni hablar. ¿Por qué iba yo a partirle el corazón a ese pobre tunante nada más empezar? Ya se dará cuenta él mismo, y bien pronto.

Cuando pusieron el aviso en el tablón, el señor Aston pasaba casualmente por allí. Dos cabos se habían detenido para leer la buena nueva.

–Condenados artistas aficionados –dijo el primero–. Muchachos vestidos de mujer… y magos.

–¡O imitaciones! –se burló el segundo–. Imitaciones asombrosas y realistas del canto melodioso del mirlo y de un tren de mercancías saliendo de un túnel.

A pesar de todo, la primera reunión no fue tan deprimente como el soldado Higgins había temido. Se presentaron dos a la prueba, en parte porque era una noche de lluvia y en parte porque habían agotado su crédito en la cantina. El director le dio un chelín a cada uno, los despachó con alegría y probó de nuevo, con mejores resultados. Los ensayos se convirtieron en algo divertido y cordial porque había cerveza abundante y gratis. Como había predicho el cabo pesimista, hubo un mago y un imitador, que, muy sensato, decía a quién imitaría antes de hacerlo. No obstante, el principal ingrediente del éxito fue la cerveza. El señor Aston estrenó su proyecto con cerveza, hizo los ensayos con cerveza y llegó a buen puerto con cerveza.

El estreno fue triunfal a pesar de que entre el público había unos cuantos disidentes que habían creído que habría cerveza gratis a ambos lados de las candilejas. El comandante dio un agradable discursito en el que sugirió que el espectáculo que había en cartelera en el Teatro Alhambra de Leicester Square, Londres, no debería dormirse en los laureles, y que el alboroto de la compañía celebrando –con cerveza gratis– su éxito podría oírse en el pueblo de al lado.

Los soldados Higgins y Moon se habían sentado al fondo con la muchacha rolliza, y, mientras Charley acompañaba a casa a la señorita, el ordenanza del señor Aston se dirigió hacia la zona de la que procedía el alboroto de los juerguistas para ver si su oficial necesitaba ayuda con la cerveza.

Higgins regresó a la granja en un estado de profunda depresión. Una vez más el mundo se había dislocado, se había armado una buena y todo estaba perdido. Era evidente que el soldado Higgins estaba desconsolado. Charley esperó una explicación.

–¿Y qué te imaginas –preguntó el soldado Higgins– que van a hacer ahora esos pobres simplones? Están tan encantados consigo mismos que han embaucado a ese desgraciado para que dirija una pantomima en Navidad. ¡Una pantomima! ¿Qué sabrán ellos, por Dios bendito, de pantomimas? Eso es para los profesionales. No puedes montar una pantomima a base de cerveza. Tenemos que buscar a alguien que

conozca el paño. Si no, mi oficial está acabado y yo pierdo mi bicoca.

Sin embargo, como ocurre siempre, cuando menos se esperaba llegó la solución. En el batallón apareció uno de esos tipos insulsos que inevitablemente había encontrado la forma de vestir aquel insulso uniforme. Tenía el mentón azulado, una mirada muy intensa y le sobraba uniforme por todas partes. Un triste espectáculo. El soldado Higgins, que sentía la necesidad de fumar tranquilo un cigarrillo, lo encontró acechando, sin arriesgarse, a la acogedora sombra del incinerador.

–Hola, colega –dijo–. ¿A qué chanchullo te dedicabas en la vida civil?

En vez de aceptar este amistoso preliminar con buen ánimo, el recién llegado pareció molesto.

–¡Chanchullo! –exclamó–. ¡Pero bueno! Qué manera de referirse a las actividades de un profesional. ¡Cómo que chanchullo! Me pregunto qué será lo siguiente.

–Escucha, compañero –dijo el soldado Higgins–, te he hecho una pregunta amable y esperaba una respuesta amable. ¿Por qué te avergüenzas? Me figuro que has estado en chirona. ¿Y qué tiene eso de malo? De todas formas, si es un secreto de estado, olvídalo. Toma un pitillo.

Para no seguir siendo descortés, el otro aceptó esa ofrenda de paz.

–Ya que preguntas, te responderé –dijo–. Yo soy actor…

El soldado Higgins dio un salto y casi aterrizó en el incinerador. ¡Un actor! Así que la era de los milagros no había terminado. Con todo, no sería conveniente precipitar las cosas.

–¿Qué clase de actor? –preguntó Higgins con prudencia.

–Como servidor del público que soy –respondió el otro–, he tenido el privilegio de servirle en casi todo tipo de funciones. Un hombre, en su vida, interpreta muchos papeles.

–¿Alguna vez ha actuado en una pantomima?

Una pregunta indiscreta para alguien que ha tenido el privilegio de servir al público en clásicos ingleses de la comedia, la farsa, el melodrama… y del Bardo. El ofendido intérprete contempló a aquel profano preguntón como quien mira un despreciable objeto

encontrado bajo una piedra. Entonces dijo:

–Una estrella bailaba y bajo esa estrella nací yo. He seguido incluso los pasos del gran Grimaldi.[10]

–¿Y eso qué significa? –preguntó el perplejo aficionado.

–Que he actuado en pantomimas –admitió el servidor del público.

–Qué suerte –dijo el soldado Higgins.

–Es cuestión de opiniones. He actuado en pantomimas sólo cuando me he visto obligado por…, bueno…, las circunstancias –contestó el admirador del Bardo.

–Todo depende de eso –dijo el soldado Higgins–. Si no hay pantomima, no hay beneficios… ni cerveza gratis… La vida sería una larga faena de limpieza…, de pelar patatas… Pero, si se une usted a los Aston's 'Erald Angels, la vida será una dulce melodía.

–¿Está usted ofreciéndome un contrato? –preguntó el asombrado actor.

–Algo por el estilo –concedió el soldado Higgins–. ¿Algún comentario?

–Supongo que me darán el camerino de la estrella…

–¡Conforme! –dijo el soldado Higgins.

–Debo insistir en que mi nombre aparezca por separado en el programa, por encima del título de la obra…

–Dicho y hecho –dijo el soldado Higgins.

–¿Qué pantomima se proponen ustedes producir?

–Elija usted mismo –dijo el soldado Higgins.

–¿Esperan ustedes que yo me haga cargo de la producción?

–Quién mejor –dijo el soldado Higgins.

–Necesitaría un director de escena competente.

–Tengo al hombre indicado –dijo el soldado Higgins.

–Tendría que aprobar el guion.

–¡Naturalmente! –dijo el soldado Higgins.

–¿Quién va a escribir esta pantomima?

–¡Usted! –dijo el soldado Higgins.

El actor se sintió abrumado. Era casi demasiado bueno para ser verdad.

–¿Esto es –preguntó– una proposición seria?

–Venga a la granja de los Dale después de la cena –dijo el soldado Higgins– y verá usted lo seria que es.

5

Aquella noche la suerte de los asuntos de Charley Moon estaba subiendo como la marea en la granja de los Dale, en la solitaria costa de Yorkshire. Sentado a la mesa de la cena, el soldado Higgins se refirió de forma enigmática a hechos sensacionales que estaban por suceder, y el escenario estaba preparado para la función cuando su invitado apareció en escena.

El recién llegado no perdió tiempo. Puesto que aquello parecía un trabajo profesional, debían empezar y proseguir de la misma forma: poniendo las cartas sobre la mesa. Él, por su parte, estaba preparado para poner todo el peso de su reputación profesional en el proyecto (pausa dramática). Sin duda, los otros conocían el nombre de Harold Armytage (pausa). ¡Harold Armytage! (repetición). Harold Armytage…

La bomba no explotó. Ninguno de los presentes había oído hablar de Harold Armytage. Charley estaba entusiasmado hasta la médula, aunque en silencio. El granjero sólo estaba remotamente interesado; su esposa lo miró buscando orientación, no la encontró y volvió a bajar los ojos a su plato. La muchacha rolliza soltó una risita nerviosa. Se estaba produciendo una incómoda pausa cuando el soldado Higgins salió al rescate.

–¿El auténtico Harold Armytage? –preguntó. Y, al asegurársele que en efecto así era, hizo la única observación posible:

–¡Que me aspen! –dijo el soldado Higgins.

–Quién lo habría pensado –murmuró el granjero.

–Vaya, de verdad, menuda sorpresa –gorjeó la esposa del granjero.

–¡Toma! –jadeó la muchacha rolliza.

–¿Es usted un actor de verdad? –preguntó Charley Moon.

Una sombra cruzó el semblante del desconocido.

–¿Que si soy un actor de verdad? –repitió–. Lea esto y dígame si soy un actor de verdad. ¡Venga, léalo! –Y, mientras Charley recogía el

pringoso montón de recortes de periódico, el desconocido añadió–: Mis notas de prensa: el Bacup Sentinel, el Pudsey Telegraph, la Todmorden Gazette… Y me preguntas si soy un actor de verdad.

–Nunca he ido al teatro –dijo Charley–. ¿Cómo iba a saber si es usted un actor de verdad si nunca he visto a ninguno?

–Tienes razón –admitió el señor Armytage–. No importa, ya has visto a uno. ¿Cómo dice el Bardo? «Hay un cambio de suerte en los asuntos humanos…»[11] Bueno, devuélveme esos recortes de prensa: valen una fortuna.

El granjero, que ya había aguantado más de la cuenta toda aquella tontería, se levantó pesadamente mientras su esposa recogía los platos sucios y le hacía un gesto con la cabeza a la muchacha rolliza para que la siguiera a la cocina. La joven estaba a punto de hacerlo cuando el señor Armytage, que le había estado lanzando miradas de admiración, la detuvo poniéndole una mano en el hombro.

–La señorita se queda –dijo con firmeza–. Necesitaremos una encargada de vestuario. Siéntese, querida, y participe en nuestras deliberaciones. Quién sabe, puede que incluso pongamos un poco de sex-appeal en el esquema de nuestra obra.

Ante tan descarado pretexto la muchacha rolliza soltó otra risita nerviosa, la esposa del granjero sorbió por la nariz con incredulidad y la puerta de la cocina se cerró dando un portazo.

Durante las dos horas siguientes, el señor Armytage explicó sus ideas sobre los retos del actor profesional, las tragedias de la escena profesional y los triunfos de… el señor Armytage. Enfatizó los aspectos más interesantes de su discurso con episodios que iban desde lo dramático hasta lo sentimental, en los que la muchacha rolliza se convirtió en su contrapunto, su cómplice y su títere. Recorriendo toda la gama del teatro clásico, la joven se convirtió, por turnos, en Ofelia, hija del viejo Polonio; en Lady Macbeth, y en la Julieta del balcón.

–¡Mirad cómo apoya la mejilla en la mano! –tronó el señor Armytage–. ¡Ay, si yo fuera un guante de esa mano!, ¡si pudiera tocar esa mejilla! [12]

–¡Ya basta, granuja! –chilló la muchacha rolliza en tímida protesta–. Va usted a acabar conmigo, de verdad que sí.

–¡Habla! –resonó el señor Armytage–. Oh, habla otra vez, ángel de luz…[13]

Y, una vez más, la muchacha rolliza le dijo que, si no paraba, tendría que denunciarlo, vaya que sí.

Entonces el soldado Higgins, que tenía sus propias opiniones sobre la muchacha rolliza, preguntó si no era hora de hablar de la pantomima.

–¡La pantomima! –dijo el señor Armytage–. ¿Qué pantomima?

–Nuestra pantomima –respondió el soldado Higgins con frialdad.

–¿No es mejor Shakespeare? –sugirió el trágico–. No vamos a desperdiciar este diamante en bruto…

–Bruta se va a poner, desde luego –contestó el soldado Higgins–, si no le deja la rodilla en paz.

En ese momento llamaron con fuerza a la puerta.

–¡Toc, toc! ¿Quién es? –exclamó el señor Armytage–. Es un granjero que se ahorcó porque esperaba abundancia…[14]

Pero se equivocó, por una vez. Era la esposa del granjero.

–Si no deja salir a la muchacha enseguida –dijo–, entraré yo a por ella.

–La campana del final del día –dijo el señor Armytage abriendo la puerta con toda la dignidad que pudo reunir–, la campana toca a difuntos…[15] ¡Ya voy, ya voy! Te lo ruego, recuerda… [16]

Y así terminó el primer ensayo. Fue todo tan maravilloso que Charley Moon tuvo problemas para seguir el hilo. Medio embriagado por la jerga teatral de aquel actor de tres al cuarto, estaba emocionado por el toque maestro de ese hombre de mundo que había dominado a la muchacha rolliza como si fuera un gatito. Hasta el soldado Higgins se había quedado boquiabierto, lo cual no le hacía mucha gracia. Pero el soldado Higgins sabía lo que le convenía y era ya perro viejo como para preocuparse por nimiedades de ese tipo.

A la mañana siguiente, después de colocar la guerrera de su oficial en el respaldo de la silla y las botas al lado de la cama, sacó a colación el asunto de la pantomima. A continuación el señor Aston dijo cosas sobre las pantomimas en general, y sobre aquella pantomima en particular, que demostraban lo profundamente que un ser humano puede penetrar en los abismos de la aflicción.

El soldado Higgins, con mucha mano izquierda, pronunció palabras de

consuelo.

–No se preocupe, señor –dijo–. Lo tengo todo organizado. Es pan comido. Usted espere tranquilamente hasta que yo diga «adelante» y no piense más en ello. Anoche lo arreglamos todo…

–¿Quién lo arregló? –preguntó el señor Aston.

–Armytage y yo.

–¿Armytage? ¿Quién es Armytage?

–Llegó con el destacamento de ayer.

–¿Puede confiar en él?

–Es de lo más retorcido –admitió el soldado Higgins–, pero no se puede tener todo. Es actor, y ¿ha conocido usted alguna vez a un actor que fuera de fiar? No se puede confiar en ellos, en especial respecto a las mujeres.

–No suena muy halagüeño.

–Déjemelo a mí –dijo el soldado Higgins–. Lo tengo justo donde quiero, y si intenta algo raro lo mando a las letrinas, que es el lugar que le corresponde.

El segundo ensayo fue más productivo que el primero. Respaldado por una nota de la sala de mando, el soldado Higgins puso al señor Armytage en su sitio de una vez por todas. El señor Armytage, al parecer, iba derecho a la brigada de limpieza cuando el soldado Higgins hizo que lo transfirieran a la compañía de variedades. Sólo la intervención personal del soldado Higgins evitó aquella terrible catástrofe. El soldado Higgins se había pasado de rodillas la mitad de la noche rogándole a su oficial que librara al señor Armytage de tal degradación. Al señor Armytage lo habían indultado, pero aún seguía bajo vigilancia: a la menor broma del señor Armytage lo devolverían al centro de dispersión. Una palabra del soldado Higgins y… La lectura de esta amonestación, así como el hecho de que la muchacha rolliza no estuviera presente en el turno de noche, despejó mucho el ambiente. El soldado Higgins presidió la reunión.

–He tenido una charla con mi oficial –dijo el presidente–, y hemos decidido nombrar al soldado Harold Armytage encargado de tareas varias de este grupo. Para eso recibirá un ascenso especial: trabajará, provisionalmente, sin cobrar, para aumentar la dignidad de su

situación. Tendrá carta blanca, bajo mi supervisión, para elegir una pantomima y dirigir a un grupo de actores con la finalidad de representarla como es debido. ¿Algún comentario?

El soldado Armytage, con el miedo a la brigada de limpieza todavía en el cuerpo, preguntó si se le permitiría tener un ayudante eficaz que hiciera las veces de director de escena, utilero y apuntador.

–Muy razonable –dijo el presidente–. El soldado Moon, aquí presente, se encargará de esas tareas.

Charley Moon apenas podía creer lo que oía. Iba a convertirse en un actor de verdad, a codearse con ese gran hombre que había actuado en todos los teatros del país. Él, Charley Moon, sería director de escena, apuntador y utilero, todo a la vez…

–¿Qué viene ahora? –preguntó el presidente.

–¿Qué pantomima ha pensado usted? –preguntó el señor Armytage.

–Eso es cosa suya –le recordó el presidente.

–¿Cenicienta? –sugirió el productor, que trabajaba, provisionalmente, sin cobrar.

–De acuerdo –respondió el presidente. Y Cenicienta fue.

El señor Armytage, que se había formado en la última de las compañías teatrales ambulantes y en ciudades industriales menores, conocía su trabajo como la palma de su mano, y Charley Moon aprendió muchísimo durante las semanas siguientes. Sentado a una mesa de caballete copió, al dictado del autor, la historia de Cenicienta, con diálogos, canciones y las acotaciones al completo. El señor Armytage, dando zancadas de un lado a otro del barracón como un tigre enjaulado, era un torrente constante de chistes, parloteo y juegos de palabras en pareados, recopilados de quién sabe cuántas pantomimas, de quién sabe cuánto tiempo atrás.

Cuando la historia quedó finalmente narrada, cuando Cenicienta se había casado con su Príncipe, y las Hermanastras habían recibido su merecido, el señor Armytage se dedicó al problema del reparto de papeles de su obra maestra.

–Sólo hay un papel que me preocupa de verdad –dijo.

–¿Cuál es? –preguntó Charley.

–Buttons, el sirviente –fue la respuesta–. Es bastante fácil encontrar actores cómicos puros y actores serios, sin embargo, cuando se trata de una mezcla de los dos, con un poco de sentimentalidad… es un quebradero de cabeza para el director.

–¿Buttons no es un personaje cómico?

–Sí y no –explicó el señor Armytage–. Es cómico hasta cierto punto, cuando se burla de la Dama y las Hermanastras, pero cuando actúa con Cenicienta tiene que mostrar verdadero sentimiento: una mezcla de humor y dramatismo… al estilo de lo que hacía Dan Leno…

–Yo sé mucho de Dan Leno –dijo Charley–. Actuaba en un lugar llamado Drury Lane; y salía disfrazado de anciana.

–Muy cierto –convino el señor Armytage–, aunque podía interpretar cualquier cosa, y yo preferiría haberlo visto interpretando a Buttons antes que a todas las damas de la cristiandad.

–¿Por qué no interpreta usted a Buttons en nuestra pantomima? –interrumpió Charley.

–Soy demasiado mayor –suspiró el señor Armytage–. He perdido todas las ilusiones. Buttons simboliza al joven que busca en vano el ideal. Para interpretar a Buttons tienes que tener el coraje de tus sueños. Tienes que creer en Santa Claus, tienes que creer en Cenicienta, tienes que creer en la chica perfecta. Es un papel para un muchacho, y yo tengo a un joven a la vista… –El señor Armytage se detuvo–. Tengo un joven a la vista –continuó– que sería el perfecto Buttons… Tan bueno como hubiera podido serlo Dan Leno en su mejor momento.

A Charley le molestó ese comentario. Hacía que su primer héroe, descubierto en el desván de Little Summerford, pareciera poca cosa. Sin embargo, el señor Armytage debía saber lo que decía; Charley tenía gran fe en el señor Armytage.

–¿Y quién –preguntó– podría ser un Buttons tan bueno como hubiera podido ser Dan Leno?

–¡Serías tú, Charley! –fue la sorprendente respuesta.

Charley Moon miró al señor Armytage con el profundo desdén que se siente por el graciosillo que estropea una conversación interesante con un chiste malo. Allí estaban los dos solos teniendo una charla estupenda, y el señor Armytage tuvo que echarla a perder.

–Eso no tiene gracia –murmuró Charley.

–Pero si lo digo en serio, Charley –dijo el señor Armytage–. Lo digo totalmente en serio. Si te puedo dar mi opinión, con la preparación adecuada serías tan buen Buttons como lo habría sido Dan Leno.

Cuando el señor Armytage se dejaba llevar, decía muchas tonterías románticas sobre cualquier cosa que se le pasara por la cabeza. Y, sabiendo eso, Charley Moon se tomaba todo lo que decía con algo de escepticismo y daba por hecho que estaba con otra de sus bromas. Sin embargo, el señor Armytage sabía reconocer lo bueno cuando lo veía.

–¿Tienes alguna habilidad especial, Charley? –le pre-guntó.

Charley Moon reconoció que había cantado en el coro y que sabía tocar un poco la armónica.

–¡Magnífico! –dijo el señor Armytage–. Ahora escúchame con atención: Buttons está enamorado de Cenicienta. Todo el mundo sabe que no tiene posibilidades con ella, pero el público está de su parte, y cada vez que muestres compasión por el pobre diablo te adorarán. Cuando Cenicienta sufre un trato injusto de una de las hermanastras, Buttons tiene que entrar e interponerse. No debe dejar que lo pisoteen como un felpudo viejo; si así fuera, el público lo despreciaría. Tiene que ser un alegre pajarillo, aunque no tan alegre como para no inspirar compasión. ¿Entiendes la idea?

–Lo intento –dijo Charley.

–Estás todo el tiempo en la cuerda floja –le recordó el señor Armytage–. No debes hacer de Buttons un cómico puro, capaz de valerse por sí mismo, ni tampoco convertirlo en un pobre infeliz incapaz de matar una mosca. Ahí es donde entran las habilidades especiales. Has cantado en un coro. ¿Conoces una canción titulada «Angels Guard Thee»? ¿Sí? Cántala.

Charley Moon cantó «Angels Guard Thee», pero algo le pasó a su voz en la última nota alta.

–No te preocupes –dijo el señor Armytage–. Tanto mejor si se te quiebra un poco la voz en las notas altas. Ahora tócala.

Charley tocó la canción con la armónica que Rose le había regalado.

El señor Armytage estaba encantado.

–¡Tienes un don! –murmuró, en parte para sí mismo–. Esto no va a darme ningún trabajo. Ahora escúchame, Charley. En la escena del palacio, cuando Cenicienta va a casarse con el Príncipe y tú has sufrido el rechazo definitivo, tú estás fuera y le cantas una serenata. ¿Cómo era la letra?

Charley cantó:

Sigue durmiendo, aún no es de día,

que los ángeles te guarden, amada mía,

hasta el amanecer.

En las últimas palabras, la voz de Charley se deslizó hacia una nota trémula, si bien a su oyente pareció gustarle más por esa razón.

–Maravilloso –dijo el señor Armytage–. Eso evita que resulte demasiado meloso. Hazlo así, pero que no parezca que es a propósito. Un efecto accidental, lo que podría ocurrirle a un pobre tipo de tu edad embargado por la emoción. Vas a ser un exitazo, ¡los vas a conmocionar! Si se le hubiera ocurrido a Charlie Chaplin…

La pantomima fue un éxito, aunque no fue Charley Moon quien se llevó las ovaciones. Los novatos que formaban el batallón le silbaron a la muchacha rolliza, que interpretó al Príncipe Azul con mallas y oropeles, y se desgañitaron con las toscas payasadas de las Hermanastras; sin embargo, el papel de Buttons, con sus luces y sus sombras, los dejó indiferentes. Hasta que al pobre trovador no se le quebró la voz nadie le prestó atención. Una risa burlona recorrió los bancos del fondo. Cuando cerró el telón, Charley se quitó a tirones los pantalones de cuadros y el chaleco de tela escocesa –los atavíos del dolor–, los lanzó a un rincón y se adentró en la noche…

Si hubiera esperado habría oído a la esposa del coronel decirle a su marido:

–¿Quién era ese muchacho que ha interpretado a Buttons? Me ha parecido encantador. Ha hecho que quisiera reír y llorar al mismo tiempo.

6

A principios de la primavera llegó una carta de Rose: «Sé cómo sois los dos sobre lo de escribiros, así que he pensado que debería decirte yo que tu padre ha estado muy enfermo. Y se le ha metido una cosa en la cabeza. Creo que deberías venir a verlo, si puedes sacar algo de tiempo…».

Charley captó la ironía. Era algo muy propio de Rose: no se quejaba, pero te dejaba las cosas claras. Muy de chicas, también, creer que uno podía obtener un permiso cada vez que quisiera. ¿Es que no sabía que había una guerra?

Una pobre excusa que encubrió muchos pecados durante aquellos años de guerra. Entre la pantomima y por hache o por be, el soldado Moon no se había acercado a Little Summerford desde que se alistó en el Ejército. La mayoría de los muchachos se iban volando a casa cada vez que tenían un breve permiso, casi siempre para ver a alguna chica con la que estuvieran saliendo, y volvían con un montón de fotografías, que se pasaban unos a otros en la cantina. Sin embargo, por alguna razón, Charley no se había tomado la molestia de regresar. Le mostró la carta al soldado Higgins, quien habló con el señor Aston, quien a su vez lo mandó a casa con un permiso por motivos familiares.

Rose estaba esperándolo en la estación.

–Caramba, Charley –dijo–, qué elegante estás con el uniforme. Casi te queda bien… por algunos sitios. ¿No había nadie que te lo arreglara un poco? ¿No hay chicas allí o es que les gusta verte hecho un pingajo?

Charley la miró por el rabillo del ojo. Algo le había pasado a Rose mientras él había estado fuera. Estaba más lustrosa y tenía más color. Cuando él se marchó al norte, Rose era una cosilla diminuta; no habrías vuelto la cabeza para mirarla. En cambio, ahora… Charley empezó a darse cuenta de por qué otros chicos se iban a casa en cuanto tenían ocasión y volvían con los bolsillos llenos de fotografías…

–Ahora corre a ver a tu padre –dijo Rose–. Querrá que le cuentes muchas cosas. Cuando se lo hayas contado, ven a la tienda y haremos algo con esa guerrera; no puedo dejar que vayas por ahí con pinta de

espantapájaros. Ya que no te vemos mucho, al menos que te veamos en condiciones.

Cuando Charley llegó a su casa encontró a su padre esperándolo junto a la chimenea.

–Bueno, ya estás aquí –dijo el molinero.

–Sí, papá –dijo Charley.

–¿Ha ido todo bien?

–Sí, gracias, papá –dijo Charley.

–¿Mucho viaje?

–Bastante, papá.

–¿Qué te parece lo de ser soldado?

–No está mal…

Charley Moon se rebulló nervioso en su silla. Quería contarle a su padre muchas cosas. Todo lo de la pantomima, y el señor Armytage, y que estaba alojado en una granja. Quería preguntarle cómo iban las cosas en Little Summerford y si la vieja rueda seguía funcionando. Pero, sobre todo, quería reconfortar a ese anciano cansado y solitario… Sin embargo, por alguna razón, no le salían las palabras. Podrían haber sido dos extraños que coincidían en un vagón de tren por primera vez.

–Parece que no te dejan salir –dijo el molinero–. Yo creía que te darían algún permiso mucho antes. Estaba a punto de escribirte y luego pensé que quizá mejor no. De todas formas, ha pasado mucho tiempo.

–Más vale tarde que nunca –dijo Charley cuando lo que quería era ponerle el brazo a su padre alrededor de los hombros y hablar con él como un verdadero hijo, con el corazón. Pero le faltaban las palabras.

–Querría haberte dicho cómo están las cosas –continuó el anciano–. Son un desastre, Charley; he hecho que todo sea un desastre increíble, en todos los aspectos, un desastre increíble…

Aquello fue terrible. Charley Moon sabía que, si no hacía algo, nunca se perdonaría, nunca en su vida. Acercó su silla.

–Escucha, papá –dijo–. Si estás preocupado por lo que vaya a ser de mí cuando vuelva del Ejército, puedes olvidarte. El viejo molino seguirá ahí después de ti, y nadie vendrá a molestar hasta que acabe la guerra. En la granja donde me alojo dicen que las cosas mejorarán en el campo. Los precios están subiendo, y lo único que tenemos que hacer es resistir y no preocuparnos. No se gana nada preocupándose; la mitad de las cosas por las que nos preocupamos nunca ocurren. Y, de todas maneras, has hecho todo lo que has podido, y, si alguien tiene la culpa, soy yo. Yo no te he servido de nada, bien lo sabe Dios, pero este trabajo nunca ha sido lo mío y hay muchas cosas que me gustan más. Ya hemos tenido bastantes molineros en la familia. Yo voy a dedicarme a otra cosa, así que no te preocupes por mí. No lamentaré perder de vista el molino ni los humedales, si se da el caso. Dan más problemas de lo que valen.

–Pero Charley –dijo su padre–, yo siempre creí que te encantaba este lugar.

–No lo soporto –mintió Charley–. Para ti es distinto. Crees que es una maravilla porque tu padre y tu abuelo vivieron aquí. Estás dispuesto a sacrificarte para que siga en la familia, pero a mí no me verás en ésas. Cuanto antes nos libremos de esto, mejor para mí. Mañana ya es tarde.

El molinero Moon se tragó esta heroica mentira, y la medicina le sentó bien.

–Pero tendrás que trabajar en algo, Charley –dijo–. El dinero no crece en los árboles. ¿Cómo te ganarás la vida?

–En el Ejército –dijo Charley– siempre enseñan una profesión a los nuevos reclutas. Te preguntan qué quieres ser cuando acabe la guerra y entonces te dan la oportunidad para que empieces.

–¿Qué te están enseñando a ti, Charley? –preguntó el padre.

–Ingeniería –dijo Charley Moon–. ¡Ingeniería agrícola! Tú no te das cuenta, encerrado aquí, pero ésta es una época de maquinaria. Muy pronto todas las granjas funcionarán así. Todo estará mecanizado. Tractores en lugar de caballos, cosechadoras traídas de Estados Unidos… No reconocerás el campo. El maíz se deshojará en los sembrados, el heno se enfardará en los prados y las vacas se ordeñarán con máquinas. Y tú esperas que me quede en este agujero intentando sacar unos peniques de este ruinoso molino de agua. Nada de eso.

–Bueno, Charley –dijo el molinero–, eso lo cambia todo. ¿Para qué he estado todos estos años preocupándome por lo que sería de ti? ¿Por

qué no me lo habías dicho antes?

–No lo pensé –dijo Charley.

–Es que yo creía que te encantaban estos viejos humedales.

–No puedo ni verlos –dijo Charley–. ¡No me encontrarían allí ni muerto!

Al fin y al cabo, puestos a decir una mentira, hay que decirla bien.

Cuando su padre se quedó dormido en su silla, Charley fue carretera abajo a hablar con Rose. Al verla sentada con su guerrera en las rodillas, una cinta métrica al cuello y la boca llena de alfileres, no pudo evitar pensar en lo diferente que era Rose de algunas de las chicas que había conocido últimamente. Si era porque en el norte eran de otra manera o porque al ver que eras del Ejército se les metían ideas en la cabeza, Charley no lo sabía, pero parecía que sólo pensaban en una cosa, y no era precisamente coserte la guerrera. Aunque ella era más joven que él, Rose tenía un toque sereno, maternal.

–Caramba, Charley –dijo poniéndole la cinta métrica por los hombros– qué grande te estás haciendo. No me extraña que parezcas una salchicha embutida en una tripa demasiado pequeña. Si no dejas de crecer, no encontrarán nada que te quede bien.

Eso fue muy ingenioso por parte de Rose, porque para Charley siempre había sido un tema delicado el ser un poco endeble.

–Mira cómo he tenido que mover estos botones hacia fuera –continuó–. Y he tenido que sacar unos centímetros de la espalda. Suerte que dejaron margen para agrandar, aunque de qué sirve si está todo por dentro y no se le da utilidad. Bueno, vamos a ver cómo te queda, y no te remenees como las anguilas que cogíamos en los humedales o acabarás pinchándote con un alfiler.

Rose le ayudó a ponerse la guerrera, se la alisó en los hombros y le dio un tironcito de los faldones. Entonces se retiró un poco y lo miró.

–No hay duda: la milicia te sienta bien, Charley –dijo–. Eres el doble de lo que eras cuando te marchaste. ¿Es la comida que te dan, la instrucción o levantarte temprano por las mañanas? Yo no te dejaría solo con esas chicas de Yorkshire, no te perdería de vista.

–Tú tampoco has perdido el tiempo –dijo Charley Moon comparando a

aquella nueva Rose con la chiquilla a la que dejó cuando se marchó, hacía menos de doce meses.

–Ah, no te preocupes por mí –dijo Rose–. Eres tú a quien hay que cuidar, o esas chicas de Yorkshire no recuperarán su inversión. ¿Cómo son, Charley? Distintas de las nuestras, seguro. No me extraña que no vengas tanto como podrías, y nosotros preguntándonos si estarías vivo o muerto.

–¡Como si te fueras a preocupar! –dijo Charley.

–Pues no sé –dijo Rose. Tenía otra vez la guerrera sobre las rodillas y estaba dando puntadas donde antes estaban los alfileres–. Nunca he sido de olvidar a los viejos amigos.

–No pensaba que lo fueras –dijo Charley–, pero, mirándote, tampoco diría que te hayas quedado esperando, porque había mozos por aquí que sabían distinguir algo bueno cuando lo veían.

–No hace falta que seas hiriente –soltó Rose cosiendo con vehemencia–. Cree el ladrón que todos son de su condición.

Charley aceptó ese desaire con calma.

–Si yo fuera uno de esos mozos –dijo–, no miraría mucho más allá de lo que tengo delante en este momento. ¿No tienes un cabo bueno y formal que te lleve al cine, Rosita bonita?

–¡Un montón! –dijo Rose–. Los tengo haciendo cola. Anoche había tres escaleras apoyadas en la ventana de mi cuarto.

–No pierdas el tiempo con cabos –le aconsejó Charley–. ¡Son muy quisquillosos! Se toman la vida demasiado en serio.

–Mis cabos, no –dijo Rose–. ¿Cuándo tienes que volver, Charley? ¡El viernes! ¡Qué suerte!

–¿Suerte? –exclamó el soldado Moon, pillado con la guardia baja por una vez–. ¿Suerte por qué?

–Porque –dijo Rose– los jueves seguimos cerrando temprano.

A la mañana siguiente, Moon el molinero parecía otro hombre. Todas sus preocupaciones por el futuro parecían haber desaparecido y le preguntó a su hijo con interés por las perspectivas de la ingeniería

agrícola para los años venideros. Charley tuvo ciertas dificultades para salir del paso y, cuando llegó Rose después de cerrar la tienda, apenas pudo creer lo que veía.

–Caramba, Charley –dijo– sí que has sido reconfortante. Qué bien que se me ocurriera escribirte. –Y entonces tuvo que estropearlo todo añadiendo–: Si hubieras venido antes, en vez de dejar a tu padre solo todos estos meses, qué diferente habría sido todo.

Después de acomodar al enfermo en su sillón, Charley y Rose salieron en dirección a los humedales, como dos jóvenes que vuelven a echar una mirada a la antigua guardería en la que jugaron juntos. Bajaron por el canal, donde el agua de la tormenta de la noche anterior aún cubría los profundos surcos de las ruedas hidráulicas, siguieron la curva del vado y entraron en el prolongado humedal por la valla blanca.

Allí fue, bajo los olmos, donde los grajos aleteaban y reñían unos con otros por entre las altas ramas, donde Rose anunció su gran sorpresa.

–Han salido las meleagrias –dijo–. Vine temprano para asegurarme. Están preciosas.

En eso, mientras su acompañante seguía caminando, sin decir nada, ella lo miró con un sentimiento de profunda desilusión.

–¿No te alegras de haber llegado justo a tiempo de ver las meleagrias, Charley? –preguntó–. Creí que querrías saber antes que nada si habían salido. –En vista de que él seguía sin contestar, Rose le puso la mano en el brazo.

–¿Qué pasa, Charley? Estás preocupado por algo. ¿Por qué no me dices qué es? Te sentirás mejor si te explayas. ¿Es por mi culpa?

–No –dijo Charley–, no es culpa tuya, Rose. ¿Cómo iba a ser culpa tuya?

–Entonces, ¿qué es? ¿Estás preocupado por tu padre?

–No –volvió a decir Charley–. No estoy preocupado por él, ya no. He hecho todo lo que podía hacer por él.

–¿Es algún problema con el Ejército, con una chica o con lo que sea? ¿Has hecho algo malo, Charley?

–No –dijo Charley Moon–. No he hecho nada malo… O sea, nada en

concreto.

–Entonces, ¿por qué no quieres ver las meleagrias, los humedales y el río? ¿Es que ya no te gustan como antes?

–Más que nunca –dijo Charley.

–Muy bien –dijo Rose–, si eso es todo lo que tienes que decir, mejor volvemos a casa. Para qué vamos a seguir aquí como dos tontos. Y yo, que pensé que te gustaría volver a ver todo esto… –Rose se echó a llorar.

Así las cosas, Charley le contó que todo su mundo se había venido abajo, que había encontrado a su padre enfermo de preocupación porque tendrían que vender el molino y no quedaría nada para nadie…

Rose estaba desconcertada.

–Pero parecía muy contento –dijo–. Hacía años que no lo veía tan contento. ¿Cómo te las has apañado para arreglarlo todo, Charley?

–Le he dicho –respondió Charley Moon– que el viejo molino, el río y los humedales me importan un pimiento, y que lo único que quiero es librarme de todo ese ruinoso negocio. Por eso está contento. No le preocupaba el molino, le preocupaba yo, así que le he dicho que era un viejo tonto por compadecerse de alguien que no se lamenta en absoluto.

–¿Y eso es verdad, Charley? –preguntó la joven.

–Por supuesto que no. Pero ¿qué iba hacer si no? ¿Cómo iba a dejar a mi padre ahí sentado como un viejo perro de aguas que te mira mientras tiene una pata atrapada en un cepo? Algo tenía que decir, ¿no?

–Claro que sí –dijo Rose–. Te admiro, Charley. Creo que es maravilloso por tu parte. Todo se arreglará, ya lo verás… Bueno, olvidemos el asunto. Vamos a imaginar que todo ha sido un tonto malentendido y que todo es tuyo para siempre jamás.

–Ojalá pudiera decir amén –dijo Charley Moon.

Las meleagrias de los humedales, conocidas como cabezas de serpiente debido a su forma y sus colores, un poco siniestros, eran una maravilla. Si uno no se había perdido alguna vez en los humedales del

alto Támesis, no podía hacerse una idea de la extraña impresión que creaban tantos acres de aquellas extrañas flores. Imagínese millones de víboras verdes, con la cabeza púrpura y la lengua amarilla, en posición de ataque, formando una espesura como la de un campo de dientes de león y ranúnculos. Aquí y allá, por un extraño capricho de la naturaleza, las flores son blancas, lo cual, unido a sus colgantes cabezas blancas, probablemente explique su otra denominación popular: damatriste. Millones de ellas –literalmente millones– crean una imagen inolvidable.

Así es la Fritillaria meleagris, o cabeza de serpiente, una especie de cruce entre un tulipán y una orquídea silvestre, si bien no pertenece a ninguna de las dos familias. Donde crecen las meleagrias lo hacen en pródiga abundancia, pero lo más probable es que uno se pase la vida buscándolas y nunca las encuentre.

Charley Moon se detuvo y contempló aquel mar púrpura, en el que asomaban motas blancas.

–Una vez tuve una idea –dijo–, cuando mi padre me contó por primera vez que nos estábamos arruinando. Pensé en alquilar un camión y contratar a un puñado de mozos para que lo llenaran de estas flores y llevaran el cargamento a Covent Garden. Como un tipo al que yo conocía, que sacó los ingresos de un año con un campo de champiñones. Pero no hice nada. Cuando me decidí ya estaban por todas partes y era demasiado tarde. Sin duda ya se habrían marchitado cuando las lleváramos al mercado, aunque no habría pasado nada por intentarlo. Podríamos haber salido del paso durante una semana o así.

–No empieces a preocuparte otra vez –dijo Rose–. Era una idea estupenda y puede que alguna vez lo hagas. De todas formas, para este año ya es tarde; no te daría tiempo a encontrar a unos mozos que las recogieran.

–Siempre es tarde –dijo Charley Moon–. Pero me habría gustado ver las caras de esos tipos en Londres cuando llegara yo con mi camión de cabezas de serpiente. Habría merecido la pena, aun a pesar de que no habría vendido ni un par de ramilletes.

Esta ocurrencia de Charley los hizo reír a ambos.

–Hubo otra ocasión –dijo– en que los granjeros estuvieron quejándose por el precio que les daban por la leche. «¿Por qué no dejan ustedes de lamentarse? –le pregunté a uno de ellos–. ¿Por qué no dejan de

lamentarse y hacen algo?» «Para ti es muy fácil hablar –dijo–. ¡Tú, con tu molino! No te haría mucha gracia si vieras que estás vendiendo la leche por menos de lo que cuesta producirla.» «Si alguna vez me viera en ese caso –le dije–, cogería un camión…»

–¡Otro camión! –se rio Rose.

–Sí –dijo Charley–, siempre hay un camión. «Si yo me viera en ese caso –le dije a aquel hombre–, llenaría un camión de lecheras, lo metería en Trafalgar Square, y tiraría toda la leche por una alcantarilla.» Eso le dije.

–¿De qué serviría eso? –preguntó Rose.

–Enseguida lo verías –dijo Charley–. A la mañana siguiente los periódicos estarían llenos de fotografías de granjeros tirando leche buena por las alcantarillas porque no les merecería la pena venderla. Eso habría puesto muy nerviosos a los londinenses, a quienes les da igual lo que les ocurra a los demás mientras a ellos les vaya bien. Tienen un dicho sobre eso en Yorkshire.

–¿Cuál? –preguntó Rose.

–No puedo decírtelo –se rio Charley–. Es demasiado bruto para tus jóvenes oídos.

Desde el campo de meleagrias pasearon hasta el arroyo visitando todos sus lugares preferidos de camino. Estaba la profunda poza donde la corriente, al girar en ángulo recto, creaba un refugio para la gran trucha; estaba el bajío lleno de grava por el que se podía cruzar sin mojarse los pies y estaba el corral bajo la orilla, donde vivía la anguila. El senecio, con sus grandes flores doradas, estaba en su mejor momento y las altas espigas verdes asomaban donde hubiera iris amarillos.

–Siempre pienso –dijo Rose– que si los iris amarillos fueran tan escasos como las orquídeas y las orquídeas fueran tan comunes como los iris amarillos, las damas elegantes llevarían iris a los bailes.

–¿Por qué no llevamos algunos a Londres? –sugirió Charley.

–¡En un camión! –se rio Rose.

Las flores de cuclillo aún no habían brotado, mientras que en el extremo del bosque ya asomaban las campanillas. Las nomeolvides bordeaban la orilla del arroyo, y, cuando Charley y Rose se detuvieron

para recoger unas pocas, percibieron el aroma de la menta de agua que habían pisado. Unas cuantas anémonas blancas, casi tan delicadas como las campanillas, se mecían con cada soplo de brisa que bajaba por el arroyo. Los ranúnculos teñían de oro las zonas más altas del humedal.

–Qué pena que no podamos vender los ranúnculos –dijo Charley.

Rose lo miró con su mirada de siempre.

–Charley Moon –le dijo–, no piensas más que en ganar dinero.

–Ya era hora de que alguien lo hiciera –dijo Charley.

Rose movió la cabeza con seriedad.

–No estés tan seguro –dijo–. Hemos pasado una tarde muy feliz y no tenemos ni cuatro peniques entre los dos.

–Dame el dinero y compraré toda la felicidad que quiera –le dijo él.

–Si el dinero es lo que te hará feliz, espero que encuentres todo el que quieras, aunque yo no contaría con eso, Charley. Es como los ranúnculos: están muy bien donde crecen, pero son singulares y se marchitan cuando te los llevas a casa.

Charley Moon miró hacia el final del campo amarillo.

–Muy bien –dijo–, en ese caso sólo se puede hacer una cosa: ir adonde crecen los ranúnculos.

Una leve brisa fría agitó las lánguidas meleagrias. Rose se estremeció en sintonía con ellas.

–Deberíamos irnos –dijo–. Si nos quedamos aquí más tiempo tu padre se despertará y se preguntará qué ha sido de nosotros…

Rose no tendría que haberse preocupado. Al regresar, encontraron al viejo molinero muerto en su silla. «Con el mismo aspecto –como dijo la anciana a la que habían llamado para que se ocupara de él– que un niño al que acaban de decirle que va a una fiesta.»

Después del funeral un anciano caballero de rostro amable llevó a Charley Moon a un rincón y le dijo algunas cosas que él ya sabía. La propiedad estaba hipotecada hasta el último ladrillo. Cuando se vendiera no quedaría nada, ni un penique. No obstante, los acreedores pagarían sin duda alguna las costas, y la venta podría cubrir los gastos

del funeral. Él, su abogado, se encargaría de todo. Charley no tenía que preocuparse…

–No me queda nada por lo que preocuparme –dijo el soldado Moon.

El caballero soltó una tosecilla nerviosa.

–De hecho –convino–, el asunto en realidad no le concierne a usted en absoluto. Debido a la desafortunada situación financiera de su padre, difícilmente se le puede considerar a usted parte de cualquier procedimiento subsiguiente. Puede que haya algunas cosas que firmar, transferir su interés nominal en la propiedad, pero eso sería sólo cuestión de minutos. Le enviaremos los papeles y, a buen seguro, su comandante le aconsejará. Una vez firmados, mándenoslos. Mis clientes esperan aclarar el embrollo lo antes posible. En fin, aunque de facto ellos son los propietarios, no podían hacer nada para proteger sus intereses en vida del arrendatario ahora fallecido.

–El viejo duró más de la cuenta, ¿no? –sugirió Charley.

El abogado se mostró un poco ofendido.

–Se podría decir –admitió– que el difunto señor Moon fue algo insensato, tal vez mal aconsejado sería una forma más generosa de decirlo, al no…, al no…

–Prever el mercado alcista –dijo el soldado Moon.

–Así es –asintió el abogado–. Es posible, incluso probable, que ciertos ajustes en el momento oportuno hubieran podido, como solemos decir, reportar beneficios; sin embargo, eso era asunto suyo exclusivamente. La guerra es una gran niveladora…

–O te sube o te baja de nivel –dijo Charley.

–No cabe duda de que ha estimulado la demanda de propiedades agrícolas –convino el abogado–. Bien, señor Moon, me alegro de haberlo conocido, incluso en tan tristes circunstancias. Si hay algo que yo pueda hacer…

–No se preocupe por mí –dijo el soldado Moon–. A partir de ahora me valdré por mí mismo.

–¿Tiene algo en mente? –preguntó el abogado.

–Y tanto que sí –dijo Charley–. Estoy buscando un atajo hacia el lugar



donde crecen los ranúnculos.

7

El Día del Armisticio fue muy agitado. En el comedor de oficiales algún héroe anónimo metió un petardo en el piano mientras el comandante estaba cantando «The Holy City»; el encargado del rancho, quien, como el amonal, absorbía la humedad enseguida, le dio un beso de buenas noches al capellán, y, al haberse acabado el oscurecimiento, las mujeres de los cuerpos auxiliares se fueron a dormir con las persianas levantadas.

Al día siguiente todo era conmoción: la legión de Fred Karno[17] estaba de camino. El ejército reaccionó rápidamente. Había que relevar lo antes posible a las tropas de ultramar con aquellos mayores, jóvenes, débiles y lisiados de toda clase cuyo papel de reservistas hasta entonces se había restringido al territorio de Gran Bretaña. Alguien de Whitehall[18] apretó un botón y el anuncio se hizo público. Al cabo de una semana, el soldado Moon, el señor Armytage y una panda de tipos similares fueron a parar a un pueblo minero belga donde los recibieron cual héroes victoriosos que hubieran ganado la mayor guerra de la historia mundial. Sólo el soldado Higgins quedó atrás. Nada de aventuras en el extranjero para el soldado Higgins. A otro perro con ese hueso. Las cosas iban mejor en el East End; los evacuados volvían en tropel a sus madrigueras; había un puesto de vendedor ambulante disponible en Mile End Road…[19]

Querido Charley, muchacho [escribió el señor Alfred Higgins]:

Lamento no haberos visto a los otros chicos y a ti partir hacia tierras extranjeras; pero, a decir verdad, estaba ocupado agenciándome un permiso por motivos familiares que desde entonces se ha convertido en un ausente sin permiso hasta nueva fecha, y nadie ha preguntado nada. La verdad es, Charley, muchacho, que se han metido en tal embrollo con esta desmovilización que están encantados de perdernos de vista, así que aquí estoy, vestido de paisano una vez más, como probablemente seguiré…

No hables de esto con nadie, Charley, porque si empiezas a contarlo, morirás en el intento. Se rumorea que este lío de «los últimos en llegar son los primeros en salir» no saldrá bien, y que los que se irán a casa serán los que puedan demostrar que tienen un negocio al que volver.

No sé cuál es tu situación, Charley, muchacho, pero, si puedes birlar un pase de tu oficina militar, yo haré que te lo firmen, sin que le falte un detalle, y estarás de regreso en Inglaterra en menos que canta un gallo. No lo dejes para muy tarde, muchacho; los trabajos vuelan, como quien dice, y el primero que llega se lleva el gato al agua, según el dicho…

P.D.: esto vale también para ese viejo charlatán, Ormitage, pero, si se cree que va a tener un trabajo en mi calle, que vaya pensando en otra cosa.

Charley Moon guardó esta cordial carta en su macuto y se olvidó de ella por completo. Lejos de querer dejar el Ejército, estaba mejor nunca. No había que cavar trincheras, ni tampoco hacer instrucción ni guardias nocturnas, y todo el mundo te tenía por un héroe. Es verdad que no podías hablar con las muchachas, pero hablar no lo era todo, y lo que hicieran ellas por una libra de azúcar o un paquete de té era asunto suyo.

Además, estaba el teatro. No un barracón convertido en teatro, como el de Yorkshire, sino uno de verdad, con candilejas y butacas de felpa…, con todos los detalles. Poco después de su llegada a Bélgica los hicieron formar, y un oficial les preguntó si alguno tenía experiencia en las tablas. Fieles a la tradición militar, todos permanecieron firmes, como un puñado de maniquíes de sastrería. Todos, excepto el soldado Harold Armytage, que oyó trompetas celestiales y, dando un paso adelante, salió de la fila, espléndida figura solitaria recortada contra el amanecer.

–¿A qué se dedicaba usted en la vida civil? –preguntó el oficial.

–Era actor –respondió el señor Armytage.

–¿Aficionado o profesional?

El señor Armytage se estremeció. ¡Lo que hay que aguantar! Después de una vida consagrada a esa profesión, verse insultado por aquel imberbe. El señor Armytage, haciendo de tripas corazón, guardó la compostura y un digno silencio.

–Miedo escénico, ¿eh? –sonrió el oficial.

–¡Miedo escénico! –tronó el señor Armytage–. «Dame el papel del león, y rugiré de tal manera que a todos les conmoverá oírme.

Rugiré…»

–No hace falta que grite –dijo el oficial.

–«Rugiré –continuó el actor–, rugiré con la dulzura de una palomita; rugiré como si fuera un ruiseñor.»[20]

–Preséntese en el Cuerpo de Trabajadores de la División –dijo el oficial–. Están buscando cantantes para la compañía de variedades.

El señor Armytage se quedó helado. Su sorpresa fue mayúscula; perdió la compostura. Se le abrió la boca… y abierta se le quedó. Cantante…, ¡en una compañía de variedades!

–No me dé las gracias –dijo el oficial–. Nos gusta que cada uno se sienta en su salsa, cuando nos es posible…

El señor Armytage causó gran impresión en el Cuerpo de Trabajadores de la División y enseguida tuvo a todos comiendo de su mano. Poco después llamaron al soldado Moon al cuartel general, donde encontró al gran hombre rugiendo como un león, como una palomita y como un ruiseñor, todo al mismo tiempo.

–Charley –dijo–, estamos de suerte. Estos pobres tipos no tienen ni dos dedos de frente. Lo han dejado todo en mis manos; eres mi director de escena, y, si jugamos bien nuestras cartas, nos espera la temporada de actuaciones más larga que se haya visto. Ahora bien, faltan dos meses para Navidad, así que repetiremos la pantomima que hicimos el año pasado, pero con mejoras. Ven a ver la parte de atrás del escenario: te conmoverá.

Aquélla fue la primera vez que Charley estuvo en las entrañas de un teatro de verdad. Mientras miraba hacia el auditorio, su compañero tiró de una palanca y las candilejas cobraron vida. Desde los bastidores llegó una risita.

–Señoras y caballeros –entonó el señor Armytage–, esta noche tenemos el honor de contar con la presencia del cómico mundialmente famoso Charley Moon. Agradeciendo de antemano su amable atención, recitará «Don't go down the mine, Daddy– they've taken the ladder away!». Bueno, Charley, sólo por comprobar la resistencia del edificio, canta un verso de «I'll Meet You Half-way, Dear», como en ese poblacho de Yorkshire.

Charley lo intentó, pero no le salían las palabras.

–Adelante –dijo la voz procedente de los bastidores–. Estamos gastando mucha electricidad y no es gratis.

–No puedo –dijo Charley.

El señor Armytage volvió a reírse.

–Es por las candilejas –le explicó–. Te aíslan del público. No ves a los buenos amigos, aunque los oirás perfectamente, una vez que empieces. Espera a encontrarte bajo el balcón de Cenicienta y a cantar «Angels Guard Thee».

–¡Ni hablar! –dijo Charley Moon–. No me importa encargarme de las luces y los telones, si me enseña usted, y tocaré la armónica, pero ni hablar de volver a cantar, ni hablar, después de la última vez.

–No seas tonto –dijo el señor Armytage–. Tienes mucho que aprender y nunca tendrás otra oportunidad como ésta. Puede que no le dieras la entonación o el ritmo debidos. Eso nos puede pasar a los mejores. Recuerdo que hablando con Seymour Hicks…

–¿En el Garrick? –se burló Charley.

–No –dijo el señor Armytage–, en aquella ocasión invitaba yo a las copas. Fuimos a mi club, el Athenaeum, y a Seymour, bendito sea, se le ocurrió decir que en la función de tarde habían tenido un público difícil. «No le eches la culpa a la clientela, Seymour –le dije–, tu sentido del ritmo fue espantoso. Yo estaba allí y vi lo que pasó. Por ejemplo, ese momento en el que estabas de acá para allá entre la puerta de la habitación y la ventana desde la que se veía París. Había una escena muy divertida y te saltaste la mitad. ¿Por qué? Porque era una función de tarde y tú querías irte al hipódromo.»

–¿Cómo se lo tomó? –preguntó Charley.

–Me miró directamente a los ojos –dijo el señor Armytage–, estuvo en silencio un minuto entero y entonces dijo: «Por Dios, Harold, viejo amigo, tienes razón. ¡Un sentido del ritmo espantoso! Horrible. No volverá a pasar. ¿Sabes lo que haré el próximo jueves? Pondré a mi suplente». Un tipo incorregible, ese Hicks, ¡pero qué artista! No fallaba una cuando de verdad se aplicaba… ¿De qué estábamos hablando, Charley?

–Estábamos hablando de que no voy a cantar «Angels Guard Thee» –dijo Charley–, pero no se preocupe usted. Entiendo lo que dice, y lo que le sirvió a Seymour Hicks me sirve a mí. La próxima vez que

hagamos esa parte del balcón…, pondré a mi suplente.

La pantomima de Cenicienta, producida, como el señor Armytage había prometido, con mejoras, se representó dos meses y fue un éxito rotundo. Alquilaron un decorado especial en Bruselas y un cuerpo de bailarinas hizo el trayecto desde París en dos ambulancias de la división. Los propietarios de ciertos establecimientos de dudosa reputación, que estaban notando la competencia, se quejaron ante las autoridades superiores de que aquellas señoritas estaban atentando contra la moralidad de los lugareños. Un oficial muy veterano llegó desde el cuartel general para asegurarse de que se había informado a la correspondiente división… y reservó asientos para todo el Estado Mayor para la tarde siguiente.

Con todo, a finales de febrero los ánimos andaban por los suelos. Las tropas, ansiosas por la desmovilización, sólo pensaban en irse a casa, y Charley Moon, aunque no tenía hogar al que ir, se contagió de la inquietud general. Una mañana estaba dando vueltas por la habitación que compartía con su director teatral cuando éste levantó la mirada de una carta que estaba leyendo.

–Siéntate, Charley –le dijo–, y escucha esto. Hay un gerente al que conozco que trabaja en ciudades pequeñas; está montando una compañía y quiere que yo interprete los papeles importantes. Me garantizaría un empleo. Eso significa que estaré fuera de aquí en quince días.

–Tiene usted suerte –dijo Charley.

El señor Armytage observó con los ojos medio cerrados a su joven compañero.

–¿Por qué no vienes tú también? –dijo–. Siempre hay sitio para uno más en esa clase de compañías. Yo podría arreglarlo. ¿Por qué no le pides a alguien de casa que te reclame y después te unes a nosotros? ¿No tienes a nadie?

–Sólo a una muchacha de una tienda –dijo Charley–, pero nunca ha dicho una mentira en su vida. Va en contra de su religión. Parece que no volveré a Inglaterra hasta después de dos años pisando barro.

–Entonces –dijo el señor Armytage– ya habrá actores a patadas y estarán haciendo funciones benéficas a favor de George Robey. Lo siento, Charley, me temo que has perdido el tren.

En eso Charley se acordó de la carta de Alfred Higgins, que seguía

guardada en su macuto. Aquella noche salió otra en dirección a Londres, y, al cabo de una semana, llegó un impreso oficial en el que se hacía constar que, a consecuencia de la desmovilización de las tropas, se licenciaría al soldado Charles Moon a partir del 4 de abril de 1919. El consejo militar agradecía al soldado Moon el excelente trabajo realizado durante la guerra y garantizaba la posterior notificación de cualquier gratificación a la que tuviera derecho…

Querido Charley, muchacho [había escrito el señor Higgins en una carta adjunta]:

Aquí va la orden de tu licencia, concedida a petición urgente de un servidor, que se ha asegurado de que se te dará empleo por un periodo de seis meses, pase lo que pase, después de lo cual a tu querido país le importa un pimiento lo que ocurra. Cualquier cosa con tal de librarse de ti, Charley, muchacho, y lo cierto es que, después de verte maltratando aquellas patatas, no puedo decir que no tengan razón.

P.D.: nada de bromas con ese viejo charlatán de Ormitage. Te labrarás un futuro en la profesión, Charley, muchacho, pero ese gasómetro humano me pone los pelos de punta.

El soldado Moon le mostró el impreso al señor Armytage, aunque la carta adjunta la dejó en el bolsillo.

–Un documento interesante –dijo el actor–. Si viniera de cualquier otra parte, podríamos suponer que es auténtico. Sin embargo, nos servirá. Ahora el invierno de nuestro descontento convertido en glorioso verano gracias a este hijo del mercado de Spitalfields.[21] ¡A los caballos, Charley, a los caballos! Y no tardemos en cumplir la orden de nuestra marcha.

Llegaron a Calais en el siguiente tren de licenciados; cruzaron a Dover –donde unos pocos descontentos, cansados de la guerra, se manifestaban en contra de que los enviaran de nuevo a Francia, ahora que el conflicto había terminado–, y se perdieron en el laberinto de callejuelas que conectaban las plazas y avenidas del West End londinense, meca de los sueños de un actor.

Al doblar una esquina, de pronto se encontraron frente a la rutilante fachada del Teatro Alhambra.

–¡Preciosa! –murmuró el señor Armytage–. Las doradas puertas del Paraíso… ¡cerradas, como de costumbre!

–¡A mí me recuerdan muchísimo a un campo de ranúnculos! –dijo Charley Moon.

Querido Charley [escribió Rose]:

Supongo que ya pronto dejarás el Ejército, aunque dicen que en estos casos el último que llega es el último que se marcha, de manera que habrá muchos que se vayan a casa antes que tú, por desgracia. Da lo mismo, Charley, muchos hay que nunca volverán, así que debes considerarte afortunado y decir: «Más vale tarde que nunca». Dicen que el molino se ha vendido y que lo van a convertir en una casa enorme. Ya era hora de que se hiciera algo con él, como tú siempre decías, pero ¿de dónde ibas a sacar tú el dinero? De trabajar en el campo, no, eso seguro. ¿Recibiste un paquete mío en Navidad? No te estoy regañando por no escribir, Charley, es sólo que, si se perdió, te enviaré otro en cuanto pueda reunir unas cuantas cosas. ¿O volverás a casa antes? ¿Volverás por aquí, Charley, o te irás a algún otro sitio? Siempre fuiste de los que anhelan ver mundo y quizá ésta sea tu oportunidad. Pero puedes venir a casa y establecerte cuando te canses de eso. Como el anciano señor Salt, que se fue a Londres y volvió con una pensión. No puedo contarte nada de los humedales, Charley, no me gusta ir ahora que ya no son tuyos. Alguien podría echarme con malos modos, y eso no me gustaría, después de lo bien que lo pasábamos allí. Bueno, adiós, Charley. Cuando tengas un minuto libre, escríbeme y cuéntame todas tus novedades…

«Let Us Take the Road», cantaban el capitán Macheath y sus secuaces en La ópera del mendigo; «Sigamos la dorada senda a Samarcanda», cantaban los mercaderes, más pacíficos, de Flecker en su obra Hassan. Rudyard Kipling envió a Kim y a su lama de aventuras por el colorido tapiz de la ruta del Gran Tronco, y los Cuentos de Chaucer se narraron a lo largo del camino que los peregrinos recorrieron hasta Canterbury.

La fantasía nunca pasa de moda. Incluso hoy, cada vez que llega la primavera, una alocada banda de felices lunáticos –actores, cantantes, bailarines, acróbatas y payasos de circo, descendientes directos de los bufones, los juglares y los trovadores– se prepara para tomar los caminos de Inglaterra: empiezan las giras de primavera.

Cuando Charley Moon se adentró en ese loco mundo de ilusión se llevó muchas sorpresas. La primera de ellas tenía que ver con el estatus del señor Armytage. Cierto es que Armytage interpretó una serie de papeles absolutamente vitales con diversos nombres artísticos, pero también fue mozo de equipajes, y Charley era algo menos que eso.

La gira de El expreso de medianoche se había organizado para presentar un famoso melodrama antiguo en ciudades industriales menores, conocidas en la profesión como las número tres. La troupe era magnífica, cómo no iba a serlo, con el propio señor Armytage interpretando un papel tan pequeño en su composición. Estaba encabezada por un distinguido actor trágico, que había encarnado al mismo personaje en el Lyceum, cuando ese antiguo melodrama era nuevo. La actriz protagonista era su tercera esposa, y la secundaria, una hija de un matrimonio anterior. Un agradable asunto familiar… o un claro ejemplo de nepotismo en su peor forma, si lo prefieren.

La mecánica de un melodrama itinerante al principio de los años veinte requería tiempo para montar los decorados más grandes, por lo que ese vacío lo llenaba un cómico que hacía un solo número, o dos cómicos en un número doble, delante de un telón. Sin inmutarse por el ruido de los tramoyistas y el martilleo de los carpinteros, esos héroes se acercaban a las candilejas y hacían un original esfuerzo que nada tenía que ver con la obra que se representaba. A esta cuestión no se le daba una importancia especial; no figuraba en el guion y no se

esperaba ni se recibía ningún reconocimiento.

Así pues, cuando la compañía El expreso de medianoche llegó a Oswaldtwistle y se encontró con que sus componentes habían desertado vilmente en route, el director le dijo al señor Armytage que rellenara los huecos y se olvidó del asunto.

No así el señor Armytage. En su nuevo alojamiento Charley Moon encontró a su compañero de habitación en un estado de alteración contenida. Al menos su gran oportunidad –ese cambio de suerte en los asuntos humanos– había llegado. Al día siguiente se despertarían siendo famosos.

–Que no te quepa la menor duda –dijo el señor Armytage–. ¡Vamos a tener un éxito colosal!

–¿Vamos? –dijo Charley sorprendido–. ¿Qué tengo yo que ver en esto?

El señor Armytage le explicó que él no era de la clase de personas que se guardan para sí algo bueno. Juntos habían subido la empinada cuesta y juntos contemplarían el panorama de su tierra prometida.

–Ni hablar, yo no –dijo Charley.

El señor Armytage ignoró la interrupción. La ocasión la pintan calva, y ahí estaba la ocasión de ambos de montar un buen número doble. Todos los grandes cómicos habían empezado así. Dos cómicos que se dan la réplica podían ir a cualquier sitio y hacer cualquier cosa. Podían actuar en los teatros de variedades, participar en una pantomima o ganar un dinero extra en los conciertos para fumadores.[22]

Una vez más, el destino agarró a Charley Moon por el cogote y lo arrastró por el camino que deseaba que recorriera.

–¿Qué quiere usted que haga? –preguntó.

–Salimos a escena encarnando a dos personajes relacionados con la historia. Esto es El expreso de medianoche. Pues bien, seremos una pareja de mozos de estación. Después elegimos algún número clásico y lo modificamos para que encaje con la situación. Por ejemplo, dos pintores que derraman un cubo de lechada y lo llenan todo…

–Podríamos encalar el túnel –sugirió Charley.

El señor Armytage consideró aquella inoportuna broma con una

mirada hosca.

–Tiene gracia, pero no nos sirve –dijo–. No interpretamos a unos pintores; interpretamos a unos mozos de estación y aprovechamos lo de los pintores… hasta cierto punto. Mientras que ellos suscitan carcajadas por tirar un cubo desde lo alto de una escalera, nosotros haremos que el público se desternille desparramando el equipaje de un pasajero por todo el andén.

–¿Eso tendrá gracia? –preguntó Charley.

–Depende –dijo el señor Armytage– de lo que haya en las maletas.

–¡Lechada! –sugirió su joven compañero.

–Ropa interior de señora –corrigió el señor Armytage–, un gorro de almirante o un par de botas sin cordones. Cualquier cosa inesperada… El elemento sorpresa…

–Puede que alguien se ría –admitió Charley–. Eso sí que sería una sorpresa.

–Una palabra más –dijo el señor Armytage– y estás despedido. Algunos tienen un gran futuro por delante y les falta la capacidad de verlo. ¿Es que no quieres ser un gran cómico en Londres y ganar quince libras a la semana?

9

Los dos mozos de estación no fueron, de inmediato, el clamoroso éxito que el señor Armytage había predicho.

Nadie les hacía caso. Mientras estaban en el escenario, el resto de la compañía estaba en los camerinos preparándose para la siguiente gran escena: el rescate de la heroína, a la que habían atado a los raíles en la boca del túnel. Cuando los tramoyistas terminaban de montar ese tremendo decorado, sonaba un silbato, se apagaban las luces y los dos cómicos tenían que desaparecer en la oscuridad. Pobres de ellos si seguían en el escenario cuando acababa el apagón.

Mientras se escabullían a toda prisa como un par de conejos asustados, las luces se encendían y aparecía un espectáculo en verdad aterrador: el enorme túnel, las bocanadas de humo y el villano afianzando los últimos nudos de las despiadadas cuerdas que ataban a la heroína a las vías. A lo lejos se oía el rumor del tren que se acercaba, el expreso de medianoche, conducido por el joven prometido de la virtuosa muchacha, que había preferido la muerte al deshonor.

Es un túnel largo, y el tren no llegará hasta dentro de otros cinco minutos. Aún hay tiempo para que la desdichada víctima cambie de opinión. El villano razona con ella. Le pinta el bello panorama de un camino de rosas. Si se entrega a él, viajará en un coche de dos caballos, irá cargada de diamantes y cenará en el Trocadero. Si continúa negándose, acabará hecha papilla por el expreso de medianoche, con el conductor, su prometido, recogiendo sus restos de debajo de las crueles ruedas. ¿Consentirá ella?

Esto requiere un poco de reflexión. Si alguno de ustedes se ha encontrado en una situación similar, estará de acuerdo en que la pobre muchacha tiene mucho en qué pensar. Al fin y al cabo, los diamantes son los diamantes, y cenar en el Troc es algo muy tentador. En el gallinero, los asistentes están divididos. Está la sección implacablemente virtuosa, cuyo lema es «Muerte antes que deshonor», y está asimismo el elemento más humano, ¡que ya quisiera tener una ocasión semejante!

El villano espera su respuesta. Del túnel salen más bocanadas de humo. Se oye el alarido de un silbato y, a dúo, una joven de la galería hace lo propio. El villano se agacha… y entonces, por encima del

rugido y el traqueteo del tren que se aproxima, llega con claridad la respuesta:

–¡No! ¡No! ¡Mil veces NO!

No cabe duda: una obra de teatro era una obra de teatro, incluso en tiempos tan tardíos como los primeros años veinte, en las número tres. En el norte industrial no se andaban con tonterías de salón. Nada de delicados entrantes. Ellos llenaban una jarra de dos litros y se tragaban hasta la última gota. ¿Dónde van ustedes a encontrar una situación semejante en el West End de hoy día? ¡Qué lejos han quedado las emociones de antaño!

Y así, El expreso de medianoche rugió y traqueteó en las provincias, hasta que se detuvo a descansar en una ciudad minera colindante con Yorkshire y Lancashire. La mala marcha de los negocios, atribuida a la competencia de otros entretenimientos, el clima desapacible y una tragedia reciente en una mina de carbón habían crispado los nervios de la población. Pese a todo, un partido de fútbol de la Liga del Norte regional sugería mejores condiciones. Si ganaba el club local, cabía esperar un nutrido número de espectadores el sábado por la noche, y aún podría salir todo bien. El señor Armytage y Charley Moon fueron a ver el partido y volvieron con la buena noticia de que los chicos del equipo local habían derrotado a los rivales. Tomaron abundante gelatina de pata de vaca, té cargado y hojaldres rellenos de pasas, y llegaron a la entrada del personal del teatro luciendo aún grandes escarapelas rojas, el emblema del equipo ganador.

El teatro estaba abarrotado. Los carteles de LOCALIDADES AGOTADAS llenaban las aceras. Todo el mundo estaba de buen humor. El patio de butacas estaba satisfecho; el fondo, eufórico; el gallinero y la galería, preparados para cualquier cosa… La clase de ambiente que uno encontraba en el Empire Music Hall el día de las regatas. El señor Armytage llevó estas buenas nuevas a los camerinos y recibió un puro a modo de recompensa.

Conforme se acercaba el momento de la gran escena del túnel, casi se sentía que la tensión del público podría ser excesiva. La heroína se puso un poco más de tiza en las mejillas y realzó su palidez mediante una pincelada de desafiante rojo y unos cercos oscuros en los ojos. El villano le dio un toque extra de vaselina a su sombrero de copa; el telón bajó ondeando sobre el decorado anterior… y aparecieron los dos mozos de estación…

Seguían llevando las grandes escarapelas rojas, emblema de los nuevos

campeones de la Liga del Norte. Unas enormes boinas escocesas de color rojo habían reemplazado a sus gorras de mozos, de color negro; Charley Moon llevaba un paraguas rojo y el señor Armytage había sobornado a su casera para que le cosiera un parche del mismo color en los fondillos del pantalón. Era un parche grande, y su portador no perdió ocasión de mostrárselo al público.

La heroína, atada a los implacables raíles y separada del alboroto por el espesor del telón, no estaba tan encantada. Insistió en saber qué se traían entre manos «esos dichosos cómicos», y, cuando se lo dijeron, ordenó a un carpintero que los detuviera. ¡Vanas esperanzas! El carpintero estaba sosteniendo la mitad del peso del túnel y no podía dejarlo.

La histeria colectiva puede ser contagiosa. En aquella ocasión se extendió, a través de la orquesta, hasta el escenario mismo. El trombón, en vez de preparar sus partituras para la música de fondo de la siguiente escena, se quedó en su sitio para ver qué estaba ocurriendo por encima de él. Ebrios de éxito, Charley Moon y el señor Armytage sacaron una pieza de barro bastante sospechosa de una de las maletas y le ofrecieron la copa al director de orquesta. ¡Qué desmadre!

En ese preciso momento ocurrieron varias cosas. Los carpinteros le indicaron al director de escena que el famoso decorado del túnel estaba montado. El director, a su vez, indicó a los cómicos que abandonaran el escenario y levantó el telón. Charley Moon y el señor Armytage desaparecieron y dejaron al infeliz director de orquesta con la copa, que el hombre agitó inútilmente hacia ellos. La heroína se tumbó en las vías del tren… El villano avanzó hacia las candilejas…

Pero el público no quería saber nada de él. Querían ver a los dos mozos de estación y estaban dispuestos a hacerlo. El villano pidió silencio. La heroína añadió estridentes protestas. El director de escena, presa del pánico, bajó el telón y volvió a subirlo… El público pedía que Charley Moon y el señor Armytage salieran a saludar, aunque todo aquel ajetreo no hizo más que echar leña al fuego.

Aprovechando su oportunidad, el director de orquesta les devolvió la copa, que Charley aceptó, con una leve reverencia, antes de hacer una salida triunfal… metiéndose en el túnel… ¡y dejando a la infeliz heroína atada a los crueles raíles, a merced del cruel villano, con aquel cruel expreso de medianoche dispuesto a pasar sobre ella en cualquier momento!

Sin embargo, los espectadores del sábado por la noche habían perdido, a esas alturas, el gusto por asuntos tan serios. Les apetecía más un poco de diversión; querían reírse y, sobre todo, querían que volvieran los dos mozos de estación, con la gorra escocesa, el paraguas rojo y la copa… Especialmente la copa.

Cuando vieron que no ocurría nada, se extendió una leve nota de frustración. El teatro está muy bien a su manera, incluso un poquito de Shakespeare se puede soportar si uno está por la labor, pero todo depende del momento y del lugar. El sábado por la noche, después de una victoria de los muchachos, requería un tratamiento más ligero… Un orondo pescadero –destacado hincha del equipo ganador y apodado el Bocina– rogó a los dos «lúgubres fulanos» que «se dieran prisa y acabaran de una vez». Cuando la heroína le preguntó al villano a qué se refería aquel hombre, el público se lo explicó…

Cuando por fin se bajó el telón, Charley Moon fue convocado al camerino del jefe, un honor muy poco habitual. Charley no era el único invitado. La actriz principal también estaba presente.

«Menuda recepción», pensó Charley. Si hubiera sido más observador, se habría dado cuenta de que la heroína estaba dando golpecitos en el suelo con su blanca zapatilla de seda: una señal de irritación, como cuando un gato mueve la cola antes de saltar.

–Bueno, Moon –dijo el jefe, que aún iba maquillado–, ¿está satisfecho?

–Sí, señor. Mucho, señor. ¿Y usted, señor?

De nuevo, un poco más de experiencia en la malicia del mundo podría haber advertido al oyente de que en la pregunta había algo más de lo que el oído escuchaba.

–Uy, sí, Moon, muy satisfecho, más que satisfecho, ¡mucho más! –respondió el jefe, mirando desde sus pobladas cejas–. Le han dado una gran ovación.

–Me alegro de que esté usted complacido, señor –dijo Charley.

–Llevo muchos años en esta profesión –continuó el actor veterano– y puedo decir sinceramente que nunca, en toda mi larga experiencia, he presenciado escenas como las que se han producido en nuestro teatro esta noche. Confío en no volver a verlas nunca más.

Ahí Charley empezó a sospechar que había gato encerrado.

–Han armado un poco de jaleo –admitió–. Pero, al fin y al cabo, señor, era después del fútbol; hay que ser comprensivos.

–No estoy culpando al público, Moon. Cualquier bobo puede hacer reír al público del sábado por la noche, pero no cualquier bobo puede hacer que paren. Éste es su primer contrato, según tengo entendido.

–Sí, señor –dijo Charley Moon.

–Tiene mucho que aprender. Me culpo a mí mismo, desde luego. Debería haber hecho ensayos de suplentes. Debería haber limitado su atrezo a algo razonable. Debería haber examinado el contenido de esas horribles maletas… ¿De dónde ha sacado el paraguas rojo?

–Le di seis peniques por él a un tipo, después del partido –respondió Charley.

El actor veterano cogió una moneda de un pequeño montón que había junto a su espejo.

–No me gustaría que perdiera dinero –dijo–. ¿Y ese otro… utensilio?

–Me lo prestó mi casera –dijo Charley.

–¡Qué amable! Las caseras han cambiado mucho desde mis días de juventud.

–Ella no sabe que me lo ha prestado.

El jefe, que no era mal tipo, sonrió si bien se detuvo en seco a causa de un movimiento impaciente que llegó desde el rincón del camerino en el que la heroína estaba ocupándose de su vanidad herida.

–¿Por qué puñetas no lo despides y terminamos con esto? –exigió. Eso era lo malo de los hombres. No tenían valor moral. Siempre intentando eludir las decisiones desagradables.

El jefe tosió como pidiendo disculpas.

–Ah, sí querida, por supuesto, se me olvidaba… Se dará usted cuenta, Moon, de que me ha puesto usted muy difícil seguir teniéndolo de miembro de mi compañía. La disciplina es tan esencial en el escenario como en las fuerzas armadas. A usted, que ha llevado el uniforme de su majestad, no tendría que decirle eso. Trabajará usted la próxima semana, bajo la estricta supervisión de mi director de escena; después será usted libre de aceptar otro contrato. Yo haré todo lo que esté en

mi mano…

–¡Ni hablar! –saltó la heroína–. ¡Yo me encargaré de eso! –Y, una vez expresada su postura, se marchó para tener un ataque de histeria en su camerino.

Todo ese tiempo Charley Moon había estado preguntándose por qué lo habían elegido a él para esa regañina. Quizá ya habían despedido al señor Armytage, que estaba ayudando a los tramoyistas a despejar el escenario y a cargar los decorados para el viaje del día siguiente, como si no hubiera pasado nada. En circunstancias normales Charley habría estado echando una mano, pero por alguna razón aquella noche no le apetecía. Iría a dar un paseo para calmarse después de tanta agitación y consultaría con el señor Armytage cuando volviera al alojamiento.

Allí encontró a su compañero de habitación esperándolo.

–Bueno, forastero –dijo el señor Armytage–, ¿se te ha subido el éxito a la cabeza? ¿Demasiado importante para ayudar a cargar las cosas en el camión? ¿Dónde te has metido todo este tiempo?

–Hablando con el jefe –dijo Charley.

–Te ha dado un puro a ti también, ¿no?

–No –dijo Charley–. No me ha dado ningún puro.

–¡Vaya! –suspiró el señor Armytage partiendo en dos su valioso regalo y entregándole con pesar una mitad a su compañero–. ¿Ha dicho algo de la actuación?

–Cree que ha sido divertida –dijo Charley.

–Bien –dijo el señor Armytage.

–¡Demasiado divertida! –añadió Charley.

–A-ah –dijo el señor Armytage.

–¡Más divertida de la cuenta! –concluyó Charley–. Me ha echado una buena bronca y después me ha despedido.

–¡Bien! –volvió a decir el señor Armytage.

Charley Moon lo miró estupefacto.

–Todo muy feliz y glorioso para usted –dijo–, aunque no tanto para mí.

El señor Armytage, el optimista, miró compasivo al joven pesimista.

–Todavía estás muy verde, Charley –le dijo–. Por norma, cuando un director itinerante tiene la suerte de contratar un número bueno de verdad, ¿qué hace? Lo retiene mediante un contrato hasta que le ha sacado todo el jugo. Yo he conocido a grandes cómicos a los que tuvieron siempre haciendo giras por provincias y nunca vieron Londres, y no porque los directores del West End no anduvieran tras ellos, sino porque los directores itinerantes seguían ejerciendo su derecho. Nosotros hemos tenido suerte. Si el jefe hubiera usado la sesera en vez de perder los nervios, nos habríamos quedado atados a él para siempre. Ahora nos ha perdido. Esa reacción de diva de su parienta le ha costado una fortuna, y se lo tiene merecido.

–Ha dicho usted que nos ha perdido –lo corrigió Charley–, pero yo soy el único al que han despedido.

–Te equivocas otra vez –dijo el señor Armytage–. A mí no me ha despedido, pues le era útil; sin embargo, tú y yo hacemos un número… un número de dúo. Somos compañeros… Firmamos juntos y nos vamos juntos. Un número es un número en todo el mundo. Estuvieron encantados de tenernos con ellos cuando necesitaban gente; ahora tienen que quedarse sin los dos. No se puede tener todo…

Ahí estaba el señor Armytage reuniendo todo su coraje. La lealtad por su joven compañero lo dejaba libre a él, pero no se engañaba. El señor Armytage ya había estado libre antes. Muchas veces. El hambre verdadera lo había llevado al Ejército y, por pura buena suerte, había encontrado su empleo actual. Sólo Dios sabía de dónde vendría el siguiente. Aun así, un número era un número; los compañeros eran compañeros y juntos se hundirían o juntos saldrían a flote.

Querido Charley [escribió Rose]:

¿Qué tal te ha ido desde que saliste del ejército? Espero que estés bien, Charley. Hay mucha escasez de todo, pero podría reunir unas cuantas cosas si me dices adónde mandártelas. Los nuevos dueños han empezado a derribar el molino, y todo el mundo dice que tienen más problemas de los que esperaban. No sabes qué desbarajuste; casi como si le hubiera caído encima una de esas bombas. No me imagino cuánto tardarán en arreglarlo… Años, diría yo. Las meleagrias eran una

maravilla, pero ya no hay. No dejaron que nadie las cogiera porque están trabajando en los humedales, limpiando el arroyo, arreglando los viejos canales y poniendo compuertas nuevas. Espero que quede todo muy bien, cuando terminen, aunque nunca volverá a ser lo mismo, Charley, no a mi modo de ver. Los nuevos dueños nunca vienen a la tienda, salvo que se queden sin algo, y entonces piden cosas que no tenemos. Al pobre William Tidy le ha dado una especie de apoplejía, y le está bien empleado, dice la gente, pero a mí me da pena porque empezó a beber cuando murió su esposa. Cuídate, Charley. No sé dónde estás ni si recibirás esta carta, pero, si quieres enviarme tus calcetines, encontraré tiempo para zurcírtelos, como antes. No me imagino por qué no das señales de vida, a menos que estés ocupado con algo. No tienes que contármelo si no quieres, Charley, pero ya me dirás lo de los calcetines…

Después de haber estado a punto de arruinar El expreso de medianoche, Charley Moon y el señor Armytage dejaron de lado el melodrama y dirigieron su atención a las variedades. De regreso en Londres, visitaron la oficina de un agente teatral de quinta categoría. Estaba situada al final de las escaleras más desvencijadas que Charley había visto jamás.

El nombre de su número, «Armytage y Moon, diálogos cómicos», se anotó en un cuaderno, y cada uno de ellos pagó media corona por ese privilegio. Alguien apuntó un pedido de tarjetas de visita –para presentarlas en la taquilla a cambio de asientos gratis los días de sesión vespertina–, y un sospechoso hombrecillo les pidió prestados seis peniques para volver a Brixton. Por último, prometieron regresar al día siguiente, bajaron con cuidado las escaleras y se detuvieron en medio de la soleada vorágine de Cambridge Circus.

–Bueno –dijo el socio mayoritario de la nueva empresa–, ¡esto es un comienzo!

–¡Menudos chiflados! –dijo el socio menor–. Más locos que un rebaño de cabras. ¿Qué usan en vez de dinero? Me gustaría estar delante cuando el casero les pida el alquiler.

El señor Armytage lo miró pensativo.

–No hay que ponerse arrogantes –dijo–. Podemos dar gracias por lo que hagan antes de que triunfemos en la gran ciudad.

–¿Alguna vez le consiguen trabajo a alguien? –preguntó Charley.

–De vez en cuando –fue la precavida respuesta–. Las cosas siempre van despacio en esta época.

–¿Por qué en esta época especialmente?

Aunque el señor Armytage no pudo responder a eso, dio a entender que vaticinaba mejores tiempos cuando se representaran las pantomimas.

–Las pantomimas se representan una vez al año –le recordó Charley.

–¡Gracias a Dios! –dijo el señor Armytage–. Cuando lleves un poco más de tiempo en este negocio, agradecerás las pequeñas bendiciones…

Las semanas siguientes subieron aquellas escaleras muchas veces, sin mejores resultados. Siempre llegaban o pronto o tarde. Estaban dispuestos a ir a cualquier sitio y hacer cualquier cosa por algo de dinero; sin embargo, aparte de un día en que trabajaron de extras en una película, no consiguieron nada. Se unieron a los deprimentes peregrinos de su profesión, que vagaban sin rumbo desde unos alojamientos míseros hasta la esquina de la pobreza y vuelta a empezar. Los gerentes de los teatros –vagos autócratas, echados a perder por el éxito, agriados por el fracaso, o carentes del compañerismo que supuestamente hace que los hombres sean buenos– hasta les devolvían sus hermosas tarjetas de visita.

Justo cuando la situación empezaba a ser desesperada, Charley Moon, sin nada mejor que hacer, estaba apoyado en una columna del mercado de Covent Garden. Con frecuencia dedicaba media hora a pasear entre la fruta y las verduras, deleitándose con los aromas del campo y admirando a los mozos que llevaban en equilibrio sobre la cabeza aquellas pilas de cestos que parecían la torre inclinada de Pisa. El mercado estaba atestado de hombres corpulentos y alegres: vendedores del barrio de Battersea, hortelanos del suroeste y policías de tránsito que conseguían, milagrosamente, mantener cierto orden en el caos circundante. Había mujeres gordas y agradables cargando cantidades increíbles de flores en viejos cochecitos de niño que empujaban hasta la esquina de alguna calle lejana de la ciudad; y la deslenguada cháchara general que retumbaba y tronaba bajo el techo de cristal había que oírla para creerla.

Covent Garden se convirtió en el lugar favorito de Charley por varias razones. Le divertía estudiar a los curiosos personajes y aprender a pronunciar el acento cockney. El humor que lo impregnaba todo era del tipo cordial y amable que a él le atraía. Drury Lane, con su evocación de Dan Leno, estaba a la vuelta de la esquina y la ópera de Covent Garden estaba en medio del mercado. El olor de las verduras y el aroma de las flores le traían recuerdos nostálgicos de su antigua casa. Era el lugar perfecto, de hecho, para un cómico sin trabajo, sin dinero que gastar y nada mejor que hacer.

Estaba escuchando las alegres bromas de un hombre y una señora gordos sobre el mejor uso que podría ella darle a un cochecito de niño, cuando una mano se posó en el hombro de Charley y una voz dijo:

–Pero bueno, Charley, muchacho, ¿qué haces tú entre calabazas y guisantes? –Era Alfred Higgins, aunque tan diferente del sospechoso ordenanza de los días del ejército que Charley apenas lo reconoció.

Mientras los viejos camaradas celebraban su feliz encuentro en el Bedford Head, el señor Higgins examinó atentamente a su joven compañero.

–Lo que tú necesitas, Charley, muchacho –dijo–, es echarle algo al estómago: dos raciones de todo, empezando con una sopa consistente y terminando con un pastel de ciruelas.

Y, cuando se acomodaron en la zona donde estaban puestas las mesas para el almuerzo, añadió:

–Ahora desembucha, Charley, muchacho.

Y Charley desembuchó.

–¡Que me aspen! –exclamó el señor Higgins–. ¿Cómo se te ocurre asociarte con ese carcamal de Ormitage? ¿Cómo se te ocurre, Charley, muchacho? ¡Ese viejo charlatán!

–Ahora ya no es tan charlatán –dijo Charley.

–¡Estará afónico! –aventuró el señor Higgins.

–Se ha portado muy bien conmigo –dijo Charley.

–Por eso le perdono muchas cosas –dijo Alf Higgins–. ¿Y qué vais a hacer ahora, pareja de desamparados?

Charley le entregó una de sus preciosas tarjetas de visita.

–Armytage y Moon –leyó el señor Higgins–. Tenía que poner su nombre delante.

–Es el protagonista –explicó Charley. Al fin y al cabo, un número es un número. Tienes que ser leal con tu compañero. Así pues, añadió–: Él ideó el número y él se encarga de los contratos.

–¡Cuando tengáis alguno! Ese viejo charlatán no le encontraría trabajo ni a un globo en una fiesta infantil. A ver si te entra en la cabeza, Charley, muchacho: tú eres el número uno de este circo. Podrías comerte a ese pobre con patatas. Él no tiene sesera ni para vender peras maduras. Menos valor que un conejo cobarde.

Alf Higgins llamó al camarero, pagó la cuenta y llevó a su compañero a un pequeño cobertizo del mercado, donde un paciente poni, atado a una carreta de cuatro ruedas pintada de alegres colores, lo estaba esperando.

–Tengo tu dirección –dijo mientras se acomodaba en un saco de patatas y cogía las riendas–. Debo ir adonde los muchachos o la mitad de los puestos callejeros de Londres habrán de cerrar. Como tengo tu dirección, ya nos veremos. ¡Hasta pronto, Charley, muchacho! ¡Hasta pronto!

Charley Moon, muy feliz por este encuentro y con el alma fortalecida, permaneció en el bordillo de la acera observando al señor Higgins, que se alejaba del mercado traqueteando.

Dos días después llegó una carta:

Querido Charley, muchacho [escribía Alf Higgins]:

En el cochambroso teatro de mi barrio, semanalmente hay un concurso para chiflados como tú y Ormitage. Os he apuntado para el viernes que viene. No ganaréis pasta, pero el primer premio es un contrato de una semana. Adjunto una nota con el orden de actuaciones.

P.D.: si te libras de ese viejo charlatán, Ormitage, puedes tener posibilidades. Nos vemos.

La nota adjunta era un impreso que Charley le entregó a su compañero. Éste, en vez de levantarse de un salto, la contempló de mal humor, se estremeció ligeramente y se la devolvió a Charley poniéndola encima de la mesa.

–¡Un concurso! –dijo–. ¡Todavía no hemos caído tan bajo!

–¿Qué tiene de malo? –preguntó Charley.

–Todo –respondió su compañero–. No es más que un truco para aumentar la taquilla del viernes por la noche y conseguir un montón de números extra sin pagar.

–¿Y la semana de contrato? Eso es mejor que nada.

–Eso si lo consigues –dijo el señor Armytage con tono sombrío–. Pero no lo conseguirás. Ya se encargarán ellos. Se lo darán a la esposa del director de orquesta, al hijo del gerente o a una de las bailarinas…

–Tienen que dárselo al número que reciba más aplausos –le recordó Charley–. Eso no lo pueden falsear.

–Eres un simple. Llenarán la parte de atrás de mendigos, y en el gallinero habrá otro ejército vitoreando como loco…, pero no a ti. Si pareciera que las cosas te favorecen, empezarán a abuchearte y bajarán el telón delante de ti.

–A Alf Higgins no le gustará que rechacemos esta oportunidad –dijo Charley–. Él cree que es buena idea.

–Pues que pruebe él –refunfuñó el señor Armytage–. Nada me gustaría más que ver cómo se llevan a ese gordo especulador en su propia carretilla. ¿Por qué no se limita a vender pepinos en Mile End Road?

Al final, Charley convenció al señor Armytage, quien acabó entusiasmándose una vez que se pusieron a trabajar en su actuación.

–Limítate al número clásico –recomendó–, el número clásico adaptado para que encaje en esta nueva ocasión. En vez de los dos mozos de estación, seremos una pareja de cockneys, con sus cestas, sus remolachas y un manojo de plátanos…

–Y un cochecito de niño –añadió Charley.

–Un cochecito de niño –dijo su compañero con voz ahogada–. Pero bueno, ¿por qué has pensado en un cochecito de niño, por Dios?

Charley le habló de la mujer gorda de Covent Garden y el procaz porteador.

El señor Armytage no desaprovechó la idea.

–Charley –dijo–, eres un genio. Yo entro vestido con una falda vieja, empujando un cochecito destartalado… Tú te colocas unas cuantas canastas en la cabeza… ¡Y allá vamos! Qué lástima que no sepas hablar cockney.

–Sí sé –dijo Charley.

–A ver que yo te oiga.

Charley le ofreció a su compañero un torrente de la cháchara de

Covent Garden que había aprendido en el mercado: un lenguaje alegre, pícaro, inofensivo, con un poco de ironía.

–¡Por Dios bendito! –exclamó el señor Armytage mirando a su joven protegido con sincera admiración–. ¡Qué callado te lo tenías! ¡Qué lástima que tengamos que esperar hasta el viernes!

Se pasaron los días siguientes buscando accesorios y puliendo el número. Alquilaron media docena de cestas de porteadores por el precio de un trago y un cochecito de niño desvencijado, con tres ruedas útiles, que añadieron para completar el lote. El traslado de ese botín a su teatro de operaciones fue toda una aventura. Si en el escenario ese atrezo despertaba la mitad del interés que había despertado en las inmediaciones de las tiendas del East End, se llevarían, en opinión del señor Armytage, el gato al agua.

Parecía que iba a ser una gran noche en el viejo Teatro de Variedades Octagon. Ya una hora antes de que empezara el espectáculo, había colas para el fondo y el gallinero, mientras un considerable grupo se había reunido alrededor de la taquilla. La nobleza local llegaba en las pequeñas tartanas pintadas de alegres colores que Charley había visto en el mercado, las cuales se llevaban a las cuadras hasta que terminaba el espectáculo en cuanto sus damas se bajaban. La taberna de al lado estaba a rebosar.

–¿A qué viene tanto alboroto? –preguntó Charley.

–Vienen a echarnos a los leones –respondió su compañero–. Si sobrevivimos a esto, tendremos suerte.

En la entrada del personal del teatro tuvieron problemas con el cochecito de niño, que iba cargado hasta los topes de cestas. El vigilante de la puerta estuvo antipático, hasta que el señor Armytage le preguntó por el camerino de la estrella, momento en que se rio un poco de su enojo. Los pasillos y las escaleras eran una masa furiosa de hostiles competidores. El botones, el típico golfillo del East End, les dijo que se fueran a la ópira de Coving Garden, y el director de escena, a cuya hija menor ya le habían prometido el primer premio, fue el peor de todos.

Por fin llegaron a un pequeño y mugriento camerino en el que había más gente que en el Agujero Negro de Calcuta.[23] Un grupo de trapecistas, formado por cinco turcos corpulentos y un armenio menudo, estaban poniéndose unas mallas con lentejuelas; con unas cuerdas vocales inadecuadas, un tenor aficionado entonaba lo que él

creía que era el canto de un ruiseñor, y un actor veterano, el doble de alto y de delgado que el señor Armytage, estaba ensayando El ojo verde del dios amarillo.[24]

Nadie sabía cuándo le tocaría. Como los aristócratas durante la Revolución Francesa, se apiñaban a la espera de conocer su destino. Lo que hacía aquello peor que el Terror era que las víctimas regresaban para relatar las humillaciones a las que las habían sometido y los horrores que habían visto.

Sentado en su rincón, Charley Moon se enteró de que el fondo era un caos, y la galería, el infierno desatado. Todos los objetos que podían servir de arma arrojadiza ya habían llovido sobre el escenario… El director de orquesta había interceptado una naranja podrida que iba directa al ojo verde del dios amarillo… A los artistas del trapecio les había caído el telón encima antes de que los tramoyistas hubieran ajustado los puntales de acero y las barras horizontales… El tenor volvió llorando y se negó a contar lo que le había ocurrido. No obstante, todos estuvieron de acuerdo en que el primer premio estaba casi otorgado a la niña del vestido rosa de seda, que ya había cantado tres veces «God Send You Back to Me», y que saldría de nuevo para saludar al público.

Charley estaba empezando a lamentar el haber ido cuando se abrió la puerta y los llamaron a la palestra a él y a Armytage. Se perdieron de camino al escenario, el cochecito se atascó en las escaleras y el señor Armytage tropezó con una de las vigas de hierro que sostenían el decorado; pero no tenían por qué preocuparse. La niña del vestido rosa de seda todavía estaba saludando al público y lanzando besos al aire delante del telón. Parecía que los espectadores no se cansaban, y la nueva actuación no pudo empezar hasta que el director de escena, pensando que quizá estaba exagerando un poco la cosa, le dio unas palmaditas en el hombro a su hija y levantó el telón. El señor Armytage miró a su compañero como diciendo «¡Los que van a morir te saludan!», y salieron a escena.

Los recibieron con el más tremendo clamor de bienvenida que Charley había oído jamás. Fue tan inesperado que los pilló con la guardia baja. Fueron incapaces de moverse, como un velero en calma chicha. El señor Armytage sonreía como un bobo, y Charley Moon, que debería haber iniciado el diálogo, estaba mudo. Por suerte, puesto que los aplausos continuaban, tuvieron tiempo para sobreponerse y, cuando por fin cesaron los aplausos, estaban preparados.

Sin embargo, los enemigos andaban al acecho. Apenas habían dicho

media docena de palabras cuando llegaron abucheos y silbidos, tanto desde la galería como del fondo, y empezaron a volar objetos… Aprovechando la ocasión, el director de escena, que ya había percibido a un rival peligroso en esos artistas desconocidos, empezó a bajar el telón…, ante lo cual todo el patio de butacas estalló en un tumulto de protestas, y el director de escena, pensando, por segunda vez, que quizá estaba exagerando, levantó de nuevo el telón para que continuara el número.

Durante los diez minutos siguientes, el público actuó a capricho: el fondo y el gallinero se burlaron de ellos a voz en grito, mientras que la platea los aclamó unánimemente. No había quien oyera a Armytage y Moon, manzana de la discordia en aquella pelea de perros. De vez en cuando uno se ponía en la cabeza las cestas de los porteadores haciendo equilibrios, pero no se oía una palabra en medio del estruendo. Finalmente, el número terminó con un estrépito general. Después de que Armytage y Moon saludaran en agradecimiento, los sacaron a toda prisa del escenario. El espectáculo había concluido y había llegado el momento de entregar los premios.

Entonces empezó lo bueno. Para facilitar el trabajo a los jueces, se llamó de nuevo a escena a los competidores más destacados: la actuación que recibiera más aplausos sería la ganadora. A todas luces, sólo dos tenían posibilidades, y, a todas luces también, el público estaba dividido, de arriba abajo, en dos claras secciones: el patio de butacas frente al resto. Numéricamente, el resto tenía ventaja, pero el patio de butacas era un todo compacto, más cercano al escenario, y estaba decidido a que se hiciera justicia. No se sabe si la platea se percató de la claque que tenía detrás, la cual también podría ser un público que sencillamente estuviera disfrutando de la noche del viernes. Ni tampoco importaba. La pelea estaba en marcha, y el motivo que la había originado quedó olvidado.

El director de escena, espoleado por su esposa, que estaba al acecho, luchó con nobleza por el honor familiar. Su hija, bañada en una suave luz ambarina y apoyada por unos vibrantes acordes de la orquesta, cantó «God Send You Back to Me» hasta que todo el mundo se aprendió de memoria la encantadora letra. Armytage and Moon, en cambio, empujados de un lado a otro por los tramoyistas y tropezando con el botones, apenas sabían si estaban de pie o de cabeza. Hicieron lo que pudieron pese a que era una batalla perdida. El juicio estaba a punto de declararse a favor del demandante por incomparecencia del demandado cuando una figura nerviosa atravesó a toda prisa la puerta del escenario y se acercó al director de escena en el preciso instante en que éste iba a anunciar que la jovencita del vestido rosa había ganado

por puntos.

–¡Alto! –protestó–. Alto, insensato. ¿No ve lo que está haciendo? ¿Cree usted que voy a contrariar a mi patio de butacas por culpa de su mocosa? ¡Quítese de en medio y déjeme a mí!

Así pues, cuando el telón se levantó por última vez fue para mostrar al señor Sol Rosenberg, propietario del Teatro de Variedades Octagon, que había ido a supervisar la recaudación de la noche. Situándose en el centro del escenario, llamó a los tres concursantes.

–Damas y caballeros –dijo el señor Rosenberg–, como propietario de este famoso y antiguo teatro, y desde el escenario en el que los grandes Dan Leno, Alec Hurley y Shaun Glenville pisaron las tablas por primera vez, tengo el gran placer de decirles que, esta noche, han participado ustedes en un hecho histórico. Damas y caballeros, por primera vez en su larga y honorable historia, esta venerable casa ha alcanzado las tres cifras en un viernes noche: ¡ciento cinco libras con trece peniques! Bueno, hemos disfrutado de un buen espectáculo y la cosa ha estado muy reñida. Podría haber sido uno u otro, pero alguien tiene que ganar y alguien tiene que perder. Después de largas deliberaciones con mis colegas, tengo que anunciar que estos dos muchachos ganan por escasa diferencia. Serán ellos quienes actúen en este legendario escenario toda la semana próxima, y espero que aquellos de ustedes que los han apoyado en esta ocasión vuelvan el lunes por la noche para desearles lo mejor. Y ahora, ¡vamos con esta damita! Ha hecho una gran actuación y, sin duda, muchos de ustedes pensarán que debería haber ganado el primer premio. Bueno, les diré lo que voy a hacer: voy a darle al segundo premio el valor del primero. Siete libras con diez chelines… Aquí tienes, cielo, y no te lo gastes todo en caramelos. Dáselo a tu padre, que él sabrá cómo emplearlo. Ahora cantaremos todos el himno nacional y nos iremos a casa sosegadamente…

La platea, arrebatada, vitoreó, mientras que el gallinero y el fondo, despojados de su apoyo oficial, no pudieron rechistar. Así pues, todos cantaron el himno nacional y se fueron a casa sosegadamente. El señor Rosenberg tenía una habilidad especial, y su palabra era ley en aquella venerable casa, el Teatro de Variedades Octagon.

Al otro lado del acceso al escenario, los dos famosos artistas del diálogo humorístico, Armytage y Moon, se encontraron con Alfred Higgins, que los estaba esperando.

–Bien, muchachos –dijo–, habéis ganado por los pelos, y me ha

costado un buen pellizco meter a todos esos vendedores ambulantes en el patio de butacas, pero cada penique ha valido la pena. Ahora meted todas esas cestas en la carreta y os llevaré a casa.

El contrato de una semana en el Teatro de Variedades Octagon terminó pronto y los dos compañeros se encontraron otra vez sin trabajo. Sin embargo, habían roto el hielo. En un párrafo de la revista Variety en el que se informaba sobre el récord de recaudación del viernes por la noche y del generoso gesto del señor Rosenberg, ellos despuntaban entre los demás, por lo que, cuando subieron las polvorientas escaleras de la oficina del agente teatral, descubrieron que ya eran personas de mayor consideración en su reducido mundo.

De las pequeñas ciudades industriales pasaron a los teatros –de mayor tamaño– de provincias, perfeccionando su número sobre la marcha. El señor Armytage era de hábitos arraigados, por lo que le costaba cambiar sus métodos, mientras que Charley Moon, más joven y adaptable, con un instinto natural para el negocio, introducía mejoras todo el tiempo.

Por añadidura, tenía una buena colección de habilidades que iban desde una voz estupenda para cantar hasta esas volteretas y piruetas que solía hacer en el ático del viejo molino; por otro lado, la armónica que Rose le había regalado raramente dejaba de sonar, aunque la propia Rose raramente aparecía en sus pensamientos…

Así fueron pasando los meses. Otra Navidad llegó y se fue, pero Londres y las brillantes luces del West End seguían tan lejos como siempre. Si bien a Charley, leal como era, le costaba admitirlo, su compañero era un pequeño lastre. Los diálogos humorísticos, igual que los espectáculos racistas, estaban perdiendo popularidad, y el señor Armytage estaba quedándose más anticuado que arar a mano. Está bien que un cómico tenga un compañero, pero todo estaba cambiando a gran velocidad e incluso un compañero debía tener sentido de la oportunidad.

Durante una partida de billar, un joven estadounidense que aparecía en el mismo cartel sorprendió a Charley al preguntarle por qué perdía el tiempo con «ese viejo histriónico» y al sugerirle que se asociara con alguien más espabilado o que actuara él solo.

Charley Moon embocó las bolas restantes antes de contestar. Entonces habló de la ética del compañerismo tal y como la veía en su sencilla mente campesina. El señor Armytage le había dado su primera oportunidad en las tablas. Si no hubiera sido por el señor Armytage, él

no habría tenido donde caerse muerto. El señor Armytage era, en cierto modo, el dueño del número y, aunque hubiera perdido un poco de brío…

–Un poco de brío –se burló el otro–. Yo diría que lo ha perdido todo. Tiene tan poco brío que no podría ni esquivar una carreta.

–No tiene sentido que los dos andemos de acá para allá en el escenario –dijo Charley–. Tiene que haber un contraste. Yo quiero un contrapunto y, según dices, parece que lo tengo.

–Si lo que buscas es un número a cámara lenta, sin duda lo tienes –dijo el estadounidense–, pero a tu compañero no lo lleves a mi país, que lo atropellará un coche fúnebre.

–Muy amable por preocuparte –dijo Charley–, pero fue él quien me metió en este oficio y yo no voy a dejarlo en la estacada. Mientras pueda mantenerse en pie, vamos juntos.

–¡Muy bonito, pero insensato! –suspiró el estadounidense–. Vosotros os aferráis a vuestros favoritos, por viejos que sean, mientras les queden fuerzas para salir a escena. En nuestro caso, un tipo tiene que triunfar cada vez que vuelve a Broadway. En cuanto mete la pata, ¡se acabó! Es duro aunque bueno para el negocio.

–Yo prefiero nuestro estilo –dijo Charley Moon–. En la última partida has perdido quince con seis.

–¿Cuánto es eso en dinero de verdad? –preguntó el estadounidense poniendo en la mesa un billete de una libra.

Charley le dio el cambio.

–Te daré la revancha mañana –le dijo–. A no ser que prefieras dejarle el puesto a un jugador más joven y mejor.

–Vale –rio el estadounidense–, pero el billar es el billar y el negocio es el negocio…

El señor Armytage, cuanto más se hacía a un lado, más se reafirmaba. Cada vez que Charley quería eliminar algún chiste ya muy manido o algún elemento muy trillado, él insistía en conservarlo hasta que su compañero, con tal de no discutir, dejaba que se saliera con la suya. En calidad de representante, el señor Armytage se encargaba de los contratos y se peleaba con los gerentes sobre su lugar en las carteleras y el tamaño de letra en que debían aparecer sus nombres. Empezó a

titubear en sus líneas de diálogo y su ritmo era deplorable. Algunas veces Charley Moon sentía la tentación de seguir el consejo del joven estadounidense y abandonar, pero un número era un número, y la lealtad a su compañero posponía la inevitable separación.

Querido Charley [escribió Rose]:

¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? Parece que hace un siglo que escribiste. ¿Estás comiendo bien? Sigue habiendo bastante escasez, aunque podría enviarte unos huevos si me dices adónde mandártelos. El espino blanco y las castañas ya han terminado, y las flores de cuclillo están saliendo en la orilla del arroyo. Alice Mustoe ha tenido su primer hijo y están talando los árboles de Ferny Wood. Han derribado la mayor parte del viejo molino y están trabajando como castores en los humedales. La señora Peart se ha ido a vivir con su hija y su casa está desocupada; nadie quiere vivir ahí, y no me extraña. No te imaginas qué desbarajuste.

Escríbeme de vez en cuando, Charley, cuando tengas un minuto…

SEGUNDA PARTE

11

Una tarde de invierno, allá por los años veinte, un pasajero grande e importante llegó al empalme ferroviario de Bilson (condado de Notts). Llevaba un abrigo grande e importante, y llevaba, además de su equipaje de mano, una caja de puros grandes e importantes.

Tras consultar con el jefe de estación, confirmó la desafortunada circunstancia de que el siguiente tren rápido a Manchester no partía hasta tres horas después. Alguien con menos espíritu podría haberse acobardado, pero el alma del señor Montagu Brass estaba por encima de tales contratiempos.

¿Había allí –preguntó– un teatro o sala de variedades? El jefe de estación le respondió que en el Bilson Empire se estaba representando la pantomima anual, aunque no se la recomendaba.

Monty Brass hizo caso omiso de esa opinión de aficionado. Preguntó por dónde se iba al Bilson Empire, le entregó un puro al jefe de estación –junto con su equipaje de mano– y se adentró en la noche.

Mientras este notable visitante va recorriendo las húmedas calles empedradas de Bilson, es preciso observarlo más de cerca. Monty Brass es, en lo que concierne a la escena de la comedia musical de provincias, el hombre más importante de la profesión, ya que se encarga de que todos los éxitos de Londres salgan a hacer negocio en provincias. Los tremendos riesgos de representar en el West End no le interesan. Que sean otros quienes se quemen los dedos sacando sus teatrales castañas del fuego. Él espera hasta que el éxito de la última comedia musical esté asegurado antes de adquirir los derechos de gira. Toma las ganancias del momento y desdeña lo demás.[25]

Pero Monty Brass tiene otra faceta, divertida y lucrativa. En efecto, él es el rey de la pantomima. Cada Navidad escribe y produce pantomimas que varían en longitud y excelencia, según los lugares de provincias en que se representan. Al leer en Variety que el señor Montagu Brass ha escrito y producido treinta y seis pantomimas, el lector ocasional puede preguntarse cómo encuentra tiempo para su asombrosa actividad. Esto quizá merezca una explicación.

De joven, Monty Brass pagó un penique por una versión sin derechos de autor de Cenicienta; contrató a una compañía e invitó a sus

cómicos a rellenar una serie de entreactos de diez minutos con su propio material de variedades –lo que él incluía en la copia del apuntador– y le puso el nombre de Pantomimas de Penique, Sociedad Ilimitada.

Al año siguiente dirigió su original esfuerzo a otra ciudad, compró un ejemplar de un penique de Caperucita Roja, contrató a otro equipo de cómicos y creó su segunda pantomima. Siguiendo sin descanso este sistema de producción mixta, ya tenía seis compañías interpretando la misma versión de Cenicienta en seis ciudades distintas; seis compañías interpretando la misma versión de Caperucita Roja en seis ciudades distintas; seis compañías interpretando Alí Babá y los cuarenta ladrones en seis ciudades… ¿Para qué continuar? La noche en cuestión, el total llega a treinta y seis pantomimas, todas escritas y producidas por Montagu Brass, de Pantomimas de Penique, Sociedad Ilimitada.

He aquí el Bilson Empire. La pantomima es Cenicienta y el espectáculo va casi por la mitad.

Monty Brass compró una entrada y se sentó con total discreción en la platea. Monty Brass era siempre muy discreto cuando visitaba un teatro de la competencia. Eso significaba tener que pagar la butaca, pero al menos era libre de entrar y salir. Además, quería ver un espectáculo normal. Si se corría la voz de que él estaba entre el público, los actores podrían suprimir sus mejores chistes, y Monty Brass había pescado algunas ideas muy buenas en lugares de lo más insólitos…

Pero no esa noche. Nada más que bromas muy manidas que él ya había usado una y otra vez. Una absoluta pérdida de tiempo. Casi como sentarse en el andén del empalme de Bilson a esperar el tren de Manchester…

Entonces, de pronto, se inclinó hacia delante, encendió una cerilla y miró el programa:

BUTTONS…………………CHARLEY MOON

Monty Brass podía ser un autor de tres al cuarto, pero reconocía a un cómico en cuanto lo veía. Ese muchacho tenía algo. Uno de esos tipos tranquilos que sacaba adelante la historia sin dejar de disfrutar. Y el

público… ni una tos hasta el final de la escena… Y, después, los aplausos. Vaya, ¿has oído eso? Ahí hay personalidad.

Los verdaderos cómicos son pocos y difíciles de encontrar. Montagu Brass apenas podía esperar al entreacto. Cuando se bajó el telón presentó su tarjeta de visita y lo acompañaron al despacho del gerente, donde el abrumado individuo estaba contando la recaudación de la noche. Cuando leyó aquel nombre se puso, literalmente, en posición de firmes.

–Tome un puro –dijo el visitante–. Tome dos. Uno para el camino. ¿Qué tal el negocio?

–Bien –dijo el gerente–. Tenemos el clima en contra. Los sábados por la noche llenamos la sala.

–Una pena que sólo haya un sábado a la semana –se compadeció Monty Brass–. Me gusta su espectáculo. ¿Quién es la joven? Una criatura encantadora.

–Está aprendiendo –dijo el gerente–. ¿Qué le parece nuestro Buttons?

–¿Buttons? –repitió el visitante distraído, como si lo hubieran sacado de un éxtasis de opio–. ¿Buttons? Ah, sí, no está mal, nada mal. ¿Dónde lo ha encontrado?

–Actuó aquí con un número de dúo y a mí me gustó su trabajo, así que lo elegí para la pantomima.

–No está mal –concedió el señor Brass–. Algo verde todavía, aunque merece la pena no perderlo de vista. ¿Lo tiene usted contratado?

–¡Sí! –mintió el gerente después de una breve pausa.

Montagu Brass se reprochó la pregunta. Aquella pequeña vacilación delataba la mentira, pero ahora las cosas serían más difíciles. Cambió de tema preguntándole al gerente por qué le gustaba vivir en un pueblucho como Bilson y añadió la vaga sugerencia de que su compañía podría hacer una gira provechosa.

Al gerente no le gustaba vivir en Bilson y daría un brazo por asociarse con ese gran hombre. No había pensado en contratar a Charley Moon en el futuro, aunque algo podría hacerse. De ese modo seguía haciéndose la ilusión de que él, sólo él, tenía el control de la situación.

–¿Va a pasar la noche en Bilson? –preguntó.

–¡No, por Dios! –respondió Monty Brass consultando un importantísimo reloj de oro–. Voy a coger el tren de las once y media a Manchester.

–En ese caso –dijo el gerente–, querrá usted ver al muchacho antes de que empiece a cambiarse. Hay gente interesada en él, la verdad. Ya he tenido dos o tres ofertas. ¿Mando recado…?

–No pasa nada por verlo –accedió el señor Brass–, pero no le diga quién soy. No hay por qué crear falsas esperanzas. ¿Y qué hay de su contrato?

El gerente soslayó ese pequeño detalle.

–Yo no me interpondría en el camino del muchacho –dijo–. Lo tengo bien atado, claro está, aunque si usted se interesa por él de verdad, yo renunciaría…

–¿A cambio de una gratificación? –sugirió Monty Brass.

–A cambio de una gratificación –convino el gerente.

–¡Por supuesto! –canturreó el embaucador.

–¡Por supuesto! –repitió el devoto eco.

Montagu Brass, el famoso empresario teatral, le acercó la caja de puros.

–Cójalos –dijo con magnificencia–. Quítelos de mi vista. Métalos en el cajón. Mi especialista dice que fumo demasiado. Son un veneno.

–Es usted muy generoso –vaciló el gerente.

–Tengo muchos más. Seguiremos en contacto, y hable con mi gente si alguna vez quiere unirse a nosotros. ¿Podría pedirme un taxi para ir a la estación?

–Pero ¿no verá usted al muchacho? –preguntó el gerente.

–No, porque ya lo tiene usted contratado –dijo Monty Brass con decoro–. Va en contra de mi religión. Si te metes en tejemanejes con los contratos, siempre acabas metido en líos. No, quédese con él, y que le vaya bien.

El gerente, ablandado por los puros y con un vivo presentimiento de futuros beneficios, estaba ahora ansioso por complacer a su

distinguido visitante. Dado que la oportunidad de congraciarse con un hombre como Montagu Brass no se presentaba todos los días, renunció a todo beneficio derivado de cualquier clase de contrato, ya fuera firmado, verbal o puramente hipotético.

–Quédeselo, es suyo –fue su nueva apuesta–. Para ser del todo sincero, fue un acuerdo apalabrado; no hay compromiso legal por parte de nadie…

–Una especie de pacto entre caballeros –sugirió Monty Brass.

–Exacto –convino el gerente–. ¡Olvidémoslo!

Y de este modo cambió a Charley Moon, que estaba en un momento crucial de su carrera, por una caja de puros.

Se enviaron dos mensajes a la entrada del personal de teatro: que Charley Moon debía presentarse en el despacho del gerente en cuanto se bajara el telón, y que hubiera un taxi esperando a las once y veinticinco, puntual para coger el tren de Manchester. Consultando su reloj, Monty Brass vio que aún disponía de media hora para cerrar un pequeño acuerdo que, a lo sumo, requeriría tres minutos… Sin embargo, no contaba con el señor Armytage.

Cuando se bajó el telón y llamaron a la puerta, entraron dos figuras: Buttons y las patas traseras de un caballo con la cabeza del animal bajo el brazo. Monty Brass estudió esa aparición.

–¿Quién puñetas es éste? –preguntó.

–Harold Armytage –respondieron las patas traseras.

–¡Márchese! –dijo el gerente. Pero las patas traseras no se movieron.

–¿Qué hace él aquí? –preguntó Monty Brass.

–¡Cualquiera sabe! –dijo el gerente.

–Nos ha mandado usted llamar –explicaron las patas.

Montagu Brass, habituado a las manías de los cómicos, se olió una broma.

–A ver, muchachos –dijo–, a mí no me molesta un poquito de guasa, pero tengo que tomar el tren de las once y media para Manchester y tengo poco tiempo. Así pues, ¿sería usted tan amable –dijo dirigiéndose a las patas traseras–, sería usted tan amable, señor…?

–Armytage –dijeron las patas.

–¿Sería usted tan amable, señor Armytage, como una buena persona, de marcharse, para que yo pueda hablar un momento con el señor Moon?

–Puede usted hablar con total libertad delante de mí –dijeron las patas–. Soy el representante artístico del señor Moon.

–¡Márchese! –dijo el gerente.

Monty Brass se volvió hacia el miembro silencioso de la empresa pidiendo una aclaración de aquellos misterios.

–Es cierto –dijo Charley Moon–. Él dirige nuestro espectáculo, Armytage y Moon. ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

–No voy a contratar un espectáculo –gruñó Monty Brass–. ¿Para qué iba yo a querer el trasero de un caballo? ¡Dígamelo!

Esa última apelación iba dirigida al señor Armytage… o a la cabeza del animal, que colgaba delante de él y miraba a Monty Brass con unos ojos vacíos.

–Me ha pillado usted en desventaja –explicó el señor Armytage–. También interpreto al Villano y a una de las Hermanastras…

–Por mí como si interpreta la joroba de un camello en Chu Chin Chow[26] –dijo Monty Brass–. La cuestión es que no voy a contratar un vulgar número de variedades de quinta categoría.

Esa hiriente referencia a la querida empresa de Armytage y Moon fue más de lo que Charley pudo soportar.

–No sé quién es usted –dijo–, pero no necesitamos su dinero y no necesitamos sus opiniones, buenas o malas. ¿Quién es usted, por cierto?

Monty Brass buscó un puro, en vano, eso sí, ya que todos estaban en la mesa del gerente. A cambio, le tendió a Charley su tarjeta.

–Ése soy –dijo.

–Dirige usted espectáculos –dijo Charley–. Bueno, ¿por qué no los dirige en vez de meterse con nosotros? Puede que seamos vulgares, pero eso no es asunto suyo.

–Yo no he dicho que ustedes sean vulgares –explicó el gran empresario–. He pensado que era usted muy bueno…

–Vaya, muchas gracias.

–Me refería al número… Estaba dirigiendo mis comentarios a este memo…

–Mi compañero –le corrigió Charley.

–Él no me interesa –explicó Monty Brass.

–Es usted muy libre de hacer lo que le venga en gana.

–Pero sí me interesa usted… y tengo que coger un tren.

–No lo pierda por mi culpa –dijo Charley Moon–. ¡Y escuche! Está usted intentado romper un dúo sólo porque le conviene. Resulta que yo le intereso y resulta que no le interesa mi compañero, así que intenta romper nuestro dúo. Imagine que fuera al revés. ¿Cree usted que mi compañero me abandonaría por dinero?

–No lo descartaría –dijo Monty Brass–. Pero eso no tiene nada que ver. Me interesa usted para la temporada de pantomimas, y no me hace falta un dúo. Pueden ustedes trabajar juntos el resto del año. ¿Qué tiene eso de malo?

–Todo –dijo Charley Moon–. Ya he visto dúos romperse así.

–Acepta, Charley –le recomendó el señor Armytage.

–Ahí lo tiene –dijo Monty Brass–. Su representante artístico habla con sensatez.

–Mi representante artístico es el trasero de un caballo, y así habla.

–Con sensatez equina –dijo Monty Brass tomando nota mentalmente para incluir ese oportuno chiste en sus treinta y seis pantomimas.

–Ni hablar –dijo Charley Moon.

–El taxi está en la entrada, señor –anunció el portero desde abajo.

Monty Brass se levantó a toda prisa, miró a su alrededor buscando la caja de puros y recordó que la había perdido en aquella infructuosa pesquisa.

–Tendrá noticias mías –les dijo a las patas del caballo–. Le escribiré por la mañana.

–Ahórrese los sellos –dijo Charley Moon.

Monty Brass no perdió tiempo. Escribió a la mañana siguiente adjuntando una oferta para los dos socios… al precio que había estado dispuesto a pagar por uno sólo. En el contrato se contemplaba la opción permanente de renovar el compromiso para la temporada navideña de pantomimas, después de cualquier aparición en su espectáculo. El salario de ambos iría aumentando, en un porcentaje creciente, hasta alcanzar un máximo establecido. Aceptaron la oferta.

Salir de los teatros de variedades de provincias y entrar en el circuito de las Pantomimas de Penique, Sociedad Ilimitada, de Monty Brass fue como trasladarse a un mundo nuevo. La organización, que podía concentrar treinta y seis espectáculos en un par de meses, había que verla para creerla.

Los ensayos tenían lugar por todo el país, y Monty Brass iba revoloteando de uno a otro como una mariposa entre las budleyas. Tenía a sus compañías siempre alerta, pues solía presentarse de improviso y decía las cosas más inesperadas desde la última fila de los patios de butacas vacíos. Algunas veces, una reina de las hadas, al recitar uno de los pareados favoritos del empresario, se granjeaba un gruñido cavernoso por parte de éste mientras el desilusionado autor abandonaba la escena del crimen cometido por el hada.

O, por el contrario, reunía a los actores a lo largo de las candilejas y les decía lo buenos que eran y lo mucho que podrían mejorar. Monty Brass nunca era excesivamente amable, pero tampoco se ensañaba con nadie.

Si una compañía lo había dejado contento la Navidad anterior, dejaba en paz a sus miembros; en cambio, a los nuevos les prestaba mucha atención, en especial cuando sentía que tenía un patito feo que podía transformarse en cisne. Monty Brass siempre pensaba a largo plazo. Lo que una pantomima concreta pudiera recaudar en taquilla no le importaba mucho; lo que sí le preocupaba era el estatus que un cómico determinado alcanzaría al cabo de diez años. ¡Ése era el atractivo de lo impredecible para una astuta mente directiva!

A Charley Moon lo miraba con lupa. El director de la compañía sabía que el productor no le quitaba ojo al muchacho. Brass le había dicho al director que diera a Charley total libertad y le dejara hacer lo que

quisiera, más o menos, con el papel. La pantomima era Cenicienta y el papel era el de Buttons.

–Si vengo por aquí y me encuentro con que esos cómicos lo están eclipsando –dijo el productor– los despellejo. Ese muchacho tiene algo, y yo quiero ver qué es.

–¿Y su compañero? –preguntó el director.

–¡Olvídese de él! –dijo el productor con sequedad–. Es el burro que ponen en el establo al lado del favorito de la carrera para que no se sienta solo.

–Él no se ve a sí mismo de esa manera –advirtió el director.

–Cualquier tontería por su parte y va fuera –dijo Monty Brass.

Como consecuencia, los dos compañeros, Armytage y Moon, se encontraron atrapados entre vientos opuestos. El pobre señor Armytage no hacía nada bien, mientras que su joven compañero no hacía nada mal. Todo era muy confuso. A esto se añadía que nunca coincidían en el escenario, y que ninguno de sus numerosos chistes buenos se incluía en el guion. El señor Armytage, acostumbrado como estaba a que lo despreciaran, nunca se había sentido tan maltratado. Aun así, la paga era buena, de modo que se tragaba su orgullo con la esperanza de que al final se recompensara la virtud.

Sin embargo, en su caso, la virtud era su única recompensa.

–Si tienes algún problema con él –había dicho el señor Brass–, ignóralo y sigue ignorándolo hasta que aprenda a no molestar.

El director siguió al pie de la letra las instrucciones del productor hasta que el pobre señor Armytage aprendió a no molestar. Tenía suerte de estar en la compañía.

Mientras tanto, el papel de Buttons prosperó y floreció lo indecible. Cenicienta era una muchacha encantadora, más bonita que una caja de bombones y alegre como un rayo de sol. Charley Moon se enamoró de ella hasta las trancas… como ella pretendía. Eso era bueno para el espectáculo. Buttons es un clásico del amor frustrado: el enamorado generoso que se queda al margen por el bien de su amada. Nada como un toque de auténtica sinceridad para sacar a la luz el perfume y el encanto de las situaciones. Cenicienta debe casarse con su Príncipe, si bien aquella última mirada, larga y persistente, que ella le dirige al pobrecito Buttons en la escena de la transformación es el quid del

asunto. Así pues, Charley Moon fue sacrificado, y tan contento, en el altar de su arte, cosa que disfrutó una barbaridad.

Cenicienta debe casarse con su Príncipe, ya sea en una pantomima o fuera de ella; pero siempre debe tener debilidad por Buttons… Como desde luego la tenía esta Cenicienta. Por eso, cuando Monty Brass apareció para ver el ensayo general, todos los presagios eran favorables. Entró con sigilo durante aquella primera escena en la que, como recordará el lector, Buttons le da a la pobre Cenicienta su propia ración de hojaldre de pasas, y Cenicienta le permite a Buttons que se siente a sus pies.

–¡Alto ahí! –exclamó–. Quedaos así. ¡Muy bien! –dijo Monty Brass, que una vez había visto el interior de unos estudios de cine y sabía lo que se esperaba de él. Así, Charley Moon siguió mirando a Cenicienta y Cenicienta siguió mirando a Charley Moon, hasta que se sintieron como dos pasmarotes y empezaron a reírse el uno del otro.

–¡Encantador! –dijo el productor–. ¡Absolutamente encantador! Seguid con esa risa, que redondea la escena.

En un ensayo, como en otros asuntos, cuando el productor está contento, todo el mundo está contento. Pero entonces una nubecilla ensombreció su radiante rostro.

Una de las Hermanastras –la más delgada y alta, y menos importante– se acercó a las candilejas, se protegió los ojos del resplandor, miró hacia el negro vacío del auditorio y preguntó:

–¿Es usted quien ha hablado, señor Brass?

–Sí, yo –respondió el señor Brass–. ¿Qué se le ofrece?

–Me atrevería a sugerir…

–¿Qué? –ladró el productor.

–Una posible mejora…

–¿En qué? –preguntó Monty Brass.

–En sus posiciones. Si Cenicienta tuviera la escoba a su derecha, le resultaría más fácil volverse para mirar a Buttons. Cuando nosotros interpretamos esta escena…

–¿Sí? –preguntó el productor con ominosa calma.

–Cenicienta siempre tenía la escoba a su derecha.

–¿Quién es usted? –preguntó Monty Brass con frialdad.

–Harold Armytage –respondió la Hermanastra–. No quería interrumpir, pero pensé que podría interesarle saber que, cuando nosotros interpretamos esta escena en Ashby-de-la-Zouch…[27]

–Esta escena no se ha visto nunca en Ashby-de-la-Zouch ni en ningún otro sitio.

–Vaya, discúlpeme. Si la memoria no me falla…

–¡Esta escena la escribí yo mismo hace menos de cinco semanas!

La Hermanastra se mostró un poco aturdida.

–Por supuesto –dijo–, yo no me atrevería a cuestionar…

–¡Más le vale! –gritó el autor de treinta y seis pantomimas volviendo a su jerga original–. ¡Más le vale, antigualla!

Bueno, si había algo que el señor Armytage no podía soportar era que lo llamaran antigualla. Hoy día, esa antipática expresión ha sido sustituida por la más elegante anacrónico, aunque no haya una gran diferencia entre ambas referidas a un actor que ya ha vivido sus mejores días… y que de todas formas nunca fue gran cosa.

El señor Armytage no volvió a aparecer aquella tarde, y, cuando Charley volvió al hotel, se encontró con que su compañero se había marchado y se había llevado consigo todas sus posesiones.

–¡Bueno! –dijo Monty Brass después del ensayo–, ¿qué te parece el muchacho?

En el camerino, la encargada de vestuario le había quitado a Cenicienta gran parte de sus galas nupciales y las estaba colgando detrás de una cortina. La propia Cenicienta se quitó una zapatilla blanca de satén y se la arrojó al señor Brass.

–¡Cuidado! –dijo–, que cuestan un dinero.

–¡Y hacen un daño horrible! ¿Por qué no compras los zapatos en Alibi's?

–¿Qué te parece el muchacho? –preguntó el productor.

–Tu problema –dijo Cenicienta– es que se te olvida que una chica camina con los pies. Eres tan sumamente romántico que te crees que flotamos en el aire…

–Así es –dijo Monty Brass–. Flotas como una pelusilla de cardo… A esos zapatos no les pasa nada… ¿Qué opinas de tu nuevo Buttons?

–Si los zapatos fueran la mitad de buenos que él, no tendría que preocuparme…

–¡Y dale con los zapatos!

–Me cae bien su amigo (imitando al señor Armytage): «¿Es usted quien ha hablado, señor Brass?».

–Cállate, Angel.

–«Cuando nosotros interpretamos esta escena en Ashby-de-la-Zouch…»

–¡Ay, cállate!

–«… poníamos la escoba a su derecha.» Pobrecillo. Me ha dado pena. Sólo quería ayudar.

–¿Quieres dejarte de tonterías y decirme qué opinas de este nuevo muchacho, Moon?

La señorita Angel Dream (¡qué nombre tan bonito! Se le ocurrió a Monty Brass) había actuado en alguna de aquellas treinta y seis pantomimas desde que la ficharon para interpretar a Nenita cuando tenía cuatro años. Aún no había cumplido los veinte y ya era una profesional establecida que conocía los entresijos del negocio. Cada vez que un empresario le pedía su opinión, nunca era en vano.

–Servirá –dijo. Y esto, viniendo de Angel Dream no era un mero elogio: era todo un panegírico. El señor Brass dejó escapar un suspiro de puro alivio.

–Bendita seas, Angel –dijo.

–Está enamorado de mí… ¡Ja, ja!

–¡Estupendo!

–Y yo de él… ¡Ja, ja!

–¡Mejor que mejor!

–Cree que soy tan buena como bonita… ¿O era al revés?

–Y lo eres –dijo Monty Brass.

–¡Caballero! –exclamó la dama–, nunca me habían insultado de ese modo… Dice que nunca había visto nada como yo.

–Ni yo tampoco –dijo Monty Brass.

–¡Basta! –advirtió Angel–. Soy una chica decente.

–Ya sé que lo eres –dijo el productor–. ¿Por qué sigues diciéndomelo?

–Y no voy a ponerme esos condenados zapatos. –La señorita Angel Dream le dio un besito en la punta de la nariz y lo empujó hacia la puerta del camerino.

Charley Moon hizo todo lo posible por encontrar el rastro del señor Armytage y, como no lo consiguió, se dedicó a disfrutar la temporada de pantomimas. Actuar en un espectáculo de primera categoría, en un teatro de primera categoría, era una experiencia maravillosa. El papel de Buttons no era el más importante, pero no había duda del estatus de Charley en la compañía ni de su atractivo para el público. Después de la primera actuación, le doblaron el salario mediante el simple proceso de eliminar del nuevo contrato el nombre de su anterior compañero y conservar la cifra original.

Eso a Charley no le gustaba demasiado y, cuando habló con Angel, ella puso de manifiesto su visión práctica y profesional.

–Si no lo aceptas, el dinero vuelve al fondo común –dijo–, y a ese pobre fulanito no le solucionas nada. De todas formas, Monty no lo quería; para él tú sigues siendo una ganga y a ti el dinero te viene bien. ¡Acéptalo!

A Charley, que había heredado de todos aquellos Moon una especie de conciencia implacable, seguía sin gustarle aquello; pero con el aumento de su consideración en la escala social, y como galán permanente de Ángel, encontraría sin duda la forma de gastar ese dinerillo extra.

La relación que tenían en aquel momento era un poco complicada. En el escenario, dos veces al día, Buttons protegía a Cenicienta librando sus batallas y recibiendo a cambio bien poco. Fuera del escenario, ocurría lo contrario. Angel, esa veterana y curtida actriz, era quien lo protegía a él y le daba buenos consejos gracias a su bagaje profesional,

adquirido a fuerza de errores. Comparado con ella, Charley Moon seguía siendo un aficionado, inclinado, y casi decidido, a meter la pata a la menor ocasión.

–No eres naide, no más que una creatura en este negocio –le dijo ella una vez imitando el dialecto de la zona, y Charley, seis años mayor que ella, tuvo que admitir que tenía razón.

Aun así, lo sacaba de quicio con su jerga de camerino, su frívola falsedad y sus curiosas manías femeninas. Aunque en el escenario era capaz de hacer reír y llorar al público al mismo tiempo, no sabía manejarse con las mujeres en el trato cercano.

–Nos tienes miedo, Charley –se reía ella–. No debes tener miedo: no voy a morderte.

Y Charley, dándose cuenta, tal vez, de la verdad de ese perspicaz resumen, volvía a sumirse en un incómodo silencio.

Un día, cuando iban paseando por los páramos cercanos, él quiso saber el nombre real de Angel.

–Está en todos los carteles –dijo ella.

–Es una estupidez –dijo Charley.

–¿No te gusta?

–¡Lo odio! –Charley se sorprendió a sí mismo por la vehemencia de su discrepancia e intentó suavizar el golpe–. ¿Por qué elegiste un nombre tan cursi? –le preguntó.

–Porque tenía cuatro años, porque no te había conocido y porque no conocía tus gustos. ¿Hay algo más que no te guste de mí? –Cuando se trataba de pelear, Angel tenía más garras que un gato. Charley trató de enmendar el asunto, pero el daño ya estaba hecho. Volvieron a casa sin hablarse.

Aquella noche sus escenas, aunque volvieron a ser lo más destacado del espectáculo, parecían carecer de algo. Monty Brass, que aprovechó para dejarse caer por el teatro en una de sus visitas relámpago, se dio cuenta de que había problemas. Se coló por la chácena y llegó al camerino, donde encontró a su protagonista llorando.

–Hola, Angel –le dijo–, ¿qué pasa?

Angel Dream, aún vestida con los harapos de Cenicienta, era la viva imagen del sufrimiento. Limpiándose el maquillaje de los ojos y señalando un cartel de teatro en el que aparecía su nombre muy destacado, preguntó, en tono trágico:

–¿Por qué me hiciste cargar con ese nombre horrible?

–¿No te gusta? –preguntó el asombrado productor.

–Lo odio –dijo Angel Dream–. ¡Lo odio! ¡Lo odio! ¡Lo odio!

–Has tardado mucho tiempo en llegar a esa conclusión –dijo Monty Brass, y se retiró hasta que la tormenta amainara. En el pasillo se encontró con Charley Moon, que había olvidado el incidente y se sentía bastante complacido consigo mismo.

–¿A qué se debe tanto jaleo? –le preguntó.

–¡Jaleo! –dijo Charley–. ¿Qué jaleo?

–Está furiosa. ¡Ahora no le gusta su nombre!

–¡Ah, eso! –rio Charley–. No se preocupe, patrón. Únicamente le dije que era un nombre de lo más tonto. ¿A quién se le ocurrió?

–A mí –dijo Monty Brass–. Me tomé muchas molestias, muchas molestias, para pensar ese nombre. Resulta muy bien en los carteles. Iba a llamarla Flor de Melocotón, pero alguien se me adelantó. Y ahora llegas tú y lo estropeas todo. ¿Por qué tienes que meterte donde no te llaman? ¿Qué os pasa a los dos? Primero al inútil de tu compañero no le gusta mi producción, y ahora tú empiezas a molestar a mi protagonista y te cargas mi mejor escena.

–¿Qué le pasa a la escena? –preguntó Charley.

–¡Que se ha ido al garete! –dijo el señor Brass.

–Yo no le veo ningún problema –dijo Charley.

–¡Cómo vas a verlo! No conoces tu oficio…, como todos los que han estado en el frente…, que vais por los campamentos con una compañía de variedades chapucera y después os metéis en la profesión creyendo que lo sabéis todo… Puñado de… aficionados.

–¡Pues le pido disculpas! –dijo Charley.

–No niego –admitió el señor Brass, calmándose un poco–, no niego

que tú tienes algo, aunque tu problema es que no sabes lo que tienes. Eres divertido, pero no sabes por qué. No tienes técnica. Eres lo que llamamos un actor intuitivo. Conozco a los de tu clase. He visto lo que les ocurre: un buen día perderás tu chispa y te hundirás. Como un… barco sin… timón.

–¿Qué tiene todo eso que ver con que una chica elija una tontería de nombre?

–Todo –respondió el productor–. Eso demuestra que no estás hecho para el teatro. Tienes el pie en la puerta de atrás, listo para salir en cualquier momento. No eres uno de nosotros. En un teatro de juguete, tú serías una de esas figurillas de papel sin pintar, de las que se venden a un penique, y nosotros, de las coloreadas, que valen dos. ¿Por qué crees que tenemos candilejas y nos maquillamos? Porque no somos gente corriente. No podemos permitirnos serlo. Tenemos que resultar extraordinarios y al mismo tiempo naturales… Entonces apareces tú, te reúnes con nosotros entre bastidores, que en realidad no es tu sitio, y te ríes de nosotros a nuestras espaldas.

–¡Lo siento! –dijo Charley.

–Sólo te lo digo por tu bien –dijo Monty Brass–. Te harás un gran nombre y ganarás mucho dinero, pero nunca serás actor. ¡Ve con cuidado!

Entonces se marchó a toda prisa rumbo a otra ciudad del norte, y una nubecilla ensombreció su radiante rostro.

Angel Dream le dijo algo muy parecido. Charley había intentado arreglar las cosas asumiendo la antigua creencia de que los nombres no importan cuando se trata de rosas.[28]

–Si por nombres fuera –dijo ella–, algunas personas podrían pensar que Moon es gracioso sin ser vulgar.

–Es que es mi verdadero nombre –le recordó Charley.

–Ahí lo tienes –dijo Angel–. Hablas como un curita o un notario chapado a la antigua. Eres demasiado convencional para vivir. No tienes ni pizca de sentimiento por el teatro. Después te quejarás de que use maquillaje de teatro y lleve pestañas postizas.

–Son innecesarias –dijo Charley.

Aquélla fue la ocasión en que ella lo describió como «naide, no más que una creatura en este negocio».

–Me da la impresión de que odias el teatro –le dijo.

–Podría pasar sin él –le dijo Charley.

–Ve con cuidado, no sea que el teatro llegue a la conclusión de que puede pasar sin ti –le advirtió Angel Dream.

Pese a todo, los dos eran muy buenos amigos y, quizá, algo más que eso. La última noche de pantomima, la despedida fue triste, pero los romances que surgen entre bastidores tienen raíces superficiales y, a la Navidad siguiente, ambos eran demasiado importantes para desaprovecharlos en una misma producción. Ambos eran ya estrellas por derecho propio, por lo que siguieron caminos separados.

Querido Charley [escribió Rose]:

Sólo te escribo para felicitarte las Navidades, con la esperanza de que esta carta te llegue. Te enviaría un paquetito, pero no sé tu dirección. ¿Por qué no escribes, Charley? ¿Sigues molesto por la venta del molino y los humedales? Algunos de los chicos fueron a patinar por allí, pero el administrador del nuevo dueño los echó. El pueblo entero dice que eso no habría pasado si los Moon siguieran aquí. Y cuánta razón tienen. Parece que ahora todo está cayendo en manos de quien no debería. Eso es lo peor de una guerra. Lo pone todo patas arriba y disgusta a todo el mundo. Yo sé cómo te sientes, Charley, pero no fue culpa mía que te expulsaran de tu hogar. Yo también estoy un poco preocupada. Mi abuela está muy delicada y no sé qué pasará cuando ella se vaya. Me imagino que me expulsarán, igual que a ti, y estaremos los dos en la misma situación. En fin, buenas noches, Charley. Feliz Navidad y feliz Año Nuevo. Escríbeme alguna vez. Sigo enviándote las cartas a la dirección que me diste, y no vienen devueltas; pero tú nunca respondes, y yo sigo pensando que te ha pasado algo terrible…

Cenicienta, representada en una tercera ciudad del norte después de que la solicitaran por tercera vez, se acercaba al final de su temporada más exitosa. Monty Brass, en sus rondas, llegó por la noche y se alojó en el enorme y lujoso Imperial Hotel. Le pidió a Charley Moon que cenara con él después del espectáculo.

Fueron paseando desde el teatro. En el vestíbulo del hotel, media docena de camareros se pelearon por sus sombreros y abrigos de manera similar a como los jugadores de cricket pelean por los palos largos y cortos al final de un partido profesional. En el American Bar, George les preparó su cóctel especial, Cobre líquido (dedicado al famoso empresario).[29] El jefe de sala los condujo a una mesa central y tomó nota de su comanda. El cubo del hielo ya estaba en su sitio… «Debe de ser el cumpleaños del patrón», pensó Charley Moon.

Recorrió con la vista el atestado restaurante. En una mesa larga una famosa actriz de comedia musical, que acababa de actuar en el preestreno de una producción londinense en el teatro que había al otro lado de la calle, había invitado a toda la compañía y a varias docenas de amigos. Habían imprimido una carta especial en la que cada plato tenía el nombre de un personaje de la obra. La pièce de résistance era una figura brillante tallada en hielo e iluminada con luces de colores. Cuando el chef apareció con ella, toda la sala prorrumpió en aplausos.

–Eso le va a costar un dinerito –dijo Charley Moon.

–No te preocupes por ella –gruñó Monty Brass–. Puede permitírselo. ¿Cuánto crees que está ganando con su nuevo espectáculo? Trescientas a la semana. Eso es dinero.

Charley tomó nota mentalmente. Cuando le renovaran su contrato recordaría que lo que vale para la gallina vale para el gallo.

–¿Tanto gana el teatro gracias a ella? –preguntó.

–Eso habría que verlo –fue la cauta respuesta–. Un teatro gana mucho dinero… cuando se llena.

Mientras tanto, la dama en cuestión estaba diciéndole a su invitado

principal y patrocinador, un magnate industrial:

–Aquel de allí es Monty Brass. Si nuestra obra tiene éxito, comprará los derechos de gira y se forrará. Si es un fracaso, no le veremos el pelo. Nosotros ponemos el dinero y él elige, ¡el muy… viejo ladino!

–Eso podría cambiarse fásilmente –dijo el patrocinador del futuro éxito londinense–. ¿Por qué no hasemos giras nosotros, si dan tanto dinero?

–Querido –respondió la dama–. No se puede. Eso sería como ponerse a gatas debajo de la mesa del almuerzo para coger el último resto. Hay que dejar algo para los sirvientes… y para criaturas como Monty Brass. Si le quitas sus giras, ¿de qué va a vivir?

–De momento parese que vive a lo grande –dijo el mecenas–. Eso es lo que pasa cuando ganas dinero por la cara. Deberíamos pensar eso de las giras…

Pero su anfitriona no estaba interesada.

–¿Quién está con él? –preguntó.

–Un muchacho de la pantomima que representan en el Palace –dijo el comensal de enfrente–. Es un cómico, un gran cómico. –Así era como hablaban los ricos durante mucho tiempo después de la Primera Guerra Mundial.

–¿Un puro? –preguntó Monty Brass.

Había llovido mucho desde aquella última velada de El expreso de medianoche, cuando el puro que ofreció el jefe puso al señor Armytage en la cima del mundo. Era curioso cómo habían salido las cosas. Ahora era Charley el que fumaba un puro, mientras que el señor Armytage…

–¿Licor? –sugirió Monty Brass.

«¡Vaya! –pensó Charley–. Qué amistosos estamos esta noche. ¿Qué se estará cocinando?» A Charley nunca le habían advertido de que tuviera cuidado con los griegos cuando hacían regalos, aunque en Little Summerford tenían un dicho muy parecido, y su innata cautela estaba alerta, como la del conejo que, ojo avizor, vigila la entrada de su madriguera.

Monty Brass se dio cuenta de que en la mesa larga estaban hablando

de él.

–¡Menudo circo! –resopló–. Son todas iguales, esas producciones del West End. Algún director irresponsable pesca a un bobo con más dinero que sentido común y lanza una obra al escenario como si fuera una pelota de goma. Si rebota, se aprovecha. Si no, se larga y busca a otro bobo. Más dinero del norte que se va por el desagüe.

–Alguien tiene que correr el riesgo… –le recordó Charley.

–No hay riesgo si conoces tu oficio. Busca una obra de calidad, contrata a una buena compañía, llévala con ojo empresarial, vigila los gastos…

–Parece fácil –rio Charley–. ¿Por qué no lo hace usted?

–¿Para qué?

–Bueno –le recordó Charley–, tendría usted los derechos para la película, los derechos para Estados Unidos, la radiodifusión y esa nueva televisión de la que tanto se habla…

–Es una idea –admitió Monty Brass–. No está mal pensado… Toma otro puro.

–¿Cómo empezaría usted? –preguntó Charley.

Monty Brass fingió meditar sobre esa novedosa proposición.

En realidad había hecho planes para una producción en el West End, y esos planes incluían a Charley Moon. Sin embargo, no quería parecer demasiado deseoso. Eso haría que le costara más. Era mejor que la sugerencia llegara de la otra parte. Si quieres que alguien vaya por donde tú quieres, deja que crea que es él quien elige el camino.

–Bien pensado –dijo Monty Brass–. ¿De dónde sacaría yo el dinero?

Los dos se rieron. Monty Brass era un hombre afable y le gustaba que la gente lo supiera. No necesitaría patrocinadores.

Mientras le daba vueltas, la idea la guardó a buen recaudo en el mundo de la fantasía… Un concepto agradable…, un sueño imposible…, bastante absurdo, desde luego, pero, al fin y al cabo, ¿por qué no?

–Una excusa para darles a algunos de mis chicos y chicas una oportunidad en el West End –sonrió Monty Brass–. Supongo que tú

tendrías que subirte al carro…

–No se preocupe por mí –dijo Charley.

–Bueno, ha sido idea tuya.

–Yo estoy muy bien como estoy.

–Qué tontería –protestó Monty Brass–. No puedes desperdiciar tu vida yendo de acá para allá en provincias. Además, tú no estás hecho para las variedades. El teatro de variedades no es lo tuyo, y menos aún ser un mero relleno entre una pantomima y otra.

–Es muy amable por preocuparse –dijo Charley Moon–, pero me va bastante bien.

Monty Brass fue al grano.

–Lo mejor es que rompa tu contrato y te haga otro de un año entero –sugirió.

–Eso le costaría a usted demasiado –dijo Charley.

Ya estaban las cartas sobre la mesa. Las cosas claras. Una vez que el contrato estuviera firmado, ya sería tarde para discutir sus términos. Era ahora o nunca para Charley Moon. Lo cierto es que Monty Brass tenía buenas cartas: la oferta de un papel estelar en una gran producción del West End no era poca cosa. Muchos cómicos de provincias nunca llegaban a Londres. Por otro lado, a Charley le iba, como él mismo había dicho, bastante bien. El verano anterior su éxito en Blackpool había sido extraordinario.

–Yo sé lo que te pagan –dijo el productor.

–Este año estoy cobrando el doble –respondió el actor.

Cuando llegó el camarero para recoger la mesa, Charley Moon había subido a un escalón muy alto de su profesión, y Monty Brass había accedido a hacerle un contrato que le provocó pesadillas durante un mes.

Una vez decidido a lanzarse al agua, Monty Brass se metió hasta lo más hondo. Su primera preocupación era buscar a un autor, y había un joven de su club que parecía tener las ideas claras.

Un día, después del almuerzo, lo abordó y lo llevo a un rincón tranquilo de la sala de fumadores.

–¿Un puro? –dijo Monty Brass.

–Gracias –dijo el joven–, pero no fumo.

–¿Una copa de oporto?

–Nunca bebo durante el día –fue la sorprendente respuesta.

Monty Brass, acostumbrado a sentirse envuelto por el fragante humo del tabaco mientras surcaba los benéficos mares del alcohol, se sintió perplejo. ¿Cómo empieza uno a hablar de negocios en tan extrañas condiciones?

–Quiero introducirme en el West End –le dijo.

–¡Estupendo! –respondió el autor–. Tengo la obra que necesita.

–Olvídela –dijo Monty Brass.

El autor la olvidó.

–Quiero trabajar con mi propio guion –explicó el productor–. Tengo una idea general y quiero que usted la desarrolle.

–Me alegra conocer a alguien que sabe lo que quiere –dijo el autor.

–¿Ha oído usted hablar de un cómico llamado Charley Moon?

El autor no había oído hablar de él.

–No es exactamente un cómico… Nada de comedia física, nada de risotadas; en cambio, dele un material bueno y le aseguro que desatará el entusiasmo del público, sobre todo en las mujeres.

–Suena bien –dijo el autor–. ¿Qué es? ¿Un actor del norte?

–No, no es del norte.

–¡Cockney!

–No, cockney tampoco.

–Tiene que ser lo uno o lo otro –rio el autor–. Si un cómico no es de Wigan, entonces es de Walthamstow.

–Este cómico, no –dijo Monty Brass–. Lo suyo es algo nuevo. Nada que ver con los chistes de siempre. Es un tipo tranquilo. Pone toda la carne

en el asador…

–Empieza a gustarme ese tipo –dijo el autor–. Cuénteme más cosas.

–Actúa en mi pantomima, en las afueras de Manchester. Vaya a verlo.

–Iré mañana.

–¿Ha pensado alguna vez en convertir Cenicienta en una comedia musical?

–Eso ya se ha hecho… montones de veces.

–Lo sé. Nosotros lo haremos otra vez.

–¡Me parece bien! –dijo el autor–. De hecho, esa obra que tengo…

–¡Olvídela! –dijo Monty Brass.

El autor la olvidó.

–Discúlpeme si le parezco un poco aferrado a mis ideas –explicó el productor–, pero tenemos que hacer algo que esté a la altura de este actor, algo que le siente como un guante. Es el mejor Buttons del mundo, y puede que, después de eso, no sea nada en absoluto. No lo sé, y no quiero arriesgarme. Piense en una peripecia para la clásica situación de Cenicienta y construya el papel de Buttons; yo me encargaré de lo demás.

–¡De acuerdo! –dijo el autor–. Volveré el miércoles.

–Nos reuniremos aquí –dijo Monty Brass–. El muchacho seguramente tendrá una semana libre cuando terminemos la temporada y podremos hablar del asunto. Tiene buenas ideas.

El autor fue al norte para echarle un vistazo a su nuevo protagonista y, dentro de las limitaciones del papel, le gustó lo que vio. Después de la función, Charley recibió una segunda invitación para cenar en el restaurante del hotel elegante.

–Tengo curiosidad por su acento –dijo el anfitrión–. Hay un deje que no consigo identificar.

–¡El acento! –dijo Charley fingiendo sorpresa–. Ya se me ha quitado el acento. Hace años que no voy por mi tierra.

–¿Cuál es su tierra? –preguntó el autor.

–Little Summerford –dijo Charley–. Donde todo el mundo tiene los pies palmeados.

–¿Cómo se llega allí?

–Alquilas una barca y remas por el Támesis hasta que ya no puedas seguir remando. Entonces sales de la barca y la arrastras hasta que no puedas seguir arrastrándola. Dejas la barca metida entre los juncos y echas a andar por los humedales hasta que llegues a un molino, seis casas y una tienda de caramelos.

–Suena de maravilla. Es raro que no haya vuelto usted.

–No me gusta aquello –dijo Charley Moon–. No me pregunte por qué.

–Necesita una chica –sugirió el autor.

–Había una chica –dijo Charley–. Llevaba trenzas. También había un anciano que murió de pena, un abogado con una hipoteca, varios acreedores y una rueda de molino que no giraba.

–Así que hizo usted la maleta y se desentendió.

–Como dice usted, hice la maleta y me desentendí.

–La chica ya no llevará trenzas –rio el autor.

–¿Quién? –preguntó Charley saliendo de su sombrío sueño de antiguas tristezas.

–La chica de la tienda –dijo el otro.

–Ah, aquella niña –dijo Charley Moon–. Íbamos a los humedales… a coger anguilas… en un burrito… uno delante y el otro detrás… No, ya no llevará trenzas.

A la mañana siguiente Monty Brass estaba esperando en el club.

–¿Alguna novedad? –preguntó.

–Quiero que haya un burro –dijo el autor.

–Un burro –dijo el productor asombrado–. Esto no va a ser una pantomima de los hermanos Bogally.

–Un burro de verdad –explicó el autor–. Un burro vivo, una rueda de molino estropeada y un abogado con una hipoteca.

–¿Un toque humorístico para relajar la tensión? –preguntó Monty Brass.

–No exactamente –respondió el otro–. Me temo que no puedo quedarme a comer. Me voy corriendo a Little Summerford.

–No lo conozco.

–Yo tampoco lo conocía, hasta anoche.

–Es un nombre bonito. ¿Para qué diantres va usted allí?

–Todo el mundo –murmuró el autor– tiene los pies palmeados. Alquilas una barca y remas por el Támesis hasta que ya no puedas seguir remando. Entonces sales de la barca y la arrastras hasta que no puedas seguir arrastrándola. Dejas la barca entre los juncos y echas a andar por los humedales, hasta que llegas a un molino, seis casas y una tienda de caramelos.

–¡Está como una cabra! –gruñó Monty Brass.

–Había una niña –dijo el autor–. Llevaba trenzas… Bueno, tengo que irme.

–¡Como una cabra! –dijo Monty Brass–. Todos los autores están como una cabra. Por eso tengo yo que escribir mis propias pantomimas.

Sin embargo, el autor sólo estaba siguiendo instrucciones. La obra nueva tenía que quedarle a Charley como un guante. El papel sería lo más parecido posible a él mismo. Tendría que actuar y hablar exactamente igual que en la vida real. Cuando el autor hubiera terminado, el actor no sabría si era él mismo o el personaje que interpretaba.

Por regla general, primero se escribían las obras y después se buscaba a unos actores idóneos para los papeles. Esta vez lo harían al revés: escribirían una obra que se adecuara al actor. Y, sin duda, la mejor manera de hacer que el actor se sintiera relajado y cómodo era rodearlo, en el escenario, de cosas agradables y conocidas.

El método resultaba un poco extraño, pero así era como Monty Brass había amoldado a los cómicos y sus números en sus pantomimas, de modo que algo bueno tendría. Estaba por ver cómo funcionaría el plan

en la práctica. Sin embargo, no pasaba nada por intentarlo. Así pues, el autor se fue a Little Summerford.

Se alojó en el Shaven Fleece, que estaba en la población con mercado más cercana, alquiló una bicicleta y se dio una vuelta por la zona. Lo primero era captar ese escurridizo acento. No se parecía en nada a ese otro, denso y pastoso, que fingían quienes imitaban el habla del noreste de Somerset, y que se ridiculizaba en la profesión llamándolo noresteño. Dependía más de la construcción de las frases que de los sonidos vocálicos. El autor dejaba la bicicleta apoyada en un poste, hablaba con los muchachos del pueblo y pegaba la oreja en las tabernas. Descubrió que los habitantes eran tímidos, cordiales y nada aburridos. A cada momento apuntaba alguna curiosa expresión que le sugería una línea de diálogo o el título de una canción…

Todo el tiempo le parecía que aquel apacible y cordial entorno le proporcionaba el escenario ideal para una historia sencilla, aún por escribir.

El autor tenía cuidado de no llamar la atención mostrando demasiado interés. Si aquellos tranquilos lugareños sintieran que se estaban burlando de ellos o que los estaban analizando, se meterían en su caparazón, y ya no volvería a saber de ellos. Por eso se pasaba el día hablando del tiempo y esperaba a que un suceso fortuito pudiera conducirlo a algo.

No tuvo que aguardar mucho. Paseando por el cementerio de la iglesia se topó con una de aquellas hermosas lápidas antiguas de la familia Moon, que, si bien ya estaba un poco descuidada, seguía reflejando su influencia en aquella serena zona rural. Una serie de tumbas que mostraban un sucesivo declive, empezando por la de aquel Thomas Moon que había enviado todos aquellos sacos de maíz para ayudar a los habitantes de Londres y terminando por una sencilla cruz, en la que figuraba la fecha del fin de la batalla del Káiser. Ésa debía de ser la tumba del padre de Charley Moon, el anciano que había muerto de pena. El autor se acordó del abogado con la hipoteca y de la ruinosa rueda del molino, y empezó a comprender.

Bajó por la calle del pueblo y llegó, como esperaba, a la tiendecita. Al abrir la puerta, lo sorprendió un tintineo semejante al de una pequeña alarma de incendios.

Una joven salió de la trastienda, una joven que parecía bastante mayor para su edad, con la mirada más cálida que había visto jamás. Mientras ella metía una barrita de chocolate en una bolsa de papel, el

autor le preguntó el nombre de la aldea.

–Little Summerford.

–Un nombre muy bonito.

–No está mal –dijo la joven.

–Es usted demasiado modesta –sonrió el autor tratando de proseguir la conversación.

Ella pareció meditar sobre el asunto.

–No sé –dijo–. Está Marston Meysey…, y Stanton Fitzwarren… Y Clyffe Pypard es encantador.

–¿Muy tranquilo en el invierno?

–¡Y húmedo! –añadió la joven–. La gente suele decir que aquí tenemos los pies palmeados, aunque desde que empezaron a dragar el Támesis la cosa está mejor.

–¿Eso que va por los humedales es el Támesis?

–No –dijo la joven–. Es sólo el arroyo. Desemboca en el Támesis más abajo.

–¿Pasado el molino?

–Pasado el molino –repitió la joven, y pareció que el eco llevaba consigo el aroma de unas flores mustias. ¿O fue su mera imaginación?

El autor estaba preguntándose hasta dónde podría llevar de forma segura, y decente, sus pesquisas.

–He estado viendo las viejas tumbas del cementerio de la iglesia –dijo– y me preguntaba si esa antigua familia, los Moon, estaban emparentados, de algún modo, con el actor del mismo nombre.

–No sabría decirle –respondió la joven–. No sé quién es. ¿Cómo se llama?

–Charley Moon.

–¿Usted lo conoce? –preguntó ella.

–He tratado con él un par de veces.

–Aquí había un Charley Moon –dijo la muchacha–. Vivía en el molino, antes de que lo vendieran. Pero nunca he oído que fuera actor. ¿Usted lo ha visto actuar?

–Lo vi una vez –dijo el autor.

–¿Es bueno?

–Mucho…, me pareció.

–¿Qué papel hacía?

–Actuaba en una pantomima. Cantaba y bailaba, lo habitual, y tocaba la armónica…

Alguien llamó en tono quejumbroso desde la trastien-da:

–¡Rose! ¡Rose! ¿Cuánto rato más vas a seguir ahí chismorreando?

–¡Ya voy, abuela! –respondió la joven.

En cuanto ella se hubo marchado, el autor salió de la tienda. No quería dar pie a complicaciones embarazosas, y el intenso rubor de las mejillas de la muchacha le había revelado todo lo que quería saber. Mejor dejarlo ahí. Bajó por la calle de la aldea hasta que llegó al molino.

Había un anciano apoyado en una tapia, contemplando a los trabajadores convertir el viejo edificio en una pequeña mansión. Habían demolido los depósitos y los graneros; las grandes losas de los suelos de piedra las estaban utilizando para hacer excéntricos empedrados y rocallas destinados a un jardín acuático de especial belleza. A todas luces, la vieja rueda del molino se quedaría en su sitio como elemento decorativo. El autor se apoyó en la tapia, junto al anciano.

–Están haciendo un buen trabajo –dijo.

–¡Hmmm! –admitió el anciano con la cautela propia de los suyos–. Se pué decir que sí.

–¿Que les ocurrió a los anteriores propietarios?

–Muertos –dijo el anciano con el sombrío deleite de la extrema vejez.

–¿No queda nadie? –preguntó el autor.

–Naide más que el joven Charley.

–¿Y dónde está?

–¿Quién?

–El joven Charley.

–Se fue.

–¿Adónde?

–¿Cómo quié que lo sepa?

–Creía que, quizá, usted se acordaría de él.

–Claro que me acuerdo. Todo el mundo conocía al joven Charley. No se portaba bien con naide. Ni con su pare, William hijo. Entre los dos dejaron que esto se viniera abajo. Igualito que el viejo. ¡Hmmm! Si querías levantarte antes que el molinero, tenías que madrugar mucho.

El autor atravesó una cancela y caminó a lo largo del arroyo, tomando nota de todo mentalmente. La dura estirpe de los molineros…, los tiempos cambiantes…, el capital menguante…, la ruina…, el abogado con la hipoteca…, las deudas y la desesperación… No era el tema ideal para una comedia musical, pero sentía que ahora conocía mejor a Charley Moon, y algo podría salir de ahí. Al otro lado del humedal, una partida de trabajadores estaba instalando una nueva compuerta. Uno de ellos fue hacia el autor.

–¡Terreno privado, señor! –dijo–. El acceso está estrictamente vedado. Mejor que no lo vea el patrón. Es muy quisquilloso.

–Y hace bien –dijo el autor–. ¿Qué tal la pesca?

–¡Excesiva! Casi mil crías en este corto tramo. ¡Tendrán que esforzarse para sobrevivir!

El autor era aficionado a la pesca en su tiempo libre.

–Sorprende que quede sitio para el agua –sonrió.

–¡Casi nada! –río el otro, y se marchó para unirse a sus compañeros.

La reunión prevista entre las tres personas fundamentales –el

productor, el autor y el actor– tuvo lugar en Londres. El autor había consultado a Monty Brass si sería sensato decirle a Charley Moon lo de su visita a Little Summerford.

–Mejor no –aconsejó Monty Brass–. Podría resultarle embarazoso. No hablemos de su vida privada y dejemos que crea que el resto es pura coincidencia. Si empieza a sospechar, le diré que ha estado hablando en sueños.

Sin embargo, el autor tenía un plan mejor. Les dijo a ambos que, por el bien de la historia, necesitaba un escenario campestre, pero que, siendo un hombre de ciudad, le faltaban conocimientos. Quizá Charley podría ayudarle. Por ejemplo, en la revista Country Life había visto imágenes de un viejo molino convertido en la clase de residencia que él tenía en mente. Al parecer habían dejado la rueda del molino en su sitio original y habían desviado la corriente de agua. ¿Eso era factible?

–Yo nací en un molino –dijo Charley.

Monty Brass fingió estar encantado. Un presagio de éxito. Y menuda escena: una cascada y unas chicas en bañador… El autor lo cortó en seco:

–Esta rueda de molino –le recordó al entusiasmado productor–, no funciona, un ejemplo de decadencia pintoresca.

–Lo sería –dijo Charley.

Salvado el primer escollo, el autor procedió a engatusar a su protagonista para que le proporcionara más detalles rurales, igual que un mago fuerza a un miembro del público a que elija una carta determinada.

–Quiero desarrollar el motivo del río –dijo–. Si hay un molino, deberá haber una corriente de agua, y esas cosas amarillas que crecen en las márgenes…

–Senecios –dijo Charley Moon–. Senecios, lirios amarillos y mímulus.

–Eso está bien para el colorido –dijo el autor–. ¿Quién va a pintar los decorados?

–Alick Johnstone –dijo Monty Brass–. ¿Qué son los mímulus?

–Almizcle de agua –explicó Charley.

–¿Son caros? –preguntó el productor, preocupado.

–Mucho –dijo el autor, y citó:

Dormitando con el calor,

entre los mímulus y las ulmarias en flor.

–Suena bien –dijo Monty Brass–. Olvide el coste. Me voy a arruinar de todas maneras…

Charley Moon se marchó a provincias, y el autor se puso a trabajar en su obra, en la que el amor, el idilio, las ruedas de molino y las ulmarias se mezclaban alegremente. El público tendría momentos de inquietud, pero al final todo saldría bien… gracias a la imaginación y la integridad de un sencillo muchacho de campo que siempre había amado platónicamente a la protagonista. Un popular compositor proporcionó una música melodiosa que incluía «The Song of the Water Wheel» y «Among the Mimulus and Meadow Sweet» (sin las debidas disculpas al autor original). Dos versos del alegre espectáculo fluvial aún perviven en el recuerdo:

Goring, y Streatley, y Henley, y Bray,

maravillosos lugares para disfrutar…

Lo único que faltaba era encontrar un título para el espectáculo. Unos decían una cosa; otros decían otra. Monty Brass hizo varias sugerencias muy atractivas, pero inviables; Charley Moon, a quien consultaron por correo, no sugirió nada, y el autor estaba al borde de una crisis nerviosa cuando recordó el comentario que hizo la joven de la tienda de Little Summerford. «Es encantador», había dicho…

Eres un encanto. Menudo título para una obra musical y menudo dueto para un par de enamorados… El autor escribió rápidamente la letra, se la envió al compositor y recibió el tema principal por correo.

13

La entrada de artistas del teatro Delphic se sitúa discretamente en la estrecha callejuela conocida, sin motivo aparente, como Virgin Alley. La mañana de su primer ensayo, Charley Moon se fijó al llegar en los diversos puntos de referencia de su nuevo mundo: el famoso restaurante bohemio, con los recuerdos de su primer héroe, Dan Leno; la entrada a las oficinas de un destacado editor; el infatigable sastre que ofrecía retales de filosofía con los remiendos de su oficio; el portal en el que habían asesinado a un ídolo del público de otros tiempos cuando estaba en el apogeo de su éxito…

La puerta trasera de aquel famoso hogar de la comedia musical no tenía el encanto del teatro.

Al atravesar la polvorienta entrada, el visitante se encontraba con un sombrío individuo a quien sin duda le molestaba cualquier intrusión en sus dominios. Después de convencer a ese hostil Cerbero de que en verdad lo esperaban en el teatro, Charley Moon pudo entrar y dirigirse al escenario, donde ya estaba reunida casi toda la compañía.

Los integrantes estaban repartidos en pequeños grupos. Los coristas, que se conocían de otras producciones o habían compartido los horrores de una prueba el día anterior, ya habían roto el hielo. Dos o tres actores principales hablaban en voz baja en un rincón, mientras un grupo intermedio que no estaba seguro de cuál era su categoría rondaba por allí con la esperanza de algún ascenso profesional. Charley Moon, que no tenía tales inhibiciones, se unió a los chicos y las chicas del coro. Una mujer de mediana edad, sentada al piano de ensayos, el director y su ayudante completaban la reunión.

La llegada de Monty Brass con el autor provocó la primera agitación. Los protagonistas de la obra se acercaron para saludarlo; el grupo intermedio quiso seguirlos, pero les faltó el valor necesario; el coro esperó a que los importantes hubieran terminado las formalidades sociales y estuvieran listos para empezar. Cuando terminaron los preliminares, se colocaron relajadamente en corro y el director pidió silencio.

Monty Brass dio un paso adelante con mirada de preocupación y le susurró algo al director, que habló con su ayudante. Éste movió la cabeza antes de informar del problema a la compañía:

–¿Alguien ha visto al señor Moon? –preguntó.

Charley Moon se adelantó rápidamente.

–¡Aquí, patrón! –dijo.

Monty Brass le hizo señas para que se acercara, presentó al autor a la compañía y lo invitó a que les contara los principales hechos de su historia para que tuvieran una idea del argumento. Se repartieron unos diálogos mecanografiados; el autor y los protagonistas se retiraron al salón bar para trabajar un par de escenas, y el escenario se le cedió al coro. La gran aventura había empezado.

En las tablas todo era animación y cordialidad; en cambio, en el piso de arriba, en el salón bar, predominaba un ambiente algo más frío. Los intérpretes principales, que ya se conocían, sabían contra qué competían. Pero ¿quién era ese desconocido actor de provincias que se relacionaba con el coro y al que le habían dado un papel más largo –el doble de páginas– que a ningún otro? La heroína lo miraba con un aire de abierta hostilidad. Algún fichaje de poca monta de una de esas pantomimas de un penique, se imaginó. Bueno, si Monty Brass creía que ella iba a arriesgar su reputación actuando junto a un actorcillo itinerante estaba muy equivocado. Se acercó con disimulo al autor.

–¿Quién es el chico nuevo? –le preguntó–. Parece como salido de una pantomima.

–Así es –dijo el autor–. Pero no se preocupe. ¡Es muy bueno!

Eso sólo sirvió para empeorar las cosas. Una conspiración para degradar un espectáculo del West End, sólo por ahorrarse unas libras. Y el autor es cómplice… Lo apoya con un montón de material especial… ¡Y ahora habla con él!

–Se acerca tormenta –le estaba diciendo el autor–. Mary está al acecho. No dejes que alborote a los demás o tendremos problemas.

–Iré con cuidado –dijo el chico nuevo.

La señorita Milton montó su primera pataleta con el tema principal, «I Think You're Ever So Nice». Ella creía que esa escena, aunque muy bonita a su modo, sería más efectiva con un solo, en vez de con un dúo. ¡Desde luego un dúo no! ¿No estaba de acuerdo el autor? Al fin y al cabo, llevaba el título de la obra, y un solo era mucho más importante que un dúo.

–Es que se escribió para dos personas –explicó el autor.

–¡Lo sé, lo sé! –respondió la dama, como quien quiere contentar a un niño díscolo–, pero no ve usted que un dúo en esa situación… es muy difícil de explicar… Lo que necesitamos, justo aquí, es un auténtico golpe de efecto. Una personalidad fuerte expresándose…, enviando un mensaje… Es muy difícil decir estas cosas sin resultar hiriente, sin embargo, el espectáculo es lo primero, y el señor Moon, que me perdone por decirlo, no tiene una gran voz para cantar, ¿no es cierto?

–Tendríamos que reescribir toda la escena –dijo el autor.

–Ah, no, no –protestó la dama–. Un par de cambios muy menores, por supuesto.

–Es muy fácil –dijo Charley Moon–. Dele un espejo y que cante «I Think I'm Ever So Nice».

La señorita Milton pensó que su peluquera ya llevaba mucho tiempo esperando, por lo que el ensayo terminó un poco antes de lo habitual. De camino al famoso restaurante bohemio, el autor habló con Charley por su bien.

–Qué buena ocurrencia has tenido –le dijo–. ¡Qué buena! Espero que estés contento.

–Ella se lo ha buscado –dijo Charley.

–Sí que se lo ha buscado –convino el autor–. Desde luego que se lo ha buscado.

–Ponte en mi lugar.

–Yo que tú –le dijo el autor–, estaría encantado de haber tenido una salida tan aguda, pero arrepentido de haberla soltado… ¿Qué crees que va a hacer ahora? Decirle a media docena de sus compinches que Monty Brass se ha vuelto loco de remate. Que, por ahorrarse un par de libras, ha contratado a un don nadie de provincias; que el zoquete no sabe actuar y que cuando intenta cantar te saca de quicio.

–A lo mejor en eso no se equivoca mucho –rio Charley–. De todas formas, ¿dónde está el problema?

–El West End –le recordó el autor– es muy pequeño. Empieza en el Gaiety y termina en el Pavilion. Cuando has recorrido Shaftesbury Avenue y el Strand, no queda mucho. Se corre la voz… ¡Hola, Tom!

Dos chuletas bien hermosas y una botella de ese vinagre añejo que hacéis pasar por Beaujolais.

El propietario sonrió.

–¿Cómo va el nuevo espectáculo? Me han dicho que has desenterrado una pantomima difunta y que has contratado a un pésimo cómico de pueblo.

–Las buenas noticias vuelan –rio el autor–. Te presento a Charley Moon, el cómico pésimo.

El propietario llamó al jefe de sala.

–Reserve el comedor grande para la noche de la función número cien del nuevo espectáculo del teatro de enfrente. Se van a enterar los críticos. ¡Conque un cómico pésimo! Traiga usted a quien guste, señor Moon. Invita la casa.

–Tráigale una cena pésima y estamos en paz –dijo el autor.

Los críticos estaban en verdad atareados. En uno de esos clubes semiprofesionales del West End, donde actores, autores y críticos fingen apreciarse unos a otros, una pareja de graciosillos competía por atraer la atención criticando la próxima producción:

–He oído decir que se acerca una borrasca desde provincias –dijo el primero.

–Da igual –dijo el segundo–, ¡los intermedios serán un sol!

En el propio teatro, la previsión meteorológica era ésta: tormentas con vientos ocasionales que pueden convertirse en vendaval. Tanto era así que Monty Brass llamó a Charley Moon a su despacho.

–Parece que causas un efecto extraordinario en mis actrices –dijo–. La señorita Mary Milton ha estado aquí hablando de ti.

–Sólo cosas buenas, espero –dijo Charley.

–Unas cuantas sugerencias. Insiste en que aplace la función y busque a otro cómico.

–¿Yo no le parezco bien?

–Te detesta de tal manera que le duele pensar en ti. Si fueras la mitad de malo de lo que ella cree estarías en una jaula de monos.

–¡De acuerdo! ¡Me moriré de hambre!

–No quiere ver tu nombre en los letreros luminosos…

–Pero usted me sacó de mi espectáculo –le recordó Charley.

Monty Brass hizo caso omiso a ese comentario.

–De hecho –continuó– le resultas tan irritante que quitaría el tapón de la barca si pensara que con eso te ahogarías. Me trae sin cuidado lo que pase después de la noche de estreno, pues tengo a una suplente que puede hacerle sombra, pero, si Mary Milton hace alguna gracia de las suyas antes, estamos hundidos. ¿Te queda claro?

–Sí, patrón, me queda claro.

–Hay una clase de cómicos que cree que lo suyo es emplearse a fondo en los ensayos, conseguir risas fáciles del tipo que toca el flautín y de unas cuantas chicas tontas del coro. Eso trastorna a la protagonista. Se sabe que le da dolor de garganta el día del estreno. Me resultaría sumamente desagradable leer en los periódicos de la tarde que, debido a un grave ataque de laringitis de la señorita Mary Milton, he tenido que posponer el estreno. ¿Te queda claro?

–Sí, patrón, me queda claro.

–Mañana por la noche, en el ensayo general, me sentaré en primera fila con una pistola. Si pierdes el tiempo haciendo más gracias de las que permite el guion, te pegaré un tiro, y habrá un cómico menos.

–¿Y la noche del estreno? –preguntó Charley Moon–. ¿Puedo tener gracia la noche del estreno?

–La noche del estreno –dijo el productor– puedes tener toda la gracia que quieras.

–¿Y si la señorita Milton nos abandona? –preguntó Charley.

–No te preocupes –dijo Monty Brass–. No tendrás tanta gracia.

En el ensayo general del nuevo musical, Eres un encanto, al que se invitó a unas pocas personas privilegiadas, se comentó que el nuevo cómico era más bien discreto, diferente de lo habitual en el West End. Monty Brass sonrió, su protagonista sonrió y todo el mundo estuvo contento. Así se demostró, una vez más, la verdad del viejo dicho que afirma que no siempre conviene poner toda la carne en el asador.

Charley Moon pasó la mañana del gran día dando vueltas por el teatro, echando un vistazo a su camerino, comprobando su atrezo personal, preguntando si había cartas y pidiendo unas bebidas para las visitas que tendría después de la función. Había que enviar telegramas a los demás actores principales, así como un ramo de flores enorme para la protagonista con el fin de demostrar que no había resentimientos. La fachada del teatro mostraba una sugerente exposición de imágenes y carteles; los entusiastas de la galería ya estaban en sus puestos, y un escaso goteo de espectadores hacía averiguaciones en la taquilla de venta anticipada.

¡Poca expectación aún! Era sorprendente el número de londinenses que pasaban por delante del teatro con la cabeza en asuntos más importantes. Ahí mismo, delante de sus narices, estaba el acontecimiento teatral de la temporada, y sin embargo qué poca atención mostraban. Se amontonaban en los restaurantes más populares, se esforzaban por conseguir la edición especial sobre las carreras, escudriñaban los escaparates…, pero la falta de interés en el estreno de la nueva producción era algo que causaba asombro. Charley Moon, con creciente inquietud, empezó a preguntarse si finalmente la sombría advertencia del autor sobre los espectáculos que fracasaban antes de levantarse el telón no tendría, quizá, algo de cierta.

Estaba recorriendo la fachada del teatro por tercera vez cuando dos tipos bastante más inteligentes se detuvieron a observar el tablón recién pintado, en el que figuraban los nombres del reparto debajo del título de la obra.

–Eres un desencanto –parodió el primero–. ¿Y quién es Charley Moon? Alguien muy conocido en su casa.

–Otro de esos comicastros de pueblo –respondió el otro–. Si Monty Brass sigue su línea habitual, el actor encontrará algo debajo de la cama y habrá una escena de transformación en el último acto.

Charley no sabía que el primero de esos hombres era un arreglista que había intentado incluir una canción en el espectáculo, ni que el segundo era un actor que habría dado un brazo por interpretar el papel de Charley. Le pareció que el almuerzo del famoso restaurante bohemio no tenía la calidad habitual…

Las cosas habían mejorado un poco cuando Charley llegó por la tarde. Al pasar por delante del teatro, camino de la entrada de artistas, vio su nombre en letras luminosas por primera vez. Si dos años antes le

hubieran preguntado qué sentiría ante algo así, ir caminando por el Strand y de repente ver su nombre en los letreros luminosos de un teatro del West End, no habría tenido dudas sobre su respuesta. Sin embargo, ahora que ese hecho asombroso se había producido, sus sentimientos no eran en absoluto los que él habría esperado. En cierto modo parecía haber un desafío, un desafío algo inquietante, en la emoción que sentía en aquel momento. Estaba más asustado que otra cosa y se estremeció un poco, igual que Rose en el campo de meleagrias…

¿Quién era él, Charley Moon, para que su nombre se anunciara en un teatro de Londres? ¿Qué había hecho para merecerlo? ¿Cómo podía esperar conservar una posición tan fácilmente ganada? Las preguntas le llovían del cielo vespertino como polillas atraídas por las luces de los coches en una carretera oscura. ¡Qué angustioso! Ni júbilo ni trompetas, sólo el descorazonador presentimiento de posibles problemas por llegar. Si eso era la fama, él no la quería. Charley Moon giró por el estrecho callejón que conducía a la trasera del teatro.

Allí, las chicas de la galería, a quienes el considerado productor les había servido un té, estaban en plena forma. El hecho de que llevaran seis horas sentadas en unos bancos duros no hacía más que añadir diversión al asunto. Faltaba poco para que se abrieran las puertas, y entonces recibirían la recompensa a su larga vigilia.

–¿Quién es ese Charley Moon? –resolló una señora muy corpulenta, sentada precariamente en su pequeño banco.

–No tengo ni idea –dijo su vecina de asiento.

–Ni yo –dijo otra.

–Pues yo sí, ea –terció una señora con el inconfundible acento de una ciudad del norte–, lo vi en nuestra panto, en Barnsley. Un fenómeno, ese Charley.

–Tendrá que serlo, si quiere estar a la altura de Mary Milton –resopló la primera mujer–. Ésa le da sopas con honda.

–No se preocupe por él –contestó la mujer de Barnsley–. Ese Charley sabe lo que hace.

–Lo que Barnsley dice hoy Londres lo dirá mañana –se burló una voz masculina.

–La verdad se esconde muchas veces en las bromas, señor.

–Ya lo veremos.

–¡Eso ya lo verá!

Charley Moon cruzó la entrada de artistas con su ego un poco reforzado por esas pocas palabras amables. El portero le entregó una escasa media docena de telegramas de buena suerte… de otros miembros de la compañía. Ésa era la desventaja de ser un desconocido en el West End. Incluso los coristas tenían más telegramas y más amigos personales entre el público. Cualquier aplauso que pudiera recibir este nuevo cómico tendría que ganárselo a pulso. A Charley Moon nadie lo llevaría a hombros al cruzar la meta.

Sin embargo, hubo un rayo de luz: un gran manojo de zanahorias de parte de Alfred Higgins y un mensaje de buenos augurios:

Querido Charley, muchacho, te deseo lo mejor para esta noche. He visto, por las fotos, que tenéis una linda burrita en la compañía. Dale el manojo adjunto con mi cariño. Siempre he tenido debilidad por los burros, Charley, muchacho, desde el momento en que te conocí.

Si Charley Moon hubiera estado en el auditorio cinco minutos antes de levantarse el telón, se habría asustado. El patio de butacas y el anfiteatro estaban vacíos. En las alturas, los fieles del gallinero llevaban una hora en su sitio. El fondo estaba completo. Aun así, en las zonas más caras del teatro no había ni un alma. ¿Qué había pasado? ¿Acaso el elegante público del West End le había vuelto la espalda a Monty Brass y a todas sus obras? ¡En absoluto!

El vestíbulo estaba a rebosar, con los indispensables asiduos de los estrenos: críticos, familiares de los actores, actores que por casualidad no trabajaban esos días, representantes de las bibliotecas (usted quiere los mejores asientos, nosotros los tenemos) y todos aquellos asistentes habituales a los estrenos que habían conseguido incluirse en la lista de invitados de ese teatro en concreto.

Ligeramente elevada sobre el vulgo, por el simple hecho de ponerse en el primer peldaño de las escaleras que conducían al anfiteatro, había una figura romántica: un desaliñado dandi que lucía un fular negro y un aire de reservada austeridad. Alguna vieja gloria, cabría suponer, una reliquia de los buenos tiempos, cuando Irving pisaba las tablas del teatro Lyceum. Pero tal suposición sería errónea: se trataba de un crítico cuya fama se debía a que una vez una actriz norteamericana lo abofeteó en público.

Destacando entre la multitud había un segundo crítico carente del marchito donaire indumentario de su colega, pero bendecido con el don de lenguas, adquirido durante la última guerra (1914-18), mientras servía como chalán en la Provenza, en las Fuerzas de Su Majestad. Al domingo siguiente, este crítico le daría un giro francés al título de la obra, llamándola Elle est charmante o también Tu es si gentille.

¿Por qué todos esos espectadores tan apasionados se demoraban en el vestíbulo en vez de dirigirse a sus asientos? Aguardaban, como siguen haciendo hoy día, con la esperanza de que la indiscreta cámara del Daily Mirror o el Tatler recogiera su presencia en aquella reunión de sociedad. Pero los timbres eran cada vez más insistentes: enseguida se bajarían las luces del auditorio y se levantaría el telón. Entremos, pues, frustrados y dolidos, con los demás…

Acomodado al fondo de su palco, Monty Brass dejó escapar un suspiro de alivio cuando el patio de butacas y el anfiteatro empezaron a llenarse. Aquella espera lo estaba poniendo muy nervioso. Ya estaba harto de todo ese disparate de la noche de estreno. Cuanto antes empezara, antes terminaría. Gracias a Dios, ya estaba ahí el director de orquesta, por fin. Una salva de aplausos, un toquecito con la batuta, y adelante con la obertura…

La función empezó con fuerza. Hubo una gran ovación para la primera escena: un pintoresco molino antiguo, con musgo y helechos suficientes en la rueda hidráulica como para hundir un barco. Sus días de trabajo, ay, habían terminado, aunque un delgado chorrito de agua resbalaba por ella, en recuerdo de su pasado esplendor. Si usted hubiera estado alguna vez en Little Summerford, esa familiar imagen le habría dejado una estela de nostalgia. No era un simple molino, era el molino. El autor, y su cámara de bolsillo, se habían encargado de eso.

Después estaba el coro. Monty Brass no sería ningún Charles Cochran, pero sus jóvenes eran lo bastante buenas para dar la talla. Había llevado a cabo una criba rigurosa en sus compañías y realizado interminables audiciones para demostrarle al West End lo que era capaz de hacer. Aquellas chicas sabían cantar, eran bonitas y bailaban muy bien. Esa noche estaban muy centradas. El público –especialmente las madres y las tías, sentadas en el gallinero– animaba a las muchachas. Monty Brass, al fondo de su palco de platea, encontró fuerzas para encender un puro. Un buen comienzo era media batalla ganada.

Mary Milton recibió su ovación habitual. Puede que esta reina de la comedia musical no estuviera en la cumbre de su popularidad, pero el público londinense es fiel a sus viejos amigos. En cuanto alguien triunfa en el West End, está en los letreros luminosos para siempre, a menos, claro está, que pierda la memoria, tenga una enfermedad grave o se vuelva tan difícil en el trato que los directores lo rehúyan. Si bien Mary Milton podía ser difícil, aún no había llegado hasta el punto de que un productor temiera arriesgarse a trabajar con ella. Seguía teniendo admiradores, y su nombre en los carteles suponía buenas ganancias para el teatro. Así pues, cuando hizo su primera aparición, para cantar la canción de la «Old Mill Wheel», el público la aclamó, como todo el mundo esperaba.

Quizá ése fue el problema. Mary Milton era tan competente y segura de sí misma que el elemento de incertidumbre y sorpresa quedaba descartado. Había hecho aquello tantas veces antes que no podía

cometer ningún error. Aun en una noche de estreno le resultaba fácil lograr un éxito seguro. El productor lo sabía, ella lo sabía, y lo peor de todo, tal vez, los espectadores lo sabían. Se sentían seguros, pero «la seguridad es lo primero» puede ser una doctrina tediosa. Uno puede aburrirse en el sillón más cómodo.

Apoyando a la estrella había dos jóvenes actores: una coqueta doncellita y un muchacho de pueblo que aparecieron a la orilla del río del viejo molino. Montaban un viejo burro. Todo muy lozano y gracioso. Incluso tan al principio de la obra se percibía un romance en ciernes. Sin embargo, de alguna manera, ese tierno galanteo debería quedar en segundo plano cuando llegara la encantadora dama de Londres, con sus elegantes plumas y su sombrilla rosa. Los espectadores más sofisticados se rebulleron un poco incómodos en sus asientos. La fórmula clásica con un envoltorio distinto… Monty Brass con sus triquiñuelas de siempre… Cenicienta con un vestido moderno…

No era lo de siempre. La tierna historia tenía un aroma, un toque de realidad, que captaba el interés aunque uno no quisiera. Algo real parecía emerger de esa convencional mezcolanza. Casi a pesar de las reticencias que uno pudiera tener, acababa preocupándose por lo que les estaba sucediendo a esas pobres marionetas. Hasta el famoso crítico –el que había recibido la bofetada– se acordó de algo que le había ocurrido a él, de muchacho, en su Sussex natal, y quiso ahuyentar el recuerdo. Su colega, que detestaba las comedias musicales por muy buenas que fueran, decidió, a regañadientes, que la representación no era tan mala como para justificar el mordaz aforismo que había acuñado durante las primeras escenas. ¡Una lástima! Ahí estaban otra vez, nadando en la ciénaga de la mediocridad. Ni demasiado buena ni demasiado mala, lo cual descartaba cualquier clase de crítica contundente.

La música era irregular. Algunos de los números más ambiciosos lo llevaban a uno a aquellos entrañables y acabados tiempos del Daly’s, cuando Evie Greene cantaba en A Country Girl; antes de que la actual invasión estadounidense tirara al cubo de la basura aquellas anticuadas historias. Sin embargo, aquí volvía a haber algo –una especie de gracia redentora– que provenía de Dios sabe dónde, y que no dejaba a nadie indiferente. Los dos críticos, incómodos, se preguntaban si no estarían haciéndose viejos, y se ciñeron su brillante armadura crítica.

El entreacto sorprendió al público con opiniones enfrentadas. ¿Era aquello otra comedia musical más, mediocre y aceptable, o en verdad

tenía algo? Los espectadores discutieron el asunto mientras tomaban una copa en el gran salón bar, y no hay mejor aliado de una producción teatral que la diversidad de opiniones. Si los asistentes hablan de la pieza mientras vuelven a sus casas es que los tienes en el bote… No obstante, de momento era sólo el intermedio. Charley Moon no podía relajarse aún. Ni mucho menos.

De hecho, parece que no se hablaba mucho de Charley Moon. No sería justo decir que no tenía posibilidades, pero nadie lo animaba desde las gradas… de momento. Por ahora, la favorita ha ido marcando el ritmo, y con media carrera por delante, Charley aún tiene mucho terreno que recorrer si quiere salir en la foto de meta.

Cuando volvían al patio de butacas, los dos famosos críticos coincidieron por casualidad.

–¡Lo mismo de siempre! –dijo el primero.

–Plus ça change! –dijo el segundo, cada uno con la esperanza de que el otro no hubiera captado ese extraño trasfondo que podría muy fácilmente influir en la suerte definitiva de la obra.

Lo que en realidad había impresionado a esos astutos hombres fue la reacción del público a la canción de Charley, hacia el final del primer acto, «The Field where the Buttercups Grow». Una cancioncilla bastante corriente, se podría decir. Sin embargo, tenía una cualidad evocadora que hacía que uno quisiera oírla sin cesar. Trataba sobre la trillada leyenda irlandesa del caldero de oro que se encuentra al final del arcoíris, pero lo que Charley hizo con ella fue tremendo. El desafío de la juventud, el encanto de lo desconocido, el drama de separarse de todo lo que a uno le es familiar…, todo ello reunido en una breve letra ajustada a una sencilla melodía popular de la Inglaterra rural. La canción terminó antes de que el público se diera cuenta de que había empezado, y el cantante, con una alegre risa, le puso fin antes de que nadie comprendiera qué había ocurrido.

–¡Qué manera de desperdiciar un buen número! –le susurró un actor entre bastidores a su compañero–. Ojalá me lo hubieran dado a mí. Yo le habría sacado todo su jugo.

–Es lo que pasa con estos actorzuelos itinerantes –dijo el otro–. No saben darle vida a un papel. Nosotros tenemos que enseñarles cómo se hace. Por eso se quedan en provincias.

–Éste no se ha quedado.

–Puede que no, pero si es listo habrá conservado su billete de vuelta. ¡Lo va a necesitar!

Echado hacia atrás en el anfiteatro, el autor estaba muy complacido. Las cosas iban saliendo de acuerdo a lo planeado. O bien había escrito una comedia musical mediocre, que podía cosechar un éxito mediocre, o era algo más que eso. Aunque no se lo había dicho a nadie, él había puesto todas sus esperanzas en Charley Moon. En el infalible aunque convencional tema de la Cenicienta, él había introducido un elemento sorpresa, y la sorpresa era la esencia del contrato. Que los otros personajes, y el público, creyeran que la carrera estaba prácticamente terminada: en algún lugar del pelotón estaba el segundón que significaba dinero seguro. Esa cancioncilla, interpretada con mimo, señalaba el momento en que el menospreciado rival espoleaba a su caballo y empezaba a recuperarse.

Todo era cuestión de sincronización. A partir de ese momento Charley debía tenerlo todo de su parte. En cada situación, su papel le había granjeado todas las simpatías. Pero ¿se estaría llegando tarde el desafío? ¿Y sería el novato lo bastante fuerte como para vencer a aquellos curtidos profesionales en su propio juego? Sólo había una persona en el público que supiera lo que en verdad estaba ocurriendo. Monty Brass no lo sabía. El propio Charley Moon no lo sabía. Sólo el autor, allí arriba, al fondo del anfiteatro, sentía la creciente emoción. Ése era el momento por el que se había esforzado. Aquello era diversión, buen teatro, auténtico espectáculo, una obra dentro de otra… «¡Adelante, Charley!»

Poco a poco el público empezó a darse cuenta de que algo inusual se estaba fraguando. Parecía que la obra había dado un giro prodigioso. La heroína, que seguía igual de encantadora, entró en escena con su séquito de damas de honor; su vestido de novia, que había costado una pequeña fortuna, era maravilloso; aun así, por algún motivo, parecía que ella no era lo más importante. El centro de atención se había desplazado hacia el abnegado muchacho que, después de haberla adorado con una pasión sin esperanza durante toda la representación, la entregaba ahora a su afortunado rival. Todo parecía ir sobre ruedas, en el mejor de los posibles mundos teatrales, pero la cruda verdad era que el público había perdido interés en la actriz protagonista. Todos aquellos detalles humanos, entrelazándose y acumulándose, habían dado resultado. Los autores recibían muchas falsas alabanzas. No obstante, ahí estaba por fin la verdad. La obra era, después de todo, lo importante. «¡Adelante, Charley!»

Mary Milton fue la primera en notar la deserción de sus buenos

amigos de la primera fila. Sintió que el público la abandonaba, como la plateada arena que se escapa entre los dedos. Sintió el reto e intentó rehuirlo. Pero ya era tarde. Quiso imponerse, y eso sólo empeoró las cosas. Estaban en la repetición del dúo «I Think You're Ever So Nice». Charley estaba cantando con mucho sentimiento. En ese momento entregaba a su amada a otro, y ella, con gran pesar, supo que al público le traía sin cuidado con quién se casara. Ese despreciable mocoso dejándola en segundo lugar…

Gracias a Dios él ya salía. Por fin tendría el escenario para ella sola, para la repetición de su gran número. Ahora verían… «No es una pelea limpia, Mary. Te han vencido. El modelo clásico está hecho trizas. No ganas la carrera por que tu nombre aparezca en grande en los carteles…»

Al fondo del anfiteatro, el autor, a la espera del inevitable clímax, se imaginaba las diferentes consecuencias: Monty Brass, en el palco de platea, anticipando unas discretas críticas favorables, un discreto acuerdo favorable con una biblioteca y una amable felicitación por su nueva forma de hacer las cosas en Londres; la compañía, asombrada por el giro que estaban tomando las cosas, y el segundón, que llegaba sin forzar al caballo, ganaba a medio galope. Charley Moon, «el pésimo cómico de pueblo», tras haber ganado sin esfuerzo la carrera, preguntándose qué le había pasado y a qué venía tanto alboroto.

«No se lo preguntará durante mucho tiempo –imaginó cínicamente el autor–. Al cabo de una semana, cuando lo haya asimilado, pensará que todo el mérito es suyo. ¡Qué narices! ¡Pero qué más da! ¡Ha merecido la pena! ¡Adelante, Charley!»

Ya se acercaba el final. Charley sólo tenía que repetir la cancioncilla en la que, despidiéndose de las falsas satisfacciones de la gran ciudad para regresar al lado del amor de su adolescencia, que lo esperaba junto a la rueda del viejo molino, en el prado donde crecen los ranúnculos, dejaba que la heroína se pavoneara entre sus damas de honor en un rutilante final. Así era como Monty Brass lo había planeado y así era como tenía que ser. A menos que…

¿Lo aceptarían los espectadores? ¿Permitirían que el humilde muchacho se desvaneciera en un segundo plano o se negarían a olvidarlo? Ése era el clímax, la llegada a la meta que el autor estaba esperando. ¿Tendrían la clara victoria de un caballo favorito o la emoción de un segundón que avanza por la pista y se lleva los laureles en la meta?

Charley Moon terminó su canción y, como un buen secundario, se escondió tras la insignificancia propia de su papel. No volvió para agradecer el aplauso ni intentó forzar un bis. Su trabajo había terminado. Había guiado a la estrella al paraíso en el que debía estar, y ahí estaba. Ni siquiera el rey Salomón, pese a su gloria, lució las galas que Monty Brass había dispuesto para Mary Milton en aquel espléndido momento triunfal, en aquella portentosa apoteosis, concebida para que el público se entregara a ese último delirio de felicidad que señala la culminación de cualquier comedia musical del West End, por muy palmaria o vulgar que pueda haber sido.

Con todo, aquella noche no fue así. Hubo aplausos, hubo vítores, ruido suficiente para ahogar el frenesí final de una orquesta redoblada, pero los vítores fueron todos para Charley Moon. Los espectadores querían que volviera. Querían que cantara otra vez su cancioncilla y, como el niño del anuncio, no quedarían contentos hasta que lo consiguieran. Por desgracia, el objeto de su deseo tenía que cambiarse rápidamente entre bastidores. Debía aparecer, en el saludo final, tal como se lo había visto en el primer acto, junto al burro y la niña de las trenzas. No había mucho tiempo, aunque gracias a su ayudante de camerino y algunos de los muchachos podría arreglárselas.

Sabiendo esto, los actores continuaron con la escena, pero, cuanto más gesticulaban y más aspavientos hacían en medio del clamor, menos caso les hacía el respetable. Mary Milton, hecha una furia, intentó, como es debido, vencer aquella simpática, si bien ligeramente díscola, oposición. De manera bastante injusta, los devotos del gallinero y del fondo dieron por hecho que ella, la estrella, estaba intentando robarle a un colega secundario sus justos derechos. Todo el mundo lo malinterpretó. La orquesta dejó de tocar; el director no sabía qué hacer… ¡Punto muerto!

Desde su palco, Monty Brass le envió un mensaje urgente al cómico desaparecido para que saliera a saludar. Dichoso muchacho. ¿Acaso no tenía sentido común para saber lo que estaba pasando? ¿No podía asomar la cabeza por una esquina o lo que fuera? ¿No podía el director…?

Mientras tanto, los voluntariosos ayudantes tropezaban unos con otros en sus frenéticos esfuerzos por ponerle los pantalones a Charley Moon. El director le indicó a su orquesta que se preparara para un bis…, por si acaso. Al fondo del anfiteatro, el autor empezaba a darse cuenta de que realmente había puesto algo en marcha, pero ¿qué?

Por fin, de entre bastidores, como la toalla del boxeador vencido, salió

flotando una camisa blanca, seguida de cerca por Charley Moon, que llevaba puestos los esquivos pantalones… y poco más. Haciendo un tímido gesto de disculpa a la protagonista y dirigiendo una contagiosa sonrisa al público, se acercó despacio a las candilejas y cantó la cancioncilla una vez más. A continuación se retiró, como si no hubiera pasado nada, con el fin prepararse para el saludo de los actores.

El problema estaba solucionado. Todo el mundo estaba satisfecho. Los espectadores, que habían conseguido lo que querían, estaban de muy buen humor. La escena final no se había ido al traste. Monty Brass, después del primer susto, se dijo que, a pesar de aquel pequeño lío, su método había demostrado ser eficaz. El autor había hecho todo lo que se había propuesto. «Muy bien, Charley –murmuró para sí–, lo hemos conseguido entre los dos. Si guardas la calma, lo conseguiremos otra vez, y lo volveremos a conseguir.»

La única persona que se tomó el asunto con toda naturalidad fue Charley Moon. Parecía no ser consciente de que había ocurrido algo excepcional. Con su burro y su manojo de zanahorias, se puso en fila con los demás, preparado para representar, tras la bajada final del telón, su pequeño papel en un protocolo cuidadosamente ensayado.

No se había dejado nada al azar. En primer lugar, toda la compañía se situaría frente al público y saldría a escena tantas veces como exigiera el entusiasmo del público. Acto seguido el coro y los actores con papeles pequeños desaparecerían para dejar en el escenario a los principales. Éstos se retirarían, por turnos, hasta que sólo quedaran cuatro personas: la heroína, el tenor, el cómico y la coqueta doncella. A continuación, la protagonista haría una aparición en solitario y, finalmente, respaldada por la compañía al completo, pronunciaría unas gentiles palabras de agradecimiento. La ceremonia terminaría con el himno nacional, al que se unirían todos los actores o, de lo contrario, Monty Brass, que vigilaba desde el fondo de su palco, les pediría explicaciones.

Así se había planeado esta conmovedora improvisación, pero planear improvisaciones es un asunto peliagudo. Los espectadores cooperaron a lo grande, hasta que repararon en que, una vez más, a Charley Moon lo exiliarían a su prado de ranúnculos.

¡Ya estaba hecho! Sin temer nada, la protagonista dio unos pasos hacia adelante, una figura solitaria, maravillosa, con los brazos tendidos como si quisiera estrechar contra su corazón a cada uno de los asistentes en un estremecedor abrazo… y recibió lo que merecía.

–¡Charliii! –gritaron las muchachas de la galería al unísono–. ¡Que salga Charliii!

Entonces bajaron el telón; la compañía volvió a agruparse; el telón se levantó otra vez, y todo el mundo esperó a oír aquellas amables palabras.

Sin embargo, la heroína, que ya estaba harta, no aguantó más. Le dio la espalda a su inocente verdugo, se echó en brazos del azorado tenor y rompió a llorar a mares, mientras Charley le daba zanahorias a su burro, besaba a la chica de las trenzas y pronunciaba las palabras finales:

–Damas y caballeros –dijo–, hemos traído este espectáculo a Londres con el fin de ver si era apto para provincias. Puede que hayamos gustado en Londres, pero ¿gustaremos en Barnsley?

–¡Ea, chaval! –fue la respuesta–. ¡Eres un campeón!

No hay nada tan reconfortante como los laureles inesperados de un artista desconocido. Cuando el triunfo se convierte en una costumbre, tiene poco interés para cualquiera; en cambio, saber que la fama aún se puede alcanzar en una noche es un mensaje de esperanza que nos llega a todos directo al corazón.

Y el repentino e inesperado éxito es noticia. Monty Brass, sentado en su palco de platea, se habría dado por satisfecho con cualquier clase de éxito, pero el autor iba más allá. Siendo escritor, conocía el valor de la sorpresa. ¿Qué pensaría un crítico, por ejemplo, de una comedia musical corriente y moliente que avanza con dificultad hacia una gloria corriente y moliente? ¡Nada! Por el contrario, si ve que a alguien insospechado le llega el éxito y tiene oportunidad… El autor pensaba en titulares, y parecía que los iba a conseguir.

¡Las buenas noticias vuelan! Antes de salir del teatro, Monty Brass había llegado a un acuerdo con una biblioteca que sufragaría los costes de su producción. A la mañana siguiente, a las diez, los teléfonos de la taquilla del teatro Delphic no paraban de sonar. A mediodía se abrió una segunda taquilla para atender las ventas anticipadas y, por la tarde, se reservaban filas enteras de butacas para grupos familiares, para el festivo del 26 de diciembre.

En el West End no se había visto nada igual desde los éxitos, en tiempos de la guerra, de La doncella de las montañas y Chu Chin

Chow.

Lo que sorprendía a Charley Moon era la cantidad de personas que disfrutaba con su triunfo. Después del estreno entraron en su camerino numerosos desconocidos que, tras estrecharle la mano con solemnidad, se marcharon. Cuando salía del teatro, más desconocidos le dieron palmaditas en los hombros y le pidieron un autógrafo. Al otro lado de la calle, en el famoso restaurante, su mesa fue el centro de una alegría generalizada. Un fotógrafo de prensa que se percató de que Charley estaba sentado bajo una imagen de Dan Leno, tomó una fotografía, la cual, al aparecer en una edición vespertina, ayudó a resaltar la moraleja y embellecer el cuento.

Además, estaba el misterio de todos aquellos telegramas desparecidos. Todas las personas a las que conocía le habían enviado mensajes de buena suerte; sin embargo, por alguna extraña fatalidad, Charley no había recibido ni uno solo. Muy extraño, a menos, claro está, que la inepta secretaria los hubiera remitido a otro teatro.

A muchas personas esa noche los pilló desprevenidos. Incluso Monty Brass, que había organizado una gran cena en el Savoy Grill, se encontró con que, por algún increíble descuido, Charley Moon no estaba invitado. Se enviaron mensajes urgentes al teatro, pero cuando dieron con la pista del cómico perdido, que estaba en su restaurante favorito, él ya había terminado su chuleta y se había marchado a su pisito de Endell Street, así que la celebración oficial se realizó como mejor se pudo: una representación de Hamlet sin el príncipe.

Charley Moon se despertó temprano, se acercó al puesto de prensa, compró todos los periódicos disponibles, los puso sobre la cama y volvió a meterse entre las sábanas. No esperaba nada muy sorprendente, pero no había nada de malo en saber lo que la gente pensaba de uno. Estaba un poco preocupado por el papel que le había tocado desempeñar en el asunto de la noche anterior, aunque no veía qué otra cosa podría haber hecho. No era culpa suya que la galería empezara a hacer el tonto, y, si Mary estaba demasiado abrumada por cómo la recibieron cuando iba a hacer la alocución final, alguien tendría que haber bajado el telón. Cogió el primer periódico del montón, y allí estaba:

NOS INCLINAMOS ANTE ESTA NUEVA ESTRELLA

Cómico desconocido triunfa en una obra del West End

Charley Moon se frotó los ojos, lo leyó de nuevo, para asegurarse de que no estaba soñando, y se dejó caer en la almohada, para asimilarlo. Casi le dio miedo abrir el siguiente periódico, pero ahí estaba otra vez, a toda página:

EL GRAN ASTRO DE ANOCHE

eclipsó a todas las estrellas

Los periódicos más serios eran menos pomposos aunque igualmente entusiastas:

LONDRES VUELVE A REÍR

Éste era el encabezamiento de un sesudo artículo sobre los usos y los abusos de la comedia en todas sus ramas. Ahí, decía el periodista, había un cómico que merecía llevar el cetro de Dan Leno, que recordaba al humor amable de Teddy Payne y que desafiaba el irónico patetismo de Charlie Chaplin. Había que reconocer que la producción estaba concebida para ser el vehículo de la nueva estrella; aun así, prometía un posible regreso a aquella edad de oro en que las comedias musicales británicas eran un modelo para el mundo.

Un gran periódico nacional, en su artículo de fondo, «¡Ríe, payaso, ríe!», magníficamente improvisado en el último momento, lanzaba una nota de advertencia: se podía felicitar al señor Moon, decía el autor del artículo, por un inusual tour de force; no obstante, esperaba que el muchacho no se tomara demasiado en serio la histeria que rodeó al grato descubrimiento de una nueva estrella. Si uno abordaba el problema en los términos astronómicos apropiados, resultaba difícil evitar las comparaciones entre esos cuerpos brillantes que mantienen la misma posición relativa en el firmamento, y un cuerpo igualmente celestial con una órbita excéntrica, una nebulosidad alrededor del núcleo y una cola luminosa.

Eso había que digerirlo. Tenía algo que ver con eso de que lo que rápido sube rápido baja, supuso Charley. Bueno, no tenían que preocuparse por que se volviera un engreído; estaba muerto de miedo: temía enfrentarse a los demás miembros de la compañía, le asustaba el público de la segunda noche, le aterraba, o casi, asomar la nariz fuera del pisito de Endell Street. Estaba enfrascado en estas reflexiones cuando sonó el teléfono.

–Bueno –dijo el autor–, ¿has leído tus reseñas?

–He leído tus reseñas –respondió Charley.

–¡Qué disparate! –dijo el autor, complacido y un poco sorprendido por ese modesto rechazo–. Tú te los ganaste y tú los has convencido. Que te vaya bien.

–¡Pero qué me has hecho! –gruñó Charley Moon–. ¿Qué hay de esta noche?

El autor se echó a reír.

–Es el precio del éxito. Te está bien empleado por ser tan bueno. Ahora que has marcado el nivel, tienes que cumplir. No querría estar en tu lugar por nada del mundo. Ya verás cuando veas a tu heroína.

Charley había estado pensando en eso.

–No va a estar muy contenta –dijo–. Yo tampoco lo estaría en su lugar.

–No te preocupes –rio el autor–. Se buscará algún pretexto. Y, en el peor de los casos, te enviaré una corona de flores. Deberías ir al teatro: estarán esperándote.

El autor tenía razón. En la entrada de artistas había una cola de admiradores, todos queriendo ver a Charley Moon. Los fotógrafos de las revistas del corazón, los cronistas de sociedad de los periódicos vespertinos, las jóvenes periodistas, que querían la opinión de Charley sobre todo lo habido y por haber…, todos deseosos de subirse al carro de la nueva estrella. Charley Moon cogió su llave y se escabulló hacia su camerino para intentar poner orden en su desconcertada cabeza. ¿Qué era todo aquello?

La víspera, a esa hora, no había ocurrido nada de eso. Había llegado a esa misma puerta, se había sentado en ese mismo camerino, tan pequeño, y nadie le había prestado la menor atención. Sin embargo, él era el mismo Charley Moon. ¿Por qué no había ocurrido aquello

antes? ¿Por qué había ocurrido ahora? ¿Y si todo fuera una loca equivocación? ¿Y si llegaran esa tarde y le dijeran lo que realmente pensaban de él? ¿Qué podría hacer? ¡Nada!

Dos tramoyistas y el ayudante de vestuario entraron y empezaron a recoger algunos enseres.

–¿Qué ocurre? –preguntó Charley.

–Nos mudamos a la antigua sala de descanso –dijo su ayudante–. Está más cerca del escenario y es más cómoda para ese último cambio rápido. Llevan ahí desde las cinco de la mañana; deberás tener cuidado con la pintura, y las cortinas nuevas no las pondrán hasta esta tarde.

En la antigua sala de descanso Monty Brass dirigía las operaciones.

–Lamento que anoche tuviéramos que meterte en ese cubil –se disculpó–, pero no estábamos preparados. ¿Por qué no viniste a la fiesta?

–¿Qué fiesta? –preguntó Charley Moon.

–¡Voy a despedir a esa inepta de la secretaria! –dijo Monty Brass–. Si quieres que se haga algo, tienes que hacerlo tú mismo. ¡Les dije lo de esta sala hace una semana!

El resto del día lo dedicó a un torbellino de entrevistas, a posados para los fotógrafos, a citas con sastres y fabricantes de pelucas, a telegramas, a llamadas telefónicas, a más felicitaciones de completos desconocidos… El almuerzo estaba descartado. Una taza de té, cinco minutos con los periódicos de la tarde…, y hora de pensar en la función nocturna. Charley Moon, tendido en el nuevo aunque incomodísimo sofá, añoró los días felices y despreocupados en los que podía disfrutar de una tranquila partida de billar, o dar un paseo para llegar al teatro cinco minutos antes de que se levantara el telón. Si eso era el éxito, no estaba seguro de que le gustara.

Además, no tenía la disposición de ánimo necesaria para hacer su trabajo. Cómo podían esperar que alguien fuera gracioso cuando estaba agotado, completamente exhausto. Apenas podía mantenerse en pie, así que no digamos brincar y hacer monerías. La noche anterior había estado presto y dispuesto, listo para cualquier cosa; en cambio, ahora se sentía como si una apisonadora le hubiera pasado por encima. Malditos fotógrafos. Malditos memos desconocidos, con sus fatuas sonrisas y sus necios cumplidos. ¿Por qué no podían dejarlo

en paz para que pudiera hacer su trabajo? Y ahí estaban los espectadores de la segunda noche, ahí delante, pensando un montón de tonterías sobre un cómico nuevo que iba a hacer que se partieran de risa. ¡Menuda esperanza!

Sintiéndolo mucho, Charley, no se puede tener todo. Ser una estrella no consiste únicamente en salir y saludar delante del telón. Es mucho más que eso. Aquellos días felices y despreocupados se han terminado. Acabados y concluidos.

15

La segunda noche de un espectáculo teatral es un asunto complicado. El tumulto y los gritos ya han pasado, todo el hechizo parece haber desaparecido, reina un sentimiento de desilusión…

Eso era lo que le parecía a Charley Moon y al reparto de Eres un encanto mientras esperaban que el telón se alzara para su segunda actuación. No tendrían que haberse preocupado. Después de leer las reseñas y prestar oídos a las habladurías, el público se había formado su opinión por adelantado. Verían la mejor comedia musical desde Chu Chin Chow. Se reirían con el cómico más divertido desde Teddy Payne. Habían ido a divertirse, y se divertirían de lo lindo…

La nueva obra del teatro Delphic estaría en cartel durante un año, no había la menor duda. Todos los interesados podían relajarse. Se añadieron pequeños toques personales a los camerinos. Traía mala suerte tentar al destino dando el éxito por sentado demasiado pronto, pero aquello era auténtico. Así las cosas, Mary Milton transformó su camerino en un tocador; Charley Moon convirtió la antigua sala de descanso en un bar, y el resto de los actores se dedicaron a disfrutar, cada uno a su modo.

Ser una estrella, descubrió Charley, conllevaba ciertas obligaciones. Tenías que recibir, después de cada función, a cualquier espectador que tuviera el descaro de pedir conocerte en persona. Otra manera de decir que cualquiera a quien le apeteciera una copa a aquellas horas, y que tomara la precaución de deslizar media corona en el mostrador de la entrada de artistas, podía habitualmente unirse a la alegre multitud congregada en el camerino de la estrella. Hay personas que han ganado fortunas con una licencia para servir alcohol; sin embargo, cuando todas las bebidas corren por cuenta de la casa, los resultados financieros no son tan satisfactorios.

Aun así, aquello era bueno para el negocio. Demostraba que eras popular y que tenías dinero. Podías llevarte un pequeño sobresalto a final de mes, cuando llegaban las facturas, pero las demás estrellas hacían lo mismo, y la vida sería muy aburrida si algunos de los muchachos no se dejaran caer por allí después de la función. Así pues, el bar de Charley, como dio en llamarse, se convirtió en un apeadero habitual para los amigos. Las invitaciones a fiestas privadas, funciones

sociales y matinales benéficos llovían de todas partes. Secundado por el coro de Eres un encanto, le concedieron el lugar de honor en una actuación para la Casa Real, a cuyos miembros le presentaron en el entreacto. Todo eso era muy gratificante, aunque, como decía Charley, no le dejaba mucho tiempo para hacer la colada ni sacar a pasear al perro.

Qué tiempos felices, cuando el éxito era algo raro y nuevo. Fingías no darte cuenta cuando te señalaban por la calle y la gente se volvía a mirarte. «Ése es Charley Moon, el nuevo cómico del Delphic», decían, y seguían su camino a casa o a sus clubes, para contarles a todos que habían visto al gran hombre. Dondequiera que fueras te reconocían y todo lo que hacías se convertía en una graciosa ceremonia. Si entrabas en una tienda para comprar un sombrero nuevo o una pipa, los otros vendedores miraban de reojo mientras hablaban en susurros con los clientes a los que estaban atendiendo. Cuando entrabas en un restaurante, se producía el singular murmullo de las cabezas que se volvían y los comensales especulaban sobre si eras tú de verdad o sólo alguien que se parecía a ti. No tenías que decirle al taxista adónde ibas y casi todos los guardias de tráfico te mandaban un saludito amistoso.

–¡Nunca volveré a sentirme solo! –dijo Charley cuando, por décima vez en cinco minutos, fue a contestar al teléfono que tenía en la mesita. Estaba intentando dormir una hora más después de haberse acostado especialmente tarde, y medio mundo estaba deseando concertar citas para el bendito nuevo día, que no había hecho más que empezar. Golf en Moor Park, almuerzo en el Savoy, una plaza en el Bentley para ir al hipódromo de Sandown Park… Ninguna reunión, al parecer, estaba completa sin Charley Moon.

En la peluquería, cuando se recostaba en el sillón para que su barbero habitual le hiciera el servicio completo, los demás empleados y los clientes debían de considerar la ocasión un gran chiste. Al parecer, lo que se esperaba de un cómico es que fuera gracioso todo el tiempo, hasta el punto de tener pesadillas divertidas cuando dormía, suponía Charley.

Todo eso podía llegar a ser un poco agotador, pero era muy agradable, y cómo lo echaría de menos. Cuando Charley Moon iba a una función de tarde, buscaba lo mismo, sentado en el patio de butacas, que cuando estaba en el escenario. Al moverse entre gente del teatro podía estimar su rango dentro de la profesión. Todos los directores iban tras él. Cuando de verdad uno le hace ganar dinero al teatro, no tiene que buscar trabajo. Cuando su nombre en los carteles significa el éxito de una producción que de otro modo sería mediocre, puede, dentro de lo

razonable, poner sus propias condiciones. Su presencia en el elenco tiene un valor publicitario del todo desproporcionado con respecto a su valía para la interpretación.

Todo el mundo quería subirse al carro de la nueva estrella. Para una actriz en sus inicios era bueno que la vieran con él en el restaurante Ivy; para un joven actor era bueno quedar empatado con él en una competición del Club de Golf de Actores; para cualquier anfitriona era bueno tenerlo a su mesa, especialmente cuando era simpático y contribuía a la diversión.

Seis meses después del estreno, Charley se mudó a un piso de Jermyn Street con servicio de criada y conserje. No habría sabido decir por qué lo hizo. Estaba mal ventilado y el servicio era la típica atención impersonal que a cualquiera que hubiera nacido en el campo le parecía poco menos que un insulto. Charley Moon se estaba quedando atrapado en corrientes que él no había elegido. Hacía algunas cosas porque los demás las hacían, no porque él quisiera hacerlas. Personas a las que no conocía lo arrastraban a bares y otras tantas lo proponían como socio de clubes de los que nunca había oído hablar. Aprendió la jerga evasiva de esa camaradería relajada y superficial que se inicia en cualquier sitio y que no conduce a ninguna parte. La conversación consistía en una retahíla de anécdotas y chistes desternillantes que se lanzaban de un lado a otro como una pelota de pimpón. La mayoría eran muy viejos, pero qué más daba. Todo el mundo se reía y, además, ¿de qué otra cosa se podía hablar?

Inevitablemente, Charley Moon se vio inmerso en esa extraña mitad del mundo formada por financieros, jugadores y superdeportistas, donde el payaso es el rey. La prosperidad económica que siguió a la guerra se había terminado y el dinero fácil ya no estaba a la orden del día, pero nadie quería admitirlo. Nadie se atrevía. Y se llenaban de falsa seguridad bebiendo para celebrar los repentinos éxitos en el césped, la ciudad y el escenario. Mientras un hombre de ciudad pudiera hacer fortuna vendiendo un antiguo negocio familiar por el doble de su valor a ciudadanos ingenuos, mientras un joven aprendiz pudiera ganar el Derby, mientras un desconocido actor de provincias pudiera aparecer en primera plana, había esperanza para todos ellos. «Come, bebe y disfruta, porque mañana podemos irnos a pique» era el lema, y a los payasos les correspondía hacerlos reír… y olvidar.

Un completo desconocido que se servía un generoso whisky con soda en el bar de Charley, le dijo al anfitrión:

–Nunca lo veo a usted en el Peregrine. ¿No es usted miembro?

Charley fingió meditar la cuestión. ¿Qué era un peregrino cuando estaba en casa?

–Ya sabe, el Peregrine Club –insistió el otro–. Ese nuevo garito de Bisley Street. Todo el mundo es socio. Tiene usted que unirse. Yo me encargo.

–Muy amable de su parte –dijo Charley Moon–. Me gustaría.

Y no volvió a pensar en el asunto. Una semana después recibió su tarjeta de socio, una orden bancaria por la suscripción anual y una apremiante invitación a que aprovechara las ventajas del club desde aquel mismo día.

El Peregrine Club, al tiempo que satisfacía al gourmet, era la respuesta a los sueños del jugador. El club ya no existe, pero en aquellos días tenía entre sus socios una brillante lista de notables como nunca se había reunido bajo un mismo techo. El chef se lo habían robado a un famoso restaurante, la comida era la mejor de Londres, y la sala de apuestas les quitaba a las carreras todo lo desagradable: uno podía perder su dinero sin necesidad de ver correr un caballo.

Charley Moon, después de haber tomado la mejor comida de su vida y de haber alternado con todas las personas sobre las que siempre había leído, se sintió como quien camina, en pie de igualdad, con los dioses. Aceptó un puro enorme de un caballeroso duque y subió al piso superior, a la sala de apuestas, charlando con un famoso propietario de caballos, uno de los cuales participaba en la gran carrera.

–No pretendo convencerlo –dijo el propietario–, pero mi entrenador me ha dicho que deberíamos de ganar o quedar en buena posición. Apueste a doble, y no me culpe a mí si pierde.

Ahí había un problema. Durante sus días de actor itinerante, Charley había apostado con frecuencia a doble oportunidad, sólo que estas personas jugaban con cantidades más grandes. ¿Qué sería, según sus estándares, una cantidad razonable? Mejor atenerse a lo seguro… Apostó veinte libras al caballo de su nuevo amigo, una apuesta a ganador.

Seguir las carreras a través de las noticias es más apasionante que seguirlas en el hipódromo. En un sitio pequeño, la emoción se concentra. Hay lagunas en los comentarios y te pierdes por completo. Los caballos están en el cajón de salida… esperando la orden… Allá van. (A la espera de los resultados)… El ganador… La cuota inicial…

Ganó el caballo debido, a la cuota debida. El afortunado apostador hizo un cálculo mental de sus ganancias… y fue su perdición. A partir de entonces, Charley Moon estuvo apostando cantidades mayores, y no siempre ganaba.

Pero tampoco perdía siempre. En la sala de billar, donde llegaban a apostar hasta cincuenta libras en una partida, él podía controlar la situación sin problemas. Si hubiera tenido un poco más de concentración, podría haber participado en un campeonato para aficionados. El campeón del momento, que fue al club para hacer una demostración, eligió a Charley para una partida y sólo pudo ganar por hándicap. En los viejos tiempos, cuando estaba de gira, Charley había jugado pequeñas cantidades y a veces había apostado la cena; ahora jugaba para compensar algunas de las pérdidas de las carreras, pérdidas que no dejaban de acumularse en la sala de apuestas de al lado.

Era sumamente apreciado por aquellos miembros –una panda alegre, bulliciosa y holgazana–, que al parecer se pasaban todo el tiempo en el bar grande pagando cuantiosas rondas y riendo a carcajadas con historias interminables que circulaban ampliamente. Siempre se podía saber cuándo Charley Moon estaba en el bar. En su rincón favorito solía haber un grupo más grande y ruidoso partiéndose de risa a causa de alguna idea pintoresca o algún incidente que supuestamente le había ocurrido cuando se dirigía hacia allí desde el teatro. Algunas veces, cuando las risotadas eran algo más exageradas de lo habitual, algunos de los socios más silenciosos movían la cabeza abrigando la esperanza de que Charley no siguiera el camino que otros buenos tipos habían seguido. Sin embargo, para la mayoría de ellos, Charley era sencillamente un gran cómico con un gran sentido del humor, alguien que, habiendo hecho fortuna, tenía la sensatez de disfrutar de la vida mientras las cosas iban bien.

El gran acontecimiento del Peregrine Club era la competición anual de billar. Se hacía una porra que llegaba a las cuatro cifras, y las apuestas individuales le habrían resultado increíbles al socio promedio de cualquier club del West End. Charley era el favorito, y se podría suponer que la cantidad de dinero que apostaban por él le causaría cierta preocupación. ¡En absoluto! Si los otros estaban tan locos como para arriesgar su dinero en un juego, tendrían que pagar y poner buena cara si perdían. Ése era el modo en que Charley veía la vida, y Dios sabía lo mucho que había perdido últimamente.

Superó las rondas de apertura sin mucha dificultad, aunque la semifinal, en la que participaba un popular jinete anglo-francés,

estuvo muy reñida. Había un nerviosismo tremendo, pero ninguno de los jugadores se tomaba a sí mismo ni a su oponente tan en serio como para estropear la diversión. Las risas eran continuas, y la puntuación de cada uno fue aumentando de manera pareja hasta el final, cuando todo quedó a expensas de las bolas negras.

Después de perder, el jinete se subió a una silla, ciñó una imaginaria corona de laurel a las sienes del vencedor y le besó en ambas mejillas. Charley, que no quiso ser menos cortés, agarró a aquel hombre menudo, lo llevó al bar y le echó champán por encima. Aquellos peregrinos eran buenos perdedores y buenos ganadores…

¡Aunque no todos! La final, en la que Charley tuvo que jugar contra un desleal y muy aborrecido caballero de la ciudad, fue un asunto diferente. Cuando el juego estaba a punto de empezar, hubo una llamada telefónica de lo más misteriosa que obligó a posponer media hora el inicio, y los partidarios de Charley lo arrastraron al bar para una última ronda de buena suerte. Cuando, después de un segundo aplazamiento y una segunda ronda de buena suerte, se inició el juego, Charley no estaba en condiciones de jugar intensas partidas de ninguna clase…, mientras que su oponente parecía complacido de más consigo mismo.

A diferencia de la distendida semifinal, la partida se transformó en una desagradable contienda en la que cada objeción técnica se llevaba al extremo y se le sacaba el máximo partido que permitían las reglas. Una manera de jugar que no encajaba en absoluto con el afable temperamento de Charley Moon, que empezó a mostrar irritación y a disimular sus fallos mediante jugadas absurdas, buscando milagros que lo sacaran de sus dificultades. Milagros no hubo, pero pudo controlar la situación hasta que, una vez más, todo quedó a expensas de quién metiera la bola negra en la tronera.

Charley Moon fue hacia la mesa. Era una jugada difícil aunque no imposible. ¿Debía intentarlo o jugar sobre seguro? Intentó decidirse, pero era incapaz de concentrarse. El cerebro empezó a darle vueltas como dos ruedas dentadas que no encajaban entre sí. Entonces se quedó completamente en blanco. Los espectadores esperaban. El suspense habitual se convirtió en una tensión insoportable. Alguien soltó una risita, de puro nerviosismo…

–¡Ay, puñetas! –dijo Charley Moon–. ¿Qué más da? –Aferró el taco, tiró con fuerza a la bola negra, falló… y terminó la partida.

–¡Maldito borracho! –dijo un espectador frustrado.

–¡Cállate! –dijo un acompañante–. Que te va a oír.

–Eso espero –dijo el espectador–. ¡Falta le haría! ¡Ya está bien de cómicos imbéciles en este… club!

A Charley no se le escapó este recordatorio de que la popularidad basada en cervezas, bares y amistad de sala de apuestas tiene unos cimientos menos sólidos de lo que algunos creen. Ya se marchaba cuando alguien le puso una mano en el hombro y una voz dijo:

–Lo han pillado a usted desprevenido, me temo.

Al volverse, Charley se encontró cara a cara con un afectuoso hombre mayor de espesas cejas que lo miraba fijamente.

–Lo que quiere usted decir –contestó Charley– es que me he puesto en ridículo.

–No es del todo así –dijo el hombre–. Ha habido lo que llamamos causas contribuyentes.

–Desde luego me han puesto nervioso –admitió Charley–. Todo ese retraso me sacó de quicio.

–Los nervios son curiosos. He hecho una especie de estudio sobre ellos. Sin embargo, a un joven como usted no deberían afectarle. ¿Qué hará usted mañana por la ma-ñana?

–Nada especial –dijo Charley.

–Pase por mi consulta a las diez. Traiga sus nervios consigo y los tranquilizaremos. Una cosa curiosa, los nervios. No podemos dejar que nuestros cómicos sufran de los nervios, si no, ¿de quién nos reiríamos los demás? Nos vemos a las diez. Aquí está la dirección. No llegue tarde. Sólo puedo dedicarle cinco minutos.

Charley cogió la tarjeta y leyó en ella un nombre famoso que había aparecido en varias listas de condecoraciones.

–No sé por qué habría de molestarse usted por mí –dijo.

–Mi querido muchacho –sonrió el gran doctor–, usted y yo estamos en el mismo negocio. Ambos curamos a los enfermos. Yo me llevo la mayoría del mérito, pero usted vende la mejor medicina: la risa es la gran sanadora.

–Lo malo de ustedes –dijo el especialista–, es que viven en un estado de nervios constante. –Eran las diez de la mañana del día siguiente, y ambos estaban sentados, uno frente al otro, en la enorme consulta–. Y, siendo la clase de personas que son, eso es lo último que deberían hacer. Básicamente, son ustedes inestables en algún particular. Sin embargo siempre están ejerciendo una presión insoportable en su punto débil. ¿Está esto claro?

–Como el barro –dijo Charley Moon.

–¡Es jerga profesional! –rio el médico–. Tenemos que empezar así para impresionar al paciente. No significa nada. ¿Podemos decir que los cómicos, considerados como especie, no son del todo normales?

–¿Bichos raros? –sugirió Charley.

–Su talento, aunque sea modesto, es un efecto fortuito. Surge en los lugares más extraños y sin razón aparente. Su padre, por ejemplo, puede haber sido una persona seria y normal que nunca en su vida hizo un chiste.

–¡Cualquiera diría que lo ha conocido! –dijo Charley.

–Entonces, ¿cómo es posible que su hijo gane cientos de libras a la semana por hacer reír a la gente?

–¡Ni idea! –dijo Charley Moon.

–Posiblemente algún pequeño trastorno glandular. Llamémoslo excentricidad, si lo prefiere.

–¡Sin problema! –dijo Charley–. Lo llamaremos excentricidad. Ningún cerebro es más fuerte que su excentricidad más débil. Entonces, ¿qué hago?

El doctor se puso en pie.

–Deje de hacer el tonto –dijo–. Deje de intentar ser un payaso las veinticuatro horas del día. Acabe con toda esa tontería del camerino. Deje de agotarse trabajando tanto y trasnochando. Cuando los observo desde la barrera y veo la vida que llevan ustedes, me asombra que duren el tiempo que duran.

Paseando por el parque a su regreso, Charley Moon pensó que había algo interesante en lo que el viejo había dicho. Que había estado haciendo el tonto, perdiendo el tiempo con una panda de parásitos,

pasando la mitad de la noche riéndose de chistes malos, contando historias absurdas, bebiendo de más, fumando en exceso… ¿Un estado nervioso constante? Mucho más que eso: se estaba destrozando los nervios… Gracias a Dios le habían advertido a tiempo. Se acabaron las copas en el camerino… Se acabaron los gorrones… Se acabaron las funciones de beneficencia… Se acabaron las fiestas a medianoche…

Ya se sentía mejor. Cuando llegó al teatro aquella tarde, se desmanteló el bar de Charley, se recogieron todas las botellas y se dio orden en la entrada de artistas de que ya no se admitiera a más desconocidos, por mucha propina que dejaran.

Querido Charley:

El hombre que ha comprado tu casa es muy simpático. Tiene el título de baronet, aunque todo el mundo lo llama barón, para abreviar. Está muy gordo y es muy jovial, y nadie sabe qué va a hacer a continuación. Es muy rico y trabaja en Londres toda la semana. Nada más lo vemos los fines de semana, y tampoco mucho. Sólo están él y sus sirvientes. Hay quien dice que estuvo casado y que su esposa murió o se fugó, o algo, pero ya sabes tú cuánto habla la gente. Yo sólo lo he visto en la iglesia, pero parece agradable. Dicen que el vicario intentó que hiciera las lecturas, pero él le dio cincuenta libras para la excursión anual del coro para que lo perdonara. Es simpatiquísimo. Te caería bien. ¿Cuándo vas a venir a vernos, Charley? Llevas un siglo fuera. Casi se me ha olvidado tu cara. Con cariño,

ROSE

16

La noticia de que el joven Charley Moon era ahora un actor famoso tardó algún tiempo en llegar a Little Summerford. Y cuando llegó nadie la creyó. Es decir, nadie excepto Rose, que recordaba la visita de aquel inquisitivo desconocido y supuso que debía de haber algo de verdad en la sorprendente historia que le contó.

Cuando la gente llegaba a la tienda con ganas de hablar, Rose cortaba la conversación fingiendo que ella no sabía nada, y que le importaba aún menos, lo que hubiera pasado con su antiguo compañero de juegos. Estaba muy sorprendida y dolida por el silencio de Charley. Había escrito tres veces a su antigua dirección del Ejército pidiendo que le devolvieran las cartas, sin obtener respuesta. Era evidente que las cartas le habían llegado o, de lo contrario, se las habrían devuelto. Entonces, ¿por qué Charley no había escrito? Desde luego, le había disgustado perder los humedales y el viejo molino, pero eso no era culpa de ella.

Así pues, cuando alguien sugirió que deberían gastar las cincuenta libras del barón en ir a Londres en la excursión anual del coro, e ir a ver a Charley Moon en Eres un encanto, Rose se opuso tajantemente. No era partidaria de presentarse donde no la querían, ¡desde luego que no! Si Charley hubiera querido verlos habría vuelto hacía meses. Nada se lo impedía. Tenía dos piernas, ¿no?

Rose se mostró muy firme… hasta la mañana de la excursión, cuando de repente cambió de parecer y se sentó en uno de los asientos traseros del gran autocar. Se pasó callada todo el camino a Londres y, cuando aparcaron delante de la National Gallery, en Trafalgar Square, habría dado cualquier cosa por dar la vuelta y regresar a casa. Sin embargo, no podía quedarse allí sola todo el día, así que no le quedó más remedio que unirse a sus entusiasmados compañeros mientras contemplaban boquiabiertos la columna de Nelson, daban de comer a las palomas y llegaban al teatro Delphic a tiempo para la función de la tarde.

Algunos de ellos seguían estando seguros de que ese famoso actor no podía ser su Charley Moon, pero las fotografías de escenas de la obra no dejaban lugar a dudas. Ése era Charley, desde luego. Montado en su burro, tocando su armónica junto a una niña con dos trenzas…

–Vaya, Rose –dijo una de las mujeres mayores–, ¡casi podrías ser tú!

–¿Por qué yo? –preguntó Rose.

–Cuando los dos ibais a los humedales en el burrito –explicó la señora–. No me digas que no te acuerdas… Los dos en aquel burro, y Charley tocando la armónica.

Sin embargo, por alguna razón, parecía que Rose no lo recordaba, así que todos entraron para ver qué nuevas maravillas se desplegaban ante sus ojos.

Sí, era su Charley, sin duda. El mismo diablillo revoltoso, la misma risa cohibida, el mismo gesto algo triste de la boca cuando las cosas no iban muy bien. Sentada allí, en la oscuridad, Rose quería abrazarlo, y cuidarlo, y darle un coscorrón. Igual que en los viejos tiempos.

Charley podría haber olvidado algunas cosas de Little Summerford, pero recordaba muchas otras. Aquella primera escena era una recreación exacta del viejo molino, por no hablar del burro y de la niña de las trenzas. Después estaba la canción del prado donde crecían los ranúnculos. La propia Rose lo había olvidado hasta que la canción se lo recordó. Mientras hablaban de todo eso en el entreacto, una de las otras jóvenes le dijo a Rose que debería ir a ver a Charley.

–¿Por qué yo? –preguntó Rose, por segunda vez.

–Tú andabas siempre con él –dijo la joven–. A Charley le encantaría volver a verte.

–¡Venga, Rose! –la animó la mujer mayor–. Si no vas, te arrepentirás cuando llegues a casa. Y entonces ya será tarde.

Durante toda la segunda mitad del programa Rose estuvo intentando decidirse. Se moría por volver a hablar con Charley, pero se imaginaba que él pondría alguna excusa para no verla. Al fin y al cabo, nunca se había tomado la molestia de volver a Little Summerford y nunca había contestado a sus cartas. Si la echaban, sería horrible. Era mejor dejar las cosas como estaban y esperar que al final todo saliera bien.

Eso se decía a sí misma, aunque, al mismo tiempo, había otra voz que la animaba a no perder aquella maravillosa oportunidad. La mujer mayor tenía razón: podría no volver a tener otra ocasión. Y era posible que, por algún motivo, Charley jamás hubiera llegado a recibir aquellas cartas. No era probable, pero quién sabe.

Al terminar la función, cuando Charley recibió su habitual ovación e hizo su habitual discursito, Rose se había decidido. Como el autocar estaba a la vuelta de la esquina, podría separarse de los demás y reunirse con ellos a tiempo para volver a casa. Quizá Charley podría ir con ella a saludarlos a todos. Eso sería maravilloso. Cuando salían del teatro, Rose se escabulló y le preguntó a la joven de la taquilla adónde tenía que ir para ver a los actores.

La joven sonrió. ¡Otra de esas admiradoras!

–Por el pasaje, la primera puerta a la derecha. Pone ENTRADA DE ARTISTAS –le dijo–. No tiene pérdida.

Todos los porteros son difíciles, y el de esa entrada para el personal del teatro lo era aún más que la mayoría. Parte de su trabajo consistía en proteger a personas como Charley Moon de la clase de chicas a la que aquélla parecía pertenecer. Otra fémina fascinada por el teatro que se apoyaría primero en un pie y luego en el otro, y no sería capaz de abrir la boca.

Además, ya habían tenido problemas con ese asunto. La noche anterior, sin ir más lejos, se había llevado un buen rapapolvo, porque estaba dejando entrar a personas que no tenían por qué estar allí. El señor Moon había armado una buena diciendo que su camerino parecía un bar y que estaba harto.

Así las cosas, cuando Rose preguntó si podía ver al señor Moon un minuto, el portero estaba preparado. ¿Tenía cita? No, no la tenía, pero estaba segura de que el señor Moon la recibiría. Era una vieja amiga.

El portero ya se conocía a esos viejos amigos. Ellos eran la causa de sus problemas. Por culpa de uno de ellos estuvieron a punto de despedirlo, así que no pensaba arriesgarse otra vez. El señor Moon, explicó, no podía recibir a nadie. No se permitía a nadie la entrada a su camerino después de la función, por ningún motivo. Lo sentía mucho, pero tenía órdenes y no podía hacer nada. La señorita debía dejar su nombre y volver al día siguiente.

Rose le contestó que vivía en un pueblo y que aquella era su única oportunidad. Después de haberse envalentonado para aquel suplicio, se mostró firme, como la mayoría de las personas tímidas una vez que se deciden. Le correspondía a Charley, no a aquel hombre, decir si la recibiría o no, así que no se echó atrás e insistió en su derecho. ¡Y punto!

Siempre pasaba lo mismo, pensó el portero. Se dejaba convencer, iba

al camerino con alguien cuyo nombre el artista no había oído jamás y éste le echaba una buena bronca por sus desvelos. Otra boba admiradora en busca de un autógrafo. No era de extrañar que el señor Moon estuviera harto de ellas. Todo el mundo lo estaba. Ya era hora de darle una lección a alguna… Por ejemplo, a aquélla.

El portero tomó su nombre, se metió detrás de una cortina durante un tiempo prudencial y volvió diciendo que el señor Moon, lamentándolo mucho, no podía recibirla. Si la señorita quería escribir, concertaría una cita para recibirla la próxima vez que ella estuviera en la ciudad.

Cuando Rose se marchaba, una joven actriz que había estado en la función de tarde pasó junto a ella preguntando en voz alta por el famoso actor.

–¡Adelante, señorita! –dijo el portero–. Ya conoce el camino.

No había duda sobre aquélla.

–Ha sido un día muy largo –dijo la mujer mayor acomodándose en su asiento del autocar–, aunque me alegro de haber venido. ¿Quién habría imaginado ver al joven Charley Moon cantando, bailando y acordándose de todas esas palabras? Qué diferente de cuando estaba en la escuela. Se olvidaba incluso del día que era, a menos que fuera sábado. Los festivos los recordaba divinamente.

Rose se recostó en la oscuridad fingiendo estar dormida. Estaba furiosa consigo misma por haber accedido a aquella insensatez. ¿Cómo no se había dado cuenta de que Charley no quería cuentas con ellos?, ¿de que estaba harto de Little Summerford y de todos sus habitantes? No se le podía reprochar. Ahí estaba él, en lo más alto; todo el mundo riéndose, vitoreándolo y aplaudiéndolo. Ni que fuera el rey de Inglaterra para armar tanto alboroto… Había estado muy bien lo de ir a Londres con los demás y se alegraba de haberlo hecho, pero ¿por qué no se había dado por satisfecha con eso, en vez de estropearlo yendo a ver a Charley después de la función? ¿O por qué no se había conformado con un no por respuesta? Así Charley no habría pensado que ella iba detrás de él, como esas chicas que perseguían a los soldados durante la guerra. Intentando entrar donde no la querían, se había comportado como una muchacha vulgar…

Una de las otras jóvenes la llamó, pero ella no contestó.

–Déjala –dijo la mujer mayor–. Está dormida.

–Yo siempre pensé que el joven Charley estaba colado por Rose –dijo la joven.

–Lo que está claro es que Rose estaba colada por el joven Charley –dijo otra–. ¿No le viste la cara cuando él estaba cantando esa canción de los ranúnculos? Se puso blanca como el papel, de verdad.

–Charley ha llegado demasiado alto para nuestra Rose –dijo una tercera–. Una mujer que estaba detrás de mí dijo que está ganando doscientas libras a la semana por esa tontería. Escandaloso, me parece a mí. Eso es lo que molesta a quienes de verdad trabajan, lo que hace que se pongan en huelga, ya lo creo. ¿Y se los puede culpar? ¡Vamos, hombre! De ahí no puede salir nada bueno, ya lo veréis.

–Al final se casa con la chica pobre –dijo de pronto un muchacho menudo que cantaba en el coro y que tenía una mentalidad romántica.

–¡Eso es sólo en la obra, tonto! –le dijo su hermana mayor–. Eso no pasaría en la vida real. Nunca pasa. Cuando tienen dinero se juntan con otras personas ricas. No sirve de nada que Rose suspire por Charley. Ella no es de su clase.

–Podría irle mucho peor –dijo la mujer mayor–. Mucho peor podría irle. Y me da igual quien me oiga.

Pasaron el resto del viaje intentando recordar algunas de las canciones, y con la melodía de «The Field where the Buttercups Grow» Rose se quedó dormida de verdad. Lo que soñó terminaba de una manera muy diferente a la sórdida anécdota que acababa de producirse. En el sueño, Charley Moon se había acercado a la entrada de actores y la había llevado a su camerino, donde hablaron largo y tendido de los viejos tiempos. Cuánto deseaba él volver, pasear por los humedales, junto al arroyo, o tumbarse de espaldas en el heno y hacerle cosquillas a ella en la nariz con una brizna de hierba, o ponerle una flor amarilla bajo la barbilla para ver si le gustaban las zalamerías. Entonces, cuando ya no se les ocurría de qué más hablar, Charley la acompañó a saludar a sus viejos amigos, y ella se despidió de él con un beso, sin importarle que la vieran o lo que pensaran.

Eso fue lo que Rose soñó en su rincón oscuro, y qué sencillo era lo que podría haber sido. Pero los sueños son algo muy frágil. Se marchitan a la luz del sol y desaparecen en el aire como los vilanos del cardo. A la mañana siguiente tuvo la certeza de que las cosas que ocurren en las obras de teatro nunca ocurren en la vida real y llegó a la conclusión de que de nada servía seguir pensando en Charley. Había llegado

demasiado alto para ella. Ella no era de su clase.

Así pues, como una chica sensata, volvió a la tiendecita e intentó olvidarse por completo de él.

Pero la vida, como el tortuoso curso del Támesis, da giros sorprendentes. Charley Moon, al igual que la mayoría de los famosos, estaba suscrito a una agencia de recortes de prensa y, hojeando un montón de reseñas, notas de sociedad y cosas por el estilo, se encontró con una crónica, recortada del periódico del pueblo, sobre la visita al teatro Delphic del coro y los amigos de la iglesia de Little Summerford durante su excursión anual a Londres.

La mañana en que recibió ese recorte, Charley sufría un ligero ataque de nostalgia. Estaba decidido a creer que no había mejores tiempos que los del pasado ni mejores amigos que los de toda la vida. Con ese sensible estado de ánimo, lamentó que no le hubieran enviado todo el periódico del que habían tomado el recorte. Qué agradable habría sido leer todas las noticias de casa; saber quién había fallecido, quién se había casado y quién había tenido hijos. Incluso la publicidad le habría interesado. ¿Por qué no solicitar que le enviaran el periódico todas las semanas? Y así, cuando la abuela de Rose murió mientras dormía y la enterraron con todas las muestras del respeto debido a tan anciana habitante, Charley supo que habría que vender la tiendecita, en cuyo caso, Rose, también, perdería su hogar.

Charley Moon sabía lo que eso significaba. Le había ocurrido a él y no podía permitir que le ocurriera a Rose. El salario de una semana le bastaría para comprar la tienda y la casa, de manera que Rose pudiera conservarlas. Pero ¿aceptaría el dinero? Difícilmente, pensó. Mejor no arriesgarse…

Cuando se anunció la venta, Charley escribió a los abogados del pueblo dándoles instrucciones para que compraran toda la propiedad, las existencias, los accesorios y los muebles, y lo cedieran todo, mediante escritura de donación, a la ocupante actual. Los abogados debían actuar como apoderados suyos y podrían contarle a la nueva propietaria lo que considerasen oportuno, pero el nombre de Charley Moon no debía figurar en la transacción.

Al cabo de una semana firmó dos cheques, por cantidades casi idénticas. Uno era para su corredor de apuestas; el otro lo empleó en una causa aún mejor. Puede que el dinero sea la raíz de todos los males, pero, si se planta esa raíz en el jardín idóneo, puede dar lugar a flores muy bellas. Sólo escribió la palabra Rose en el resguardo de su

talonario de cheques y sintió una felicidad que no había sentido en mucho tiempo.

¿Alguna vez ha intentado usted gastar doscientas libras a la semana durante doce meses seguidos? Lo puede hacer, sobre todo si es de esa clase de persona que compra casas por un capricho repentino y apuesta a los caballos a gran escala. Gastar esa cantidad de dinero, cuando se gana con frecuencia y parece que siempre será así, es como abrir un grifo y dejar el agua correr. Nadie se preocupa. Sólo es agua y hay mucha más en la fuente. Algunas veces, claro está, uno deja el grifo abierto toda la noche o usa la manguera del jardín durante una sequía, en cuyo caso recibe una carta de la compañía del agua, aunque en realidad nadie se preocupa. Sólo es agua y hay mucha más en la fuente.

Charley Moon derrochaba su dinero a manos llenas. Generoso, amable y del lado de los débiles, era lo que se conoce como un alma cándida. Dado que no tenía enemigos, siempre estaba dispuesto a prestarle dinero a cualquiera que se lo pidiese. Era incapaz de decir «no» cuando le contaban una historia desdichada, ¿y qué otra clase de historias se oye en la entrada de artistas de un teatro del West End? Charley no era consciente del valor del dinero. Cuando Eres un encanto celebró su primer aniversario, no tenía ni un penique ahorrado y debía todos sus impuestos sobre la renta. Los de Hacienda se pusieron antipáticos. Le enviaron un último aviso de pago.

Aquello fue una pequeña sorpresa.

–¿Qué hago con esto? –le preguntó a un compañero que supuestamente había tenido una experiencia similar.

–¡Pagarlo! –fue la insensible respuesta–. ¿Qué sentido tiene guardar todo el dinero que tienes? No puedes llevártelo contigo.

En este mundo no se prodiga compasión a esos pobres niños ricos que no pueden pagar sus impuestos. Charley intentó animarse yendo al hipódromo de Newbury para las jornadas de primavera, ¡y perdió un dineral!

Ahora se enfrentaba a la desoladora perspectiva de pagar el doble de impuestos durante los siguientes doce meses, pero ¿qué más daba? Ganaría más dinero con su próxima representación. Para convencerlo

de que firmara su primer contrato, Monty Brass había accedido a considerables aumentos de sueldo en el segundo y el tercero. «No querrá usted contar conmigo si no soy bueno –había argumentado Charley–. Y, si soy bueno, mereceré el aumento.» Por eso Monty Brass había firmado en la línea de puntos: porque Charley era bueno, porque Charley merecía la pena… ¡Aunque menudo precio por un cómico!

Y así, sin nada que temer, Charley Moon emprendió alegremente su camino de rosas. Aun cuando resultó evidente que Eres un encanto no duraría todo el verano, no tuvo por qué preocuparse, pues había una nueva obra programada, escrita por el mismo autor, y Charley trabajaría en ella, con una revisión más favorable de los términos. Además, necesitaba un descanso y tendría unas cuantas semanas de vacaciones antes de que empezaran los ensayos.

Estaba en el camerino hablando de posibles proyectos cuando un elegante joven, vendedor de coches con visión de futuro y que estaba también de vacaciones, le hizo una atractiva sugerencia:

–¿Por qué no me dejas que te lleve a la Costa Azul? –pre-guntó–. Puedo usar un coche nuevo de la empresa; yo conduciré y tú pagarás la gasolina y el hotel para los dos. No costará más que ir en el Blue Train[30] o alquilar un coche con chófer.

–¡De acuerdo! –dijo Charley sin pensarlo dos veces. No se había sentido muy bien últimamente, y esto era sin duda lo que el médico le habría recomendado.

El coche llegó al día siguiente por la tarde, y los miembros de la compañía se reunieron a su alrededor, con murmullos de apreciación por parte de los hombres y grititos de éxtasis por parte de las chicas del coro.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en una cosa. Siendo tan espacioso y espléndido, era un desperdicio que sólo viajaran dos personas. Ésa era la ventaja de un coche grande cuando se trataba de cubrir largas distancias. Cuatro personas podían viajar por el mismo precio que dos. Qué pena desaprovechar esos maravillosos asientos traseros. La mitad del coro se ofreció voluntaria para que la llevaran con el fin de servir de contrapeso, aunque sólo fuera para que las ruedas no se levantaran del suelo.

Mientras llevaba el coche de regreso a Jermyn Street, el joven vendedor hizo hincapié en esa idea.

–Me dan lástima esas chicas –dijo–. Parece que nunca tienen un verdadero descanso. Si lleváramos con nosotros a dos de ellas sería bueno para el coche, tendríamos compañía durante el camino y la habitación que compartieran les costaría menos que quince días en Southend. Nunca tendrán una oportunidad como ésta, y ¿qué tiene de malo? Imagínate que hubieran ido paseando por la calle y nosotros hubiéramos pasado por su lado. Nos habríamos ofrecido a llevarlas, ¿no?

–Supongo que sí –admitió Charley.

–No hace falta anunciarlo. Las recogemos, con discreción, en cualquier sitio, y ponemos pies en polvorosa. Déjame a mí. Yo me encargo.

–Sólo le veo una pega –dijo Charley–. Estoy harto de coristas. Si me topo con otra corista durante las próximas cuatro semanas me pondré histérico. ¡Ni hablar!

La última noche de Eres un encanto fue un éxito clamoroso. Todos los viejos amigos reservaron asientos, se pidieron bises de todas las canciones, todos los actores principales dijeron unas palabras. Al final, todos los espectadores, incluidos tres ministros del consejo y un duque real, unieron sus manos para cantar «Auld Lang Syne».[31] Charley Moon recibió una ovación que podría haberse oído desde Charing Cross hasta el Banco de Inglaterra. No cabía en sí de gozo.

Después, en su camerino, hubo vítores, lágrimas y regalos para todo el mundo, desde una tabaquera de oro para el director musical hasta broches diseñados especialmente para las chicas del coro. Como todo el mundo estaría en el nuevo espectáculo, no hubo ninguno de los lamentos habituales. Incluso el veterano Monty Brass se dejó arrastrar por la marea del éxito. Él, un recién llegado al West End, había encontrado la fórmula, y sólo un terremoto podría ya pararlo.

Únicamente Charley Moon, de camino a su piso de Jermyn Street, se preguntaba cómo había ocurrido todo y si podría volver a ocurrir. Tener que empezar de nuevo lo asustaba un poco. En el campo, una vez que habías puesto las cosas en marcha, podías contar con que las ruedas seguirían girando durante un siglo más o menos. En cambio, en Londres, un año se consideraba casi una eternidad. Mira que armar todo ese revuelo por algo que sólo había durado dieciocho meses. ¡Qué locos!

Al doblar la esquina de St. James Street, pasó junto a una tiendecita

donde se habían vendido gorros para los hombres que lucharon con Wellington en Waterloo. Todo seguía igual, hasta el viejo chacó que había en el peculiar escaparate saledizo. Aquello lo entendía; era una forma de vivir razonable… Bueno, quizá las cosas no eran tan absurdas como él suponía. Puede que estuviera un poco estancado y necesitara unas vacaciones. Después de un mes en el sur volvería con su energía de siempre. Preparado para cualquier cosa. Incluso Wellington estaba siempre luchando en nuevas batallas.

17

Aunque Charley Moon viva hasta los cien años, nunca olvidará aquellas vacaciones en el sur. Algunas cosas merecen la pena por mucho dinero que cuesten y por mucho problema que causen. Aquel alegre viaje por las soleadas carreteras de Francia fue una de ellas.

Es verdad que el diletante chófer tenía tendencia a mirar de reojo, con tristeza, aquellos asientos traseros vacíos en los que deberían haber estado las dos señoritas del coro; sin embargo, cuando llegaron a Ruan, aquel precioso coche, recorriendo todas aquellas millas de preciosas carreteras, entre aquellas preciosas hileras de álamos, casi había conseguido borrarle a las coristas de la memoria.

Estaban los dos en el bar del Hotel de la Poste, cuando dijo:

–¡Charley! ¿Cómo se llamaba la segunda chica del extremo?

–¿De qué extremo? –preguntó Charley Moon.

–Del extremo de la primera fila del coro.

Ése es el momento en que unas vacaciones en Francia empiezan de verdad. Cuando, al sentir que deberías enviarle una postal a alguien que está en casa, descubres que, o has olvidado el nombre, o no te apetece. Perigord está más lejos de Picadilly de lo que monsieur Michelin nunca imaginó ni en sus sueños más descabellados.

Dejando París a la izquierda y cruzando a toda prisa la campiña que rodea Chartres, llegaron a Orleans, hogar de la Doncella. Charley podía ser un curtido cómico que triunfaba en la comedia musical, pero lo sabía todo de santa Juana de Arco y le produjo un escalofrío detenerse a orillas del río, a esperar, cinco siglos después, donde las tropas francesas habían aguardado el viento del oeste en el plateado Loira. Casi le pareció oír el alto:

–¡Alto! ¿Quién va?

–La Doncella.

Y allí estaba él, Charley, cinco siglos después, en aquel mismo lugar…

Siguieron el curso del Loira oyendo la música del habla de las gentes

sencillas cuando les daban indicaciones en un idioma extranjero. Vieron los castillos de Blois y Tours, y bajaron por Poitiers y Angulema, hasta que llegaron al sur, a Périgueux, donde los álamos se tornaron en acacias, las glicinias se convirtieron en vides y las petunias dejaron paso a la subtropical ipomea, esa gloria de la mañana del perfumado sur. Charley Moon, cuando recuerde su primera entrada en aquella Tierra Prometida, no pensará en Provenza sino en términos de muérdago y urracas, avenidas de manzanos y el cálido sol brillando sobre la blanca fachada de una casa en la que figura la desvaída inscripción DUBONET.

A mediodía pararon al borde de la carretera para que el coche se enfriara y almorzaron con queso roquefort, higos verdes y vino rosado. Ahora estaban en la región de las uvas, y en los pequeños viñedos las familias llegadas de los pueblos se reunían para la vendimia. Por las estrechas carreteras avanzaban carretas de bueyes cargadas con grandes montones de uvas, camino del lagar comunal de la aldea más cercana. Ancianas con la espalda encorvada, ancianos con rostros como de nuez y risueñas muchachas con pecas cortaban las uvas de los sarmientos bajos.

El patrón, viendo que estaban interesados, los llamó por señas, le dio unas palmadas en la espalda a Charley y le puso en los brazos todos los racimos que podría cargar. Todo el mundo se reía, en especial las muchachas pecosas. Había en el ambiente un aire de fiesta.

De nuevo en el coche, Charley se preguntó a qué se debía ese ambiente festivo. ¿Era el cálido sol, el alcohol del vino o simplemente una tradición de esa región en concreto? Nunca encontrarías a campesinos ingleses afanados en un trabajo duro con ese estado de ánimo. ¡Imagínate a un granjero inglés regalándole a un completo desconocido un saco de patatas o un guiso de alubias!

Se detuvieron para contemplar la imponente silueta de Carcasona recortada contra el cielo. Charley Moon no había oído hablar de aquella colosal obra de restauración criticada por los intelectuales modernos. Como hombre de teatro, no sintió más que admiración por sus cualidades dramáticas. ¿Y quién podría negar que Carcasona, vista desde la carretera de Toulouse a Narbona, un atardecer de verano, es un panorama que te deja sin aliento?

–¡Dios mío, qué decorado! –dijo Charley Moon.

Fueron a una corrida de toros en Arlés y vieron a un hombre con un atuendo bastante miserable que, arriesgando su vida, mataba dos

lustrosos toros negros bajo el sol. Al ser actor, Charley Moon apreció la parafernalia y la tensión; al ser un hombre del campo, acostumbrado a matar animales, no se impresionó mucho. Sin embargo, antes de que la corrida terminara ya estaba harto. Eso sí, el espectáculo daba un respiro cómico:

–Allô! Allô! –dijo alguien por el altavoz–. Informamos a los espectadores de que pueden adquirir una pieza de ese toro en el establecimiento de monsieur equis, carnicería, en la rue equis.

En las colinas que rodean Grasse, Charley se sintió fascinado por las pequeñas granjas de flores, que abastecían a las fábricas de perfume. La cosecha del jazmín estaba en pleno apogeo, una cosecha con el aroma de las flores. Eso era algo que Charley entendía y apreciaba. En un campo que lindaba con la carretera alguien había hecho una hoguera con restos de poda de todas las plantas aromáticas que crecen en suelo árido: tomillo, lavanda, romero…

–¿No echas de menos el teatro? –le preguntó su joven chófer. Y, con un esfuerzo casi doloroso, Charley obligó a su mente a volver a aquellos lejanos días.

–Me da igual –respondió– si nunca más vuelvo a ver un teatro.

El joven londinense lo miró con asombro.

–Vaya, eres un tipo raro –dijo–. La gente allí haciendo cola para reservar butacas para tu próximo espectáculo, y tú aquí sentado en una valla oliendo una hoguera.

Charley le dirigió a su acompañante una de esas sonrisitas torcidas. Cualquier día la gente podría dejar de hacer cola para el siguiente espectáculo, en cambio allí siempre habría alguien quemando restos aromáticos bajo el sol.

Lo bueno dura poco. Después de bajar por curvas muy cerradas hacia la costa, el coche se detuvo, como por iniciativa propia, delante del hotel Carlton de Cannes.

Charley levantó la vista ante el impresionante, y un tanto abrumador, espectáculo.

–Muchacho –le dijo a su chófer amateur–, tu coche tiene buen olfato para los mejores hoteles, pero ¿esto no es un poquito aparatoso? Yo soy un hombre de gustos sencillos. Una jarra de vino, una rebanada de pan… ¿No crees que seríamos felices en condiciones más modestas?

El joven caballero se sintió horrorizado. Si vas a Cannes, tienes que alojarte en el Carlton. Para la gente corriente está bien meterse en un tugurio playero de la Croisette, pero ¿qué pasaría si en el West End se enteraran de que Charley Moon fue a Cannes y no se quedó en el Carlton? El coche se deslizó con suavidad hasta la entrada, uno de los mayordomos menores abrió la puerta y Charley Moon entró en la lista de los elegidos.

Pasar la temporada de verano en la Costa Azul estaba poniéndose de moda. La localidad costera de Juan-les-Pins era el nuevo descubrimiento; las mujeres más bellas del mundo acudían en tropel a las piscinas naturales de Cap d'Antibes, y allí, en Cannes, el nuevo casino de verano de Palm Beach estaba preparado para recoger el dinero que pudiera quedarte. No había restricciones de moneda. El límite era el cielo.

Había una gala en el casino aquella misma tarde, o cualquier otra tarde, tanto da. Charley Moon, obligado a vestirse de etiqueta, estaba observando a los jugadores mientras recordaba las serenas noches estrelladas de Aviñón cuando lo descubrió una alegre multitud de juerguistas.

En vano les explicó que, por orden del médico, estaba descansando entre dos espectáculos, tiempo que aprovechaba para preparar su papel en la nueva producción. Se lo llevaron en volandas, como la última hoja de un árbol en un vendaval de noviembre.

La noticia de que Charley Moon, el nuevo y más popular cómico de Londres, estaba alojado en el Carlton, se propagó como un incendio forestal en el macizo del Estérel. El actor, un servidor del público, es siervo de cualquier persona y atrae especialmente a los aburridos y los ociosos, siempre al acecho de nuevas emociones. Se espera de él que tenga todo el dinero del mundo y que sea divertido las veinticuatro horas del día. Charley Moon conocía las señales; él se lo había buscado, lo sabía, pero ya era tarde para echarse atrás.

¿Y quién quería echarse atrás? Puñetas, había pasado los últimos dieciocho meses trabajando como un esclavo y le esperaba otro trabajo que podría durar incluso más. Un poco de diversión le sentaría de maravilla.

¡Cómo pasaban los días y cómo volaba el dinero! En el espacioso coche nuevo de Charley se apiñaban alegres grupos; recorrían la Corniche de Montecarlo o subían por las colinas, donde nuevos e increíbles restaurantes servían increíbles comidas a precios igualmente

increíbles. Charley Moon –¿No es un cielo? ¿No te encanta esa sonrisita tímida suya?– se convirtió en el eje de buena parte de la diversión y el jolgorio de aquella alocada costa. Nadie se iba nunca a la cama antes del amanecer y nadie se levantaba hasta la hora del apéritif, cuando los cócteles de champán ponían los temblorosos cimientos de una nueva ronda de emociones.

Nada de esto era muy nuevo para Charley Moon, pero el joven caballero que conducía el flamante y enorme Bentley estaba empezando a mostrar señales de desgaste. Charley estaba pagando todas las cuentas. Sin embargo, al ver a su acompañante en las mesas de juego, empezó a preguntarse de dónde sacaba todo el dinero que perdía. Además, estaba relacionándose con un grupo bastante peligroso, diferente de esa alegre pandilla que convertía la noche en día pero que sabía dónde estaba el límite. Tenía una mirada furtiva, casi asustada; parecía tener los nervios destrozados, y la forma en que tomaba aquellas curvas cerradas dejaba mucho que desear. Charley decidió que era hora de hacer las maletas. Un tranquilo regreso a casa por la región de los viñedos –Beaune, Pommard, Volnay, Nuits-Saint-Georges–, una noche en el Chapeau Rouge de Dijon y una función en un teatro de París para redondear las vacaciones…

Aquella noche, durante la cena, le comunicó la novedad.

–Nos vamos mañana –dijo–. Ésta es tu última noche. Aprovéchala.

El efecto que aquella sencilla declaración causó en su acompañante fue sorprendente. Aquel joven de mundo y algo indolente se convirtió, de pronto, en un colegial asustado. Al ejercer una ligera presión, salió todo de golpe: se había comportado como un imbécil, había estado jugando mucho más de lo que debería, había perdido un dineral, le debía dinero a todo el mundo; lo sentía muchísimo, pero había tenido la suerte en contra y al intentar salir del lío…

–¿Cuánto? –preguntó Charley.

El joven respondió con evasivas.

–¿Cuánto? –volvió a preguntar Charley. Al oír la cifra, soltó un silbido–. Mayor razón para marcharnos. Diles que tendrán su dinero dentro de una semana. Dales un cheque con fecha posterior y ya nos ocuparemos cuando lleguemos a casa. Trae el coche a la entrada a las nueve de la mañana, y saldremos pitando de aquí.

–¡No podemos!

–¿Cómo que no podemos?

–No nos dejarán. Tienen el coche en el garaje. Lo retienen como garantía.

–¡Y un cuerno! –dijo Charley–. Ve a buscar al gerente. Vamos a llegar al fondo de esto.

Pero en el fondo había más de lo que él había imaginado. El joven había sacado el coche al extranjero con engaños. Les había contado a sus jefes una patraña sobre un posible comprador que no terminaba de decidirse. Si se enteraban del viaje al sur de Francia, sería la ruina para él. Estaría acabado. Una vez que el caso se difundiera en el negocio, nunca volvería a encontrar trabajo. ¿No podría el señor Moon hacer algo?

¿Qué podría hacer el señor Moon? Nada, salvo extender un cheque por una cantidad astronómica y esperar que el banco lo respaldara hasta que los ingresos del nuevo espectáculo lo pusieran otra vez a flote.

Aquella última noche, en Montecarlo, un funcionario le estaba explicando al gran comediante inglés que en Mónaco no había pobres.

–Ah, ¿no? –rio Charley enseñándole sus bolsillos vacíos.

El nuevo espectáculo del Delphic era una repetición de su antecesor, ni mejor ni, técnicamente, peor. No obstante, al carecer del elemento sorpresa, no consiguió despertar ningún interés especial. Hubo flores, discursos y mucha subida y bajada de telón. Charley tuvo una tumultuosa acogida, si bien sólo hubo un austero acuerdo con las bibliotecas, y las críticas, aunque favorables, fueron tibias: «Una comedia musical más: agradable, correcta, apenas a la altura del talento de su brillante intérprete»; «El señor Montagu Brass se ha limitado a imitar su exitosa producción anterior»; «Sin el encanto de Eres un encanto»; «¿Qué le ocurre a Charley Moon? No resulta tan gracioso como en su obra anterior»; «Tal vez sea un poco injusto juzgar un nuevo espectáculo según el listón de un éxito excepcional, pero es imposible no hacer comparaciones»… Y aquellas famosas y fatídicas palabras finales: «Cuando el espectáculo se asiente y el señor Moon se amolde a su personaje…»

Todo se había hecho de manera suntuosa. ¡Demasiado suntuosa!

Monty Brass había ido a París a por los trajes; se había ampliado la orquesta y los decorados eran un derroche de esplendor. A esto se añadía el exagerado salario que se pagaba al cómico protagonista, como consecuencia de aquel desafortunado contrato. Si trabajar en el West End era eso, gruñía Monty Brass mientras repasaba algunas de las facturas más elevadas, él no lo quería. Se acabó Londres para él.

El catastrofismo del despacho del productor se filtró a los camerinos. Los actores son gente con aguante pero sumamente susceptibles a los fríos vientos de la aprensión que soplan por los corredores cuando las cosas no van del todo bien. Se animaron mucho cuando se vieron actuando ante un público numeroso, algo que obedecía, eso sí, a la reserva de localidades basada en su éxito anterior. Las vacaciones de Navidad llenaron todos los teatros, y era difícil conseguir butacas en el Delphic. Sin embargo, una vez que los niños volvieron a la escuela, se produjo una caída en la venta de entradas, que prometía durar hasta la Semana Santa.

Una circunstancia más deprimente era la ausencia de aquellos alegres visitantes a los que tanto les gustaba revolotear alrededor de la llama del éxito. Charley recorrió con la mirada su camerino, grande y de lo

más tristón. Ya no era necesario advertir al portero sobre quienes se presentaban allí sin que los hubieran invitado. El bar de Charley era cosa del pasado. Le habría dado la bienvenida a cualquier intruso que se tomara la molestia de asomar la nariz por la esquina.

Estaba, además, el apuro de contestar preguntas sobre cómo estaba funcionando el espectáculo. No es que fuera para denostarlo, pero la pregunta de «Bueno, Charley, ¿cómo va la obra?» siempre iba acompañada de una mirada que decía, tan claro como si pronunciara las palabras: «¡No hace falta que me lo digas, farsante!». Eso era un antiguo chiste teatral que no resultaba tan gracioso cuando le tocaba a uno recibirlo.

Por supuesto, la obra remontaría en Semana Santa. La gente gastaba todo su dinero en Navidad y después se contenía… Pero ¿aguantaría el espectáculo hasta Semana Santa? Los costes para que siguiera en cartel eran enormes y, aunque Monty Brass era un hombre decidido, no era de los que invierten más dinero para intentar recuperar lo perdido. Por eso nadie se sorprendió cuando la noticia apareció en el tablón de anuncios y el telón se bajó por última vez. Monty Brass no ocultó el hecho de que no quería saber más del West End. Había recuperado la mayor parte de su dinero y se daba por contento. Que otros se arriesgaran a producir obras en Londres; a él le bastaría con los derechos de gira de sus pocos y distanciados éxitos. Se despidió con firmeza de todos los miembros de su compañía y les rogó que no dieran portazos en la entrada de artistas cuando se marcharan. Esto es lo último que se sabrá de él.

Charley Moon estaba en su piso de Jermyn Street poniendo orden en sus asuntos. Estaba sin trabajo y no tenía la menor idea de dónde surgiría el próximo. Eso daba igual, por supuesto; le llegarían montones de ofertas cuando los demás productores se dieran cuenta de que estaba disponible. Sin embargo, mientras tanto tenía que subsistir. No tenía dinero en el banco, y los gastos eran más o menos los mismos que de costumbre. Tenía que dejarse ver en los mejores restaurantes o, de lo contrario, pensarían que estaba de gira con un nuevo espectáculo. Si no te veían era como si no existieras. Podría dejar el piso, pero estaba la cuestión del teléfono, y en algún sitio tenía que vivir. Podría prescindir de unos cuantos clubes, aunque eso nada más supondría ahorrar algo de calderilla: como un escupitajo en el Niágara, vamos. Y mientras tanto, los de Hacienda no dejaban de reclamarle la declaración de impuestos del año anterior.

Charley Moon estaba en las últimas, pero nadie se daba cuenta. Esperaban que siguiera gastando dinero a manos llenas, como quien

tira confeti. Un comerciante que cierra su tienda o un granjero obligado a vender su propiedad se encuentran en un claro apuro. En cambio, parece que un actor de éxito no deja de ganar dinero. Eso es bueno para su prestigio, pero las deudas, como los estorninos de Trafalgar Square, vuelven a casa todas las noches.

Era la primera vez que estaba sin trabajo en el West End y no sabía por dónde tirar. No podía ir por ahí pidiendo trabajo, pero, si la gente no se enteraba de que lo quería, cómo demonios iban a ofrecérselo. No tenía contacto con ningún empresario teatral y no podía unirse a una gira, pues entonces nunca volvería al West End. ¿Cuál era la solución? Había quienes tenían la destreza de salir airosos en tales tesituras, pero él no la había adquirido. Era un niño perdido, muy niño y muy perdido.

La adversidad lleva a la gente por muy diversos caminos. A algunos los endurece y a otros los echa a perder. El proceso es lento, e imperceptible para el observador ocasional. No obstante, si éste vuelve tras un tiempo de ausencia, le impresionan los cambios que la adversidad puede producir en una persona.

¿Cómo le afectó a Charley Moon? Se desmoronó. No de forma tan inmediata que el proceso saltara a la vista de quienes formaban su círculo más cercano, pero sí de manera tan clara e inevitable como los Moon de Little Summerford habían perdido los humedales y su viejo molino. Era un poco más ruidoso en el bar, un poco más descuidado en la elección de sus compañeros de bebida. Se volvió nervioso e irritable, perdió el apetito, fumaba de forma incesante, dormía mal, tenía pesadillas muy alarmantes y se despertaba con episodios de depresión que lo llevaban de nuevo al bar… Y el círculo vicioso empezaba otra vez. Una mañana las manos le temblaban tanto que no podía llevarse una taza de té a los labios; le pareció que había perdido la memoria y se asustó de verdad. Si no podía concentrarse en cosas pequeñas, ¿cómo podría volver a aprenderse un papel o a aparecer ante el público?

Sus temores lo llevaron a visitar al famoso especialista que habló con él en el Peregrine Club. Una vez más, se sentaron uno frente al otro en la consulta. Los amables ojos del doctor, coronados por unas cejas pobladas, lo observaban. El anciano escuchó la consabida historia que Charley le contó.

–Ingresará usted en mi clínica privada –le dijo–. Allí estará tranquilo un par de semanas; tendrá tiempo para reflexionar sobre ese desastroso pasado y tomar unas cuantas decisiones convenientes. En

cuanto al futuro…, ¿de verdad quiere usted mi consejo?

–Para eso he venido –dijo Charley.

–No le va a gustar.

–No me gusto yo mismo, tal y como soy.

–Muy bien –dijo el doctor–. Éste es mi consejo. No lo seguirá, nadie lo sigue, pero es éste: deje el teatro antes de que sea tarde. Supongo que dirá usted que ha triunfado en las tablas. Quizá sea así, pero eso no durará mucho. Usted no es de ese tipo de personas. No es usted suficientemente duro, no sabe emplear los métodos que emplean otros ni puede soportar las adversidades. Todo va bien cuando se nada en una charca pequeña; sin embargo, usted está ya en aguas profundas y no hace pie. Vuelva usted al campo.

–¿Qué iba a hacer yo allí? –preguntó Charley Moon.

–Cuando estuve de pesca en los Cotswolds –dijo el doctor–, vi a un vagabundo que estaba sentado en una cerca tomando el sol. Siempre he pensado que era el hombre más feliz que he visto.

–Usted nunca ha sido vagabundo.

–No, pero he estudiado a esa clase de personas. En Francia un alcalde de pueblo siempre ayudará a un vagabundo… para librarse de él. El cura le dará un trozo de pan y una medalla bendecida… si se va a rezar al pueblo de al lado. El granjero le permite dormir en el granero después de darle una sopa caliente… y el vagabundo se esfuma al amanecer, para no tener que trabajar en el campo.

–¿Qué le sucede en invierno? –preguntó Charley.

–En invierno –dijo el anciano– cambia los soleados caminos rurales por los soportales de París. Las cigarras cantan en verano y sufren en invierno. ¡No se puede tener todo!

Charley Moon estuvo quince días arrebujado en la cama y con las persianas bajadas todo el tiempo. La enfermera entraba y salía de la habitación con sigilo, como un rayo de sol furtivo. Si Charley intentaba hablarle, ella no contestaba. Al final de la quincena le llevaron las cartas que había recibido. La mayoría eran facturas, pero en una le ofrecían un papel protagonista en un espectáculo que

próximamente se montaría en Londres. El nombre del director era nuevo para él. El teatro era uno de esos edificios mal ubicados que tienen fama de traer mala suerte…

–¿Acepto, doctor? –preguntó Charley.

–Espero que no –fue la respuesta–. He hecho por usted todo lo que he podido. Aun así, no está usted fuera de peligro, de ninguna manera.

Charley Moon se sentía mejor, aunque un poco débil. Eso se debería a haber estado en cama tantos días. Pronto recuperaría las fuerzas. Y estaban todas aquellas facturas. Si no hubiera estado tan presionado por el dinero, habría descansado un poco más, pero los pobres no pueden elegir.

Empezó los ensayos el lunes siguiente.

El nuevo espectáculo era una de esas cosas horribles que pueden pasarle a cualquiera. Un aficionado con talento había escrito una historia, le había puesto música, había alquilado un teatro, había pintado el decorado y había contratado a uno de esos directores que haría cualquier cosa si es otro quien pone el dinero. Por desgracia para muchas personas, este aficionado en concreto era rico, además de talentoso. Le dijo a su director que no pondría en peligro la producción por escatimar unos peniques, y el director le tomó la palabra.

Temiendo que el joven empresario entrara en razón o que lo metieran en un manicomio en cualquier momento, el director actuó con prontitud y decisión. Contrató a cualquier actor que estuviera disponible, encajara o no en alguno de los papeles, así que el escenario estaba abarrotado de gente conocida sin otra cosa que hacer que estar allí y odiarse unos a otros. Como el autor ponía el dinero, nadie se atrevía a criticar la historia. Lo mismo se aplicaba a la música, los decorados y la elección del teatro. A los actores podía criticarlos cualquiera, algo de lo que ellos mismos se encargaban.

El libreto era pésimo. La música recordaba a todas las cursiladas sentimentales que se habían escrito desde que empezó a escribirse música. El decorado no tenía en cuenta las entradas y las salidas. El director, un incompetente, perdió la cabeza y empezó a vociferar órdenes sin pies ni cabeza. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y, cuando el tumulto llegó al máximo, el autor se unió al coro desde la primera fila del patio de butacas.

Cada día un actor abandonaba su papel y era reemplazado por un recién llegado que hacía la confusión aún más confusa. Las peleas eran continuas y, al cabo de seis semanas, los nervios estaban al límite. Por eso, cuando llegó la noche del estreno, los actores habían perdido toda la confianza en su obra, en sus compañeros y, lo peor de todo, en sí mismos.

Hubo que aplazar dos veces el estreno y se había corrido la voz de que el público de la noche inaugural asistiría probablemente al gran fracaso de la temporada. El ensayo general había durado toda la noche anterior, y los actores aún se frotaban los ojos de sueño cuando llegaron a sus camerinos. La escena final no se había ensayado con la orquesta y nadie estaba muy seguro de cómo acababa la obra. El libro del apuntador no incluía la mitad de los cambios realizados en las semanas anteriores, así que la apuntadora, una joven nerviosa, se encontraría desamparada en caso de emergencia. El director de escena no tenía indicaciones sobre las luces; para el caso, habría dado igual que los técnicos hubieran estado divirtiéndose por ahí: si aquel barco encontraba su rumbo, sería el mayor milagro de todos los tiempos.

La mayoría de los actores principales estaban irritados por esa ineptitud y se parapetaban tras una pantalla de cínica burla. Hacían chistes sobre la organización, se reían sin disimulo del director y contribuían a difundir por la ciudad el chisme del desastre que se avecinaba. Quizá no se les podía reprochar. Varios de ellos habían rechazado buenos contratos con los que procurarse el sustento durante los siguientes doce meses y, aparte de esa mala suerte en el plano personal, en lo profesional se sentían ultrajados por semejante incompetencia. Cómo era posible, se preguntaban, que personas como aquéllas pudieran abrirse paso en el West End. Cuanto antes los quitaran de en medio, mejor para todos.

La noche del estreno fue un desastre.

Sólo Charley Moon y el pobre director de escena lucharon de verdad por evitar el naufragio. Por continuar con la analogía, apaciguaron a los aterrados pasajeros, procuraron que no cundiera el pánico y echaron una mano para bajar los botes salvavidas al agua. De vez en cuando Charley transformaba el desastre en comedia con alguna feliz improvisación. Nunca abandonó el escenario. Dondequiera que su entrenado ojo viera venir un problema, intentaba salvar la brecha: fue Horacio y el muchacho del barco en llamas[32] fundidos en uno…

No sirvió de nada. Al principio los espectadores fueron comprensivos y lo achacaron a los nervios del estreno y a fallos técnicos. Después se

rieron, con escaso buen humor, ante el creciente caos y finalmente perdieron la paciencia con aquel lamentable espectáculo. Cuando se bajó el telón, hubo pitadas y una lluvia de abucheos desde la galería, unos tímidos aplausos por parte de amigos del autor y un silencio gélido del resto del respetable.

El director de escena tenía un dilema: bajar el telón de inmediato era admitir la derrota; levantarlo una segunda vez era incitar a un motín. Miró con impotencia a Charley, que estaba a su lado. ¿Era posible aún cambiar el rumbo con algo divertido o algún chiste oportuno? No se perdería nada por intentarlo. Hizo su última petición al compañero que había estado junto a él toda la noche.

–Charley –le susurró–, sal ahí a ver si puedes hacer algo.

–Ni hablar –dijo Charley–. Indícale a la orquesta que toque el himno, enciende las luces de la sala y terminemos por hoy.

Pero el director de escena insistió. Charley era muy querido. Les parecería bien cualquier cosa que hiciera… Mientras tanto, el clamor iba creciendo y no se hacía nada.

Charley Moon se rehízo, salió de detrás del telón y se plantó ante las candilejas. Lo recibieron con un aluvión de abucheos.

Durante las seis semanas anteriores, así como en la pesadilla del ensayo general, Charley había estado luchando en una batalla perdida, haciendo el trabajo de tres hombres, llevando sobre sus hombros el peso de aquel desdichado proyecto. Se había pasado la velada entera trabajando por salvar el espectáculo, sacrificando sus propias posibilidades en un desesperado esfuerzo por conseguir que saliera algo bien en aquel indiscutible desastre. Ahora, en el momento crítico, en una prueba sobrehumana y en contra de su buen juicio, lo enviaban a capear el temporal.

Aún quedaba una posibilidad. El público era siempre susceptible de volverse un poco incontrolable, pero aquellas personas tenían que saber quién era realmente el responsable. Los espectadores no eran tontos; sabían que los actores no podían sino sacar el mejor partido de los papeles que les tocaba interpretar. Ahora que se habían desahogado un poco, su sentido de la justicia los llevaría a concederle a la compañía un poco de mérito por intentar sacarle el mejor partido a un mal trabajo.

–Damas y caballeros –empezó Charley, pero el alboroto era tan ensordecedor que no oía su propia voz. Lo único que podía hacer era

estar allí, solo y deslumbrado por las candilejas, y aguantar lo que le estaba cayendo. Aquello era injusto. Si hubiera tenido el sentido común de dejar que el espectáculo siguiera su curso, estaría en mejor situación. Eso es lo que habían hecho los demás y ahora estaban a salvo al otro lado del telón, mientras que él estaba allí como un tonto, soportando los gritos de un montón de lunáticos.

De pronto en el barullo hubo una pausa seguida de un extraño silencio, como si hubiera pasado un ángel. Ahí estaba la oportunidad aunque Charley Moon estaba derrotado por la presión.

–Damas y caballeros –dijo–, para ustedes es muy cómodo estar ahí, aullando como una manada de lobos, pero ¿y nosotros? ¿Creen ustedes que nosotros estamos disfrutando?

–¡Cierra el pico! –gritó una joven desde la galería.

Charley Moon hizo una mueca, como un niño al que sin venir a cuento le han dado una bofetada y está tan asustado que es incapaz de llorar. Se lo había buscado y lo había encontrado. Pero dolía.

–¡Vete a tu casa! –dijo una voz chillona desde detrás del blanco muro de las candilejas.

–Vete tú, so… –dijo Charley Moon.

Muchas cosas se perdonan en el acomodadizo mundo del teatro. Sin embargo, el actor que se enfrenta abiertamente a su público está acabado. Charley Moon había cometido el único pecado imperdonable. Ningún productor se arriesgaría a contratar a un artista, por mucho talento que tuviera, que perdía la cabeza en una emergencia. Charley tendría suerte si alguna vez volvía a actuar en Londres.

TERCERA PARTE

19

Cierto domingo de junio, si hubiera ido usted paseando por el camino que serpentea a los pies de las verdes colinas de Sussex, entre Edburton y Fulking, habría visto, sentado en una valla, a un vagabundo que parecía el hombre más feliz del mundo.

Y bien podría serlo, porque el camino que va desde Edburton hasta Fulking, cuando las rosas de junio florecen en los setos, es un lugar tan agradable como el que más. Suficiente para hacer feliz a un hombre, sobre todo cuando ese hombre se siente como nuevo y ha conseguido dejar atrás todos sus problemas.

Charley Moon estaba sentado en la valla contemplando la oscura masa de hayas de Chanctonbury Ring, sin pensar en nada excepto en lo agradable que era estar vivo. En algún lugar más allá de las colinas estaba Brighton, con sus grandes hoteles y todo aquello que ahora le parecía tan trivial. En un rato, si le apetecía, podría subir las colinas y tumbarse al sol…, o podría seguir caminando hasta Steyning…, o podría perderse en las sombrías bondades azules del bosque de Weald…

Por primera vez en su vida se sentía dueño de sí mismo. Al mirar atrás, la vida parecía no haber sido más que una serie de desagradables interrupciones: una voz desde la ventana de la cocina…, un grito desde la puerta del granero…, el toque de una corneta… ¡Los principiantes, por favor!… ¡Cinco minutos, señor Moon!… Siempre había alguien que quería que hiciera algo que él no quería hacer y cuando menos quería hacerlo. Pero todo eso se había terminado. Ahora podía sentarse en la cerca y respirar el primer frescor de la mañana. O podía bajarse de la valla. Podía caminar en una dirección o en otra. No tenía ninguna preocupación en el mundo. Después de haberlo perdido todo, no tenía nada que perder.

Por supuesto, tenía que subsistir, aunque era sorprendente lo bien que se puede salir adelante si uno se aparta de las ciudades. Los campos estaban llenos de cosas comestibles, y no tenía más que asomarse al jardín de una casa de campo a admirar las flores para que le ofrecieran algo un poco más sustancioso. Si uno era vegetariano, podía vivir de los frutos del campo.

La ropa no le duraría eternamente: estaba empezando a parecerse a un

espantapájaros, y su situación no sería tan fácil en el invierno. De todas formas, aún faltaba mucho para eso. Antes podría ocurrir algo. Las cosas siempre ocurren cuando menos se las espera…

Por el recodo de la carretera se acercaba un carromato que, pintado alegremente de rojo, amarillo y verde, avanzaba como una barcaza, moviéndose con lentitud entre las floridas orillas de algún antiguo canal. Iba seguido de una caravana, viejos vehículos de toda clase, ponis sueltos y la familiar parafernalia de un pequeño circo de gira por los pueblos. Unos perros flacos y hambrientos husmeaban los setos. Una mujer mayor, sentada en la trasera de una carreta, hacía pinzas de madera para la ropa. Cada vehículo llevaba la leyenda EL GRANDIOSO CIRCO DE TREVALLON. Era una de las cosas más bonitas que se podían ver en un día de verano.

Un detalle de aquel colorido desfile captó la mirada de Charley Moon. Sentada en un armatoste de dos ruedas tirado por una mula, iba una niña de seis años, con el pelo negro y rizado, y unos ojos del color de las endrinas maduras. Conducía con gran dignidad, muy consciente de su relevante posición.

De pronto, sin razón aparente, la mula dobló las patas y se agachó como una anciana devota que se arrodilla sobre un reclinatorio en un templo. Desprevenida, la pequeña conductora se proyectó hacia delante, pero se salvó del accidente agarrándose a la cola del animal.

Charley Moon actuó de inmediato. Agarrando a la niña con una mano y las riendas con la otra, tiró de la mula para que se pusiera en pie. Dejó a la niña en su sitio y estaba volviendo a la valla cuando se le acercó corriendo un hombre que iba en el vehículo siguiente.

–Bien hecho –dijo el hombre–. Nunca había visto algo así. Qué suerte que estuviera usted ahí. ¡Muchas gracias!

–Gracias a la señorita, que no ha perdido la calma –dijo Charley–. Se ha agarrado como una campeona. ¿Está ella bien o tendré que subirme para vigilarla?

–Me alegraría que viniera usted –dijo el hombre–. Nos falta una persona y no podemos prescindir de nadie. Vaya usted, y nos veremos en Steyning.

Así pues, Charley se montó en el carromato, le entregó las riendas a su acompañante, y la procesión continuó su marcha por aquella carretera rural.

–Bien hecho –dijo la niña–. Sabía lo bien que lo había hecho antes de que lo dijera mi padre.

–Conque es tu padre. ¿Cómo se llama?

–Trevallon. ¿Es que no sabes leer?

–¿Es el jefe? –preguntó Charley.

–Es nuestro circo –explicó la niña.

–¿Es un buen circo?

–¡Grandioso! –fue la respuesta–. Es lo que dice en los carros. ¿Es que no sabes leer?

–Digamos que no soy muy culto –respondió Charley Moon–. Tuve que dejar la escuela cuando tenía siete años. Por robar la mermelada.

–¿De qué era la mermelada?

–De ciruelas. Tenía ciruelas amarillas enteras. Las sacaba con los dedos.

–¡Genial! –dijo la niña–. Yo no voy a la escuela. Cuando intentan llevarme, me escondo en la paja. ¿Cómo te llamas?

–Charley. ¿Y tú?

–Benesta. Y la mula se llama Mary la Rebelde.

–¿Y Mary suele pararse a rezar en mitad del camino?

–Es parte de su número. Cuando te vio sentado en la valla, quiso hacerte una demostración. Mi padre dice que es una terca. ¿Eso es una palabrota?

–No –dijo Charley–, no es una palabrota. Todas las mulas son tercas.

–¿Por qué? –preguntó la niña.

–Porque se creen que son ponis y la mitad del tiempo sólo son burros. Es un lío. ¿Tú qué haces en el circo, Benesta?

La niña le explicó que tenía un poni shetland que hacía piruetas. Pero estaba enfermo, y habían tenido que dejárselo a un hombre que se lo devolvería cuando estuviera mejor. Por eso ahora no tenía nada que

hacer, excepto actuar con los payasos, algo que no le gustaba porque le ponían mucha cosa blanca en la cara y la vestían con pantalones de chico, con un parche en el trasero.

–¡Qué faena! –dijo Charley–. Yo antes era payaso. No me gustaba nada, así que me escapé.

La niña lo estudió con solemnidad.

–A mí me parece que serías un payaso muy bueno –dijo–. Tienes una cara muy graciosa. ¿Por qué no le dices a mi padre que te deje ser payaso? Así podrías quedarte siempre con nosotros. Si estuvieras con nosotros, no querrías escaparte.

–Seguro que no –dijo Charley Moon.

Siguieron adelante bajo el sol de junio, atravesando aldeas y dejando atrás campos en los que la siega del heno ya había comenzado. En una ocasión Benesta saltó de su asiento, cogió una rosa silvestre y se la puso a Charley en el ojal. Después se quedó dormida, y él tomó las riendas mientras sujetaba a la niña por un hombro.

Pensó que sin duda, de todas las vidas posibles, aquélla era la que más merecía la pena vivir. ¿Por qué no unirse a esa feliz familia ambulante? Sabría ganarse el pan en la pista, en la carretera y en los establos. Vestido de payaso no lo reconocería ningún visitante fortuito de su mundo. Al circo le faltaba un hombre. ¿Por qué no probar una semana más o menos, y ver qué pasaba? Cuando la niña despertó frotándose los ojos, Charley ya se había decidido.

–Oye, Benesta –le dijo–. ¿Por qué no montamos un número para nosotros dos? Yo me vestiré de payaso, fingiré ser un poni, y tú puedes enseñarme a hacer cabriolas. Cuando las haga bien, me das un terrón de azúcar y, cuando me equivoque, me das con el látigo.

–¿Tendré que darte muy fuerte? –preguntó la niña.

–Hasta que llore –dijo Charley–. En verdad no me dolerá, porque yo lloro con nada.

La niña aplaudió.

–Será genial –dijo–. Yo te daré una vez, y otra, y otra; y tú llorarás, y llorarás, y llorarás. Ya me da igual si el poni no regresa nunca.

Al llegar a Steyning, al campo donde el circo tenía permiso para

instalarse, el propietario se acercó para darle las gracias al desconocido por su ayuda en la carretera. Iba a dejar que siguiera su camino, después de pagarle lo que vale una cerveza, cuando un detalle de su aspecto le llamó la atención por inusual. Aquél no era un vagabundo corriente. Sus ropas estaban raídas, pero eran elegantes y le sentaban bien, como si se las hubiera hecho a medida un buen sastre. Pese a todo, quizá no fuera un vagabundo, sino alguien que sencillamente viajaba a pie o que quería alejarse de todo por motivos que sólo él conocía. El señor Trevallon volvió a guardarse la media corona en el bolsillo y le habló de hombre a hombre.

–¿Sabe usted lo que hay que saber de mulas? –dijo.

–Algo –dijo Charley–. Nadie las conoce del todo: son muy reservadas.

–¡Y tercas! –dijo la niña.

–¡Eh, cariño! –dijo el padre–. Nada de palabrotas en domingo.

–Eso no es una palabrota. Charley me ha dicho que no es una palabrota, ¿verdad, Charley?

–Así es –le dijo Charley–. No hay otra palabra para eso. Si una mula no es terca es que está muerta.

–¿Va usted lejos? –preguntó el propietario del circo.

–Charley se quedará con nosotros –dijo Benesta Trevallon–. Hará de poni y yo le voy enseñaré a hacer cabriolas. Si las hace bien, le doy un terrón de azúcar, y, si no, le doy con el látigo hasta que llore.

–¡Ay, no, cariño! Eso sería muy cruel –dijo el padre.

–Él llora con nada –dijo la niña–. ¿A que sí, Charley? ¡Me lo has dicho!

–Parece un buen número –rio el señor Trevallon–, pero no me gustaría estar en su pellejo cuando Benesta saque el látigo… Bueno, no debemos entretenerlo, señor…

–Se llama Charley, y nos vamos a quedar con él –gritó la niña.

–¿De quién es este circo? –preguntó el padre.

–Nuestro –dijo Benesta Trevallon con firmeza. Lo dice en los carros.

Los dos hombres, el vagabundo y el propietario del circo, se miraron el uno al otro y les gustó lo que vieron.

–No se hable más –rio Charley–. Estas damitas siempre tienen la última palabra. Si le falta a usted un hombre durante una semana, yo podría ser útil por aquí… y hacer un poco el payaso.

–¿Conoce el oficio? –preguntó George Trevallon.

–No –dijo Charley Moon–, pero podría probar.

–No es tan fácil. Incluso un payaso tiene que ser divertido.

–Me sé unas cuantas gracias –dijo Charley Moon.

Como era domingo, tuvieron tiempo de preparar un número. Mientras la idea se iba desarrollando, George Trevallon estaba cada vez más perplejo. Había algo que no entendía. Ningún aficionado, nadie sin experiencia profesional, podía saltar a la pista y hacer lo que aquel tipo estaba haciendo. Su sentido de la oportunidad era asombroso; su imitación de un poni de circo había que verla para creerla. Y todo el tiempo estuvo enseñando a su pequeña compañera, hasta que aquella niña de seis años se convirtió, ante sus ojos, en una curtida veterana que conocía todos los trucos del oficio.

La cría, látigo en ristre, lo perseguía por la pista, y él, dando volteretas en sus esfuerzos por escapar, le indicaba el momento exacto en que se suponía que el látigo le haría más daño. De vez en cuando le ofrecía aquel tentador objetivo, el parche de sus pantalones, hasta que parecía que ella lo tenía por completo a su merced. Charley la enseñó tanto a volverse hacia el público mientras él se metía un poco de tela de saco en la zona dolorida, como a descubrir su maniobra en el momento oportuno. Las lágrimas de cocodrilo de Charley hicieron reír mucho a unos niños de la aldea, que habían faltado a la catequesis y se habían asomado por debajo de la carpa. Cuando el número por fin estuvo listo, Charley Moon ya era un miembro muy bienvenido de su nuevo círculo familiar.

George Trevallon estaba desconcertado, pero tenía mucha experiencia en el negocio como para hacer preguntas incómodas. Si ese misterioso recién llegado quería caer en su regazo como maná del cielo, ¿por qué iba él a pararlo? Conocía bien su oficio, y una palabra a destiempo podría echarlo todo a perder. En el circo ocurren cosas extrañas, y ésa era una de ellas.

Así pues, vistieron a Charley Moon de payaso, y él y su nueva compañera lograron en Steyning lo que él había logrado en Londres:

meterse al público en el bolsillo. Se marcharían a la mañana siguiente, atravesarían la villa de Washington y se internarían en el bosque de Weald. Sin embargo, por una noche, hubo magia en aquella antigua aldea de Sussex. En el circo ocurren cosas extrañas, se había dicho George Trevallon, y ésa era una de ellas.

Observó a su nuevo empleado, que estaba ayudando a desmontar el circo y guardando los caballos. ¡Qué hallazgo! Pero, por supuesto, no lo retendrían. Era un vagabundo, una de esas personas que siempre desaparecían cuando más se las necesitaba. Durante el camino, a la mañana siguiente, ocupó el lugar de Benesta junto a Charley, detrás de la mula, y la niña se indignó porque la confió a una de las mujeres.

–Anoche hizo usted un trabajo fabuloso –dijo–. Y yo le advertí que un payaso tenía que ser divertido. Tengo que tragarme mis palabras. Pero usted dijo que era nuevo en el oficio.

Charley Moon se echó a reír.

–Tendría que pulir algunas cosas –dijo–. Lo mejoraremos. Échenos un vistazo dentro de un par de noches.

–Estuve observándolo con los caballos.

–Me gustan los caballos –dijo Charley–. Y los perros, los burros…, cualquier cosa con cuatro patas. El problema vino cuando aprendieron a caminar sobre las patas traseras.

George Trevallon fue al grano.

–¿Cuánto tiempo se quedará con nosotros? –le preguntó.

–Todo el tiempo que usted quiera.

–Entonces siempre.

–¡Por mí de acuerdo! –dijo Charley Moon.

En los campos ingleses las acampadas no se regían por las jornadas de ocho horas. Todo el mundo estaba en pie hacia las cinco y media, y la caravana se ponía en marcha, en cuanto sus integrantes estaban listos, hasta la siguiente parada, a diez o quince millas de distancia. Allí levantaban la carpa y ofrecían dos funciones. Tras éstas recogían el equipo y lo dejaban todo preparado para salir temprano a la mañana siguiente. ¡Diecisiete horas en total!

Un horario muy duro, aunque a nadie parecía importarle. Desde luego no a Charley. Disfrutaba de cada minuto: desde el primer paseo por la hierba húmeda y un trago de agua del arroyo, hasta el momento que, sentado en los escalones del carromato, bajo las silenciosas estrellas, se fumaba la última pipa. Le gustaba el número; le gustaban los animales artistas, cada uno con su caprichosa personalidad, y, más que nada, le gustaba viajar por los caminos rurales con Benesta, a la cola de la mula Mary.

Los dos compañeros eran inseparables. Charley se convirtió en un hermano mayor y compañero de oficio, todo en uno. La niña lo seguía a todas partes, creía todo lo que él le contaba y pensaba que era el hombre más maravilloso del mundo.

¿Fue esa entusiasta y joven adoración, o fueron las húmedas praderas lo que llevó a Charley a pensar en Rose? Empezó a preguntarse cómo le iría, sola, en la tienda. Menos mal que, cuando tenía dinero, se le ocurrió comprarla para ella. Lo que no podía perdonarse era no haber contestado a sus cartas. Que estuviera harto de todo lo que representaba Little Summerford no era excusa.

–¿Qué te pasa, Charley? ¿Por qué no hablas? –preguntó Benesta.

–He soñado que era Alicia en el País de las Maravillas.

–¿Quién es ésa?

–Una niña que se miraba en el espejo y, cuanto más se miraba, más se empequeñecía.

–¿Tú te sientes pequeño? –preguntó la niña.

–Me siento tan pequeño –dijo Charley– que podrías meterme en una caja de cerillas.

Se preguntó si Rose habría ido al teatro con el grupo de la iglesia. Quiso pensar que sí, aunque, en ese caso, sin duda, habría intentado verlo. Quizá no le apeteció… Tal vez estuviera casada… Ahora que se paraba a pensarlo, aquel joven viajante de comercio de Swindon, que iba cada semana por los pedidos, siempre andaba rondando por allí…

–¿Te estás haciendo más grande, Charley? –preguntó la niña.

–No, Benesta. Me siento más pequeño que nunca. Si no tengo cuidado, me colaré por alguna rendija del carromato.

Una tarde hubo mucha agitación en el circo. Un cazatalentos del gran espectáculo navideño del Olympia estaba en la carpa buscando números. Después de la función se quedó por allí y fue al encuentro de Charley, que aún iba maquillado.

–Me gusta su espectáculo –dijo–. ¿Es una creación propia o un número que ha visto en alguna parte?

–Es todo trabajo mío –rio Charley–. ¿Quiere usted mi autógrafo?

–¿En un contrato quizá? –sugirió el hombre–. Seis semanas en Londres y una gira larga.

–Lo siento. De ninguna manera –dijo Charley.

–No ha oído usted lo que le pagaríamos –dijo el cazatalentos–. Es usted bueno y ganaría un buen dinero.

–Londres no es para mí.

–¿Qué tiene Londres de malo? –preguntó el cazatalentos.

–¡Es fatal para mi catarro! –dijo Charley Moon.

El londinense estaba desconcertado y enfadado.

–¡Está usted loco! –dijo.

–Es verdad –convino Charley–. Cada vez que me despierto me creo que soy Napoleón. O el arzobispo de Canterbury.

Nadie entre los vivos recordaba que hubiera llegado nunca un circo a Little Summerford. Existía la leyenda de que la casa de fieras de Wombwell pasó por el pueblo en 1860, camino de Uffington, en busca del Caballo Blanco, pero en realidad nadie se lo creía. En aquello días circulaban muchos rumores, y uno sólo podía creer la mitad de lo que veía y nada de lo que oyera.

Eligieron Little Summerford como centro del distrito circundante. Se podía llegar allí con facilidad desde media docena de pueblos, y los autobuses que iban de Swindon a Cirencester pasaban junto al terreno en el que se levantaría la carpa. Todo el mundo abrigaba la esperanza de que la siega hubiera terminado, para que los hombres tuvieran tiempo de llevar a sus familias a la función de la tarde.

La gran noticia saltó una mañana, cuando aparecieron unos enormes carteles amarillos pegados en los costados de los graneros, en el muro del puente del canal y en el tronco de un viejo roble del centro del pueblo. Alguien había andado por allí por la noche, cuando todo el mundo dormía, y lo había empapelado todo con publicidad. Lo que había estado haciendo el policía mientras sucedía todo aquello nunca se supo.

Rose estaba en la tiendecita revisando las existencias y haciendo pedidos con el joven viajante de Swindon cuando un desconocido apareció en la puerta con una propuesta de negocio. Si ella ponía un cartel en su escaparate, él le regalaría dos entradas para el circo. A Rose le gustaba el circo tanto como a cualquiera, pero, al igual que a la mayoría de la gente del campo, le daba cierto miedo hacer algo que se saliera un poco de lo habitual. Su primer impulso fue negarse. Sin embargo, el joven comerciante no quiso perder la ocasión. ¿Por qué no iban juntos? Él iba a estar entregando pedidos por aquella zona. ¿Por qué no pasaba a recogerla y así podrían divertirse un rato por una vez? Rose vaciló, pero el hombre del circo apoyó la sugerencia y el cartel acabó en el escaparate.

En la taberna el guarda de las aguas del molino estaba echando pestes de quienes llevaban una vida nómada, gente holgazana y ladrona, cazadores furtivos que ponían trampas y destrozaban los lechos de juncos. No quería ni pensar qué pasaría cuando llegara el circo… Nadie le hacía caso. El guarda, un recién llegado al distrito, se las había arreglado para caerle mal a todo el mundo. Siempre andaba quejándose de algo, un auténtico quisquilloso. ¿Por qué no se callaba y dejaba que cada uno se bebiera su cerveza tranquilamente? Al final, el viejo Reuben Parsley salió en defensa de aquella oprimida comunidad. Dirigiendo una mirada apagada a aquel enemigo común, se lanzó al ataque.

–Te lo tomas todo a la tremenda, Alfred –le dijo–. Serías una compañía mucho más agradable si dejaras de refunfuñar de vez en cuando. Tiés más problemas que garrapatas tié un erizo. Siempre corriendo a la casa, a quejarte al señor de esto y de lo otro. Primero, que si alguien había estado cogiendo champiñones; después, que si alguien había estado robando huevos de chorlito; ahora, que si los itinerantes. Vas a acabar hecho polvo, Alfred.

–Mejor hecho polvo que oxidado…, como algunos. –El viejo Reuben ignoró ese antipático comentario.

–Yo te lo digo por tu bien, Alfred. Ya te preocuparás en la tumba y,

cuando estés criando malvas y alguna zagalilla se siente a hacer un ramillete con tus flores, tendrás que aguantarte. ¡No podrás hacer nada!

–A ti te enterrarán mucho antes que a mí –gruñó el guarda.

–Pué ser –convino el señor Parsley–. Pué ser que sí y pué ser que no. Yo no me estoy matando a preocupaciones…, como algunos. Vive y deja vivir, es lo que yo digo. Y lo de esa gente nómada… ¿qué pasa con ella?

–¡Todo! –soltó la víctima.

–Todo –dijo el señor Parsley– es como siempre, y siempre es mucho tiempo. Nunca he conocido a nadie que sea malo en todo. Por ejemplo, esos itinerantes que te traen a maltraer. No se matan a trabajar, no se esfuerzan…, pero hacen unos cestos de pesca como nadie…

–¡Con mis juncos!

–¡Una noche! –exclamó el viejo Reuben–. Una noche es lo que van a estar molestando en tu precioso lecho de juncos. Una noche, después de haber hecho dos funciones y haber guardado todos sus bártulos en los coches. ¿Cuándo te crees que duermen?

–Una cosa te digo –respondió el guarda–. Aquí hay uno que esa noche no dormirá, y, si pillo a uno de tus amiguitos en mis humedales, se lo llevo a mi patrón y que se atenga a las consecuencias.

Cuando Charley Moon se enteró de que el circo iba a Little Summerford, no supo qué hacer. Le apetecía actuar de payaso para los vecinos del pueblo, pero la cosa podía no quedar ahí. ¿Y si el periódico local se hacía eco del asunto? Menuda noticia para los diarios del domingo. Ya se imaginaba los titulares:

EL REGRESO DE UNA FIGURA TEATRAL…

LA TRAGEDIA DE UN FAMOSO CÓMICO…

ESTRELLA LONDINENSE, PAYASO DE UN CIRCO RURAL…

Eso sería inaceptable. Decidió no decir nada a sus compañeros del circo, no llamar la atención fuera de la pista y confiar en que con el disfraz nadie lo reconociera. De ese modo, a la mañana siguiente podría marcharse sin que nadie se hubiera dado cuenta de nada.

Sería bonito poder hablar con Rose, pero no podía arriesgarse. Quizá podría escribirle después o podría volver otro día y reírse de aquello.

Así pues, cuando el Grandioso Circo de Trevallon entró en el pueblo, el gran día, Charley el Payaso estaba confinado en su carromato con un ligero resfriado. Ni siquiera pudo ayudar a levantar la carpa ni cepillar los caballos, pero justo cuando el espectáculo iba a empezar, se recuperó de pronto, se puso su traje y ocupó su lugar en la pista.

El público de la primera función estaba formado por niños pequeños, personas mayores y quienes habían acudido desde otros lugares. Charley circuló entre ellos sin ningún miedo a que lo descubrieran. Reconoció a unas cuantas personas y sacó el máximo partido a su conocimiento del pueblo. Cuando la importante señora de la mansión del pueblo vecino llegó, un poco tarde, Charley el Payaso se acercó a ella corriendo y la recibió como si fuera de la realeza, poniendo incluso la chaqueta en el suelo para que ella caminara por encima. Cuando Benesta lo perseguía con el enorme látigo, Charley buscó protección en la maternal Martha Peart, que iba al molino a hacer la colada en los viejos tiempos. Todos se partían de risa y, cuando volvieron a casa, les dijeron a sus amigos y vecinos que no se perdieran el circo por nada del mundo.

Gracias a eso la segunda función fue un éxito colosal. Charley no había esperado ver a Rose en la primera función, pues era consciente de que no podía dejar la tienda; pero podría estar en la segunda. Tenía la esperanza de que así fuera y estaba impaciente por que llegara el momento.

Era extraño cómo Little Summerford estaba apoderándose de él otra vez. Había intentado borrarlo de su mente, junto con todo lo que significaba, y ahí estaba él, escudriñando por entre las cortinas, que se abrirían para que los caballos salieran trotando a la pista, preguntándose quién estaría entre el público y más emocionado de lo que había estado en ninguna otra actuación. ¿Se debía al hecho de volver a su antiguo hogar y actuar ante personas a las que conocía desde niño, o sólo a la posibilidad de ver a Rose de nuevo? Le habría resultado difícil responder.

Sí, allí estaba ella…, igual que siempre. Un poco más arreglada para la

ocasión y sentada junto a la pista. Se acercaría a ella, se sentaría en la barrera acolchada y fingiría decirle la buenaventura. La advertiría contra el hombre moreno que estaba sentado a su lado. Eso de decirles a las chicas la buenaventura y advertirlas sobre los hombres morenos siempre funcionaba. Y ahí estaba el hombre moreno, sentado y muy dispuesto. No tenía nada que hacer con Rose, por supuesto, y eso lo hacía todo más gracioso. Tal vez le diría al joven que se levantara, y él se sentaría un par de minutos junto a Rose. Hasta podría decirle quién era y quedar para verla después de la función.

Pero ¿y si se sobresaltaba y lo delataba? Eso no tendría tanta gracia. En cualquier caso, sería fantástico sentarse a su lado, como en los viejos tiempos, en los humedales…

Entonces Charley hizo un descubrimiento. El hombre moreno no era un desconocido. Era el joven viajante de comercio de Swindon, y era evidente que había ido al circo con ella. Rose estaba hablando con él y se reía por algo que él había dicho. Rose no era de risa fácil y, cuando se reía, querías que nunca parara. Pero aquella noche, no. Aquello era diferente. De repente el juego había perdido la gracia. Parecía haberse dado cuenta de lo que Rose había significado siempre para él y ahora, supuso, ya era tarde.

Pero la pista estaba vacía, y Benesta, que, látigo en ristre, estaba con él, se preguntaba si se habría puesto enfermo otra vez.

–¿Qué pasa, Charley? –susurró la niña–. ¿No te encuentras bien? ¿Por qué no te ríes?

Charley Moon se recompuso.

–Adelante, pequeña –dijo–. ¡Vamos allá!

Aunque hicieron el número habitual, no se divirtieron. La niña estaba demasiado preocupada por no hacerle daño a Charley, y Charley estaba ya demasiado herido como para preocuparse por lo que pasara. ¡Qué mal lo había hecho todo, de principio a fin! Bueno, había un consuelo: se marcharían a la semana siguiente, y él nunca volvería a pisar aquel lugar.

En el carromato hacía mucho calor y Charley Moon, escondido mientras los demás desmontaban el circo, ya estaba harto. Había estado dentro todo el día y sabía que no podría dormir sin un poco de aire fresco. Por eso, cuando todo el mundo se hubo recogido, pensó

que no sería arriesgado dar un paseo hasta los humedales y ver lo que había estado ocurriendo mientras él había estado lejos.

Había luna llena, pero estaba levantándose niebla desde el arroyo. Podría ver sin que lo vieran. Salió del campamento con cautela, cruzó la carretera con el mismo sigilo que cualquier criatura nocturna y no tardó en encontrarse de nuevo en su antiguo mundo de hierba alta, sauces y corrientes de agua.

Sin embargo, qué distinto estaba todo. Durante su ausencia alguien había estado haciendo las cosas que él siempre había querido hacer. Habían quitado las malas hierbas, habían arreglado los canales y los senderos, y habían convertido en tierra de cultivo un pastizal agreste y muy crecido. Habría cosechas, cosechas abundantes, y, al cabo de un par de años, todas esas mejoras se amortizarían solas.

Aquello demostraba lo que se podía hacer con un poco de dinero. Si él hubiera tenido el sentido común de ahorrar lo que había ganado, en vez de malgastarlo como un insensato, podría haber hecho todo aquello y haber vuelto a donde tenía derecho a estar, dueño de su propio hogar y entre su gente.

Llegó al recodo donde el arroyo, formando una curva repentina, había hecho un agujero bajo el gran sauce. Uno siempre podía tener la seguridad de encontrar una trucha bajo el gran sauce. La hierba estaba empapada, pero Charley se tumbó boca abajo y miró el fondo de la poza. La luz era engañosa, y tardó un poco en acostumbrar la vista al reflejo de la luna en el agua, que formaba remolinos antes de desviar su curso. Cambió de posición varias veces hasta que consiguió un buen ángulo y pensó que había encontrado lo que estaba buscando. Sí, allí estaba, de cara a la corriente, camuflado en la grava, meciéndose ligeramente como una brizna de hierba que flota, un pez tan hermoso como el mejor que se pueda ver en una noche de verano. Qué belleza; al menos pesaría tres libras.

–Vaya, te he pillado, ¿eh? –dijo una voz en la oscuridad–. Ya sabía yo que alguno de vosotros, itinerantes, haría de las suyas, y aquí estás.

Charley Moon giró la cabeza y, alzando la vista, vio agacharse una forma oscura que llevaba una pistola en la mano.

–Échele un vistazo a esto –susurró Charley–. Si no ha visto nunca una trucha de verdad, ahora puede verla. –Se echó a un lado para dejarle sitio al desconocido.

–Ah, no, de eso nada –gruñó el guarda–. Ya he conocido a otros de tu

calaña. ¡Venga, levántate! Y no intentes nada raro o podría haber un accidente.

Charley Moon se echó a reír.

–Es usted un buen policía –dijo–. De acuerdo, sheriff, no le daré problemas. Ustedes siempre pillan al malo. Llévеme al calabozo del pueblo.

–Verás lo pronto que se te quitan las ganas de reírte.

–No me estoy riendo –dijo Charley–. Estoy muerto de miedo. La forma en que lleva usted esa vieja pistola y el temblor de su mano asustarían a uno más valiente que yo. Indíqueme el camino, Macduff.[33] ¿Adónde nos encaminamos?

–A la casa del molino –dijo su captor–. A tener una agradable charla con mi patrón.

–Es un poco tarde para visitas –sugirió Charley.

–No te preocupes –dijo el guarda–. El patrón se acuesta tarde, así que seremos bienvenidos a cualquier hora.

En la casa del molino, el antiguo hogar de Charley, un mayordomo abrió la puerta. Iba en mangas de camisa y no parecía muy contento de verlos. De hecho, no quiso saber nada del asunto. El patrón estaba en la sala de billar, y, si alguien era tan insensato como para molestarlo a esas horas de la noche, allá él y que se atuviera a las consecuencias. Acto seguido el mayordomo cerró la puerta de la cocina y dejó que los dos intrusos decidieran por sí mismos.

–¡Por aquí! –dijo el guarda, y condujo a Charley por una nueva escalera que no estaba allí cuando él era niño. En verdad habían modificado tanto el edificio que le costaba creer que estaba en la misma casa. Podría haberse perdido fácilmente. Habían derribado el interior por completo. Habían unido varias habitaciones pequeñas para hacer una sala grande. Había corredores que llevaban a alas nuevas, y algunas partes del antiguo molino se habían convertido en dormitorios. Un magnífico trabajo de reconstrucción, aunque resultaba todo muy confuso. Cuando llegaron a la puerta que quedaba bajo el tejado, Charley se sintió como Aladino a la entrada de la cueva. Podrían haber estado en cualquier sitio y cualquier cosa podría suceder.

El guarda llamó a la puerta. Charley susurró «Ábrete, Sésamo», y la puerta se abrió.

¡Charley Moon se llevó la sorpresa de su vida! Se encontraba en el desván del viejo molino. ¡Pero menuda transformación! Allí estaban las vigas de roble, que se extendían de un extremo a otro, colocadas a la manera de un barco antiguo, para que soportaran las pesadas tejas de piedra de aquella maciza techumbre. Los tragaluces seguían formando pequeños huecos en las paredes y el amplio suelo se perdía en lúgubres sombras. Eso era lo único que quedaba del paraíso de su niñez. El viejo desván se había transformado y remozado hasta quedar irreconocible. Ya no estaba la escalera de mano por la que se subía a través de un agujero en el suelo. Tampoco estaban las ristras de cebollas que colgaban de las vigas. Ni las manzanas esparcidas sobre la paja…, ni las paredes empapeladas con periódicos antiguos…, ni las mariposas muertas…, ni las telarañas…

En lugar de aquellas cosas de toda la vida, de las paredes colgaban

tapices, pesadas cortinas y un conjunto de láminas de caza. A los travesaños les habían quitado la pintura blanca y los habían barnizado hasta el punto de que uno podía verse la cara reflejada en aquella madera negra. El suelo estaba cubierto de alfombras orientales. En el centro de la habitación habían colocado una mesa de billar; sus tonos verdes y las brillantes luces ofrecían el vívido contraste que resultaba necesario para aliviar el sombrío lujo de un escenario casi medieval.

Junto a la mesa de billar, un hombre alegre y de mediana edad andaba enfrascado en algo relacionado con el impacto de una bola de marfil en movimiento contra unas bandas de caucho estáticas. El problema se le escapaba, pero el hombre continuó su búsqueda de lo que aparentemente era imposible hasta que una tos de cortesía por parte del guarda lo interrumpió. Ni siquiera entonces levantó la mirada: se limitó a estudiar la punta del taco con un aire de incredulidad mezclada con pesadumbre.

–Bueno –dijo por fin–. ¿Qué desea?

El esbirro se puso firme.

–He pillado a uno de esos nómadas pescando un pez en los humedales bajos, sir John. Lo he traído conmigo, sir John. ¿Qué desea usted que haga con él, sir John?

–Déjelo por ahí, en cualquier sitio –dijo sir John sin dejar de observar la punta del taco de billar.

–¿Cómo dice, sir John?

–Que lo deje por ahí y se marche.

–Sí, sir John.

–Este hombre es tonto –dijo John Ferris, décimo baronet. Y continuó su peregrinaje por aquel camino que no llevaba a ninguna parte.

Su objetivo era una de esas carambolas a tres bandas que han fascinado a los principiantes desde los orígenes del billar. Charley Moon podría haberla hecho con los ojos cerrados. Estuvo observando hasta que no pudo más. Entonces se acercó a la mesa y colocó un dedo en la banda.

–Apunte aquí –dijo–. Golpee la bola por abajo, un poco a la derecha. No mucho, y no muy fuerte.

El baronet obedeció, y ¡conseguido!, se produjo el milagro. Nadie estaba más sorprendido que el jugador.

–¡Madre mía! –exclamó–. ¡Madre mía! ¿De dónde ha salido usted? Creía que el guarda había dicho que había traído un pescado. ¿Dónde aprendió usted a hacer esa carambola?

–En Thurstons –dijo Charley Moon–. Hice esta misma jugada en una final del Peregrine Club.

–Santo cielo –exclamó el baronet mirando a su peculiar visitante–. ¿Es usted miembro del Peregrine?

–Lo fui, una temporada –dijo Charley.

–Llevo años sin ir. Hace demasiado calor para mí, aunque siguen mandándome la orden de pago de la cuota de socio, y siempre se me olvida cancelar la dichosa suscripción, hasta que es demasiado tarde… Nunca firme una orden bancaria. Es un consejo para corresponder al que me ha dado usted. Ya estamos en paz. ¿Qué es todo ese galimatías del pescado? ¿Estaba usted pescando una de mis truchas?

–No –dijo Charley–. No estaba pescando. Estaba dando un paseo por el arroyo, pensando en el buen trabajo que ha hecho usted en nuestros humedales…

–¡Sus humedales! –exclamó sir John–. ¿Cómo que sus humedales?

–Es que eran nuestros.

–Entonces ¿usted es de la familia Moon?

–¡En efecto! –dijo Charley–. Soy de la familia Moon. El último que queda.

–Pues es usted la persona a la que he estado buscando –dijo el baronet–. Qué maravilla. Usted podrá contarme todo lo que quiero saber. En pocas palabras: he comprado el molino y los humedales, pero tengo una opción de compra sobre las cinco granjas que estaban vinculadas. Vamos a echarle un vistazo al mapa.

De un cofre antiguo sacó un mapa oficial a gran escala y lo extendió sobre la mesa de billar.

–A ver, ¿puede usted mostrarme cuáles eran los límites de su propiedad antes de que empezaran a vender?

–¡Muy fácil! –dijo Charley Moon–. Había cinco granjas en total. Empezando aquí, en el molino, seguíamos el arroyo hasta este puente. Entonces girábamos a la izquierda, dejábamos a un lado este refugio y continuábamos hasta llegar a la carretera de Cirencester. Seguíamos la línea de la carretera durante dos millas, girábamos a la izquierda otra vez, cruzábamos la vía del tren y abarcábamos todo este terreno más elevado, unos quinientos acres de trigales muy aprovechables. Después girábamos otra vez a la izquierda y bajábamos por el valle hasta dar con el arroyo, aquí. Y llegamos de nuevo al molino.

–¿Cuántos acres en total?

–Prácticamente dos mil. Por supuesto, eso era antes de que yo naciera. Cuando yo vine al mundo ya se habían vendido cuatro de las granjas, lo que nos dejaba con unos trescientos acres de tierra de cultivo y los humedales. Teníamos que conservar los humedales para que el molino tuviera agua, pero la última granja siguió el mismo camino que las demás.

–Pasaron ustedes una mala racha.

–¡Y tanto! –admitió Charley Moon.

–Qué lástima que no pudieran ustedes aguantar hasta que llegaran tiempos mejores.

–No éramos más que granjeros –explicó Charley–. Los negocios no eran nuestro fuerte. Algunos siguieron vendiendo y recuperando lo vendido en el momento oportuno; otros llegaron a acuerdos. En cambio, los Moon fueron siempre productores y siguieron produciendo hasta que se arruinaron. Si no hubiera sido por el molino, no habrían resistido tanto.

–Hoy les habría ido bien.

–No hablamos de hoy –dijo Charley Moon–. Estamos hablando de ayer, y de la semana anterior.

–¡Qué pena! –se compadeció el baronet–. Lamento abrir viejas heridas, pero para mí es importante…

–Claro –dijo Charley–. Cualquier cosa que yo pueda hacer…

–¿Conoce usted esta área tan grande, su propiedad original, de memoria?

–Como la palma de mi mano.

–Bueno, ahí es donde quería llegar. Si usted estuviera en mi lugar, ¿adquiriría todo el terreno o hay zonas que no merecen la pena?

–Yo no soy granjero… –empezó a decir Charley.

–Tal vez no –dijo sir John–, pero tiene mucha idea. Yo tengo la suerte de poder elegir. ¿Hasta dónde podría llegar? Muéstremelo en el mapa.

Charley pensó un momento.

–Bueno –dijo por fin–, yo no querría este rincón ni regalado. Por algo lo llaman pasahambre. Da unas amapolas muy bonitas, pero yo no lo compraría. Todos estos trigales, bien trabajados, se amortizarían solos más que de sobra. El resto es tierra de cultivo tan buena como cualquier otra.

–Quiero tener vacas lecheras. No demasiado cerca de la casa. ¿Dónde podríamos hacer el ordeño?

Charley se paró a pensar.

–En Long Doles –dijo– había muy buenas instalaciones y hay mucho pasto de buena calidad para el ganado. No tendría usted que llevar las vacas por la carretera principal cuatro veces al día.

–Piensa usted en todo –rio el baronet.

–Es sentido común –dijo Charley–. No se puede tener vacas dando leche si hay un montón de coches que las asustan y las empujan a la cuneta.

–¿Y la cuestión de la pesca?

–¡Ah! –dijo Charley– Buena pregunta. ¿Entiende usted del asunto?

–Estoy aprendiendo. Al principio poblamos el agua en exceso, pero ya va mejor. ¿Y la caza? ¿Dónde podríamos criar faisanes?

Charley sonrió.

–No hace falta que críe faisanes –dijo–. ¿Tiene un mapa oficial a escala de una pulgada? ¡Estupendo! Fíjese: aquí están sus límites. Aquí está Compton Bois; aquí, Brocksley Park y aquí Grantwood; tres de las mejores fincas de caza del condado. Todas muy bien preservadas. Usted está justo en medio, y los faisanes de otras personas pueden

causarle tantas molestias que quizá se vea usted obligado a dispararles para protegerse de ellos. En Little Summerford no criamos faisanes. Ellos vienen de visita y algunos se quedan para siempre.

–¡Mis vecinos me apreciarían mucho! –rio el baronet.

–Los faisanes no vuelan mucha distancia –dijo Charley–. Solamente los tendría usted en las lindes y cerca de los criaderos. Lo suficiente para acertar con un disparo improvisado. La verdadera ventaja que tiene usted son esos quinientos acres de campos de cultivo, un auténtico territorio de perdices. Sus vecinos siempre dejarán que se dé usted una oportunidad con sus faisanes si usted deja que ellos se la den con sus perdices. Eso le ahorrará muchos problemas.

–¿Usted compartía su caza con los potentados? –preguntó sir John.

–Los Moon –respondió Charley– eran una estirpe orgullosa. No sé si va usted a la iglesia, pero si lo hace habrá visto las tumbas. ¿Sería probable que unas personas que yacen bajo semejantes lápidas hubieran tolerado el nefasto auspicio de un banquero o de un pastelero?

–Eso me deja fuera –rio el orondo baronet–. Yo me dedico al acero.

–Igual de malo. Si no eras un Moon, no valías nada. Incluso cuando lo habíamos perdido todo, excepto los humedales, mi padre no quería arrendar su zona de pesca, ni siquiera para pagar la cuenta de la carnicería.

–Pues no me parece mal del todo –dijo sir John–. ¿Qué cree usted que debería hacer yo?

–Ame a sus prójimos –rio Charley–. Deles un día con las perdices de vez en cuando y únase a sus grandes cacerías cuando le apetezca. Pero no complique las cosas criando más faisanes: sería una falta de tacto.

El orondo baronet, que había estado apoyado en la mesa de billar, aún con el palo en la mano, recordó de pronto sus obligaciones de anfitrión. Acercó dos sillones y se dirigió hacia un aparador.

–Siéntese –dijo–. No he hecho más que calentarle la cabeza y me he olvidado por completo de las copas. Tome un sándwich. En cuanto haya luz, iré a los humedales, a ver si puedo cazar algún pato. ¿Le gustaría acompañarme?

–Me parece perfecto –dijo Charley Moon.

El hombre del circo y el hombre de la ciudad se sentaron y, acompañados de cigarros, sándwiches y sifón, esperaron a que amaneciera.

Charlaron de todo. La conversación los llevó por el West End, a los restaurantes famosos, a las bambalinas de la ciudad y las del teatro. Cansados de Londres, cambiaron de rumbo hacia tranquilos senderos rurales, hacia la aromática comodidad de una moderna sala de ordeño y por prados que ya eran antiguos cuando reinaba Jorge I. Conforme el azulado humo de los puros ascendía en volutas hasta las oscuras vigas, charlaron sobre aquella vieja casa, de los cambios que había experimentado, de la habitación en la que estaban sentados. Hablaron como lo hacen los hombres cuando llega la hora de tales confidencias, sin reservas de ningún tipo. Se habían salvado todas las barreras. ¿Qué hombre no recuerda un momento tan mágico? ¡Todos hemos escuchado esas campanadas a medianoche, señor Shallow![34]

Así Charley Moon se encontró trazando –al igual que había trazado aquellos límites en el mapa– la historia de los últimos diez años de su vida.

–Lo más gracioso era –le dijo a su comprensivo acompañante– que el teatro nunca me importó un pimiento. Sencillamente me vi arrastrado a él y en realidad nunca entendí nada. No saqué nada de aquello, excepto dinero, y lo derroché porque me parecía tan irreal como todo lo demás. Es un mundo muy loco; no hay tranquilidad, es como vivir con una mujer en la que no puedes confiar. A algunos les gustan ese tipo de cosas; en cambio, yo no encajé nunca. Por eso estoy aquí: me he olvidado de todo aquello, de vuelta al punto de partida; soy una especie de hijo pródigo, sin el becerro cebado, eso sí.

El viejo desván se sumió en un silencio apacible. Su nuevo propietario apagó con sosiego las luces de la mesa de billar y pulsó el interruptor de una estufa eléctrica.

–Ahora que ha vuelto –dijo–, ¿por qué no se queda? Voy a comprar esas granjas, y necesitaré a alguien que esté pendiente de ellas. Usted sería la persona adecuada.

–Es usted muy amable –dijo Charley–. Pero no funcionaría. Yo no soy granjero. Se me da bien, lo llevo en la sangre, pero la agricultura es un trabajo que requiere cualificación. Yo lo echaría todo a perder. Segaría el heno demasiado pronto y el trigo demasiado tarde. No sabría qué tareas encomendarles a los trabajadores por la mañana. No tengo cabeza para los negocios. Cada dos por tres metería la pata con los

precios…

–Y, ¿si le dijera que no estoy buscando un granjero, que otra persona daría las órdenes diarias y que yo tengo muy buena cabeza para los negocios?

–Me preguntaría de qué iba a encargarme yo –dijo Charley–. No busco caridad.

–¿Otra vez sale a relucir ese viejo orgullo de familia?

–No –respondió Charley–. Me gusta ganarme el sustento, nada más.

–Me da miedo decirle a un hombre de campo que voy a comprar estas granjas por la caza y la pesca. No sería del todo verdad, pues lo que quiero es tener unos animales de pura raza; quiero criar un rebaño de ovejas de primera categoría. Con todo, la caza está antes. Ahí es donde entra usted.

–¿Una especie de guarda de caza? –preguntó Charley.

–Tendría usted a su cargo a un guarda de caza y a un capataz. Hay alojamiento y dinero de sobra. ¿Por qué no hacerlo bien?

–Habría más jefes que mano de obra. Nos estorbaríamos unos a otros. ¿Y cómo voy a estar a cargo de un capataz si no sé a qué se dedica?

–En mi negocio –dijo el baronet– yo organizo la empresa, elijo a los mejores empleados y les doy instrucciones. Y funciona. Yo lo contrataría por lo que lleva usted en la sangre, no por sus conocimientos. Dicen que hacen falta tres generaciones para hacer a un granjero. Pues bien, digamos que yo voy a comprar las dos primeras, y voy a dar por sentado que la tercera es una calamidad. Aun así me compensa. ¿Cuál es la mejor granja?

–Broadwells –dijo Charley–. Está situada en el centro, se puede reformar con facilidad y tiene un buen jardín.

–Ahí es donde vivirá usted –dijo el baronet–. El capataz puede alojarse donde las vacas y ese tontaina que lo trajo a usted aquí anoche puede quedarse donde está, a menos que usted decida hacer algún cambio. El hombre es tonto pero honrado. Lo que a usted le parezca bien. Los sábados por la noche cenará usted conmigo y hablaremos de trabajo. Los domingos haremos un recorrido en coche, y usted podrá decirme lo mucho mejor que hacía las cosas su abuelo. Los domingos por la noche jugaremos una partida de billar y hablaremos más de trabajo. El

resto de la semana la granja será toda suya. Piénselo. No puedo ofrecerle lo que ganaba en el teatro, pero… piénselo. ¡Eh! Es hora de ponerse en marcha. Le traeré un abrigo. En esta época puede hacer frío en el arroyo por las mañanas. Las armas están en el refugio.

Recogieron un spaniel de su caseta, que estaba en el patio, y enseguida se perdieron en la espesa y baja niebla de los humedales. Había una luna grande, con nubes aborregadas: las condiciones propicias para la caza de patos salvajes. Al llegar al refugio, encendieron una lámpara de parafina y abrieron un armero doble cuyo contenido hizo que Charley soltara un silbido.

–Magníficas –dijo en voz baja. Entonces improvisaron un escondite y esperaron, como fantasmas envueltos en una niebla gris, el vuelo de las aves al amanecer.

Si este capítulo tratara de la caza de patos salvajes, habría mucho que contar. Estuvo bien en lo que respecta a oportunidades, aunque al orondo baronet las condiciones le resultaron adversas. Disparó, se enfadó y renegó por lo bajo, pero su escopeta no causó víctimas. Charley, por el contrario, estaba en su elemento. Allí, por fin, había algo de lo que realmente entendía. Era un juego que había aprendido de niño. No tenía secretos para él. Los problemas propios de la luz y el vuelo no hacían sino añadir emoción. Cuando terminaron, mandaron al spaniel para que cobrara del agua una docena de aves.

–No está mal para un actor –dijo su compañero.

–Disculpe si lo he molestado –sonrió Charley–. He tenido mucha suerte.

–Doce golpes de suerte, todos seguidos –rio el orondo baronet–. Y en mis humedales. Es evidente que no está usted buscando trabajo o, de lo contrario, habría sido más diplomático.

–Es por la escopeta –dijo Charley–. Es imposible fallar.

–Ambas están incluidas en el empleo –dijo el tentador–. Y no podrían estar en mejores manos.

Dejaron las armas y las aves mojadas en el refugio, para recogerlas más tarde, y fueron caminando de regreso a la aldea. La campana llevaba un rato tañendo para la comunión matutina, y, cuando ellos llegaron a la carretera, se acercaban dos figuras. Sir John se detuvo.

–Tengo que hacer las paces con el vicario –dijo–. Me he granjeado su

recelo por no ir a misa. Es nuevo y no quiero ofenderlo.

Charley Moon se encontraba en una situación complicada. Su acompañante no sabía que él estaba intentando pasar desapercibido en Little Summerford. Sin embargo, ya era tarde para empezar a dar explicaciones. Tendría que seguir adelante.

En eso vio que la segunda figura que iba en dirección a ellos era Rose. Charley hizo un movimiento instintivo para meterse de nuevo por el campo, cambió de opinión y lo dio todo por perdido. Rose lo había visto y no podría más que pensar que él no quería verla. Tenía que arreglar el asunto a toda costa.

Dejó al baronet y al vicario, y se encaminó hacia ella.

–¡Hola, Rose! –dijo–. Iba a verte…

No dijo nada más. El dolor que había sufrido con aquel desplante en la entrada de artistas del teatro Delphic apareció en los ojos de Rose, que dio la vuelta con serenidad y se alejó por el sendero, triste figura melancólica, como si en su vida nunca hubiera visto a Charley.

Charley estaba a punto de echar a correr tras ella cuando se lo impidieron.

–Ah, vicario –dijo el baronet–, quiero presentarle al señor Moon. Antes vivía en el molino. Estoy intentando convencerlo para que se quede con nosotros.

El nuevo vicario era todo sonrisas.

–Conozco a sus antepasados –dijo–. Sus lápidas están a mi cargo. De hecho, estaba pensando que tendríamos que hacer algo con la de su bisabuelo; si no, se caerá a trozos. ¿Lo que dice sir John es que se quedará usted de forma permanente o que está sólo de visita?

–De forma permanente –dijo sir John–. Muy, muy permanente.

–Me temo que no, vicario –dijo Charley Moon–. Sir John ha sido muy amable y halagador, pero me temo que esa opción está descartada.

–¡Vamos, vamos! –murmuró descontento el baronet. Entonces, al ver la expresión de su acompañante, decidió no presionarlo más–. Bueno, adiós, vicario. Venga a verme si el órgano explota o si le salen goteras al tejado, y yo iré a verlo cuando necesite orientación espiritual. No soy mala persona, en realidad, sólo uno de esos paganos de fin de

semana. ¿Por qué no dice usted misa los miércoles?

–Ya la digo –respondió el vicario–. Misa de tarde, a las seis… –Pero el orondo baronet ya había desaparecido.

Durante el desayuno sir John intentó conocer la razón de la repentina decisión de Charley de no quedarse en Little Summerford. Al principio se había negado, aunque parecía que quedaba la posibilidad de que cambiara de opinión. Ahora se había plantado y ni siquiera quería hablar del tema. El baronet hizo un último intento:

–No sé qué será lo que lo aflige –dijo– y no voy a preguntárselo, pero está usted cometiendo un craso error. Está muy bien ir por ahí con un circo, en verano, mientras es usted aún joven, pero ¿qué pasará más adelante? Tiene usted que establecerse en algún sitio. Dice que no quiere saber más del West End. Que no volverá a trabajar de actor. ¿Cuál es la alternativa?

–¡Ni idea! –dijo Charley Moon.

–Las cosas le han salido muy mal. Va usted a la deriva. Y llego yo, como un hada madrina con una varita mágica, ofreciéndole todo lo que necesita (una buena posición, un hogar en el campo, con caza y pesca a su disposición, en un sitio donde la gente lo conoce y lo aprecia), sin abrumarlo con grandes responsabilidades…, y me lo desprecia. ¿Por qué?

–Porque –dijo Charley Moon– todo eso sale de su corazón, y no de su cabeza. No duraría mucho.

–Eso ya lo hemos hablado –dijo sir John–. Ahora veamos cuál es su verdadero motivo. ¿Ha encontrado huellas antiguas y eso ha condicionado sus pasos? ¿Ha surgido algo de su pasado y está huyendo de eso? Una vez compré una yegua. Un animal precioso. No se le podía poner ni una pega. Sin embargo, cada vez que el animal veía una sombra en el camino, intentaba saltarla. Una vez que casi me rompió el cuello de tanto salto, estuve casi una hora haciendo que caminara por la sombra de un álamo. Cuando comprendió que no había nada malo, nos fuimos a casa.

–Usted cree que estoy viendo fantasmas –dijo Charley–, saltando sombras, ¿no?

–Lo que creo es que, si yo estuviera en su lugar, me lo pensaría dos veces. No hay nada malo en asegurarse. Es fácil cometer errores y puede lamentarlo durante mucho tiempo. ¡Lo sé por experiencia!

Al cabo de una hora Charley Moon estaba llamando a la puerta de la tiendecita. Durante un minuto no ocurrió nada, y entonces un niño pequeño abrió la puerta. Un niño muy pequeño, más o menos de la mitad del tamaño de Benesta. Sin esperar a que le preguntaran, respondió sin aliento.

–Mi tía no está –dijo.

–¿Adónde ha ido? –preguntó Charley.

–A su habitación –dijo el pilluelo.

–¿Qué está haciendo?

–Reírse de mí, ¿verdad, tita?

–Has dicho que no estaba. ¿Cuándo vuelve?

–No lo sé. ¿Le pregunto?

–Sí –dijo Charley–. Pregúntale cuándo vuelve.

El niño desapareció, pero regresó casi de inmediato.

–No puede recibirlo –dijo–. Está tan ocupada que no puede ver a nadie. Está descansando. Vuelva en otro momento, cuando pase por aquí.

–Muchacho –dijo Charley Moon, muy serio–. ¿Sabes lo que les ocurre a los niños que dicen mentiras?

–No, señor –dijo el niño, que de pronto tenía que apañárselas él solo.

–Se les caen los pantalones –dijo Charley, tras lo cual el chiquillo dio un grito de espanto que amenazó la paz dominical de Little Summerford y que llevó a Rose a la puerta a toda prisa.

–¡Ay, adentro los dos!, ¡y cerrad la puerta! –exclamó mientras conducía a los dos a la pequeña trastienda–. Venga, Freddy, deja de armar escándalo o te mando a casa con tu madre.

Superada la primera impresión, Rose volvió a su antiguo ser. Pero Charley había sido siempre un poco engreído, y no le vendría mal que le bajara un poco los humos. Por eso Rose se dedicó al niño y dejó que Charley tomara la iniciativa.

–Siento mucho no haber respondido a tus cartas, Rose –empezó–, aunque no hacía falta que me rechazaras de esa manera…

–¿Las cartas? –dijo Rose–. ¿Quién ha dicho nada de cartas?

Su sorpresa era tan auténtica que Charley se desconcertó.

–Bueno, ¿por qué si no estás enfadada conmigo? –preguntó.

Rose no se andaba con tonterías. Lo que pensaba lo decía, directa al grano. Así fue como Charley Moon supo, por primera vez, de aquellos terribles cinco minutos en la entrada de artistas. Estaba horrorizado y, sin embargo, de manera totalmente injusta, parecía pensar que ella tenía parte de culpa.

–Es que no me lo explico –gruñó–. Que tú, precisamente, te tragaras una excusa tan vieja como ésa. ¿Por qué no hiciste algo?

–¿Qué podía yo hacer? –preguntó Rose.

–No mucho –admitió Charley–. Pero ¿por qué no escribiste para decir que ibas? Yo habría mandado que pusieran la alfombra roja y que la banda tocara. Te habría puesto en el palco real, te habría llevado a merendar, te habría agasajado…

–Eras muy importante –dijo Rose–. Toda aquella gente aplaudiéndote y vitoreándote. Estaba muerta de miedo.

–Ahora ya no hay aplausos ni vítores –dijo Charley Moon–. ¿Cómo va la tienda?

–De eso quiero yo hablar –dijo Rose–. Está bien surtida, y hay un poco de dinero en el banco esperándote.

–¿Esperándome a mí? ¿Cómo que esperándome?

–Todo es tuyo –dijo Rose–. Tú lo pagaste. Yo sólo he estado encargándome del negocio hasta que tú volvieras.

–A ese abogado lo mato. Me juró que no te lo diría.

–No tuvo que decírmelo. Lo he sabido siempre.

–¿Por qué lo sabías? –preguntó Charley.

–Porque sí –dijo Rose–. Nadie más que tú podría haber hecho algo tan bonito. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte, Charley?

–Me quedaré para siempre –dio Charley Moon–. Tengo un almuerzo para hablar de negocios, pero volveré sobre las tres e iremos a dar un paseo… si puedes encerrar a tu sobrinito en un bote de caramelos.

–Es un tunante –rio Rose–. Te vuelves a casa con tu madre, ¿verdad, Freddy?

–¡No! –dijo Freddy.

–Claro que sí, sí que te vas –dijo Charley–. Dos son compañía; dos y medio son multitud.

–¿Adónde iremos? –preguntó Rose.

–A Broadwells –dijo Charley Moon–. El barón está pensando en comprarla y quiere que yo le eche un vistazo al jardín.

–Bueno, ahora que has entrado en razón –dijo el baronet– lo organizaremos todo antes de que cambies de opinión otra vez. Éste es el acuerdo: «Yo, John Ferris, te tomo a ti, Charley Moon, como asesor de confianza, agente inmobiliario, entrenador de billar y agricultor experto, en lo bueno y en lo malo. Y, en consideración a tales servicios, otorgamos al susodicho Charley Moon nuestra finca de Broadwells para que la tenga y la conserve, a perpetuidad o para siempre, lo que dure más». ¡Firma, por favor!

–Preferiría un apretón de manos –rio Charley.

–Muy bien –dijo el barón–. Sólo será un acuerdo entre caballeros hasta que se hagan cargo los abogados. Pero no dejaré que te vayas al bosque a jugar con esa gente nómada. Empezaremos con una cesión de noventa y nueve años para ver cómo nos va. Puede que no nos caigamos bien.

–Hablando de itinerantes y acuerdos entre caballeros –dijo Charley Moon–, debo reunirme con el circo en Marlborough, mañana por la mañana como muy tarde.

–Duerme aquí esta noche –dijo su nuevo casero–, y yo te llevaré cuando vaya de camino a la estación. Ve a echarle un ojo a Broadwells esta tarde y me dices lo que quieres hacer allí. Lo tendremos listo en unos tres meses. Tendrás que buscarte a alguien que cuide de ti…

–Sí, ya he estado pensando en eso –dijo Charley Moon.

Tres años después la gente del pueblo seguía diciendo que aquello no funcionaría. ¿Cómo iba a hacerlo? Estaba muy bien que el barón comprara la mitad del condado, pero ¿qué sabía Charley Moon de granjas? Hasta ahora había tenido suerte, pero no volvería a haber otra cosecha de cebada en el campo grande como aquella última. Y, en cuanto a esos caballos frisones que tenían en Long Doles, ¿cómo no iban a ganar premios, con todo el dinero que invertían en ellos?

El día menos pensado habría una pelea de las buenas entre esos dos, que eran como el perro y el gato. O bien el barón se cansaría de firmar cheques, o bien Charley haría las maletas y volvería a sus teatros. Lo sentían por Rose, que había traspasado su tiendecita, pero ¿cómo había podido creer que Charley se quedaría en Broadwells después de vivir en Londres y ganar tanto dinero?

Algunas veces Rose prestaba oídos a las habladurías y se preguntaba si habría algo de cierto en ellas. Hasta entonces todo había sido maravilloso: un nuevo hogar magnífico, un jardín precioso y un acuerdo legal por el que la casa sería suya si las cosas iban tan bien como esperaban.

Y las cosas estaban yendo bien. Aunque durante el primer año hubo ocasiones en que se pusieron un poco nerviosos, Charley había tomado las riendas y ahora todo el mundo sabía quién era el jefe. Lo que le preocupaba a Rose era que se aburriera de vivir en el campo. Charley nunca hablaba de los viejos tiempos, pero a veces, por las tardes, ella lo miraba de reojo, por encima de la costura, y se preguntaba en qué estaría pensando. Después de haberlo visto convertido en una estrella del teatro, le costaba creer que no quisiera volver a dedicarse a ese oficio. Y entonces qué sería de ellos. Al contemplar esa posibilidad, Rose se asustaba mucho.

Una tarde llamaron a la puerta y, cuando la abrió, se encontró con un extraño que parecía conocerla.

–¡Hola! –dijo el hombre–. ¡Encantado de volver a verla! –Rose lo miró y vio algo en su rostro que le resultó familiar–. ¿No se acuerda usted de mí? –preguntó el autor–. Nos conocimos hace años, en aquella tiendecita del pueblo. Me han dicho que encontraría al señor Moon aquí. ¿Anda cerca?

–Está en la granja –dijo Rose–, pero volverá para la merienda.

–¿Puedo esperarlo? –preguntó el autor–. Es muy importante.

–Pase usted –dijo Rose. Ya se acordaba de él y se preguntó que sería eso tan importante por lo que quería ver a Charley.

–Espero traerle buenas noticias –dijo el autor–. He escrito una nueva obra y quiero que él sea el protagonista…

Tomada totalmente por sorpresa, Rose dio un leve grito y se inclinó hacia delante, con las manos en la cabeza, llorando como si tuviera una gran pena. Entonces miró al hombre.

–No puede usted hacer eso –le dijo–. No puede hacernos eso, ahora que somos tan felices. ¿Por qué no puede dejarnos en paz? ¿Por qué no se va de aquí?

Se produjo un incómodo silencio. El autor fue el primero en hablar.

–Yo no quiero causar ningún problema –dijo–. Sería mejor que me lo contara todo. ¿Qué relación tiene usted con Charley Moon?

–Sólo soy su esposa –sollozó Rose.

–¿Qué ha estado haciendo su marido todo este tiempo?

–Trabajar en la granja –dijo Rose–. Llevamos aquí tres años, y, justo cuando todo vuelve a ir bien, aparece usted. Lo estropeará todo.

–No, no, nada de eso –dijo el autor–. Yo no voy a ser la serpiente en este jardín del Edén. ¡Adiós! Olvide que me ha visto alguna vez y siga siendo feliz.

–No puede usted hacer eso –volvió a decir Rose–. Charley podría enterarse y entonces no me perdonaría nunca.

–Qué va –dijo el autor–. Si se entera de que un desconocido preguntó por él en el pueblo, dígale que quería venderles una aspiradora.

–Puede que se lo encuentre –dijo Rose.

–Si lo veo, le diré que me había enterado de que estaba aquí y vine a ver cómo iba la granja.

–Creo que es usted un encanto –le dijo Rose, lo que hizo que ambos pensaran en aquella otra ocasión en la tiendecita, cuando empezó todo

el problema.

Se dirigieron hacia la puerta, y allí estaba Charley Moon, que llegaba por el sendero del jardín.

–Hola, Charley –exclamó el autor–. Esperaba que volvieses a tiempo, ¡y aquí estás!

–¡Santo cielo! –dijo Charley Moon–. ¿Qué haces tú aquí?

–¡Merodeando! –respondió el autor–. Echando un vistazo por la Inglaterra rural. Quitándome del pelo el hollín de Londres. Estaba contemplando la iglesia y resulta que he visto un montón de lápidas viejas con tu apellido grabado por todas partes, así que he empezado a hacer preguntas a la gente. Al decirme que estabas aquí, me he acercado. Siento no poder quedarme. Ya vendré en otra ocasión y me tomaré una taza de té contigo y con la señora.

Todo había salido estupendamente, pero, por supuesto, Rose no podía dejarlo así.

–No es verdad, Charley –dijo–. Se lo está inventando todo. Ha venido a propósito para ofrecerte un papel maravilloso, y yo le he pedido que se marchara.

–¿Por qué motivo has hecho eso? –le preguntó su marido.

–Porque… –respondió Rose–, porque aquí somos muy felices.

–¿No quieres que actúe en Londres y gane un montón de dinero? –preguntó Charley.

–No –dijo Rose–. Quiero que te quedes aquí, que es tu verdadero hogar.

Charley Moon, con una risa en la que no había lamento, se volvió hacia el autor.

–Bueno –dijo–. Me temo que esto zanja el asunto. Es que en este número somos un dúo, sabes, y no voy a romper ningún otro dúo. No en este lado del paraíso…

1 Sir Henry Irving (1838-1905), actor británico y director del Lyceum Theatre. [Las notas son de la traductora salvo que se indique expresamente.]

2 Dan Leno (1860-1904), actor cómico, considerado el padre de la pantomima moderna británica.

3 Drury Lane es una calle del West End, la zona occidental de Londres, tradicionalmente famosa por sus teatros. Uno de ellos, el Royal Drury Lane, es el más antiguo de Inglaterra.

4 «¿Dónde está el vado?» [Where is the ford?] «Por aquí o por allá» [som'erort'other = somewhere or the other]

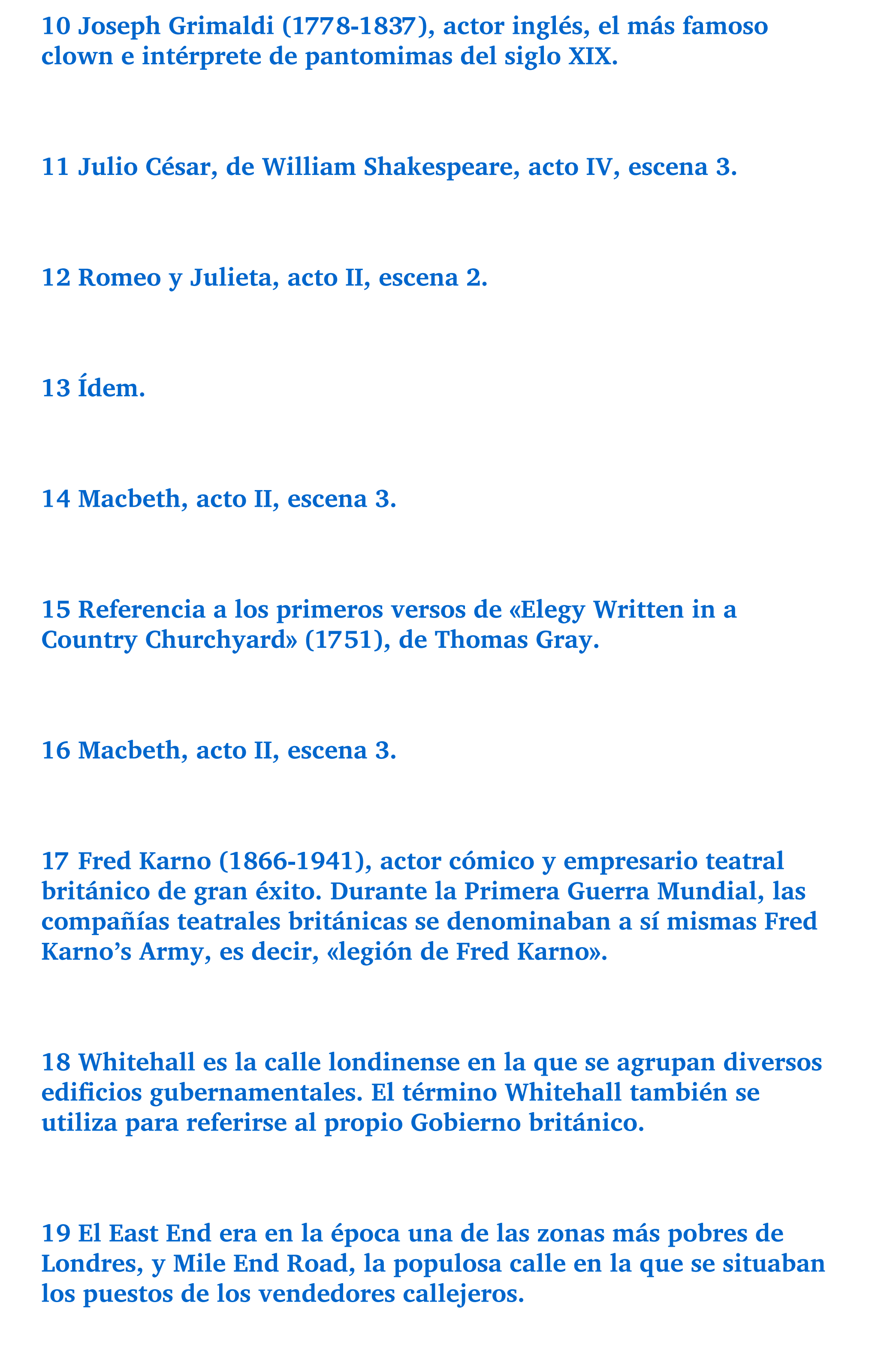
5 Sociedad Arqueológica de Cricklade. [Nota del autor.]

6 El gran incendio de Londres tuvo lugar en 1666.

7 John Philip Sousa (1854-1932), militar norteamericano, director de orquesta, compositor y novelista.

8 The London Gazette, publicación gubernamental, fundada en 1665, considerada el primer periódico de Inglaterra. En ella se publican, entre otros registros, los nombramientos oficiales.

9 Personaje ficticio creado en el siglo XVIII que se utiliza como personificación y símbolo de Inglaterra, similar al Tío Sam en Estados Unidos.



10 Joseph Grimaldi (1778-1837), actor inglés, el más famoso clown e intérprete de pantomimas del siglo XIX.

11 Julio César, de William Shakespeare, acto IV, escena 3.

12 Romeo y Julieta, acto II, escena 2.

13 Ídem.

14 Macbeth, acto II, escena 3.

15 Referencia a los primeros versos de «Elegy Written in a Country Churchyard» (1751), de Thomas Gray.

16 Macbeth, acto II, escena 3.

17 Fred Karno (1866-1941), actor cómico y empresario teatral británico de gran éxito. Durante la Primera Guerra Mundial, las compañías teatrales británicas se denominaban a sí mismas Fred Karno's Army, es decir, «legión de Fred Karno».

18 Whitehall es la calle londinense en la que se agrupan diversos edificios gubernamentales. El término Whitehall también se utiliza para referirse al propio Gobierno británico.

19 El East End era en la época una de las zonas más pobres de Londres, y Mile End Road, la populosa calle en la que se situaban los puestos de los vendedores callejeros.

20 El sueño de una noche de verano, de William Shakespeare. Acto I, escena 2.

21 El señor Armytage juega aquí con los versos iniciales de Ricardo III, de William Shakespeare. Spitalfields, en la zona del East End londinense, es un histórico mercado, cuyo origen se remonta al siglo XVII.

22 Los smoking concerts fueron muy populares en la era victoriana y principios del siglo XX. En estos espectáculos, exclusivos para hombres, el público se reunía para fumar y charlar mientras escuchaba música en directo.

23 Calabozo de reducidas dimensiones en el que se encerró a numerosos prisioneros británicos tras la toma del fuerte William a manos del nabab de Bengala, en 1756.

24 Monólogo dramático de John Milton Hayes, escrito en 1911.

25 Alusión al décimo segundo cuarteto de Rubaiyat, de Omar Jayam (1048- 1131).

26 Comedia musical escrita y dirigida por Oscar Asche y estrenada en Londres en 1916.

27 Localidad del condado de Leicestershire, Inglaterra.

28 Referencia al verso «Si a aquello que denominamos rosa le diéramos otro nombre, olería igual de bien», perteneciente a

Romeo y Julieta (acto II, escena 2), de William Shakespeare.

29 En el original, Molten Brass.

30 Tren francés de lujo que hacía el recorrido entre Calais y la Costa Azul, inaugurado en 1886 y muy utilizado por artistas famosos.

31 Himno que se canta en momentos solemnes, como la noche de Año Nuevo y las despedidas. La letra la escribió Robert Burns, poeta nacional de Escocia, en 1788.

32 Alusión a Horacio Cocles, soldado legendario de la Roma clásica que luchó heroicamente contra los etruscos, y al poema Casabianca (1826), de Felicia Hemans, dedicado a un denodado joven marinero que luchó en la batalla del Nilo de 1798.

33 Personaje de Macbeth. Macduff es un representante de la ley y simboliza la integridad y el orden.

34 Referencia a las palabras que pronuncia Falstaff en Enrique IV (segunda parte, acto III, escena 2), de William Shakespeare.

ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

SEGUNDA PARTE

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

TERCERA PARTE

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21